
VERÓNICA MENGUAL
LAS NORMAS DE LA REGENCIA 4
NO
PERDONARÁS
A UN
TRAIDOR

© VERÓNICA MENGUAL

No perdonarás a un traidor

ASIN: B0G7JT8W9W

Sello: Independently published

Safe Creative: 2512164032677

Primera edición, febrero de 2026.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No perdonarás a un traidor

Las normas de la Regencia 4

Verónica Mengual

Gracias por acompañarme en cada página de esta serie, por creer en los hombres que llegan rotos y en las mujeres que no se arrodillan hasta que deben hacerlo.
Por suspirar, reír y enfadaros conmigo cuando toca
Y, sobre todo, por seguir ahí, conmigo, siempre.
Este libro es para vosotras, que sabéis que el amor no siempre es delicadeza, porque cuando es verdadero, hay que luchar hasta el final.

Sinopsis

Un guerrero renacido de sus propias cenizas.

Una luchadora incansable con memoria de acero.

Una última historia de segundas oportunidades en la que dos corazones rotos tendrán que aprender a perdonar el pasado.

Benedict Beresford, más conocido como Azrael, se ve como el villano en la trágica historia de su vida; incluso él mismo ha sido siempre su peor enemigo. Marcado por el odio y sumido en la venganza, decidió marcharse lejos de casa para poder volcar su furia en un propósito más heroico, como combatir en la guerra. Cuando una herida en el hombro le impide seguir luchando, lo considera una señal para regresar a Londres, y lo hace con la promesa de ocuparse de la hermana de un fiel amigo que lo acompañó en el frente.

Para **lady Imogen Mansfield**, la pérdida de su mayor protector es mucho más dolorosa de lo que pueda parecer. No solo porque amó a su hermano con toda su alma, sino porque el destino de su hogar —el de su tía, el de una prima y el suyo propio— corre un serio peligro. Aceptar la ayuda de un bárbaro que exhibe una nueva fachada honorable sería su ruina y ella lo sabe. Prefiere librar sus batallas antes que depender de un traidor absoluto al que no piensa perdonar.

Viejas heridas, nuevas esperanzas y una pareja de lo más improbable cierran la serie *Las Normas de la Regencia*.

Índice

Prefacio
Todo tiene un principio
Capítulo 1
Una visita indeseada
Capítulo 2
Una petición imposible
Capítulo 3
Una intromisión inaceptable
Capítulo 4
Un pretendiente insistente
Capítulo 5
Un par de situaciones muy extrañas
Capítulo 6
El día del juicio final
Capítulo 7
La noche de la verdad

Capítulo 8
Una invitación increíble
Capítulo 9
Un deleite maravilloso
Capítulo 10
Un hombre muy cansado
Capítulo 11
Una fiesta de lo más reveladora
Epílogo
Un castillo espectacular
No te pierdas las **siguientes** historias
«La guerrera del Highlander»
«Highlander de Escarcha»
Aclaración sobre la historia
Todos los títulos por orden
Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Hospital militar, Ciudad del Cabo, Colonia del Cabo en el sur de África, 1820.

El olor a aguardiente y a tela mojada se le alojó en la garganta antes incluso de que lograse abrir del todo los ojos. Había aprendido que, cuando el aire sabía a alcohol y a sangre seca, el cuerpo solía estar a punto de darle una mala noticia.

El teniente Benedict Beresford, más conocido por sus amigos en Londres como Azrael, intentó incorporarse. Percibió una punzada de dolor en el hombro derecho y recordó que ahí le había perforado una bala.

Se quedó quieto. Tragó saliva. Notaba la lengua pastosa, la cabeza pesada por el láudano, y decidió dejar que la vista se acostumbrase a la luz blanquecina que se colaba por un ventanuco alto. A

su alrededor había camas alineadas, mosquiteras, sábanas gastadas y hombres que respiraban con la boca abierta como si fuese el aire el que les hubiese declarado la guerra.

Un hospital. Militar, por el desorden organizado, por los baúles de campaña apilados en una esquina y por el zumbido constante de moscas que encontraban la belleza en lo peor.

Benedict giró la cabeza muy despacio. El hombro derecho lo tenía vendado desde la clavícula hasta el brazo. Y ese brazo, sujeto al torso con un cabestrillo improvisado. La presión de la venda le recordaba a una mano, demasiado firme.

—No lo fuerce —dijo una voz.

A un lado de la cama, una figura llena de autoridad se dibujó. Un hombre con el uniforme demasiado limpio para ser un militar de campo; con las botas sin barro y una expresión que mezclaba compasión y prisa. Su bigote parecía decidido a no conceder ni una sílaba de más.

—¿Dónde…? —Benedict carraspeó, y la pregunta completa no llegó a salir.

—Ciudad del Cabo. Hospital de guarnición —respondió el hombre—. Teniente Beresford, me alegra verle despierto.

Teniente. El título todavía le sonaba extraño, como si lo llevase encima igual que el uniforme, pero

no fuese del todo suyo. Se había cansado de Londres, de no ser más que un estorbo para sus amigos, de que los maridos celosos le diesen su merecido y de que las mujeres lo usasen a su antojo. Azrael… No, no. En el ejército él se había convertido en Benedict Beresford, un hombre bastante decente que cumplía muy bien sus órdenes. Siempre estuvo lleno de odio, rencor y dolor, así que Ben decidió darle un nuevo uso a todo aquello en favor de algo más honorable, como era luchar por su reino y su rey.

Era teniente y se lo había ganado con sudor y sin lágrimas. Su amigo Ewan MacCrae no quiso que él se marchase de Londres siendo un militar común. Ese bruto escocés, con su sonrisa insolente y sus bolsillos profundos, le había comprado aquel primer peldaño para que pudiese salir de Londres y huir de sí mismo y del desastre que hubiese acabado siendo su vida en caso de no haber cambiado el escenario. Ewan le consiguió un nombramiento adquirido de forma perfectamente legal, como hacían tantos caballeros con ambición y buen apellido, ya que él no había podido costearse una comisión en el ejército.

Un recuerdo lo traspasó como un rayo. Se movió y el dolor le nubló la mente.

—¿Y mi…? —Benedict intentó mover los dedos mientras emitía la pregunta.

Los sentía, sí. Pero más bien parecía que le pertenecieran a otra mano, aunque estaban ahí. Los flexionó despacio. El dolor no se instaló en los dedos, sino que regresó al hombro, testarudo.

El oficial lo observaba con la calma de un hombre que estaba muy acostumbrado a ver a los hombres romperse en la cruda lucha.

—El cirujano habló de una lesión fea. La bala destrozó tejido y el golpe… —Su mirada bajó al vendaje—. Podrá conservar el brazo, y eso ya es una suerte. La movilidad… habrá que ver. No le mentiré. Quizá no recupere del todo el brazo.

Benedict asimiló cada palabra con rabia. La ira era una parte fundamental de él. Menos de un año en el regimiento y ya era un inútil. ¡Fantástico! No servía para nada. Era definitivo. Conservaría, con suerte, un brazo que no volvería a servirle igual.

Apretó la mandíbula.

—¿Quién es usted?

El hombre pareció agradecer la brusquedad. Los soldados, pensó Benedict, preferían la franqueza a los rodeos. Hasta para hundirlo a uno.

—Mayor Caldwell. Estado Mayor. He venido por orden del coronel Willshire.

El nombre le sonó como un eco de los informes leídos y mapas vistos. Como la frontera Grahamstown, el río Fish, aldeas de nombres impronunciables y hasta el polvo que se metía en las plegarias dichas a Dios para salir con vida. La campaña había sido corta, brutal y extrañamente distinta a todo lo que Benedict había imaginado que

sería cuando se embarcó hacia el sur. No era la guerra gloriosa que la gente comentaría en los salones; era otra cosa más atroz. Un desgaste, una espera y, de pronto, un estallido que presagiaba el fin.

—Mi misión… —murmuró—. Supongo que se ha terminado, dado que dudo que mis superiores toleren a un hombre que no podrá disparar ni defenderse tal y como se esperaría —apuntó enfadado.

—En el frente, sí —confirmó Caldwell—. Su servicio no lo daremos por concluido.

Benedict frunció el ceño porque no lo entendió.

—¿Qué podría hacer un hombre sin su brazo derecho, mayor?

El militar se inclinó un poco para hablarle solo a sus oídos.

—No ha sido un soldado al uso, teniente. No lo fue desde que puso un pie en tierra. Usted tiene instinto, furia y es sumamente inteligente.

Benedict sintió una punzada de ironía amarga. Era una bonita forma de decir que era un problema andante que había hecho un buen papel.

—Eso no excluye el hecho de que mi brazo…

—Usted no estaba aquí para lucirse con el sable —lo cortó Caldwell—. Le asignaron al departamento del Cuartel Maestre General. Informes; reconocimientos; interrogatorios; contactos con guías y traductores. Ha tomado notas que otros no veían. —Lo miró fijamente—. Su labor era Inteligencia, porque usted ha estado al servicio de la estrategia militar, aunque no lo llamemos así en voz alta.

Aquello era cierto. Le habían encargado reunir piezas sueltas hasta dar con un dibujo; averiguar quién mentía, quién negociaba o quién se preparaba para atacar. Había aprendido a interpretar los silencios, a leer los gestos, a deducir por el barro en una bota dónde había estado un hombre antes de jurar que venía de otro lado.

No se sentía orgulloso con facilidad, pero, por primera vez en mucho tiempo, tampoco se había sentido inútil. Y justo cuando estaba contento con el uso que le estaba dando a su vida llegaba una bala en el hombro para truncar su sino.

—Hice lo que me ordenaron y lo volvería a hacer, mayor —dijo.

—Y lo hizo bien. —Caldwell alisó un papel doblado que llevaba en el bolsillo—. Por eso, cuando regrese a Inglaterra, le necesitarán en Londres.

Benedict notó cómo algo frío le recorría la espalda. Londres era una palabra maldita para él. Era una ciudad donde había sido tremendamente infeliz. Todo se fue al traste durante su juventud más tierna, y en los últimos años el asunto se complicó hasta

hacer que ni encontrase consuelo en el placer. De hecho, se había olvidado por completo de las mujeres. Antes de marcharse de allí había estado a punto de casarse con una dama que al final se convirtió en la esposa de su némesis, su maldito primo Simon. El matrimonio —o más bien el hecho de hacer sufrir a la que fue su prometida— le hizo sentir tanto pánico que trató de huir el día antes de la fecha del enlace, pero lo secuestraron unos hombres demasiado agradables para ser auténticos villanos. Luego se enteró de que había sido su propia prometida la que orquestó aquel extraño secuestro en el que lo agasajaron con grandes manjares, té y otros lujos. Su futura esposa se dio cuenta de la catástrofe que hubiese sido casarse con él y no se atrevió a anular la boda, así que optó por una solución más drástica. Confiaba en que Lydia —así se llamaba la que casi había sido su esposa— le hiciese alguna que otra mala pasada a su maldito primo Simon. Tan harto había estado del sexo femenino que desde que salió de Londres no había tocado a una sola mujer. No fue un celibato impuesto, era sencillamente que consideraba que había tenido suficientes compañeras de cama para el resto de su vida. No quería enredarse con ninguna. No era un asunto baladí, porque un esposo celoso —junto con un par de hombres— lo habían acorralado en un callejón y lo dieron por muerto. Solteras o casadas, ellas eran un peligro. Lydia era una prueba, y la esposa de ese bastardo que lo pilló desprevenido en medio de la noche era otro ejemplo.

—¿Me escucha, teniente? —La voz del mayor lo trajo de regreso a la realidad.

—¿Qué uso me darán en Londres? —preguntó, y en su voz se coló un resquicio de desconfianza. No quería regresar tan pronto a un lugar en el que nunca fue feliz.

El mayor no se ofendió por la brusquedad de la cuestión.

—Aún quedan hombres que trabajaron en la sombra durante las guerras contra Napoleón. Algunos no estaban del lado correcto. Otros fingieron estarlo. —Caldwell hizo una pausa—. Y hay quienes creen que, aunque el Emperador lleve años derrotado, pueden seguir comprando caos. Se mueven entre clubes, imprentas, casas de juego, reuniones discretas… y tienen apellidos respetables.

Benedict respiró hondo, con cuidado de no provocarse más daño en el hombro. Apellidos respetables. Eso siempre era lo peor, porque en Londres el respeto se usaba como una armadura.

—¿Y qué pretende de mí el ejército? —inquirió.

—El ejército, el Gobierno… —Caldwell no dio nombres, pero Benedict entendió la delicadeza—. Se trata de vigilancia. De reunir pruebas. De observar sin ser visto. De seguir hilos que, si se cortan, pueden acabar con sangre en las calles. Y usted… —esbozó una sonrisa mínima— usted tiene el don de meterse en una habitación sin que sospechen después.

Un don, sí. O una maldición.

—Soy un inválido —escupió Benedict.

—Es un hombre herido. No es lo mismo. —Caldwell se enderezó—. Además, su puesto no exigirá cargar un mosquete. Exigirá cabeza, presencia, los modales que sé que tiene y alternar con la aristocracia sin llamar la atención. Usted es un candidato formidable. Ya no nos puede servir aquí, pero tiene otra utilidad que es fundamental, teniente Beresford.

Benedict soltó una risa corta, sin alegría.

—¿Cabeza, ha dicho? No sabe lo que dice, si mis amigos le escuchasen, discreparían.

Caldwell lo estudió un instante. Estaba sopesando a qué parte de Benedict podría apelar para que aceptase.

—Lo sé lo suficiente. —Se acercó un paso—. Le darán el alta en cuanto el cirujano lo considere. Embarcará hacia casa. A su llegada, se presentará donde se le indique después de que se recupere, a no ser que quiera seguir su camino y hacer lo que fuese que hiciera antes de llegar aquí.

—¿No hay otro destino que no sea Londres?

Y entonces, con la misma sencillez con la que otros hombres pedirían azúcar para el té, Caldwell dejó caer una frase que cambió el aire de la sala:

—Allí es donde se le necesita, teniente. Además, antes de partir, el coronel me pidió que le recordase que tiene cosas pendientes. Una deuda.

Benedict tensó la mandíbula.

—No le debo nada a nadie —bramó.

—No hablaba de usted —replicó el mayor—. Hablo de Arthur Mansfield.

El nombre se clavó en su pecho.

En el hospital, el mundo seguía girando a su ritmo. Alguien tosió, se escuchó un gemido, luego, el chirrido de una cama, pero para Benedict todo se desdibujó hasta el punto de quedarse solo con sus pensamientos.

Mansfield.

El mayor continuó, con una formalidad cuidadosa, aunque Benedict lo escuchaba apenas:

—El teniente Mansfield murió en el último enfrentamiento. Su familia ya ha sido informada. Y antes de… —La voz se le endureció un poco—. Hace algún tiempo dejó constancia de que usted debía regresar a Inglaterra con un encargo personal si algo le sucedía. Bien sabe usted la amistad que a Mansfield le unía al coronel.

—Sí, lo sé. ¿Es por eso por lo que han decidido destinarme a Londres? —se interesó él.

—No. Si su daño en el brazo no hubiese sido el que es, el coronel se hubiese replanteado la cuestión. Así pues, considero que deberá cumplir con su… creo que fue una promesa lo que le hizo a su compañero.

Benedict tragó saliva con mucha dificultad. El dolor del hombro se convirtió en una nota lejana; su cuerpo sabía que había heridas que no dolían en la carne y sí en el alma.

—Lo es. Fue una promesa. —Lo cierto era que lo sabía demasiado bien.

Caldwell asintió, satisfecho, y por primera vez pareció un poco menos militar y más humano.

—Entonces no me queda nada más que decirle. Descanse. —Se giró para marcharse y, cuando hubo andado un par de pasos, se detuvo, y añadió—: Teniente… algunos hombres vuelven de la guerra pensando que se han salvado. Otros vuelven sabiendo que han dejado parte de sí allí. Usted… —lo miró de soslayo— no se permita perder también lo que le queda. Puede estar orgulloso de su labor aquí. Confío en que en Londres será más formidable todavía.

Cuando el mayor se fue, el silencio se volvió más pesado.

Benedict cerró los ojos y el hospital desapareció, para recordar un episodio muy doloroso en el que había perdido a la única persona que se

había preocupado por él desde que llegó a esa zona infernal.

El polvo le llenaba la boca, granulado y caliente, como si la tierra quisiera tragarse a todos por igual. El sol caía a plomo sobre la llanura y, aun así, el aire olía a metal, sudor, pólvora y miedo.

Avanzaban demasiado rápido y con gran facilidad. Benedict supo que algo no iba bien de inmediato. Fue por el modo en que los pájaros se alzaron de golpe, por aquel vacío antinatural que se abrió delante de ellos. Un vacío que desembocó en una emboscada.

—¡Atrás! —gritó alguien.

Demasiado tarde. Los disparos se mezclaron con gritos en un idioma que Benedict no entendía. Los hombres corrían. Los caballos relinchaban con un sonido que no se parecía a nada vivo.

Y entonces ocurrió. Arthur Mansfield, con el uniforme manchado y el rostro cubierto de polvo, se giró para buscarlo, como siempre hacía cuando las cosas se ponían difíciles, porque Benedict mismo también lo buscaba cuando algo así ocurría. La promesa de protegerse el uno al otro se había convertido en una cuerda real que los unía a ambos, tensa e irrompible.

Benedict lo vio alzar el brazo, señalar una retirada, y luego el caos golpeó a su amigo también. Un caballo se encabritó, hubo un disparo que no vio

venir y un tropiezo fatal. El animal cayó. El mundo dejó de girar. Y Arthur se quedó debajo.

Benedict siempre recordaría el sonido del cuerpo contra la tierra, el crujido imposible de algo que no debería romperse así. Se lanzó sin pensarlo hacia él. Se arrodilló junto a la masa de músculo y cuero, intentó levantarlo; se amparó en esa furia que siempre lo acompañaba y que muchas veces parecía hacerlo invencible.

—¡Arthur! —gritaba sin parar.

Vio la cara de su amigo, medio oculta, con la piel pálida bajo la mugre. Tenía los labios partidos y una mirada extrañamente serena para alguien que acababa de comprender que su fin era inminente.

—No, no… —le susurró Arthur—. No pierdas tiempo conmigo, amigo mío. Vete, ponte a salvo.

—Cállate —le espetó Benedict—. Esto no acabará así.

Arthur le sonrió; fue una mueca breve. La sangre le salía por el costado, oscura e incesante. Benedict colocó la mano para presionarla. Arthur lo agarró por la muñeca con una fuerza que demostraba que su amigo estaba bien pese al impacto. Ben se aferró a esa esperanza.

—Escúchame —le pidió Mansfield.

Benedict negó con la cabeza, feroz, como un niño obstinado que se negaba a aceptar la realidad.

—No.

—Benedict. —Arthur pronunció su nombre con suma seriedad—. No voy a salir de esta.

Las palabras no fueron una queja; constataban un hecho. Ben se negó a sentir pánico o tristeza. No era un hombre de tiernos sentimientos.

—No es el final, ¿me oyes? ¡No lo es! —gritó. Pero él no le estaba gritando a su amigo; se quejaba frente a un destino cruel.

—Juramos… —dijo, y la voz comenzó a flaquear—. Juramos que…

—Que volveríamos juntos a casa cuando el infierno terminase con nosotros —acabó Ben por su amigo.

—Y que nos cubriríamos las espaldas. Hemos conseguido al menos esto. Todo un año de campaña.

Benedict vio pasar, como un relámpago, ese año entero. Hubo noches de guardia, mapas extendidos sobre cajas de munición, mensajes cifrados, aquel olor de la lluvia escasa en aquella tierra extraña y las conversaciones cortas en las que Arthur hablaba de su casa, de su hermana pequeña,

de cómo Imogen le escribía para infundirle ánimos y exigirle su vuelta al hogar de una sola pieza.

—No me hagas esto, Arthur. Ahora, no —le rogó.

—Recuerda tu promesa —susurró su amigo.

—No.

Arthur le apretó la mano con las últimas fuerzas que le quedaban.

—Prométemelo, maldita sea. Di que honrarás tu juramento, Ben.

El teniente Beresford cerró los ojos un momento. Durante un instante, el villano que habitaba en él se alzó en su interior y quiso negarse de nuevo, porque él no entendía de honor, y menos cuando estaba destinado a una mujer. Pero también había algo diferente en su fuero interno. Voluntad. Una férrea voluntad por ser mejor. Un sentimiento que la guerra le había despertado con fuerza.

—Te lo prometo. Honraré el juramento que lograste arrancarme justo después de emborracharme, Arthur —le dijo.

Mansfield exhaló, y durante un segundo pareció que estaba en paz.

—Cuida de Imogen —murmuró—. No la dejes sola con… —la frase se le perdió en un jadeo—.

Hazlo por mí. Hazlo… por ella. Te necesita. Eres fuerte y leal. Mi hermana te necesita —repitió.

Benedict inclinó la frente hasta tocar la suya, para ver si así lograba anclarlo allí, pegarlo a la vida.

—Lo haré. Por ti, amigo mío. Solo por ti —se juró.

Arthur soltó un sonido que pudo haber sido una risa breve o un sollozo.

—Sabía que podía confiar en ti, Ben. Sé feliz y… —La frase se quedó a medias.

Benedict gritó entonces, pero el ruido del combate se tragó su voz. La promesa, en cambio, se le quedó en el pecho, clavada como una estaca. Y fue en ese mismo instante cuando sintió la bala en el hombro, como una confirmación final de que la guerra no concedía misericordia.

Un recuerdo así no podría olvidarlo jamás. Su compañero murió en sus brazos. No pudo salvarlo. Y, en aquel hospital miserable, Benedict volvió a abrir los ojos de golpe y se encontró de nuevo con el techo blanquecino y el zumbido de las moscas. El hombro le seguía ardiendo. El brazo le colgaba, inútil, como un recordatorio de que estaba herido pero vivo.

La promesa seguía intacta. Y había sacrificado demasiado honor como para no cumplir con su deber. Si quería ser un hombre, uno de

verdad, tenía que asumir responsabilidades y dejar de ampararse en su dolor y en la familia que le falló.

Había servido a la causa, sí. Un año. Un año en el que, por primera vez, su rabia había tenido un destino que no era destruirse. Un año en el que había sido algo más que el hombre en el que ni sus propios amigos confiaban.

Y aun así, ese logro se le antojaba pequeño frente al peso de lo que no había podido hacer.

No había salvado a Arthur. Juraron protegerse, y él había fallado. No por falta de valor, ni por falta de intención; por la simple y brutal razón de que la muerte era inevitable cuando se presentaba.

Benedict apoyó la mano sana sobre el cabestrillo. Su herida lo conduciría hacia lo que era correcto. No le fallaría otra vez al hombre que luchó a su lado.

Regresaría a Londres aunque le doliera respirar su aire. Vigilaría desde las sombras; seguiría los hilos, se metería en ese laberinto de apellidos respetables y pecados ocultos. Haría lo que le ordenasen, lo que hiciera falta para demostrar que era más que un canalla sin remordimientos, sin alma ni corazón. Sabía lo que tenía que hacer nada más llegar a ese hogar donde nunca había encontrado felicidad. Debía buscar a *lady* Imogen Mansfield. No para pedirle perdón. Eso no se lo concederían ni los santos, y él no era santo de nada. La cuidaría porque era lo último que le quedaba de Arthur. La protegería

porque esa promesa era lo único que le impediría romperse del todo.

Había vivido demasiado tiempo sabiendo que era el villano de su propia historia; en algún momento las cosas tendrían que comenzar a cambiar. Cumplir con su deber hacia la hermana de Mansfield le parecía un buen inicio. Y en esos instantes aceptó que tal vez no necesitase redimirse ante el mundo entero; le bastaba con no volver a huir de sus obligaciones.

Lo complicado del asunto era que Benedict no tenía ni la menor idea de cómo proteger a nadie, y menos a una dama a la que no conocía de nada. ¿Qué esperaría exactamente su amigo Arthur que hiciera para protegerla?

Esa pregunta lo incomodó de una manera que ni la misma bala que había truncado su carrera militar logró.

***

Lady Imogen Mansfield jamás fue una mujer pusilánime. A pesar de que su vida en la campiña de Surrey, cerca de Londres, era bastante tranquila, había tenido que aprender a ser una mujer inteligente y algo dura. Todos los obstáculos que la

vida le había puesto en su camino los sorteó a fuerza de voluntad. Su hermano Arthur siempre la había considerado una gran luchadora. Ser la hija pequeña del conde de Marston, un hombre que solo entendía de fortuna y contactos, nunca fue fácil. Cuando su padre decidió casarla y aquello no salió bien… Ahí acabó su vida y decidió que empezaría de nuevo. El único que la ayudó a salir del bache fue Arthur. Su bendito y perfecto hermano que siempre estaba para ella. Y a pesar de todo lo fuerte que era, sabía que el golpe que iba a recibir sería fatal. ¿Desde cuándo un pequeño trozo de papel podía hacer tanto daño? No. Un papel no tenía ese poder. Sin embargo, cuando llegaba después de un sueño perturbador que se había repetido durante casi una semana… Eso ya era otra cosa muy diferente.

La carta había llegado con el lacre intacto y la certeza de saber, antes de leer una sola palabra, que su mundo iba a cambiar drásticamente.

La doncella la había dejado sobre la bandeja de plata con una reverencia torpe. Imogen estaba en el salón pequeño, el que daba al jardín de invierno, donde los cristales empañados por la humedad convertían la campiña en un cuadro borroso. Extendió la mano para cogerla. No tenía sentido negarse a leerla, pues su contenido no cambiaría. La bandeja tintineó apenas. La doncella se quedó inmóvil, a una distancia prudente, aguardando una orden que no llegaría. Imogen rompió el lacre con una calma nacida de su fuerza de voluntad.

La caligrafía era formal. Su contenido, una suma de palabras educadas que transmitirían lo

mismo que un disparo a bocajarro.

«Lamentamos informarle de que el teniente Arthur Mansfield falleció en acto de servicio el pasado…»

Imogen leyó dos veces el texto, porque a pesar de que había intuido las noticias que la carta portaría, era incapaz de comprender la situación. Al final, su mente reaccionó. Notó un zumbido en los oídos y, durante un instante, el salón comenzó a girar. La angustia era tan grande que las náuseas se hacían incontrolables.

Su Arthur. La imagen de su hermano no salía de su mente. No la percepción de un hombre valiente vestido de uniforme, ni tampoco el héroe que otros considerarían. Ella estaba viendo a un joven Arthur con las mangas arremangadas, riéndose de algo absurdo en la cocina, escondiéndole un tarro de mermelada porque decía que las señoritas no debían hacer asaltos nocturnos a la despensa. Su adorado hermano, que la cobijó en la casa de campo porque era lo más sensato, le prometió que regresaría para seguir protegiéndola, pero él ya no podría cumplir su promesa.

El bueno de Arthur, a pesar de darle su palabra sobre su regreso, la preparó por si lo peor ocurriese y le había contado lo que sucedería si falleciese lejos de casa. Su hermano estaría enterrado allí, en una tierra extraña, habría un oficio militar breve y práctico; habría un capellán si la guarnición lo permitía y una cruz sencilla que marcaría su nombre en una tumba, porque el viaje de regreso no se les

concedía ni siquiera a los héroes caídos en batalla. En Inglaterra, se oficiaría un servicio solemne en la parroquia, sin cuerpo presente, pero ella se encargaría de que hubiese una tumba que visitar, aunque estuviese vacía. Sería apenas un homenaje que dejaría a su familia con las manos vacías y el corazón roto, pero lo honrarían.

Imogen apoyó el papel sobre la mesa, con sumo cuidado, como si fuese frágil.

—¿*Milady*? —susurró la doncella al ver que su patrona estaba pálida como la muerte misma.

Ella tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, alzó la vista despacio.

—Hay un entierro que organizar. Avise a mi tía, por favor —dijo, y la voz le salió firme—. Y a la señora Ashford.

La señora Ashford —Eleanor Ashford, una viuda sin fortuna— era su prima, aunque dicho parentesco no le hacía justicia a la manera en que aquella mujer de cuarenta y pocos años se había convertido en parte imprescindible para ella. Eleanor y su tía, *lady* Octavia Mansfield —una mujer mayor, extravagante y deliciosamente desastrosa, capaz de plantar rosales en enero motivada por la esperanza, y apostar a que un zorro podría ser domesticado con buenos modales— eran toda la familia con la que podía contar. Y para las tres, Arthur eran la columna vertebral sobre la que se sostenían. El futuro se les acababa de complicar. El dolor por la muerte de su hermano solo era la punta del iceberg.

La doncella salió casi corriendo tras su orden.

Imogen se quedó sola con el papel. Aquella casa no era suya exactamente, pero era lo más parecido a un hogar que tenía desde que el mundo se había empeñado en recordarle que las mujeres rara vez heredaban algo más que problemas y muebles; en especial las damas caídas en desgracia.

Sin él, sin Arthur, estaban perdidas.

Imogen no necesitaba que nadie se lo explicase. Había crecido con la responsabilidad del deber atada al tobillo como una bonita cadena, invisible para los demás e irrompible a pesar de haber intentado correr para escapar.

La puerta se abrió con un golpe suave y, un segundo después, entró la tía Octavia. Llevaba un turbante color ciruela y un pañuelo de encaje sobre los hombros. A Imogen le dio la impresión absurda de que la tela del pañuelo estaba demasiado blanca para la ocasión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su tía. Su voz sonó llena de dolor.

Imogen no se levantó. Señaló la carta.

Su tía la cogió, parpadeó varias veces mientras la leía y, en lugar de llevarse una mano al pecho con teatralidad —que era lo que cualquiera habría esperado de ella porque siempre tuvo un estilo

único y unos modales muy particulares—, dejó escapar un sonido roto, como una exhalación que se quedaba sin aire a mitad de camino.

—No —murmuró—. No, no… mi niño…

Imogen se levantó entonces, dispuesta a cumplir con su función, porque era lo que ella, a sus veintisiete años, tendría que seguir haciendo sola en esa casa. Su obligación era sostener a su familia y evitar que el mundo se desmoronase. Se acercó a su tía, la rodeó con un brazo para apretarla contra sí. A través del ventanal, Imogen se fijó en que el cielo seguía gris. Tal vez también llorase por la muerte de un gran hombre.

A los pocos segundos entró en la sala Eleanor, con el rostro pálido y haciendo acopio de una dignidad envidiable.

—He oído que hay que preparar… —se detuvo al ver el papel en la mano de Octavia y no terminó de formar la frase.

No hacía falta. Eleanor se acercó despacio, apoyó una mano en el respaldo de una silla y se ancló a ella. Ese mueble era el último madero en un naufragio.

Imogen observaba a las dos mujeres. Era responsable de una tía que se había permitido vivir como quería hasta que la realidad la alcanzó y una prima que llevaba años sobreviviendo a base de aplomo. Y comprendió que ese día ella no tenía

derecho a derrumbarse. Al menos, no delante de ellas.

—Arthur ha muerto —dijo, y la frase fue una sentencia que se le volvió a clavar en el corazón como un puñal—. Ha llegado la notificación por parte del Ministerio.

Octavia soltó un nuevo sollozo. Eleanor cerró los ojos y sus dedos se clavaron en la madera del respaldo.

—Oh, Dios mío. Mi querido Arthur… No puede ser, no… Ay, Dios de los cielos, nos prometió que volvería para seguir cuidándonos. ¿Qué vamos a hacer, sin nuestro querido Arthur? —susurró su tía, y en esa pregunta no había histeria, sino un dolor y un miedo auténtico—. Imogen… ¿qué vamos a hacer ahora?

La aludida irguió la espalda. El sufrimiento la empujaba desde dentro, como un animal buscando una salida que no existía. Se contuvo.

—Hoy… —Se obligó a respirar—. hoy lloraremos. Lo honraremos, recordaremos todo lo bueno que había en él. Y mañana haremos lo que siempre hemos hecho. Nos ocuparemos de lo necesario y seguiremos adelante, tal y como él hubiese deseado que hiciéramos. Seremos fuertes como él lo fue. Eso es lo que vamos a hacer las tres.

Eleanor la miró entonces con una mezcla de gratitud y compasión.

—Tú no tienes por qué cargar con todo —dijo—. Haremos lo que has dicho, Imogen. Seremos fuertes por él.

La tía Octavia alzó la vista. Tenía los ojos enrojecidos.

—Os contaré varias anécdotas de él que recuerdo con gran cariño. Mi precioso niño… —sollozó destrozada.

Imogen le apretó la mano.

—Jamás nos olvidaremos de él.

Las tres saldrían adelante costase lo que costase, porque se lo debían a Arthur. Eran tres mujeres muy capaces de honrar a su hermano y erguirse para desafiar al mundo. Y era verdad. Incluso su tía, con su locura amable, podía ser un apoyo muy útil. Eleanor también ayudaría en todo lo que pudiese.

Pasaron el resto de la tarde llorando y rememorando la vida de Arthur. Eso sin olvidar las obligaciones más necesarias. Se les ordenó a los criados que cerraran las cortinas. Se mandó llamar al vicario. Se dio aviso al administrador de la finca. Se escribieron cartas que Imogen firmó con entereza pese a que por dentro sentía que se deshacía.

Cuando el sol se escondió, Imogen subió a su habitación. Y allí, por fin, se permitió ser vulnerable. En el tocador conservaba un retrato

pequeño de Arthur, hecho justo antes de que partiera por uno de sus amigos pintores. No estaba vestido con uniforme; llevaba una chaqueta sencilla y mostraba una sonrisa sincera. Siempre fue muy apuesto. Alto, delgado y con el rostro de un auténtico querubín. Siempre se mostró amable y preocupado con todos los que lo rodeaban, menos cuando su padre le acusó de no ser un hombre de verdad y él decidió alistarse en el ejército para demostrarle lo contrario. Aquella noche, Arthur se emborrachó, se enfureció y al final se confesó con ella. Tuvo con su hermano la conversación más sincera que jamás hubiesen podido tener si el alcohol no le hubiese causado mella. No se arrepentía de haber intercambiado confidencias con él. Todo aquello los unió y los hizo más hermanos.

Imogen cogió el retrato entre las manos.

—Me aseguraste que volverías —susurró.

No hubo respuesta, por supuesto. Los muertos no contestaban. Los que no regresarían nunca dejaban a los vivos con el dolor lacerando su interior.

El primer sollozo le salió sin contención. El segundo, con rabia. Luego vino un llanto completo, ese que le iba dejando la garganta ardiendo y el pecho lleno de un dolor que no lograba sofocar ni a base de gritos ni lágrimas.

Se sentó en el suelo, apoyada contra la cama, con el retrato pegado al corazón, esperando sentir viva una parte de él.

Lloró hasta que le dolieron los ojos y no quedó ni una sola duda del amor que siempre había sentido por Arthur.

Cuando ya no le salieron lágrimas, se quedó quieta y su hogar le habló. Octavia sollozaba con la misma fuerza que ella. En otra habitación, Eleanor también manejaba su dolor con gritos mientras caminaba de un lado a otro, incapaz de dormir.

Las tres habían tenido el buen juicio de no molestarse mientras trataban de purgar parte del padecimiento de la única manera que se podía.

Imogen cerró los ojos. Al dolor le siguió el peso de la responsabilidad. De alguna manera tenía que sostener su hogar, porque ni su prima, ni su tía ni ella misma poseían nada más a lo que aferrarse. Sin Arthur, ¿quién protegería aquella casa? ¿Qué ocurriría con la tía que no sabía nada sobre administrar gastos? ¿Y con Eleanor, quien ya se había enfrentado una vez a lo que era quedarse sin recursos? ¿Qué sería de la propia Imogen, quien solo poseía una gran determinación?

La noche se alargó.

La hermana de Arthur no durmió. Era imposible hacerlo. Se quedó en un estado de semivigilia, en el que los recuerdos no la dejaban ni respirar. Todo le parecía una pesadilla, pero sabía que de un sueño así era imposible despertarse.

Y, aun así, cuando el amanecer empezó a clarear, ella ya estaba sentada en el borde de la cama, con la espalda recta y la cara lavada. Despedirían a Arthur como se merecía. Su hermano, desde allí donde estuviese, les enviaría una señal, o incluso, tal vez, las salvase de un destino que se presentaba bastante siniestro.

Capítulo 1
Una visita indeseada

Mansfield House, seis meses después.

Aquel mediodía, la lluvia había decidido entretenerse con Surrey, fina e insistente, como una vecina con tiempo libre y demasiadas opiniones que airear. En el salón principal, *lady* Octavia Mansfield le daba órdenes a un jarrón de peonías con la misma solemnidad con la que otros negociaban tratados.

—Si vais a marchitaros, hacedlo con decencia —le dijo a las flores, al tiempo que las ajustaba un milímetro a la izquierda—. Esta familia ya ha tenido suficiente tragedia.

La desdicha, por desgracia, no se superaba con facilidad, aunque el destino les había dado a las tres mujeres que vivían en esa casa varios motivos para tener que sobreponerse bastante rápido.

Un sirviente asomó la cabeza.

—*Milady*, un caballero pregunta por *lady* Imogen.

La tía Octavia se quedó inmóvil, con la mano suspendida sobre el jarrón. El criado esperó pacientemente ante su silencio.

—¿De quién se trata? ¿No ha tenido la decencia ni de dejar su tarjeta de visita? —preguntó ella al fin, peligrosamente amable.

—Es el señor Beresford, *milady*, y dice que es urgente, así que no ha querido seguir el protocolo.

Octavia frunció el ceño, porque aquel apellido parecía ser una mosca insolente. Bien sabía ella que el mundo estaba lleno de señores Beresford que se asemejaban a las pirañas.

—Por supuesto. Urgente. Siempre es urgente cuando vienen a llevarse algo. —Se alisó el turbante color ciruela, que seguía siendo su escudo favorito a la hora de declarar la guerra a un invitado indeseado—. Que pase. Y que sepa que aquí no malvendemos nada. Que se lo digan a su… su… —buscó la palabra y la soltó con desprecio—: panda.

El sirviente obedeció de inmediato las instrucciones. Y entonces Benedict Beresford cruzó el umbral para situarse ante una anciana que lo miró con una ceja alzada. Bien podría haber sido una duquesa, o tal vez una emperatriz.

Él se presentó con cierta humildad. Después de todo, no era un hombre que iba a pedir disculpas ni tampoco se proponía exigir nada. Iba vestido con un traje oscuro impecable. El cabello lo llevaba peinado con esmero, el rostro, afeitado y su expresión era tan serena que, en otras circunstancias, habría resultado hasta arrogante.

A Octavia le bastó un vistazo para concluir lo evidente.

—Piraña, no. Será otro buitre —murmuró de modo ininteligible.

Benedict inclinó la cabeza.

—*Lady* Octavia Mansfield, supongo.

—Supone bien. —La anciana le sonrió como si estuviera enseñándole los dientes para atacar y no para recibirlo cálidamente—. Y usted debe de ser el nuevo emisario de «no les queda más remedio» y «los tiempos son difíciles». Le advierto que ya he escuchado ambos sermones más de lo que una podría soportar. Van dos veces esta semana, y hoy solo es martes.

Benedict frunció el ceño. Aquel recibimiento no formaba parte de ningún protocolo.

—¿Disculpe?

—Claro que no lo disculpo. —Octavia señaló una butaca con teatralidad—. Siéntese, caballero.

Cuénteme qué clase de desgracia trae usted en el bolsillo, para que mi familia y yo nos apiademos de su mala suerte. ¿Una deuda? ¿Una hipoteca? ¿Un primo lejano que ha aparecido de pronto con un pergamino polvoriento y un derecho que nadie conocía? —Benedict abrió la boca para responder, pero Octavia no le concedió el turno y siguió hablando—: Ah, no, espere… —Levantó un dedo para silenciarlo—. No me lo diga. Viene usted a sugerir que sería prudente vender la casa antes de que la situación empeore. ¡Como si yo no supiera lo que es prudente! He sido prudente toda mi vida y mire dónde me ha llevado. A un salón con unas peonías deprimidas. —Señaló el jarrón.

Benedict carraspeó una sola vez.

—*Milady*, lamento la confusión pero yo…

—Esto es nuevo —lo interrumpió—. Un buitre vestido de piraña que viene con buenos modales. Me dan ganas de tirarle algo, y no me caracterizo por ser una mujer que se prive de sus deseos.

Se hizo el silencio.

Benedict la miraba con calma. Sería más acertado establecer primero si la dama era una amenaza o simplemente se estaba entreteniendo con él al ponerlo en un aprieto. No había esperado que la adorable tía a la que Arthur siempre se refería con afecto resultase una arpía tan elegante. Oh, sí. *Lady* Octavia, que había vivido siempre convencida de que el mundo era un teatro y ella su estrella principal, fiel

a su palabra, caminó un paso para coger lo primero que tuvo a mano. No fue un florero —porque aún tenía principios y no pensaba sacrificar unas flores que todavía durarían un par de días más—, sino un pisapapeles de bronce con forma de león. Se lo lanzó sin pestañear.

Benedict lo esquivó con una rapidez increíble, ladeó el cuerpo sin brusquedad. El león pasó silbando junto a su hombro y cayó sobre una alfombra produciendo un golpe amortiguado. Ella pensó que el hombre comenzaría a gritar de inmediato y saldría por la puerta aludiendo a la locura de una anciana que Dios ya debería haber llamado a su lado.

Eso no sucedió. Octavia se quedó con la mano en alto, sorprendida porque el maldito buitre siguiese delante de ella como si fuese un pavo real.

—Vaya —dijo, con un interés genuino—. Tiene reflejos y agallas. A estas horas lo situaba a medio kilómetro, corriendo y con las manos alzadas, gritando mil y una obscenidades. ¿Por qué sigue aquí? Su desesperación debe ser más grande que la nuestra —se aventuró a decretar.

Benedict le sostuvo la mirada y él no se apreciaba enfadado. ¿Era diversión lo que Octavia veía reflejado en sus ojos?

—Se necesita algo más que un objeto pesado para hacerme huir, *milady*.

Octavia abrió la boca para responder con otra estupidez gloriosa cuando la puerta del salón se abrió de golpe.

La señora Eleanor Ashford irrumpió con el aire de una mujer dispuesta a tirarle algo más contundente y a no parar hasta conseguir hacer diana.

—¿Qué significa esto? —exclamó, al tiempo que observaba el león en el suelo. Luego se centró en Benedict—. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Señora Ashford, debo suponer —la saludó él con una inclinación breve.

Eleanor frunció el ceño.

—¿Nos conocemos?

—He preguntado por ustedes —respondió Benedict con la misma calma que cuando entró en la casa, como si el hecho de que dos mujeres maduras quisieran su cabeza servida en una bandeja de plata fuese lo más natural del mundo.

—Pues ya puede dejar de preguntar —replicó Eleanor, para luego avanzar un paso—. Largo. Ahora mismo se marchará. De inmediato. Ya hemos tenido suficientes visitas de caballeros bienintencionados que solo buscan quitarnos de las manos nuestra libertad y los pocos enseres que todavía nos quedan.

Octavia chasqueó la lengua.

—Eleanor, querida, no lo eches todavía. Este al menos esquiva leones y no me ha llamado «loca» ni cuando he tratado de dejarlo inconsciente.

Eleanor la miró con una mezcla de desesperación y afecto.

—Octavia, por el amor de Dios… Ya que te empeñas en ser descortés de un modo tan salvaje, como mínimo se te debería exigir que cumplieses con tus cometidos. Doy por hecho que a este *individuo* —arrastró la palabra— lo tenías más cerca que al contable de lord Marchman. Entonces me pregunto cómo a aquel joven sin escrúpulos pudiste darle con una preciosa figurita de cristal que quedó arruinada para siempre y has fallado ahora.

—Este *individuo* —dijo en el mismo tono que Eleanor— ha sido más rápido de lo que preví. E insisto en que no ha hecho ningún drama por el asunto. ¿No deberíamos premiarlo con permitirle soltar su desagradable disgusto? Luego las dos podemos jugar al tiro al plato con él.

—¿Tenemos cerca las pistolas de duelo de nuestro querido Arthur?

—Sí. Justo en aquel cajón de allí. —Octavia señaló el lugar.

—Bendita sea nuestra niña por no haberlas vendido. ¿Por qué no vas sacándolas, Octavia?

Presiento que dentro de poco tendremos que apuntarle para que se vaya. Este de hoy parece más arrogante que el que nos visitó el sábado, y aquel sí se mereció que le hubiésemos disparado en las posaderas.

Benedict carraspeó y a continuación volvió a hablar:

—Disculpen la interrupción de tan… interesante conversación. Les agradezco el detalle de comentar sus planes antes de llevarlos a cabo. Pero no será necesario que tomen ninguna represalia. No he venido a molestarlas. Estoy aquí por *lady* Imogen.

Eleanor se tensó. Aquel hombre parecía muy decidido a… ¿a qué?

—Otro que viene por la niña, Octavia.

—Eso veo, Eleanor. —La tía de Imogen se giró para mirarlo de la cabeza a los pies—. Confieso que es un buen ejemplar para la procreación.

—¡Octavia! —la llamó al orden la otra—. ¿Dónde están tus modales? Una cosa es amenazarlo con pegarle un tiro, pero ¿ensalzar sus dotes varoniles? No. No me agrada para Imogen. Es un león que se ha vestido hoy con piel de cordero. A mí no me engaña. Demasiada seguridad en sí mismo. La niña se tomaría el reto de volverlo más humilde, así que se lo comería en dos bocados y no quedarían ni sus restos para enterrarlo. Si debe elegir a alguno de los buitres que nos han visitado, preferiría que

fuese… —Eleanor chasqueó la lengua—. Soy terrible para los nombres. El alto fornido y rubio, ¿recuerdas su nombre?

—No, Eleanor, porque me impresionó el alto y moreno, aunque no era tan atlético como el que dices. Debimos haber comenzado a hacer fichas cuando los pretendientes de Imogen llegaron para ofrecerse. Aunque debo decir que incluso el pelirrojo me pareció un buen partido. Con ese, la niña habría tenido buenos cachorros, criticados pelirrojos, sí, pero tal vez se hubiesen acabado poniendo de moda los pequeños pelirrojos. Además, ese muchacho tenía cien ovejas y nos prometió que no nos faltaría de nada. Era bastante amable.

—Es cierto. No entiendo el motivo por el que la niña lo despachó tan pronto. —Benedict volvió a carraspear. Eleanor se fijó en él con descaro—. Por muy masculino y apuesto que se vea usted, ella no lo aceptará.

—Disculpe mi atrevimiento, señora Ashford, pero no recuerdo haber hecho ninguna propuesta de matrimonio.

—Mejor —saltó Octavia—, porque la niña es capaz de arrancarle la hombría a un hombre con solo una mirada. Es cierto que no ha huido cuando he tratado de hacerle una brecha en la cabeza, pero dos minutos con mi sobrina y saldrá pataleando como una damisela en apuros. Será mejor que se marche.

—Es verdad. Por muy león que se crea, la niña lo destrozará.

—Y si hay algo que sea peor que unas flores provocando una tragedia mientras se marchitan, es ver a un hombre llorando. No querrá enfrentarse a nuestra Imogen —opinó Octavia.

—Ahora denos las gracias por prevenirle, por no sacar las pistolas y márchese antes de que cambiemos de opinión y le permitamos ver a la niña —recomendó Eleanor.

—No le gustará lo que le ocurrirá —atestiguó Octavia.

—Me temo, mis queridas damas, que no puedo hacer lo que tan solícitamente me piden. Debo ver a *lady* Imogen.

—Me gusta usted, muchacho, aunque no entiendo el motivo. O quizá sí —le dijo Octavia—. Le estamos salvando de una desgracia, dese la vuelta y regrese por donde haya venido. Búsquese a una joven dócil, hermosa y cuya dote le haga temblar las piernas. La niña no le conviene.

—¿Y si la convocamos, Octavia? Me gustaría que este… muchacho, tal y como lo has llamado, supiese de lo que estamos hablando. Unos minutos con ella y se irá para no regresar. Tal vez así corra la voz entre algunos de sus congéneres y nos dejen tranquilas un par de semanas.

—Háganlo, se lo ruego, aunque solo sea para darme una lección. Convóquenla —pidió Benedict.

El tono no fue desafiante, pero a Octavia le sonó igual.

—Probaremos con otra cosa más contundente. —Le tocó a la anciana aclararse la voz y luego tomó una larga bocanada de aire para luego gritarle—: ¡Fuera de aquí!

Las palabras rebotaron por el salón, hirientes y definitivas. Eleanor aplaudió la intervención de Octavia.

—Sublime, querida. Ha sido tu mejor interpretación.

—Sí, sé que lo ha sido, pero él sigue aquí. ¿Por qué no se marcha, Eleanor? Al final tendremos que ir más lejos y sería un sacrilegio sacar una pistola y no dispararla.

—Lo sé. Pero si hiciésemos eso, como hermana e hija de un conde la justicia tendría cierta piedad contigo, pero ¿qué sería de mí?

—No te preocupes, Eleanor. Yo le dispararé las veces que haga falta. Tú no tendrás que mancharte las manos. Eso te dejará protegida de cara a un juez.

No hubo tiempo de más, porque entonces apareció Imogen. No entró corriendo, ni preguntó qué ocurría, solo cruzó el umbral como si fuese Cleopatra misma. Benedict la observó con cautela. No estaba admirando su físico. De hecho, no había nada

en ella que pudiese impresionar a un hombre que había seducido a las mujeres más exquisitas de Londres, pero lo que le llamó poderosamente la atención fue la seguridad que ella mostraba en sí misma. Se adivinaba que era una mujer que había tenido que ser responsable de aquellas dos excéntricas mujeres que seguramente hubiesen sacado las pistolas para librarse de él.

Llevaba un vestido oscuro de mañana, sencillo, sin adornos; el luto le sentaba como una segunda piel. Su rostro estaba sereno, pero sus ojos… sus ojos no eran serenos en absoluto. Se la veía muy peligrosa.

—Prima Eleanor —dijo con suavidad—. Tía Octavia.

—Imogen —susurró Eleanor, aliviada y aterrada a la vez—. Este hombre ya se iba.

La recién llegada alzó la vista hacia Benedict. Lo miró sin reparos, de arriba abajo. Él no bajó la mirada, decidió ser igual de insolente que ella. No recordaba que Arthur tuviese tanta fuerza como esa mujer. Su mejor amigo en las filas no había sido ningún pusilánime, pero lo que se acababa de presentar ante él era… era… era la valentía hecha carne. Sí. Esa mujer habría librado muchas batallas y seguro que perdió muy pocas. No había rastro de docilidad o sumisión en ella. Decididamente Arthur no les había hecho justicia a ninguna de las tres mujeres de las que se hizo cargo. La anciana no se molestaba en disimular sus deseos, incluso se amparaba en la locura para ser bastante excéntrica. La viuda no tenía

miedo a nada ni a nadie, pero sabía medir mejor las consecuencias de sus actos, estaba seguro. La mujer que acababa de colocarse frente a él, sería la más peligrosa de las valquirias, no le cabía ninguna duda al respecto. Probablemente estaría más loca que cuerda, sería valiente a costa de su propia autoconservación y le daba en la nariz que se mostraría más desagradable e intimidante que las otras dos damas juntas.

Durante un instante Imogen y Benedict se dedicaron a tomarse la medida con la mirada. Él, inmóvil, con esa seriedad que enmascaraba su furia constante. Ella, perfecta, con su máscara bien puesta.

—Buenas tardes, caballero —lo saludó Imogen—. Mi tía ha debido tener, en esta ocasión, mala puntería —señaló, intuyendo lo que habría hecho la anciana nada más verlo, dado que no era la primera vez que intimidaba a un hombre, y el león seguía en el suelo—. Y Eleanor no habrá tenido tiempo de sacar las pistolas todavía. Tal vez me haya anticipado en la función. No importa. Ya que estoy aquí, dígame quién es usted y por qué ha venido a mi casa.

—Benedict Beresford, *milady*.

—¿Y qué quiere de nosotras, señor Beresford?

«De nosotras». No «de mí». Imogen era parte activa de una familia. Las tres iban juntas como un grupo indivisible. Ahí, Arthur no había fallado

cuando le contaba cosas sobre su hogar. Su amigo le había tendido una trampa que ni el mismo Ben había visto hasta que fue demasiado tarde. No solo se trataba de proteger a la hermana.

Benedict inspiró despacio.

—Estoy aquí por usted, *lady* Imogen Mansfield.

Octavia soltó un bufido nada femenino.

—¡Eso ya lo ha dicho! —exclamó la anciana —. Eso es lo que hacen todos. Primero vienen para tratar de engatusar a mi sobrina y luego se descubre que desean más.

Imogen no se movió de su lugar, pero se había colocado en un lugar estratégico, tal y como pronto iba a descubrir Ben. La mano de la mujer se deslizó hacia el aparador con un gesto casual. No lo fue. Abrió un cajón con gran facilidad y no rebuscó demasiado. Sacó de allí dentro un objeto envuelto en un paño y, cuando lo desplegó, el metal atrapó la luz gris del ventanal.

Un puñal viejo pero bien afilado.

Eleanor ahogó un sonido.

—Imogen… ¡Qué pícara! ¿Cuándo lo pusiste ahí? No estaba en ese lugar la última vez que vino el señor Sebil para cantarte su amor.

—Yo lo intuía —habló Octavia—. Le dijo que si regresaba le clavaría un puñal y era lógico que la niña se hubiese preparado para la eventualidad. Trata de no mancharte el vestido, Imogen. La sangre no se limpia con facilidad y no creo que quieras arruinar un vestido que todavía sigue decente.

—No le des en el corazón —opinó Eleanor—. Será mejor si lo dejas malherido y que sea capaz de salir por su propio pie. Se ve pesado, así que si lo matases, no sé si entre las tres podríamos… Dale en un brazo; con eso bastará para ahuyentarlo.

—Les recomiendo el izquierdo, porque el derecho ya lo tengo maltratado —intervino Benedict.

Imogen avanzó hacia él y Ben no retrocedió. Ni siquiera cuando la hoja se quedó a un palmo de su pecho y sintió la respiración de la dama sobre su boca.

—¿Se cree valiente o tiene la certeza de que no lo heriré? No debería subestimar a una mujer que tiene poco que perder.

—No es valentía, *milady*. Sencillamente es que no tiene motivos ni para amenazarme ni para herirme —resolvió él.

—Está en mi casa, ¿no?

—Sí.

—Ha venido a molestarnos, ¿me equivoco?

—He venido porque tenía que venir —la corrigió.

Octavia se llevó una mano a la boca, fascinada al ver que él no se acobardaba.

—Oh, es valiente, Imogen. Harris Pepper ya se habría orinado en los pantalones. ¿Es necesario que lo despaches tan pronto?

—Harris Pepper me conoce bien y sabría que no voy de farol —apuntó Imogen.

—¡Esto está durando demasiado, prima! La ansiedad por saber si se lo clavarás en el brazo izquierdo o no me está matando —dijo Eleanor.

—Tiene diez segundos para marcharse, señor Beresford. Si no lo hace, lo mato —dijo Imogen, en un tono de voz muy acorde con la amenaza que estaba proyectando.

La respuesta de Benedict no fue la que las tres esperaban. Él dio un paso adelante y el metal estuvo tocando su chaqueta al siguiente segundo.

—Suba un poco más el puñal, *milady*. Puede acercarlo a mi cuello si lo desea. Hágame feliz. Corte sin miedo, porque el otro infierno al que me mandará no será muy diferente al que he vivido hasta el momento. Adelante… ¡Vamos! —la presionó.

El silencio se hizo más denso. Imogen frunció el ceño, desconcertada por la respuesta.

—¿Está loco?

—Mucho. Y usted acaba de perder su ventaja. —Acto seguido, Ben la desarmó con una facilidad que a ella le resultó insultante—. Jamás hay que bajar la guardia, *milady*.

En ese instante, Ben sintió a su espalda una presión inconfundible. Una de las dos mujeres lo estaba apuntando con una pistola.

—Será un buen chico y se marchará de inmediato —le dijo Eleanor, muy cerca de la oreja.

Imogen lo miró con una sonrisa triunfal. Octavia comenzó a aplaudir.

—¡Qué buen guion! Ni el maestro Shakespeare lo habría escrito mejor. ¡Oh, magnífico! ¡Formidable, Eleanor! —la ovacionó la anciana.

—No puedo marcharme —repitió Ben, quien le estaba devolviendo el cuchillo a la hermana de Arthur—. Tengo una misión que cumplir.

Octavia soltó un sonido indignado. Eleanor hizo más presión con la pistola para obligarlo a apartarse de su prima. Solo Imogen se quedó completamente quieta al escuchar esa última frase. No eran las palabras de un usurero, ni tampoco el vocabulario habitual que emplearía un buitre.

—¿Qué graduación tiene, señor Beresford? —le preguntó de inmediato Imogen.

—Ahora ninguna —respondió él.

—¿Y antes de regresar a Londres?

—Era teniente, *milady*.

—¿Compañero de filas del teniente Mansfield?

—Así es, *milady*.

—¿Cuál es su misión, teniente Beresford? —siguió ella con el interrogatorio. No le importaba que él no perteneciese ya al ejército.

Benedict asintió. Las cartas sobre la mesa.

—La primera parte de mi misión consiste en entregarle los efectos personales de su hermano.

El aire de la estancia cambió de pronto. Imogen dio un paso atrás. Eleanor bajó la pistola de inmediato y Octavia soltó un gemido lastimero.

—¿Seis meses ha tardado en regresar a casa, teniente?

Benedict no se movió. Con la mano derecha le devolvió el cuchillo y luego procedió, muy despacio, a sacar del bolsillo de la levita un paquete pequeño, envuelto en tela oscura y atado con una cuerda. Imogen miró el paquete como si no se creyese lo que estaba viendo.

—Lamento profundamente la tardanza, *lady* Imogen, pero tiene que comprender que no he podido visitarla antes. Me disculpo por ello.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Octavia—. ¿Por qué diantres no dijo que era amigo de nuestro Arthur?

Ben ladeó la cabeza para mirar a la anciana.

—Ustedes no me lo han puesto fácil, *milady* —le dijo.

—El té —habló Eleanor—. Hay que pedir el té. Esto ha dejado de ser un campo de batalla… Oh, cielos —se dio cuenta de que el símil no era adecuado—. Lo que quiero decir es que el teniente señor Beresford es nuestro invitado.

—Puede llamarme señor Beresford, *milady*.

—Oh, no, no —negó Eleanor—. En realidad solo soy la señora Ashford. Eleanor. Puede llamarme Eleanor. Los amigos de mi querido primo Arthur son mis amigos. ¿Verdad, Octavia?

—Por supuesto, señor Beresford. Yo soy la tía Octavia y la niña es… —La anciana se acercó hacia Imogen, quien no había dejado de mirar el pequeño paquete.

—Yo soy *lady* Imogen o *milady* —dijo al fin la hermana de Arthur. Él tomó nota mental de que no

se lo iba a poner fácil—. ¿Qué es lo que trae ahí? —lo azuzó.

—Algunos enseres de su hermano.

Ben alzó el paquete un poco más. Sus dedos se cerraron con firmeza alrededor de la tela… y entonces, por primera vez, Imogen lo vio. Se fijó en el modo en que Benedict hizo un gesto de dolor que evidenciaba la rigidez en el hombro.

—Está herido. —No fue una pregunta.

—Lo estuve.

—Lo sigue estando, pero al menos ha regresado con vida —lo corrigió ella, sin piedad.

Benedict dejó escapar una exhalación breve que pudo haber sido una risa sin alegría.

—Así es.

—Si me ha traído eso para jugar con nosotras, si ha venido a revolver el dolor… —Imogen levantó la barbilla—. Le juro por Dios, señor Beresford, que entonces sí sabré cómo usar este puñal. —Lo alzó para que él lo viese bien también.

—No he venido a jugar —dijo él—. Estoy aquí porque le di mi palabra a su hermano.

El pulso de Imogen pareció fallar un instante. Octavia se colocó entre su sobrina y el señor

Beresford dado que Imogen no parecía dispuesta a mostrarse cordial.

—Querida niña —comenzó a decir la anciana—, tu hermano se revolvería en su tumba si supiera el modo en el que hemos tratado a un amigo suyo. Te lo ruego, tomemos el té de modo civilizado.

—Imogen… —susurró Eleanor desde el otro lado.

La aludida cerró los ojos un instante. El cansancio le pesaba tanto que no podía seguir en pie.

—Déjelo sobre la mesa —ordenó la más joven de las damas.

Benedict obedeció sin prisa. Dio dos pasos, con cuidado de no delatar el dolor que sintió en el hombro cuando bajó el brazo, y colocó el paquete sobre la mesa del centro, junto a las peonías que seguían pareciendo deprimidas.

Imogen comenzó a avanzar despacio hasta ese lugar cuando él se hizo a un lado. No tocó el paquete de inmediato. Se quedó mirándolo como si tuviera miedo de que, al abrirlo, el mundo confirmase lo que su mente aún se resistía a aceptar del todo, pues eran los últimos recuerdos de un hermano al que no volvería a ver. Eleanor se colocó a su lado. Octavia, detrás de ambas, apretó un pañuelo contra sus labios.

Imogen deshizo la cuerda. La tela se abrió. Dentro había un reloj de bolsillo, una pequeña libreta de tapas gastadas, un pañuelo doblado con iniciales bordadas y un sobre con el sello del Ministerio. El reloj no funcionaba, y ese detalle fue tan cruel que a Imogen le faltó el aire.

Sus dedos rozaron el metal.

—Arthur… —susurró Octavia, y su voz se perdió en un sollozo.

Imogen tragó saliva con gran dificultad, una vez, dos, tres… Se fijó en el sobre. Benedict no habló. Seguía en un segundo plano. Se concentró en el paisaje que arrojaba la ventana más grande de la estancia, y así les permitió esa intimidad que las tres necesitaban.

Imogen alzó la vista al fin. Sus ojos brillaron, pero se negó a llorar.

—¿Estaba con él cuando murió? —La pregunta salió sin que hubiese podido detenerla.

Benedict apretó la mandíbula. Pensaba que aquel recuerdo no tendría que volver a revivirlo nunca. No había previsto que la hermana de Arthur necesitase los detalles. Ah, pero entonces él no había conocido la fuerza y entereza de *lady* Imogen.

—Sí. Hubo una emboscada. Su caballo cayó. Quedó atrapado. —Se obligó a seguir—. No sufrió mucho y no estuvo solo, *milady*.

Ella cerró los ojos. Las lágrimas escaparon de su confinamiento y no hizo ademán de limpiárselas.

—Usted lo acompañó hasta el final —dio por hecho la más joven.

—Sí —le confirmó, aunque ella no lo necesitaba.

Eleanor emitió un sollozo ahogado. Octavia cerró los ojos y se tragó el dolor que sentía. Imogen asintió una sola vez. Dolía. Le dolía el corazón porque con ese testimonio, ella ya sí tenía que aceptar la verdad, y la realidad era dura, porque su amado hermano Arthur no iba a volver. Al comprender que el señor Beresford era en verdad un buen amigo de Arthur, decidió dejar sobre la mesa el puñal que aún sostenía en la mano.

—Yo… —Imogen inspiró despacio—. Lamento el modo en el que ha sido recibido, señor Beresford. Le pido que acepte mis más sentidas disculpas. Mi hermano me condenaría y con verdadera razón. Por favor, sería mejor que nos tomásemos ese té al que ha aludido mi prima, si no le importa tener que tratar con tres mujeres que han pasado de la amenaza al dolor más agudo. Si le incomodan las lágrimas, comprenderé que se marche en este instante para no regresar.

—Vine preparado para todo, *milady*. No hay nada que perdonar. Y aunque sería un placer compartir ese té con las tres, me gustaría tratar con usted de modo privado un asunto un tanto delicado.

Octavia alzó la barbilla, ofendidísima por el comentario sobre deshacerse de ellas dos.

—¡No sea vengativo! —le espetó—. Mi sobrina ya se ha disculpado por las tres. Si cree que Eleanor y yo le dejaremos marcharse sin haber hecho las paces debidamente, es que no ha estado prestando la suficiente atención.

—En cuanto a una reunión privada —siguió hablando Eleanor— sería contraproducente, porque la niña tendría que repetirnos luego toda la charla.

—Comprendo —dijo Benedict—. ¿A usted le parece bien que hable con libertad en presencia de su prima y su tía, *milady*? —le preguntó directamente a Imogen.

La interpelada se pasó los dedos por la frente, despacio. Parecía estar intentando ordenar el mundo sin éxito.

—Sí. No tenemos secretos de ningún tipo.

—Todo aclarado —tomó la palabra Octavia —. Y usted, señor Beresford, siéntese para que todo este asunto adquiera un cariz civilizado.

Benedict inclinó la cabeza, solemne.

—Por supuesto, *milady*. Lo haré en cuanto las tres hayan tomado asiento, por favor.

Eleanor lo miró con media sonrisa dibujada en el rostro y Octavia con una más brillante. Imogen era la que tenía la mente en otro lugar.

—Tomaremos té —anunció—. Y después me dirá qué significa eso tan importante que tiene que tratar conmigo.

Benedict no sonrió, pero en su mirada había demasiada solemnidad. Imogen no estaba segura de que las malas noticias se hubiesen terminado.

—Así se hará.

Eleanor se acercó y tiró de la cuerda para convocar al servicio. Mientras una doncella corría a por la bandeja, las tres damas se sentaron muy rectas y llenas de formalidad. Él se sentó en una silla frente a ellas. Se sentía en una clara inferioridad numérica.

Trajeron el té y antes de que nadie hablase sobre el clima o sobre alguna tontería, Benedict decidió que tenía que ser claro.

—Verán, no puedo seguir callando el motivo de mi visita. No me andaré por las ramas. Sé que ustedes sentirán curiosidad. Cuando Arthur… cuando mi amigo cayó, yo fui herido y me ordenaron regresar a casa de inmediato. Deben estar reprochándome en silencio que un hombre no tarda seis meses en visitar a la familia de un amigo que fue pura luz en sus instantes más oscuros. Porque eso era Arthur, un espíritu benevolente, justo y valiente.

—Se está andando por las ramas, señor Beresford —terció *lady* Octavia.

—¡Tía! —la llamó al orden Imogen.

—Es verdad —intervino Eleanor—. Ha dicho que sería directo y está dando muchas explicaciones.

—El caballero necesitará preparar su discurso. Tengo la sensación de que no solo ha venido a entregarnos las pertenencias de mi hermano.

—Está en lo cierto, *lady* Imogen. Estoy aquí para cumplir con la segunda parte de mi misión, llamémoslo así.

—¿Y eso qué es? No puede ser algo tan malo como para hacerle transpirar de ese modo —indicó Eleanor.

—¡Es cierto! —terció Octavia—. El muchacho está sudando.

—¿Por qué está tan nervioso, señor Beresford? —intervino Eleanor de nuevo.

—De eso se trata, estoy aquí porque… —carraspeó.

—Oh, por amor de Dios, dígalo de una vez —lo azuzó Octavia.

—Sin florituras. No puede ser peor que lo que nos hizo sentir la partida de nuestro queridísimo Arthur.

—¿Queréis dejarlo hablar? Al final sí que va a pensar que somos unas pésimas anfitrionas y se marchará corriendo sin mirar atrás —les dijo la más joven de ellas.

—Me temo que no podría hacer eso, *lady* Imogen. El motivo por el que me ha costado un poco más de la cuenta venir, es porque tenemos que casarnos.

Capítulo 2
Una petición imposible

Aproximadamente seis meses atrás, cuando Benedict puso un pie en Londres, lo hizo con la certeza de que estaba regresando a un lugar en el que nunca había encajado y en el que jamás sería admitido. Sabía lo que tenía que hacer. Buscar a la hermana de Arthur Mansfield y cumplir la promesa que le había arrancado. Lo que no sabía era en qué estado encontraría a aquella familia, ni qué clase de vida habría tenido Imogen desde la última carta de su hermano. Solo tenía una idea fija, y era que no quería presentarse con las manos vacías, porque el honor por sí solo no bastaba para sostener un hogar, y más cuando Benedict no lo tenía en abundancia. Había comenzado a codearse con eso que se llamaba dignidad no hacía demasiado y no sabía si habría logrado cosechar lo suficiente como para estar a la altura de las circunstancias. El antiguo Benedict… No, no. Azrael habría arrojado la promesa al mar, pero Benedict estaba dispuesto a ser honorable. Eso era un gran paso y él mismo lo sabía.

Mientras el hombro le recordaba cada mañana que su cuerpo ya no era el mismo, se dedicó a obedecer órdenes de sus superiores, porque aunque ya no estaba en el ejército, seguía trabajando para la Corona. Atendió asuntos discretos para el Ministerio, siguió sombras, escuchó conversaciones y tiró de hilos con cuidado de no romperlos. Entre encargo y encargo fue dándole vueltas a un modo de reunir algo de dinero, porque cualquiera que pretendiera cuidar de alguien necesitaba más que buenas intenciones, y él sabía mejor que nadie lo inútiles que eran las promesas cuando la economía era pobre.

La solución le llegó en forma de ironía y acento escocés. Ewan MacCrae se presentó en Londres al enterarse de su regreso, empeñado en comprobar con sus propios ojos que Azrael seguía con vida. Y en cuanto lo vio, descubrió que su amigo había cometido una temeridad. El bruto del escocés había apostado en White's a que regresaría vivo, y el resultado —uno contra muchos— le había dejado una suma que, de pronto, podía cambiarle a Ben el margen de maniobra con creces. Aun así, el dinero de Ewan no venía solo con orgullo; también traía una buena dosis de culpa. El loco señor MacCrae seguía arrastrando la sombra del secuestro absurdo con el que había intentado impedir su boda con Lydia y necesitaba convertir aquella fortuna en una forma de reparación. Por eso se empeñó en cedérsela, presionándolo hasta que aceptó.

Y aun con recursos, Benedict no se sintió más libre. El peso que lo empujaba hacia Mansfield House no era el dinero; era otra cosa más compleja y

sabía que necesitaba aliados. No se veía capaz de ofrecerse en matrimonio, no con el hombro inútil, ni con su fama de hombre difícil y pícaro impenitente. Sin embargo, cada vez que recordaba a Arthur en aquella última batalla, comprendía que la parte más dura no era reunir medios para ayudar a Imogen, sino admitir que ya había cruzado la línea que siempre había evitado. Había decidido no huir y aquello, para un hombre como él, era un compromiso más definitivo que cualquier firma en un contrato.

—¿Ha dicho algo de casarse? —preguntó Octavia. La voz de la anciana devolvió al presente a Ben.

—Eso he entendido —le aseguró la viuda.

—¿Te ha pedido que te cases con él, Eleanor? ¿O me lo ha pedido a mí? Tuve diecinueve propuestas en mi juventud. Pensé que no llegaría a la número veinte. Me siento bastante satisfecha.

—No ha sido ni a ti ni a mí, querida Octavia.

—¿A la niña? —siguieron las dos mujeres más maduras debatiendo, mientras Ben miraba con atención a una Imogen que se había quedado muda.

—Sí —confirmó Eleanor.

—Oh. ¿Y vas a aceptar, sobrina? —se interesó la tía—. Yo no me lo pensaría demasiado. A poco que tenga algo de fortuna, sería un pretendiente aceptable.

—¡Octavia! El amor no se trata solo de bienes materiales —la regañó la señora Ashford.

—Ya, que te lo digan a ti, querida Eleanor. Ni un penique te dejó tu esposo.

—¡Octavia! —volvió a saltar la otra.

—Uhm… No te muestres tan ofendida, solo he constatado un hecho.

—Tal vez sería prudente dejar que la niña y el señor Beresford hablasen a solas, Octavia.

—¿A solas, Eleanor? —inquirió horrorizada.

—¿Te importa ahora el decoro, Octavia?

—Por supuesto que no. Lo que me disgustaría enormemente sería no enterarme de lo que hablarán. Sé de sobra que Imogen se negará a aceptarlo, pero él no me parece del tipo que se dé por vencido con facilidad. ¿Me equivoco, señor Beresford?

—No, no se equivoca, *lady* Octavia. En otro tiempo habría encajado con alivio una negativa por parte de su sobrina, pero ahora mismo no puedo tolerarlo. No pienso abandonar Mansfield House hasta lograr mi cometido —apuntó, sin dejar de observar a su futura prometida.

—¿Debo ir a buscar las sales, Octavia? La niña no se ve muy bien.

—Una bofetada suele ser más efectiva que las sales —razonó la anciana.

—¡Octavia! —la regañó la viuda.

—Estoy bien, tía —reaccionó al fin la aludida —. No hace falta que usemos la violencia ni las sales.

—Ese truco es infalible —susurró *lady* Octavia.

—Nos marcharemos para que podáis hablar con tranquilidad. Si te parece bien, por supuesto, Imogen.

—Les agradeceré a ambas un poco de privacidad —terció Ben.

—¿Por qué, señor Beresford? ¿Piensa ponerse de rodillas y recitarme un poema después de jurar que se ha enamorado de mí nada más verme? —ironizó ella.

—¿Eso serviría para que me aceptase con rapidez? —Ben podría intentarlo. Antes de cambiar de vida era conocido por embelesar a las féminas más difíciles.

—Yo he preguntado primero.

—Y yo después, *milady*.

—¡Oh, cielos! No se han casado todavía y ya actúan como una pareja enamorada —se metió en

medio Eleanor.

—Salgamos de aquí, querida, antes de que Imogen recuerde que el puñal no está lejos y decida usarlo contra nosotras.

—La niña no haría… —La mirada de Eleanor se centró en Imogen. Ella las estaba mirando con una ceja alzada—. Vayamos a… a… a… —No se le ocurría nada para excusarse.

—A cualquier lugar que esté lejos de Imogen y el puñal.

—Eso —estuvo de acuerdo la prima de Imogen.

—Le aconsejo, señor Beresford, que se prepare para lo peor. No dudo de sus aptitudes en el ejército, pero la campaña que le espera será…

—¿No os marchabais? —la cortó Imogen.

—Si mi sobrina le rechaza, hágame una bonita proposición, joven.

—¿Te casarías con él, Octavia? Tú, que te vanaglorias de ser la perfecta y eterna solterona… Tú, que te enorgulleces de haber rechazado incluso a un príncipe prusiano y ¿aceptarías a un simple teniente? —Eleanor lo miró y le dijo—: No se ofenda, señor Beresford.

—No lo hago, tengo la piel más dura de lo que se imagina.

—Le vendrá bien —murmuró Octavia—. Vamos, Eleanor, salgamos de aquí. —Ambas comenzaron a levantarse y Ben ya estaba de pie cuando ellas dejaron de estar sentadas—. Te diré, querida, que no aceptaría a ningún hombre, pero sí que me gustaría poder decir que rechacé a veinte caballeros de lo más apuestos. ¿Te has fijado en la anchura de sus hombros? Es un buen espécimen.

—Eso ya lo mencionaste antes, Octavia. Para decir todo el tiempo que los hombres son criaturas poco admirables, tiendes a hacer todo lo contrario. Creo que eres una mala influencia para la niña.

—¡Cómo si tú no hubieses admirado a cada pretendiente que llegó para tratar de seducir a Imogen!

Así los susurros se fueron perdiendo en el pasillo. Finalmente Imogen y Ben se quedaron a solas. El silencio que dejaron Octavia y Eleanor fue casi ofensivo. En el salón solo quedaron el golpeteo manso de la lluvia contra los cristales, el vapor del té y, al parecer, dos voluntades demasiado tercas para convivir en la misma habitación sin que saltasen las chispas.

Imogen sostenía la taza con una calma que no sentía en absoluto. No bebió. Benedict tampoco. Se había sentado de nuevo frente a ella con la espalda recta, más bien parecía estar en un juicio que

en un respetable salón. El hombro derecho se le había quedado rígido, por lo que el dolor era constante a cada respiración. Procuró no demostrarlo, pero al acercar la mano a la porcelana se le tensó la mandíbula. Terminó sujetando la taza con la mano izquierda, con una precisión que delataba una práctica recientemente aprendida a la fuerza.

—*Lady* Imogen —empezó, y su voz salió serena, demasiado medida—, le debo una explicación que no resulta sencilla.

—Me alegra que lo mencione —replicó ella, sin perder esa cortesía afilada que volvía a estar patente en sus modales—. Dígame, ¿tiene usted la costumbre de presentarse anunciando desgracias como si fueran postres dulces?

Benedict no se inmutó.

—Su hermano me pidió algo antes de morir. Bien, en realidad fue una orden y yo le juré que lo cumpliría. Le prometí al teniente Mansfield que la protegería y no hay otra forma posible de hacerlo.

Imogen dejó la taza sobre el plato con una delicadeza impecable. El sonido de la porcelana fue mínimo, pero el gesto tuvo la contundencia de un portazo.

—Lo libero de su juramento, señor Beresford.

—Lamentablemente, *milady*, usted no tiene la potestad para hacer tal cosa. Arthur me hizo prometer que me ocuparía de usted. Estoy decidido a cumplir mi juramento.

—Usted lo ha dicho. Lamenta que yo no pueda liberarlo de su misión. No desea casarse conmigo tampoco.

—Mis deseos no son importantes en esta cuestión. Lo que sí lo es, es que mantuve a mi gran amigo en mis brazos mientras la muerte venía a por él y Arthur solo tenía miedo por su hermana. Le di mi palabra de que la protegería y eso es lo que pienso hacer —insistió.

—¿Era necesario ser tan… tan descriptivo, señor Beresford?

—Sí, porque usted necesita entender la magnitud de lo que está en juego. No fue durante una partida de cartas, mientras el alcohol corría, el momento en el que mi amigo me arrancó la promesa. Fue justo cuando sabía que el final le había llegado. No pienso fallarle a la persona que más me ha importado, quien siempre me protegió las espaldas.

—¿Fallarle dice? Yo creo que eso ya lo hizo, señor Beresford. ¿Acaso le protegió las espaldas a mi hermano cuando más lo necesitaba? —Se arrepintió de la cuestión nada más la escuchó. Se llevó una mano a la boca—. Lo siento, eso ha estado totalmente fuera de lugar.

—No. No ha dicho ninguna mentira. No estuve cerca cuando Arthur me necesitó. Es un pesar con el que tendré que aprender a vivir, pero si el hecho de cumplir con mi promesa me hace más llevadera la carga, lo agradeceré. La vida de su hermano era importante, por supuesto que sí, pero mi amigo solo deseaba su bienestar y si él creyó que yo podía contribuir a ello, es lo que pienso hacer. Dios sabe que no soy un hombre fácil, *lady* Imogen, y que la paciencia no es una virtud en mí, así que cuanto antes acepte lo que ambos tenemos que hacer para honrar a Arthur, mejor nos irá.

Imogen parpadeó una vez. No se permitió el lujo de bajar la mirada. No iba a ganársela retorciendo sus sentimientos y apelando a su lealtad hacia los deseos de su hermano. Volvió a ponerse una máscara y lo miró sin emoción alguna.

—Qué conmovedor ha resultado su discurso. ¿Lo tenía ensayado? No importa. Ha sido del todo innecesario.

—Fue la voluntad de su hermano.

—¿Le dijo él que tenía que casarse conmigo? ¿Usó esas mismas palabras?

Ben frunció el ceño ligeramente.

—Cuando un caballero le pide a otro que proteja a una mujer soltera, solo hay dos caminos para hacerlo. Supongo que no le habría agradado que la invitase a convertirse en mi amante, *lady* Imogen.

—¿Y esas son las palabras amables que mi hermano hubiese deseado que me dedicase?

—Usted ha demostrado que no es ninguna damisela en apuros, así que tolerará la verdad por muy ofensiva que pueda llegar a ser.

—*Touché*. —La sonrisa de Imogen no le llegó a los ojos—. Con el debido respeto, señor Beresford, a mi hermano se le daba de maravilla salvar a cualquiera que pareciera perdido. Tenía el defecto de creer que el mundo era más noble de lo que era. Ahora ya no está, y por muy loable que fuese su intención al aceptar el encargo, no tuvo en consideración mis deseos. No pienso casarme, ni con usted ni con nadie.

Benedict clavó en ella una mirada que fue muy firme.

—Su hermano no se equivocó al confiar en mí, porque no encontrará en todo Londres a alguien tan terco cuando se propone algo. Lo que está consiguiendo al negar la voluntad de su hermano es hacer que mi testarudez crezca.

—No importa, su promesa es innecesaria.

—¿Innecesaria?

—No preciso que nadie se ocupe de mí porque tengo veintisiete años —expuso con orgullo—. Como bien ha observado antes, no soy ninguna damisela en apuros. Sé cómo cuidar de mi familia y

de mí. No hace falta que nos casemos. —Imogen inclinó apenas la cabeza—. Puede usted marcharse, incluso piense en cumplir su juramento desde la distancia. Dedíqueme un pensamiento a la semana y con eso bastará para que quede resuelta su preocupación por mí. Si de verdad quiere protegerme, bastará con no venir a mi casa a molestarme con locuras como el matrimonio.

Benedict soltó una exhalación breve, casi fue un gesto de desesperación.

—Si yo me marchara sin más, *milady*, lo único que lograría sería dejarla expuesta.

—¿Expuesta a qué? —Imogen apoyó el codo en el brazo del sillón—. ¿A sus buenos deseos? ¿A la lluvia? ¿A mi tía, que probablemente vuelva a lanzarle otro león en cuanto me haga enfadar?

—A la gente —dijo él.

Imogen entrecerró los ojos.

—La gente ya habla de mí. Habla desde que nací y seguirá hablando cuando muera. No pienso organizar mi vida en función de los rumores.

—No se trata de su vida —repuso Benedict —. Se trata de su reputación.

—¿Y qué sabe usted de mi reputación?

—Lo suficiente. —Benedict se inclinó apenas —. Soy un hombre soltero en una casa con tres mujeres, de las que solo una corre el peligro de arruinarse por completo. Ahora mismo estoy manteniendo una conversación privada sin que haya una carabina. En estos círculos, una sola visita puede convertirse en un rumor. Dos, en una certeza. Y tres… —se detuvo un momento para luego proseguir —: en un compromiso.

Imogen lo miró como si acabara de insultarla.

—¿Está usted amenazándome con arruinarme? ¿Saldrá de aquí y le dirá a todo aquel que desee escuchar que estuvimos solos tomando el té?

—No. Yo no, pero ¿qué ocurre con los sirvientes?

—No ha habido apenas dinero para pagarles. El mayordomo, el lacayo, la cocinera y la doncella se quedaron con nosotras porque tienen un lugar caliente en el que dormir y comida sobre la mesa. Pudieron haberse marchado hace años, cuando las cosas fueron más difíciles, pero se quedaron a pesar de la dificultad. No encontrará un servicio más leal que el que tenemos en Mansfield House.

—¿Tiene recursos suficientes para seguir manteniendo su hogar, *lady* Imogen?

—Aunque no tengo la obligación de airear mis asuntos económicos, le diré que la tía Octavia hizo unas inversiones hace muchos años que pareció que no iban a ser nada, pero el dinero está llegando.

—Comprendo. Supongo que si su tía y su prima van a vivir con nosotros, es bueno que haya otra fuente de ingresos entrando en casa.

—¿Disculpe? —preguntó muy ofendida por su apreciación.

—Le estoy diciendo la verdad. Nos desagrade y repugne a los dos, es lo que ambos tenemos que hacer.

Imogen se obligó a tranquilizarse.

—Qué conveniente —murmuró ella, con una calma tan peligrosa como el puñal de antes—. Entra en mi casa, se sienta a tomar el té, me dice que mi hermano le obligó a ocuparse de mí y, de pronto, resulta que el único modo de proteger mi nombre es casarse conmigo. Qué relato tan digno de convertirse en una epopeya. Casi podría venderlo en una librería. ¿Sabe cuántos otros han intentado lo que usted pretende? Y cada uno ha fracasado estrepitosamente. Y debo añadir, no se lo tome a mal, que había caballeros mucho más apuestos, y posiblemente más ricos que usted, entre quienes pretendían convertirse en mi esposo.

—Me pregunto por qué tendrían tanto interés esos mencionados caballeros en casarse con

una mujer tan desprotegida que depende de los ingresos de las inversiones pasadas de su tía.

—¿No me ha investigado, señor Beresford?

—Sé lo suficiente; lo que Arthur me contaba sobre usted, su tía y su prima.

—¿Seguro?

—¿Acaso insinúa que tiene una fortuna escondida, *lady* Imogen? —inquirió con los ojos bien abiertos.

—Uhm… Tal vez esos caballeros que vinieron a mi casa para probar suerte, llegaron únicamente motivados por mi enorme belleza —dijo con cierta burla, al tiempo que pestañeaba más de la cuenta.

En cambio, Benedict le sostuvo la mirada sin pestañear.

—No es relevante, porque ninguno de ellos llegó a su puerta para cumplir con la misión que su hermano les encomendó, ¿no le parece, *milady*?

—No me casaré con usted y es mi última palabra.

—No lo creo.

Imogen se irguió.

—No voy a ceder.

Benedict ladeó la cabeza. Aquella frase le pareció un detalle menor. Había logrado la cooperación de mujeres más difíciles que la que tenía ante él.

—Sí lo hará.

La respuesta fue tan tranquila que Imogen tardó un segundo en reaccionar. Cuando lo hizo, su voz se volvió más fría.

—Su seguridad me desconcierta.

—Debería empezar a preparar la boda. Seis meses de luto para llorar a Arthur son suficientes. No se equivoque; sé bien que ni toda la eternidad le servirá para superar el horror de su pérdida, tampoco a mí, pero con eso la buena sociedad deberá contentarse. No diga, *milady*, que no he sido un prometido benévolo, pues le he permitido seis meses de tregua.

—¿Se ha vuelto loco?

—No he estado más cuerdo en toda mi vida. Vuelva a negarse y mi confianza seguirá asentándose todavía más.

—Usted no manda sobre mí, señor Beresford.

—No he venido a mandar. He venido a cumplir con mi cometido.

Imogen soltó una risa breve, sin humor.

—Le propongo una alternativa sencilla: cumpla su promesa sin convertirme en su esposa. Mantendremos correspondencia con asiduidad, le haré saber si preciso algo.

—No puedo.

—Sí puede.

—No, sin arrastrarla conmigo —admitió Benedict, y esa honestidad le dio un filo nuevo a la conversación—. Y no voy a permitir que el precio de mi juramento sea su ruina. —No mentía. Su historial con las féminas era tan escandaloso que ella sería el tema de conversación de todo Londres en cuanto se supieran ciertas cosas.

Imogen lo observó durante unos segundos. Trataba de descifrar todos sus secretos y él lo sabía.

—Se está dando aires de mártir.

—No soy un mártir. Soy terco.

—Eso ya lo he notado.

Benedict hizo el amago de mover el brazo derecho y se frenó a mitad del gesto. La rigidez le tensó el cuello. Lo disimuló lo mejor que pudo, pero

Imogen lo vio. Era evidente que él sufría debido a sus heridas.

—Además —continuó él, sin dejar que ella comentara nada sobre el pequeño alarido que se le escapó debido al dolor—, su hermano no me pidió que la cuidara si me venía bien. Me lo pidió con la vida saliéndosele por la boca. Y yo se lo juré.

Imogen apretó los labios.

—¿Otra vez con eso? Mi hermano era un hombre bueno. Lo fue hasta el final, estoy segura. Y precisamente por eso no aceptaré que nadie utilice su muerte para… —buscó la palabra, la encontró y le salió con rabia—: para encerrarme.

—No la estoy encerrando.

—¿Entonces qué es esto? —Imogen movió la mano, señaló el salón, la casa, incluso la lluvia—. ¿Una visita? ¿Una amenaza elegante? ¿Una proposición impuesta?

—Es lo único que funcionará sin mancharla —repuso Benedict, inflexible.

—¿Sin mancharme? —Imogen lo miró con desprecio—. Usted es… usted ha sido… —se interrumpió, porque acababa de recordar que no estaba allí para enumerar sus pecados—. Señor Beresford, yo no estoy tan desesperada como para aceptar al primero que se cruce en mi camino.

Además, no estoy segura de sus verdaderas intenciones.

—No soy un simple pretendiente. Soy a quien ha enviado su hermano, *milady*. En cuanto a mis intenciones… ¿Qué interés tendría yo, si no fuese uno motivado por el honor de amparar a una mujer soltera de veintisiete años que no es hermosa, ni dulce ni agradable, y que además tiene bajo su tutela a una excéntrica tía y a una prima viuda sin recursos?

La dama se envaró y lo fulminó con la mirada.

—De mí puede decir lo que se le antoje, no me importa, pero atrévase a descalificar a mi familia y le juro por Dios que ese puñal que sigue sobre la mesa acabará alojado en su hombro izquierdo para doblar su dolor.

Él suspiró. Había perdido la paciencia al fin. Casarse con esa arpía sería como vivir en un infierno peor que el que había conocido ya. Entre otras cosas porque él no era nada fácil y ella tampoco. Debería dar media vuelta y salir huyendo. Nadie podría echarle en cara que no había hecho su mejor esfuerzo. Tomó dos bocanadas de aire y trató de serenarse.

—Decir la verdad no es una ofensa —dijo con algo de suavidad—. Está sola, *milady*. Soy el único refuerzo que tiene.

—No —negó, mientras lo seguía fulminando con la mirada.

—Es lo que su hermano quería.

—Arthur no era el que iba a casarse con usted debido a una promesa.

Benedict sostuvo el silencio durante un instante. Luego, con una serenidad peligrosa, dijo:

—Si usted hubiese querido casarse, *milady*, ya lo habría hecho, eso lo entiendo muy bien.

Imogen alzó una ceja.

—Exacto. He tenido oportunidades. Muchas, desde que mi hermano falleció. Y no he aceptado ninguna. ¿Sabe por qué?

—Porque no quiso —supuso.

—Porque no lo necesito —lo corrigió ella—. Y porque no pienso convertir el matrimonio en una tabla de salvación. No soy una mujer que se venda por miedo.

—Ni yo un hombre que se compre por capricho —respondió Benedict, y la frase le salió con un poso oscuro—. Pero no estamos hablando de caprichos.

Imogen se inclinó hacia él, despacio.

—Está usted hablando de mí como si fuera un asunto trivial. Como si fuera una misión más para el ejército, una tarea que tachar en una lista.

Benedict mantuvo el rostro imperturbable, aunque la mano izquierda se le cerró alrededor del borde de la taza con demasiada fuerza.

—Usted va a ceder.

—No.

—Sí.

—Le repito que no.

—Y yo le repito que sí —insistió Benedict, y la dureza de su voz asomó una vez más, como el filo de un arma que llevaba demasiado tiempo enfundada —. Es muy probable que los demás pretendientes no se atreviesen a desafiarla. Yo lo hago porque estoy seguro de ganar.

Imogen se quedó quieta un instante.

—Qué dramático.

—Qué real.

—No vuelva a convertir a Arthur en un argumento —le espetó ella, y por fin se le quebró un poco la compostura—. Él no está aquí para defenderme ya.

—Esa es mi labor, *lady* Imogen. Debo defenderla en lugar de su hermano.

Ella apretó los dientes.

—No necesito que nadie luche mis batallas.

—Todos necesitamos protección alguna vez.

—Yo no —dijo ella, tajante.

Benedict la miró como si, por una fracción mínima de segundo, hubiese sentido lástima. Imogen lo detestó todavía más.

—Usted no me conoce —añadió ella, al intuir que se compadecía de su situación.

—Lo suficiente como para saber que no va a pedirme nunca ayuda aunque se esté hundiendo —replicó él—. Y lo suficiente como para saber que, si la dejo sola con esto, se va a romper en silencio y luego tratará de levantarse y tal vez lo logre durante un tiempo, pero habrá un día en el que no vea la salida.

Imogen se puso de pie de golpe. La silla rozó la alfombra con un sonido seco.

—No se atreva a pensar que soy débil.

Benedict no se levantó. La miró desde abajo, con calma.

—Me atrevo.

Imogen se acercó un paso. Sus ojos ardían, pero su voz se mantuvo correcta.

—Señor Beresford, usted ha llegado aquí con una herida y con una promesa. No con derechos sobre mí.

—No quiero derechos. Quiero cumplir mi cometido.

—Cúmplalo lejos de mí, de mi familia y de mi hogar.

—No puedo —insistió.

—Porque no quiere.

—Porque no debo.

Imogen se quedó mirándolo. Respiraba despacio. Se contenía para no acabar llorando y gritándole sin freno.

—¿Y si le digo que lo denunciaré? —preguntó, y aquella amenaza fue de una frialdad impecable—. ¿Y si le digo que haré que Bow Street mismo venga para sacarlo de esta casa?

Benedict no se inmutó.

—Hágalo.

—¿Cree que no lo haré?

—Creo que lo haría si no le importara la reputación de Mansfield House —respondió él, sin piedad—. Pero le importa.

Imogen se quedó inmóvil.

Benedict se incorporó entonces, por fin, y al hacerlo el hombro derecho le pasó factura. Se le notó en el breve tirón del cuello y en la rigidez que trató de ocultar. Aun así, se plantó frente a ella con esa infalibilidad que solo mostraría un hombre que se negaba a darse por vencido.

—*Milady* —dijo, más bajo—, creo que nos hemos desviado del asunto. He tratado de ser paciente, de mostrarme benévolo incluso. No ha aceptado por las buenas y me temo que es hora de pasar a la acción. Verá, no he venido a pedirle permiso para cumplir una promesa, he llegado para informarle de que vamos a casarnos y de que lo haremos pronto.

Imogen lo miró como si quisiera abofetearlo con la misma fuerza con la que deseaba llorar.

—Está usted completamente loco.

—Ahora sí que es muy probable que lo esté.

—¿Y cree que yo soy una mujer que se doblega ante la obstinación masculina?

—No, eso ya lo sabía antes de venir aquí —admitió Benedict, y entonces dejó escapar un amago de admiración amarga.

Imogen se apretó las manos.

—Entonces, ¿qué pretende? ¿Ganar por agotamiento?

—Pretendo ganar porque es lo correcto.

—Lo correcto para usted.

—Lo correcto para Arthur.

Imogen inspiró despacio, como si tuviera que hacer verdadero acopio de una paciencia que ya no tenía.

—No puede seguir usando su nombre de esa forma.

—No lo uso. Lo honro. Su hermano se ocupó de que esto no fuera una simple discusión entre usted y yo. No tenemos otra opción.

Imogen frunció el ceño. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—¿A qué se refiere?

—Arthur usó toda su influencia a través del coronel Willshire. Envió documentación y toda clase

de papeles necesarios para que el abogado del coronel hiciese los cambios pertinentes. De alguna manera, su hermano sabía que su futuro se acabaría en… en aquel lugar lleno de polvo y demasiado sol.

Imogen se estremeció una vez más.

—¿Qué trata de decirme, señor Beresford?

—Su hermano me legó esta casa, *milady*. Se aseguró de atarnos bien a los dos.

El silencio que siguió fue tan absoluto que hasta la lluvia pareció quedarse escuchando.

Entonces la puerta del salón se abrió de golpe.

No fue un gesto dramático ni premeditado. Fue un accidente vergonzante, provocado por un apoyo demasiado entusiasta en el pomo y por la mala costumbre de las paredes de delatar a los curiosos. Eleanor y Octavia aparecieron en el umbral con el equilibrio de dos conspiradoras sorprendidas en mitad de un pecado.

Eleanor dio un traspié. Octavia se agarró al marco para no caer.

—Te lo dije —susurró Octavia entre dientes, sin apartar la vista del interior del salón—. Te lo dije claramente, Eleanor. Si te apoyas con tanta fuerza en el pomo, el pomo decide participar en la conversación.

—¡Oh, por favor! —replicó Eleanor, al tiempo que se enderezaba tratando de demostrar dignidad—. Lo único que ha decidido participar aquí es la tragedia, como siempre. Y no estoy de humor para escucharte si no tienes una solución. Porque ella —señaló a Imogen— no se casará con él y él nos mandará lejos a las tres.

Octavia alzó la barbilla, indignada.

—Bueno, él puede conquistarla. Seguro que a Arthur eso le gustaría mucho.

—Oh, Octavia, conoces a la niña tan bien como yo misma. No importa que él sea un antiguo militar, estoy segura de que no tardará en comprender que Imogen es invencible cuando se lo propone —soltó Eleanor, y la frase salió con una crudeza que no intentó suavizar—. Si el señor Beresford no se casa con ella antes de que conozca el carácter de tu sobrina, las tres acabaremos en la calle. No hay lugar para el amor, es necesaria la practicidad. La supervivencia.

Octavia parpadeó un par de veces.

—Qué curioso —dijo con una calma burlona —. No hace tanto, Eleanor, tú misma me explicabas que el amor era más importante que las cosas materiales.

—Pues ahora he decidido ser una mujer realista —gruñó Eleanor—. El amor es estupendo, pero no paga el carbón ni evita que un caballero con

cara de rata venga a medir las ventanas para subastarlas.

—¡Ah! —Octavia abrió los brazos como si aquello la justificara—. Así que, cuando la realidad llama, el amor se queda en el recibidor.

—¡Octavia!

—¡Eleanor!

Benedict permaneció inmóvil. Parecía que aquel intercambio fuese una escena más de un teatro al que él hubiese entrado sin querer. Imogen, en cambio, deseaba salir corriendo, pero no se movió. Chasqueó los dedos frente a Ben para llamar su atención y luego le informó de que:

—Gracias por su amable oferta, señor Beresford. —Eleanor y Octavia se callaron al instante, como dos niñas sorprendidas robando galletas. Imogen se irguió. Ni siquiera tembló a pesar de lo que supondrían sus siguientes palabras—: No obstante, no deseo casarme y no lo haré.

Benedict le sostuvo la mirada, no mostró sorpresa; era como si hubiera esperado exactamente esas palabras.

—No haga esto más difícil de lo que ya es. No puede ganar —la avisó.

Ella le ofreció una sonrisa del todo falsa.

—Le informo además —añadió la dama, con un tono cortés que fue casi una sentencia— que no pienso abandonar esta casa mientras me quede un solo suspiro en el cuerpo.

Octavia se llevó una mano al pecho, con un orgullo inmediato y teatral.

—Oh, cielos. Una pareja enamorada. Eso es lo que veo cuando los observo, Eleanor. Hay esperanza.

—Octavia, esto no es una obra de Shakespeare, y si lo fuese serían Romeo y Julieta, y allí no sobrevive nadie.

Mientras ellas seguían hablando entre sí, Imogen giró sobre sus talones y salió de la estancia con la misma solemnidad con la que otras mujeres entraban en un baile. Había en su espalda algo inquebrantable, un aire de realeza que hacía imposible distinguir si estaba huyendo o si estaba tomando una posición estratégica para la próxima batalla.

Benedict la siguió con la mirada, sin moverse del sitio.

—*Milady* —dijo él, cuando ella ya iba a cruzar el umbral. Imogen no se detuvo. No le concedió la cortesía—, no tengo prisa por marcharme. Me quedaré el tiempo que haga falta, a fin de cuentas, estoy en mi casa.

La puerta se cerró tras Imogen con un sonoro portazo y Ben, lejos de enfadarse, soltó una gran carcajada.

Y el silencio en el que se quedaron Octavia y Eleanor —era poco habitual que ellas dos no tuviesen alguna opinión que soltar a bocajarro— sirvió para que ambas observasen a Benedict como si acabaran de descubrir que el verdadero problema no era un buitre, ni tan siquiera un usurero muy amenazante, sino un hombre capaz de esperar lo imposible.

Capítulo 3
Una intromisión inaceptable

La noche anterior, Benedict se había sentido más solo de lo que le habría gustado admitir. Ninguna de las tres mujeres le había dedicado una palabra cuando el portazo de Imogen había resonado por la casa. Así que había escogido una habitación sin ceremonia alguna, había pedido lo imprescindible y se había preparado para que le enviaran sus pertenencias al día siguiente. Había llegado a Mansfield House en un coche de postas, porque mantener un carruaje propio le había parecido un lujo excesivo. Las cosas a partir de ese momento tendrían que ir cambiando.

A la mañana siguiente, Benedict se había lavado, se había vestido con la misma pulcritud con la que se habría presentado ante su coronel y bajó dispuesto a desayunar en la más estricta soledad, al igual que cenó el día anterior. En cambio, se encontró a *lady* Octavia plantada junto a la mesa —parecía

haber estado allí desde el alba—, envuelta en un colorido chal que parecía elegido para declararle la guerra a la tristeza.

—Ah, ya era hora —dijo la anciana—. Creía que el ejército les enseñaba a sus hombres a levantarse cuando aún no hay vida bajo la luna.

Benedict se detuvo un instante, sorprendido.

—*Milady*, no esperaba compañía.

—No la esperaba. Exacto, pero la necesita más de lo que se imagina —Octavia le señaló con un gesto imperioso la bandeja a su derecha—. Coja un bollo. Y no me mire así, no está envenenado. Imogen todavía no ha tenido esa idea.

Benedict obedeció con cautela. No por el bollo, sino porque la tía de *lady* Imogen se veía dispuesta a darle una lista de tareas que hacer o algo por el estilo.

—¿Debo temer a mi prometida, *milady*? ¿Entrará en mi habitación con un puñal en la mano para darme muerte o usará algo más elegante como el veneno? —preguntó con media sonrisa.

—Supongo que es buena señal que tenga cierto humor.

Él sostuvo el bollo en la mano unos segundos y luego le dio un bocado.

—¿A qué debo el honor de su compañía, *lady* Octavia?

—A que he dormido mal. Cuando duermo mal, decido cosas. Y hoy he decidido que voy a salir a caminar. Y usted va a acompañarme. —Benedict la miró como si hubiese acabado de declarar que la que iba a envenenarlo era ella—. ¿Un caballero ya no le ofrece el brazo a una dama cuando se disponen a salir a pasear, señor Beresford?

Él la miró bastante divertido. Había conocido a pocas mujeres tan excéntricas y a la vez tan dictatoriales.

—Solo me preguntaba qué hará su sobrina si se entera de que está ofreciéndole una tregua al enemigo.

—¿Y si lo que me estuviese proponiendo fuese ganarme su confianza para acabar dándole una estocada final? En mi juventud fui una consumada esgrimista. Hacía magia con mi florete. Ahora, salgamos antes de que la niña nos vea confabulando. Me vendrá bien el aire. Y a usted le irá todavía mejor recordar que, además de obstinado, sigue siendo un hombre.

—Me parece bien, solo que tendrá que aceptar mi brazo izquierdo. El derecho no es tan útil ya como solía ser y no está para ofrecer cortesías prolongadas.

—No me importa en absoluto. Cuando me conozca un poco más, se dará cuenta de que no me preocupan las mismas cosas que al resto de los mortales. Lo que para usted puede parecer un asunto de la realeza para mí podría ser una nimiedad.

Benedict afirmó con la cabeza. Le ofreció el brazo izquierdo, y salieron en dirección al exterior.

El jardín amanecía húmedo y gris, con esa elegancia de los lugares que no se quejaban aunque el cielo se empeñara en castigarlos. Lo que él había creído una finca modesta resultó más vasta de lo que había imaginado. Había setos, un bosquecillo que olía a tierra y a hojas mojadas, y caminos que prometían perderse si uno no prestaba atención.

—Vaya —murmuró Benedict, sin querer—. No es pequeña.

—¿Esperaba usted una casita con dos rosales y una cabra? —Octavia soltó una risa breve—. Esto es Mansfield House. Arthur empleó hasta el último penique que logró sacarle a su padre para darnos un hogar digno.

Caminaron unos pasos. Octavia no aflojó el brazo.

—Su sobrino era un hombre único. Creo que jamás conoceré a una persona tan optimista. Siempre sabía ver el lado bueno de las cosas. Debí haber esperado que no haría nada a medias, que su casa sería igual de grande que él.

—Ah, pero ahora ya no es la casa de mi sobrino, tampoco de mi sobrina. Es suya, señor Beresford.

—*Milady*…

—No. No diga nada. Escúcheme primero. Verá, he decidido convertirme en su aliada.

Benedict ladeó la cabeza.

—¿Aliada?

—No me mire como si creyese que yo lo metería en más problemas de los que ya tiene, muchacho. La niña me consulta cada paso que da. Además, si Arthur lo envió a casarse con su amada hermana, usted debe de ser digno de admiración. O mi sobrino se volvió loco en el frente, cosa que descarto porque era demasiado sensato incluso para eso.

Benedict se mantuvo serio.

—*Milady*, no creo que «admiración» sea la palabra más adecuada para definirme.

—Y humilde. Uhm. No se entusiasme; a mi sobrina no le impresiona ni lo bueno ni lo malo. —Octavia lo pinchó sin piedad.

—¿Y a usted le agrado, *milady*?

—No —respondió con franqueza—. De hecho, no me gusta ni un poco. Pero es el único refuerzo que ha llegado.

A Benedict no se le escapó ni un gesto tras esa observación.

—Lo imaginaba.

—Claro que lo imaginaba. Eso es parte del problema. —Octavia le apretó el brazo—. Yo estoy considerada como una mujer que roza la locura, sí, pero no soy tonta. Mido bien a las personas. Reconozco a un pícaro cuando lo veo. Y usted es un pícaro de manual. Por mucha fachada militar, por mucha serenidad o por mucho que insista en que lo ata a la niña una promesa, sé lo que es usted. Sé bien que vino a esta casa para proponerse a una mujer de la que no espera nada y en la que confía que ni se enamore de usted ni usted lo hará de ella. Creía que Imogen estaría tan agradecida por ofrecerle su protección que se casarían en un pestañeo; y usted se marcharía a toda prisa a la ciudad para hacer… para hacer lo que quiera que haga allí. Le han fallado los cálculos y ha tenido que enviar una misiva a toda prisa para que le traigan algunas de sus pertenencias lo antes posible.

Benedict respiró despacio. La franqueza de Octavia no le resultó ofensiva; fue conocida, como un golpe que uno se daba contra una pared que ya había golpeado previamente.

—No he sido el mejor de los hombres —admitió al fin—. Ni de cerca.

Octavia no pareció satisfecha con esa breve explicación. Parecía ¿atenta? Sí. Eso era.

—Siga, muchacho. Siga hablando —lo animó con ahínco a confesarse.

—No hay demasiado que contar. Me marché de Inglaterra porque la furia y el dolor me estaban volviendo alguien cada vez peor. —Miró los árboles, no a ella—. Me fui al otro extremo del mundo para dejar de ser… quien era. Y allí encontré a alguien que era, de verdad, cálido y bueno. Arthur. Él… —se le endureció la mandíbula— él hacía que uno quisiera estar a la altura.

Octavia asintió, despacio.

—Me imaginaba que habría conocido bien a mi sobrino por el modo en el que habla de él. Sus verdaderos amigos sabían lo formidable que era. —Luego torció el gesto—. Precisamente por eso, no se le ocurra forzar a Imogen recalcando la voluntad de mi sobrino muerto. Se lo digo con cariño, señor Beresford, hacer eso sería un error magnífico. De esos que harían historia. Y no de la buena. No siga tratando de hacer que Imogen lo acepte solo porque Arthur así lo dispuso.

Benedict apretó los dedos en torno al pequeño trozo de bollo antes de llevárselo a la boca. Lo masticó con calma y luego habló:

—No sé otro modo de tratar de hacerla entrar en razón.

—No lo hará forzándola, se lo garantizo. —Octavia alzó la barbilla—. Y antes de que me contradiga, escúcheme. Le voy a decir la verdad sobre Imogen, porque nadie se la va a decir con honestidad, y yo estoy mayor para adornar nada.

Benedict afirmó con la cabeza un par de veces.

—La escucho, *milady*.

—Su padre la repudió —soltó Octavia, con cierta rabia—. Porque Imogen se negó a casarse con el hombre que él eligió para ella. Una historia de la que ella nunca ha contado nada, pero que no debe ser agradable. No me pregunte por los detalles, no se los diría ni aunque los supiera. Creo que mi sobrina prefirió romperse el cuello antes que agachar la cabeza por una buena razón. Eso no se perdona en ciertas familias, y si conociera al padre de la niña sabría de lo que le hablo. Mi hermano no se parece en nada a mí. O yo no me parezco en nada a él, lo cual es una bendición. Si a mí me gusta vivir coqueteando con la locura, él está convencido de que posee la razón misma de Dios. Inflexible, un gran noble clasista que dicta las reglas.

Benedict la miró con un destello de interés que no pudo disimular.

—Arthur me comentó poco sobre el pasado de su hermana, solo me dijo que ella, usted y la señora Ashford dependían de él.

—Así es. Arthur la trajo aquí y mi hermano me mandó con ella porque lo he molestado durante toda su vida. —Octavia siguió caminando del brazo de Ben—. Bien. El conde… el conde podrá ser un monstruo orgulloso, y aun así no quiere verla desprotegida, lo que ocurre es que no sabe otra forma de actuar más que la que le enseñaron. El padre de la niña es una contradicción con piernas, como casi todos los hombres, salvo porque él es un conde y si se equivoca debe hacerlo más formidablemente que el resto. Mi hermano no concibe que una mujer pueda estar sin un esposo a su lado. Me dirá ahora que es lo mismo que opinaba mi bendito sobrino, pero no lo es en absoluto, señor Beresford. A mi hermano solo le importa un título; Arthur veía más allá de las posesiones, él veía a las personas y era capaz de identificar si valían su peso en oro o no, a pesar de que no tuviesen nada que ofrecer o fuesen ricos como el mismo Creso. —Benedict no dijo nada, y Octavia aprovechó el silencio para seguir con su explicación—: Cuando llegó la noticia de la muerte de Arthur, su padre no vino ni a visitarnos. Lo agradecimos las tres, sea dicho de paso. No envió dinero, pero sí que dobló la dote de mi sobrina.

Benedict se quedó quieto un instante. Octavia tiró de él para que siguiera andando.

—Eso explicaría una parte de la conversación que mantuve ayer con su sobrina. Parece que sí que tiene una pequeña fortuna bajo el brazo, después de todo.

—No le diga que lo sabe —le recomendó la anciana—. Los caballeros más desesperados han empezado a hacer cola para consolarla. Algunos la miran como si fuera una santa. Otros como si fuera una bolsa de monedas con pestañas. Y mi sobrina… —Octavia le clavó la mirada— mi sobrina no se casará por dinero ni por deber. Se lo aseguro. Antes le prenderá fuego a la iglesia para que todo el mundo deje de perseguirla y considere que ha perdido la cabeza como su vieja tía.

Benedict dejó escapar una exhalación lenta.

—Yo no pretendo comprarla y no sabía ni que tenía una dote cuando llegué aquí —se excusó él.

—No. Usted pretende ganarla por agotamiento. Así lo declaró a viva voz. Y eso es peor. —Benedict se vio tentado a replicarle, pero Octavia levantó un dedo para silenciarlo—. Y hay más. —Señaló hacia un sendero que bordeaba un pequeño estanque—. Hay un joven. Un vecino. Un buen muchacho, no pobre del todo, con tierras decentes y una ocupación respetable. Se llama Owen Fairchild. Su padre era magistrado y él lleva las cuentas de media vecindad. Es demasiado honrado para su propio bien.

Benedict frunció el ceño.

—¿Y qué ocurre con él?

—Que a Imogen le gustaba muchísimo. Lo miraba como lo hacen las mujeres embelesadas

cuando se permiten, por un segundo, imaginar algo que no sea la responsabilidad.

Benedict sintió un tirón en el pecho. Ridículo, inoportuno… y demasiado claro como para ignorarlo. Lo apartó con la misma disciplina con la que había apartado el dolor del hombro mil veces. No podían ser celos porque la niña —tal y como la llamaba su familia— no le importaba lo más mínimo.

—¿Le propuso matrimonio?

—Sí. Y fue ella quien se echó atrás. —Octavia chasqueó la lengua—. El pobre muchacho era tan honesto que le dijo que ambos podrían sacar beneficio de la dote. Se preguntará cómo se enteró de lo de la dote doblada, pues fue debido a los caballeros que comenzaron a desfilar por aquí, porque ni en el campo estamos a salvo de los chismes. A la niña se le metió en la cabeza que, si se casaba con él, todo el mundo pensaría que solo la quería por el dinero. No pudo soportarlo, y por descontado que tampoco tuvo corazón para explicarle a Fairchild que su padre solo le daría el dinero a un candidato de su propia elección. Fue un desastre. Ella sufrió, pero jamás lo reconocerá.

—Así que lo dejó.

—Así que se asustó, que es casi lo mismo. —Octavia apretó el brazo de Benedict—. Imogen no lloró delante de nadie por la pérdida de aquella ilusión. Es una luchadora. Por supuesto. Se limitó a seguir con su vida, con esa dignidad que a veces

parece una armadura. Pero vi su desilusión. Yo siempre sé cómo se siente ella.

Benedict guardó silencio y se permitió observar todo aquello que lo rodeaba. Era una finca magnífica. ¿Cómo una familia podía desentenderse con tanta facilidad de sus mujeres?

—Arthur no mencionaba a su hermano mayor —dijo Benedict al fin—. Al heredero.

Octavia soltó una risa sin alegría.

—Porque no merecía la pena nombrarlo. —Lo miró—. Es igual que su padre. Mismos principios cuando le conviene, misma frialdad siempre. Si Imogen recurriera a él, lo único que conseguiría sería verse humillada una segunda vez. Así que no lo hace. No puede.

Benedict apretó la mandíbula. Ya se imaginaba una respuesta en esa dirección.

—Comprendo.

—No, señor Beresford. Usted no lo comprende todavía. —Octavia se detuvo y lo obligó a detenerse con ella—. Está empeñado en cumplir una promesa hecha a Arthur, y eso es noble. Pero no convierta a Imogen en un peón dentro del tablero de dos hombres. Mi sobrina lo adoraba, sí. Con toda su alma. Pero la niña tiene un espíritu demasiado libre para una sociedad tan encorsetada. Si la obliga a hacer algo en contra de su voluntad logrará que lo

deteste, y dudo mucho que quiera arriesgarse a que ella lo aborrezca más de lo que ya lo hace.

Benedict sostuvo la mirada de Octavia. Había escuchado mentiras más bonitas, sí. Pero sospechaba que pocas verdades tan útiles.

—No se anda usted por las ramas, *milady* —observó con cierta diversión.

—Demasiado vieja y con la cabeza en otros asuntos más importantes y todo eso.

—¿Y qué me recomienda que haga, *milady*?

Octavia arqueó una ceja.

—¿Me está pidiendo consejo?

—Me ha estado dando uno tras otro desde que salimos al jardín. Sea más concreta, se lo ruego.

—*Touché*. —La anciana pareció complacida y, aun así, no aflojó su agarre—. Le recomiendo que no confunda implacable con eficaz. Y le recomiendo que me dé una razón para creer que usted no es solo un hombre con una herida en el hombro y una terquedad peligrosa.

Benedict dejó escapar una risa breve.

—¿Quiere ponerme a prueba?

—Quiero. —Octavia se inclinó un poco hacia él—. Dígame algo de usted que no le diría a nadie en un salón. Algo que explique por qué esa serenidad suya parece una puerta cerrada a patadas.

Benedict se quedó quieto. El hombro le palpitó; su cuerpo le estaba recordando que ya había sufrido suficiente por hablar de más. Aun así, respondió:

—Mi madre se quitó la vida cuando era apenas un niño que no comprendía las cosas. Más tarde me enteré de que un jurado forense determinó que ella sabía bien lo que hacía, así que obligaron a mi padre a enterrarla en un cruce de caminos sin ninguna ceremonia cristiana. Como comprenderá, después de averiguar algo así, perdí la fe en las personas y en la vida misma. Contra todo pronóstico, su sobrino me devolvió algo que pensé que jamás podría recuperar. Era una persona con unos valores envidiables —insistió.

Octavia no parpadeó. Solo se le suavizó la boca apenas.

—Vaya. Esa sí que es una historia poco común.

—Eso solo es un pequeño esbozo de lo que supone mi existencia. La muerte de la mujer que me dio la vida me marcó. —Benedict miró hacia el camino—. Mi historia familiar está llena de una tragedia que ni el mismo Shakespeare habría sabido ordenar sin perderse en el guion. Es mucho más compleja de lo que pueda imaginarse.

Octavia lo observó de un modo diferente. Él lo notó.

—Y aun así se pasea usted por aquí con ese aire de tenerlo todo bajo control. No sé si está más loco que su madre o tan cuerdo como yo.

—¿Me está poniendo a prueba para ver si comienzo a ofenderla por haber hablado así de mi madre? Eso sin olvidar que usted misma se ha declarado poco cuerda no hace demasiado.

—¿Yo? ¿Ponerle a prueba? En absoluto. Su madre merece cierto respeto. No debe ser fácil acabar con todo sabiendo que no habrá un mañana. O tal vez fuese cobarde por no seguir luchando. —Notó que él se tensaba—. No me arme un consejo de guerra todavía, muchacho. Lo que pretendo que entienda es que cada cual tiene que asumir sus decisiones. Usted mismo es un ejemplo. Eligió quedarse ayer a pesar de saber que Imogen no es una mujer fácil y que está rodeada por una anciana que es un desastre y una viuda que también pensó varias veces en ponerle fin a su sufrimiento del mismo modo que su madre. No es fácil ser una solterona excéntrica con la lengua muy larga y opiniones poco ortodoxas, del mismo modo que tampoco lo es ser una viuda sin ningún recurso. Ya ve, señor Beresford, todo el mundo está herido en mayor o menor medida. No es usted el único que está roto y sigue adelante.

—¿Quiere otra verdad que le hará replantearse ofrecerme su ayuda, *milady*?

—¿Por qué no? Siempre es agradable saber que hay otros peores que una misma.

—Efectivamente, es usted muy libre cuando expresa sus opiniones.

—¿Por qué cree que acabé en el campo lejos de la buena sociedad? Mejor aquí que en un sanatorio.

—Muy bien. Soy un hijo bastardo.

Octavia se quedó inmóvil.

—¿De quién?

—De mi tío. Un vizconde. Ya fallecido.

—¿Pero lo es sobre el papel?

—No. Mi madre estaba casada con el hombre que no me engendró.

—Su historia mejora por momentos, muchacho.

—No se hace una idea de lo que es en verdad.

—¿Por qué no me la acaba de contar? Sospecho que es algo que no ha compartido con nadie jamás. Tal vez eso evite que desee quitarse la vida a cada instante.

—¿Me considera un suicida?

—¿Por qué un hombre iría a combatir si no?

—Según su razonamiento, su sobrino también lo sería.

—Oh, Arthur se compró una comisión porque quería demostrarle a su padre que era un hombre, un hombre de verdad. Y como creo que usted no tenía que demostrarle eso a nadie porque, probablemente, las mujeres de muchos caballeros podrían dar fe de sus hazañas, creo que se marchó porque deseaba que todo terminase de una forma un poco más heroica.

—Ya le he contado demasiado sobre mí. Me fui a la guerra para huir de mi vida, esa es la pura verdad. Y para intentar ser mejor. —La miró—. No sé si lo he conseguido, pero al menos me siento mejor conmigo mismo.

—Bien. —Se recolocó del brazo de él y retomó el paseo—. Ahora le diré yo otra verdad. Sé que ha sido usted quien ha estado enviándonos dinero.

Benedict se tensó.

—*Milady*…

—Ni se le ocurra negarlo. —Octavia lo fulminó con la mirada—. Soy excéntrica, no ciega. Y no lo ha hecho para presumir, porque sé que se lo

calló cuando pudo habérselo dicho ayer a la niña. Ya le había advertido que Imogen me lo consulta todo y estoy al tanto de lo que hablaron a solas. Lo hizo porque, por muy canalla que sea o haya sido, también sabe comportarse como un caballero cuando la ocasión lo exige. Creo que podría haber esperanza para usted después de todo.

Benedict bajó la voz.

—Es cierto. He enviado fondos. En cuanto a tener esperanza, le recomiendo que no la tenga en mí.

—Eso lo decidiré yo, no usted. Bien. No debe decirle nada del dinero a Imogen —sentenció Octavia.

—No pensaba hacerlo.

—Me alegra, porque yo tampoco se lo dije. Ayer no reconocí de inmediato su apellido, pero sabía que me resultaba familiar. —Octavia apretó su brazo con fuerza—. Cuando intercepté su primera carta anunciando que el dinero seguiría llegando hasta que pudiera venir a vernos, supe que mi sobrina lo rechazaría. Por orgullo. Por dignidad. Por esa manía suya de demostrarle a todo el mundo que ella sola puede cargar con los problemas de la humanidad. —Benedict la escuchaba con atención—. Así que como se imaginará, le dije que el dinero venía de unas inversiones antiguas mías. —Octavia suspiró—. Fue una mentira piadosa. Vi cómo Imogen respiró sin sentir una gran presión en el cuello cuando le conté aquella farsa y lo volvería hacer.

Benedict la miró de reojo.

—¿Y se lo creyó sin más?

—Imogen no es tonta. —Octavia sonrió apenas—. Pero necesitaba una excusa para aceptar. Yo se la di. A veces las mujeres no pedimos permiso para salvar a las personas que queremos, sencillamente lo hacemos.

Benedict sintió de nuevo aquel tirón en el pecho. Esta vez no supo si era por Imogen, por Arthur o por la rara lealtad que aquella casa despertaba incluso en un hombre como él.

—Gracias, *milady*, por compartir esa verdad. Le diré que me sorprendió que ella no supiera nada sobre mi existencia. De igual modo que ahora mismo estoy pensando en que usted, cuando me tiró aquella pesada figura a la cabeza, ya debía haberme identificado.

—Oh, no estoy segura. La cabeza se me va con mucha frecuencia últimamente.

Benedict alzó una ceja de modo muy sardónico.

—¿Le funciona siempre esa excusa, *milady*?

—Una dama jamás desvela todos sus secretos, señor Beresford, al igual que un caballero no pone en tela de juicio la afirmación de una mujer.

—Tomo la debida nota y me doy por amonestado. De acuerdo, ya que sabe que no soy un dechado de virtudes y que mi procedencia es la que es, sin olvidar que la mujer que me alumbró hizo lo que hizo, ¿quiere que me quede o que me vaya? Seguiré otorgando fondos para las tres, y la casa, aunque Arthur me la haya legado para presionarnos a su sobrina y a mí, será de ella a todos los efectos, menos sobre el papel, claro está.

Octavia lo miró como si aquella gratitud la incomodara más que una pistola cargada.

—¿Y qué sucede con la promesa que le hizo a mi sobrino?

—Me dolería mucho tener que romperla, pero usted lo conocía mucho mejor que yo. Si me dice que Arthur me ligó a su hermana solo para asegurarse de que yo la proveyese y protegiera, lo haré sin que medie el matrimonio. De igual modo, debe saber que mi reputación hará que la de *lady* Imogen se mancille. Todo se acaba sabiendo, yo mismo le he confesado una verdad que solo sabemos mi primo y yo. No tardarán en decir que la muchacha es mi amante y que la mantengo en una casa que es de mi propiedad. Si me dice que ella podrá cargar con ese estigma, la dejaré tranquila de inmediato.

—Olvídese un momento de la niña. ¿Debo interpretar que ese primo al que se refiere es su hermano secreto?

—¿Sabe que es muy eficiente sonsacando secretos? Debió usted haber acompañado a su

sobrino. Sospecho que la campaña habría finalizado en poco más de tres días.

La anciana le sonrió con coquetería y agradeció el cumplido con una leve inclinación de cabeza.

—Tal vez usted no sea el hombre que ella quiera, pero es posible que sea el que necesita. Si de verdad quiere casarse con mi sobrina, tendrá que ganársela. Y no con promesas ni mencionando el deber o las cosas que sospecho que ha estado haciendo desde la sombra por nosotras, ya que el panadero, el carnicero e incluso el herrero dejaron de venir a visitarnos tan a menudo como solían hacer para recibir su dinero. Ahora que lo pienso, ya no vienen en absoluto. Se lo agradezco, señor Beresford. Sin embargo, nos visitaron otros con deudas inventadas y esos son los que yo llamo buitres y pirañas.

—Un momento, *milady*. ¿Quiere que me case con la niña? —Se le contagió el modo de referirse a Imogen.

—Oh, sí. Y quiero que la conquiste, con hechos. Con paciencia. Y, si Dios se apiada de todos nosotros, con un poco de ternura.

Benedict apretó la mandíbula.

—¿No ha estado escuchando lo que le he dicho sobre mí? No sé nada de ternura.

—Entonces aprenda. —Octavia alzó la barbilla; se mostró implacable—. Porque Imogen no se doblega ante el deber, pero puede que, con suerte, sí escuche al corazón. Aunque no lo admitirá ni bajo amenaza de muerte. Mi sobrina no será considerada la amante de ningún hombre mientras yo viva, y tampoco tendrá un matrimonio infeliz. —Todo aquello sonó a promesa.

Fue ahí, cuando la gran dama terminó su alegato, cuando Ben se dio cuenta del gran aprieto en el que estaba metido. ¿Corazón? ¿Ternura? ¿Matrimonio feliz? Definitivamente la mujer no tenía la menor idea de quién era él en realidad. Por amor de Dios, si había pretendido casarse con una joven un año antes y la noche anterior a la boda trató de huir. Cierto que cuando lo intentaba aparecieron unos hombres contratados por la novia para raptarlo y que no apareciese por la iglesia… ¿Debería contarle eso a *lady* Octavia para que comprendiese que sería el peor esposo del mundo si Imogen esperase algo más que protección por su parte?

¡Infierno y condenación! ¿Qué había hecho?

***

Las duras trincheras serían un lugar más compasivo que la casa en la que residía. Y lo peor de

todo era que seguía viviendo allí por voluntad propia. Benedict no había pensado que las cosas fuesen a ir tal y como iban. Decir que *lady* Imogen era una mujer difícil sería el eufemismo del siglo.

Durante los días que siguieron, Mansfield House se convirtió en un pequeño reino en guerra. No una guerra con sangre, sino con bandejas, pasillos y la clase de crueldad doméstica que solo podía desplegar una dama que había aprendido a resistir los infortunios sin levantar la voz.

Imogen se las ingenió para desaparecer con una habilidad que habría enorgullecido a cualquier espía. Si Benedict bajaba al comedor temprano, ella no aparecía hasta que él se marchaba. Si él decidía retrasarse, ella ya había desayunado en el salón pequeño del jardín de invierno, con la ventana empañada y la espalda tan recta como su orgullo. Si él se instalaba en la biblioteca para esperarla, ella se refugiaba en el invernadero. Y si él iba al invernadero, ella encontraba un motivo irrenunciable para revisar el gallinero, las cuentas del administrador o el estado de una pared que, milagrosamente, siempre había necesitado atención justo en el extremo opuesto de la finca.

Benedict, que había creído conocer el significado de la paciencia durante el último año, descubrió que en Surrey se cultivaba una variedad nueva, más enloquecedora y exquisita. No le irritaba solo la huida, sino el modo metódico en que Imogen la ejecutaba, como si le estuviera enseñando una lección sin dignarse a instruirlo a viva voz.

El primer asalto serio llegó en la mesa.

La cocinera, una mujer que había mantenido la compostura incluso cuando el mundo se les venía abajo, comenzó a servirle a Benedict platos que rozaban lo incomible. La avena del desayuno pareció haber sido salada con la misma generosidad con la que los marineros trataban el bacalao. El té tenía un regusto sospechoso, pero él sabía que alguien no había confundido la sal con el azúcar por equivocación. El pan tostado llegó tan duro que podría haberse usado como un arma defensiva, si Octavia no hubiese decidido que las armas arrojadizas ya estaban suficientemente representadas en aquella casa.

Benedict no dijo nada. Probó. Masticó. Y tragó con una dignidad que habría resultado admirable si no hubiese tenido algo de penitencia por haberle fallado al hermano de la dama y no haberlo salvado. Aquello fue, en cierto modo, lo que más irritó a Imogen. Porque ella se limitó a observarlo desde la distancia, con una discreción impecable, esperando una mueca, tos o el gesto de un hombre mimado que exigía la cocción perfecta o que se ponía a gritar sin control. Todo aquello no llegó.

Él se limitó a beber el té y a comer como si hubiese tomado cosas peores en un hospital militar.

Eleanor, que a veces parecía estar en el bando de la lógica y otras en el de la diversión, le preguntó a la cocinera por la nueva receta porque la viuda estaba al tanto de las maniobras de su prima. Por su parte, Octavia, desde su silla, dictaminó que el

señor Beresford tenía el estómago de un santo o el orgullo de un demonio, y luego le deslizó mantequilla extra como quien enviaba provisiones al frente.

Al segundo día, Imogen afinó el objetivo. Si la sal no lo doblaba, lo intentaría con el decoro.

Benedict se encontró con que su silla, en la mesa, cojeaba lo justo para prometer una catástrofe lenta. Cada vez que apoyaba el peso, el mueble protestaba con un chirrido, como un suspiro sonoro de advertencia. La trampa habría sido perfecta de no ser porque él, por puro instinto, equilibró el cuerpo con una suavidad entrenada en terrenos peores. Sostuvo la taza de té con la mano izquierda, controló el temblor de la madera con una pierna y evitó que el líquido se derramara y la silla se partiese.

Imogen frunció apenas el ceño. Octavia carraspeó con satisfacción, como si hubiese presenciado una proeza atlética.

Al día siguiente, Benedict descubrió que su cuarto tenía corrientes de aire que no parecían naturales. La ventana había quedado mal encajada tras la limpieza. El fuego de la chimenea se apagó dos veces, misteriosamente. Cuando pidió más leña, el lacayo apareció con troncos tan húmedos que el humo habría hecho llorar a un verdugo. Más tarde, al abrir su baúl —que por fin había llegado desde Londres—, encontró el jabón de afeitar sustituido por otro con aroma a lavanda y algo más floral, tan intenso que parecía una declaración de intenciones.

Benedict bajó al desayuno oliendo como si todo él fuese un gran jardín primaveral. Octavia lo celebró con un deleite indecente. Eleanor, sin mirar a Imogen, comentó que aquel perfume le daba un aire muy femenino y cuestionó la moda del momento que hacía que los hombres usasen las mismas fragancias que las damas. Imogen no dijo una palabra. Solo observó la escena con la atención de quien intentaba no reírse en una iglesia durante un sermón indecente.

A partir del cuarto día, la guerra se volvió más creativa.

Imogen comenzó a necesitar a Benedict para asuntos que lo incomodaban por la pura pérdida de control. Le hicieron llegar recados con la urgencia de una desgracia para que acudiera al vestíbulo, y allí solo lo esperaba una bandeja con cartas de admiradores dirigidas a *lady* Imogen, que el mayordomo, con cara de no entender ni su propia existencia, le pidió que leyera y respondiera, según le había exigido que hiciese su patrona. Benedict las cogió sin discutir, porque discutir sería declararla ganadora. Subió a dejarlas en un aparador… y descubrió que Imogen no estaba donde le habían dicho que la encontraría. Ni en el salón, ni en el jardín de invierno, ni en la galería. Cada recado absurdo lo alejaba de ella con mucha precisión.

El quinto día, Imogen elevó la apuesta con el exterior.

Un paseo que Benedict habría intentado usar para interceptarla terminó convertido en una emboscada rural. El jardinero, por indicación de esa

endemoniada mujer, podó un seto de forma que el sendero principal quedó temporalmente desviado. Benedict, al tomar la ruta alternativa, se topó con un ganso que defendía el territorio con la fiereza de un coronel. El animal lo atacó con una furia sorprendente. Benedict, que había sobrevivido al polvo, balas y hombres peores que un ganso, se vio obligado a retroceder con la dignidad en la garganta y el brazo malo protestando cada vez que intentaba apartar al ave con demasiada energía.

Cuando consiguió rodearlo, escuchó una risa bastante evidente a lo lejos. No la vio, pero supo de inmediato a quién pertenecía ese sonido.

Ese mismo día, Imogen *olvidó* que la bandeja del almuerzo se servía en el comedor y ordenó que se llevara a una sala secundaria. Benedict llegó, puntual, y se encontró comiendo solo. Minutos después, oyó el murmullo de tazas en el salón contiguo, donde Octavia y Eleanor tomaban chocolate como si no hubiese una guerra entre aquellas paredes. Imogen, por supuesto, no estaba. O lo estaba y se había convertido en una sombra tras las cortinas.

Por la noche, Eleanor lo sorprendió en la biblioteca, revisando papeles con la mano izquierda y una expresión que oscilaba entre la obstinación y el cansancio.

—No le está dejando ni respirar. Otro en su lugar ya se habría marchado —le dijo la viuda con una franqueza tras la que se adivinaba mucha diversión.

Benedict no levantó la vista del papel.

—Respiré durante años sin rumbo. Puedo soportar esto. No es más que una niña jugando con un hombre que no está dispuesto a perder.

Eleanor lo miró como si estuviese decidiendo en qué bando colocarse en ese instante.

—No la subestime.

—No lo hago.

—Entonces comience a contraatacar porque de otro modo no podrá ganar.

Benedict dejó la pluma, despacio.

—¿Eso es un consejo o una amenaza?

Eleanor pareció divertirse todavía más.

—Es supervivencia. A veces estoy de su lado. A veces del de la niña. Depende de quién vaya a estrellarse primero.

Octavia, que entró justo entonces, declaró que aquello era un romance magnífico incluso aunque no hubiese ningún baile de por medio, y que Imogen acabaría por rendirse aunque fuese solo para llevarle la contraria a su propia terquedad. Eleanor la mandó callar. Octavia le respondió que se callaría cuando el mundo dejara de ser entretenido, y él no pudo seguir trabajando en paz porque ambas se enzarzaron en un

debate de los suyos. Si no fuese porque sabía que tenía a la anciana de su parte, juraría que ambas fueron enviadas por Imogen para fastidiarlo.

Los días se sucedían sin casi darle tregua. Ni un instante de paz tenía él. Cuando comenzó la tercera semana de su estancia, Benedict empezó a notar cosas en su interior que no tenían ningún sentido. ¡Si ella no le agradaba lo más mínimo! ¿Sería porque jamás había tenido que perseguir a una mujer? No, seguro que serían gases o algo similar.

Una de las cosas de las que se dio cuenta, fue la cantidad de cartas que llegaban a nombre de Imogen. No eran dos ni tres. Eran demasiadas. Algunas venían perfumadas. ¿Qué hombre perfumaba un papel? Otras llevaban un lacre tan ostentoso que Benedict habría apostado por un título alto detrás. Seguramente el padre de su díscola prometida estuviese haciendo su mejor esfuerzo por casarla a toda prisa. El lacayo las depositaba con un gesto neutro; Eleanor las revisaba con ese aire de viuda que no toleraba tonterías; Octavia soltaba comentarios sobre cazar y presas que habrían escandalizado a una institutriz y *lady* Imogen ni las hojeaba.

A Benedict no le gustaba pensar en que su prometida tuviese más pretendientes. El tirón en el corazón regresaba demasiado seguido. Seguro que sería por un asunto de posesión o algo similar. No podía llamarlo celos. Era absurdo. Era impropio. Era… incómodo. ¡Jamás había tenido celos ni de su maldito primo Simon! ¡Ni tan siquiera de su amigo de correrías Rafe, quien era más apuesto que él! Apartó

esa idea tan descabellada como había apartado tantas locuras antes. No obstante, ese estúpido y terco tirón en el centro de su corazón regresaba para atormentarlo cada vez que la casa recibía noticias del exterior, cada vez que el administrador mencionaba la visita de un vecino, cada vez que un criado comentaba que había ido al pueblo y que un caballero había preguntado por los caminos de acceso a la finca y lo había mandado al norte.

Imogen, como si adivinara que aquello le molestaba, intensificó el teatro. Dijo que se sentía tentada a recibir a todo aquel que pudiese ser considerado apuesto y un buen partido. Maldita fuese la arpía por reducirlo a un montón de celos sin sentido. ¡Pero si no le gustaba y ella no dejaba que la conociese tan siquiera! ¿Por qué ese sentimiento tan irritante entonces? No lo entendía.

Un día lo obligó a vivir una humillación pequeña y perfecta.

Le hicieron creer que ella lo recibiría por fin en el salón del jardín de invierno para mantener una charla sincera y civilizada. Benedict acudió bastante esperanzado. Llegó y encontró la estancia lista, la mesa con el té, un jarrón con flores recién cortadas y una silla preparada frente a la suya. Se sentó. Esperó. Los minutos pasaron. El té se enfrió y el silencio se volvió un insulto.

Cuando el reloj marcó la hora y media, entró la doncella, nerviosa, y le informó de que *lady* Imogen le rogaba que disculpara la espera, pero se había visto obligada a atender una urgencia familiar.

Benedict no preguntó cuál. No por su orgullo, sino porque sabía que la urgencia tenía el rostro exacto de su paciencia puesta a prueba. ¡Maldición! ¿Desde cuándo una maldita mujer lo hacía esperar? ¡A él, que había acudido a las cortesanas más exquisitas y bellas cuando se le antojaba y no cuando ellas lo exigían! ¿A eso iba a reducirlo esa mujer?

Aquella tarde, Imogen apareció, impecablemente vestida como una vieja solterona dolorida; llevaba uno de sus vestidos de luto y atravesó el pasillo con un libro en las manos. Le fastidiaba que ella usase esas telas tan feas como si fuesen su segunda piel. No la favorecían en absoluto, aunque sospechaba que por eso precisamente los utilizaba. Benedict salió de la biblioteca a tiempo de interceptarla. Ella lo vio acercarse y, sin variar el paso, se desvió sin prestarle la menor atención. ¡A él, que jamás una mujer lo había hecho sentir insignificante! Benedict la siguió, con el corazón golpeándole el pecho más de lo razonable y el brazo recordándole sus límites. La puerta se cerró delante de él sin compasión.

Cuando la abrió, se encontró en el cuarto de costura. Eleanor, sentada, levantó la vista con una aguja en la mano y le sonrió. Fue como si verlo perseguir a una arpía fuese la escena más normal del mundo. Octavia estaba allí también, con una madeja que parecía una serpiente encantada.

Imogen no estaba por ninguna parte. ¿Dónde diablos se habría escondido con tanta rapidez?

Eleanor alzó los hombros con inocencia fingida.

—Ha llegado tarde, señor Beresford.

Octavia chasqueó la lengua.

—Eso le pasa por no correr. El amor exige hombres más atléticos.

Benedict se quedó un instante mirando el cuarto de costura como si fuese un campo de batalla en miniatura. Se tragó una maldición y luego se marchó sin decir una palabra. A su espalda, escuchó la risa de Octavia y el resoplido de Eleanor, que sonó sospechosamente a un intento de no reírse también.

Poco después, la guerra dio un giro sutil. Imogen empezaba a cansarse. Igual que él estaba frustrado por no lograr ningún avance significativo. La providencia quiso que al bajar una escalera, ella se pisase el dobladillo del vestido. No se cayó porque se agarrase al pasamanos a tiempo, sino porque Benedict, que estaba a media distancia, dio un paso instintivo para ayudarla. Su hombro protestó, pero él no se detuvo y fue un verdadero caballero y la abrazó para salvarla de una fea caída. Ambos tuvieron un momento muy extraño. Imogen se irguió *casi* de inmediato, por descontado; fingió que no había ocurrido nada y siguió avanzando como si no hubiese estado a un suspiro de su boca, como si él no la hubiera cobijado en sus brazos y ella no le hubiese mirado los labios durante más segundos de lo apropiado.

¿Quería besarlo? ¿Quería que la besara? ¡Mujeres! ¿Quién las entendía?

Aun así, en aquella situación hubo algo que lo cambió todo. Porque Benedict comprendió que ella estaba luchando a todas horas contra él, contra el mundo, incluso cuando nadie la miraba. La guerra de Imogen no era solo contra él, sino contra cualquier mano que pretendiera sostenerla, a pesar de que esa mano viniese con una buena intención.

Aquella noche, en la cena, la comida fue por fin deliciosa. Aunque ella no se mostró demasiado cordial, algo en el ambiente era diferente. Benedict lo notó. También lo notó Imogen, que evitó mirarlo mientras bebía agua con la misma atención con la que otros bebían veneno. O eso o la copa de agua le resultaba fascinante.

Octavia habló de flores que se deprimían más pronto que otros años y de vecinos insufribles. Eleanor comentó que el clima seguía siendo demasiado frío. Imogen escuchaba sin opinar. Benedict, al otro extremo de la mesa, mantenía su serenidad y la boca bastante cerrada.

Cuando se levantaron, Imogen se marchó primero, como siempre. En el umbral, se detuvo un instante. No giró la cabeza. No lo miró, pero Benedict sintió el gesto como quien percibía el peligro antes de escuchar un disparo.

Ella siguió andando.

Ben se quedó en su sitio, con la certeza creciente de que esas semanas no habían sido solo una sucesión de bromas y trampas. Habían sido muchísimo más. Ella lo había estado poniendo a prueba con sal, sillas cojas, gansos peleones, pretendientes de cartas perfumadas y huidas constantes. ¿De qué tenía miedo esa mujer? Eso era todo un misterio. Él había respondido a sus ataques con paciencia, con obstinación y con una calma que ya no era solo una cuestión de estrategia. ¿Cuándo recogería los frutos de su perseverancia? Solo deseaba casarse con ella y largarse de allí. Y cuanto más tardase en lograrlo peor sería, porque Ben no podía considerar que esa arpía, su prima y su tía fuesen algo más que una obligación impuesta por su amigo fallecido en la batalla. Pensar en Imogen, Octavia y Eleanor como tres mujeres con las que estaba a gusto y disfrutando de sus locuras sería todo un gran error. Si al menos ellas no fuesen tan originales y entretenidas… ¡Infierno! ¡No podía considerarlas como si fuesen de su familia! ¡Él no tenía familia ni quería una!

Octavia, al pasar junto a él, le dio un golpecito en el antebrazo sano, de modo cariñoso, y eso lo devolvió al presente. No se había dado cuenta de que se había quedado mirando la estela de Imogen como un auténtico pasmarote.

—Ah, ya la encuentra fascinante. Ese es el efecto que tiene la niña. No se rinda, señor Beresford. Resista un poco más. La recompensa bien valdrá la pena. —Luego añadió, mientras se recolocaba con mucha teatralidad el turbante turquesa que había elegido para la ocasión—: Mi

sobrina se aburre con facilidad, pero se rinde muy despacio. Ya sabe lo que le toca. Enamórela y todo se arreglará.

Eleanor lo miró de reojo, como si todavía no hubiera decidido el bando por el que tomaría partido. La viuda no dijo nada.

Benedict subió a su alcoba en silencio mientras su cabeza daba vueltas y más vueltas sobre Imogen. Se sentó en el lecho. Y en esos instantes, comprendió que no era el hecho de que ella no le prestase la menor atención a un hombre acostumbrado a que las mujeres se peleasen por él, lo que lo estaba desgastando, ni siquiera la guerra que ella le había declarado. Era la sensación, cada vez más inquietante, de que la presencia de Imogen le había empezado a importar de un modo que no encajaba en ninguna misión, en ningún juramento, ni en su propia terquedad por ganar. Y aquello, por absurdo que fuera, resultaba más peligroso que toda la sal del maldito mundo.

Le gustaba mucho la paz que había encontrado en ese hogar, porque incluso las batallas que ella le presentaba, él las disfrutaba.

¡Dios! Tenía que convencerla de aceptarlo y salir corriendo de esa maldita casa lo antes posible. Entonces, por fin la luz iluminó el camino. La solución era fácil. Tenía que seducirla y hacer que se rindiese a sus pies. No le quedaba otra.

Seducción. En otros tiempos ya la habría hecho suya hacía semanas, porque aunque no era

una belleza consumada, sí tenía algo que lo atraía, pero él no había descubierto el qué. No le gustaba la idea de caer en las viejas formas pícaras, esas en las que con un par de palabras bonitas, una sonrisa, unos toques, susurros y besos, ellas se ponían a sus pies, pero no le quedaba nada más que intentar. La seduciría para casarse pronto y poder marcharse a Londres, porque él no estaba hecho para una vida así y cuando antes regresase a la ciudad mejor, para todos los implicados. Incluida Octavia, quien tenía claras esperanzas en él y Eleanor, quien parecía estar esperando a llamar al vicario en cualquier momento.

¿Por qué las mujeres tenían que empeorarlo todo? Con lo sencillo que sería un matrimonio de conveniencia… ¿o no?

Capítulo 4

Un pretendiente insistente

El señor Owen Fairchild llegó a Mansfield House con la determinación de un caballero que se creía dueño del sentido común. La lluvia había aflojado un poco aquella tarde, pero el cielo seguía gris, tanto que parecía haber tomado partido por los dramas familiares. Pidió que anunciaran su visita y no esperó demasiado para entrar en el salón del jardín de invierno. Imogen estaba allí, erguida, con una taza de té entre las manos y con una calma tan perfectamente controlada que habría engañado a cualquiera que no la conociera.

Owen poseía una cierta pulcritud educada que siempre parecía acompañarlo. Era como si la vida jamás le hubiese despeinado el ánimo, y su rostro —correcto, sereno e inmensamente bello— tenía algo de querubín salido de un retrato bien pagado. Imogen lo veía avanzar y, sin querer, su mente comenzó a hacer lo que no debía, y eso era

compararlo con Benedict Beresford. Owen era suave como el terciopelo, no rasgaba; el señor Beresford, en cambio, era como una sombra oscura bien vestida y siempre exhibía una calma de acero que ocultaba el peligro detrás de los buenos modales. Owen tenía las manos de un caballero; era de los que antes de tocar un pétalo pediría permiso; Beresford, incluso cuando se quedaba inmóvil, daba la impresión de que había aprendido a sobrevivir a los duros golpes. Y lo más absurdo era que Imogen no entendía por qué demonios estaba valorando aquello, como si su corazón tuviera derecho a tomar notas para compararlos, cuando no pensaba casarse con ninguno.

Y mucho menos con Beresford. Benedict Beresford era un hombre al que una mujer miraría dos veces con mucha facilidad, y aquello, para desgracia de Imogen, no tenía nada que ver con simpatías. Era alto, de hombros anchos y gran presencia. Su pelo era oscuro, lo solía llevar peinado hacia atrás con una disciplina casi militar; su rostro, siempre bien afeitado, mostraba una mandíbula firme y unos pómulos marcados que parecían esculpidos por años de mala vida y peores decisiones. Sus ojos —azules glaciales, intensos, de esos que no suplicarían jamás— decían que era un varón acostumbrado a ser autoritario. Y, sin embargo, lo que más lo delataba no era su porte impecable ni la elegancia sobria de sus levitas, sino la rigidez del hombro derecho; por la manera en que lo protegía sin darse cuenta y la tensión que se le instalaba en el cuello cuando movía el brazo, porque el dolor había decidido quedarse a vivir bajo la tela y él no pensaba consentir que nadie notase su incomodidad. Pero ella

la percibía. La percibía porque estaba demasiado pendiente de él cuando le permitía estar cerca. Aquel hombre no era más que un problema admirable, peligroso y con la obstinación permanente dibujada en su mirada. No comprendía el motivo por el que estaba pensando en él. Ni siquiera le gustaba. No le atraía. Solo era un incordio.

Además, Imogen sabía cómo la miraba la gente. Ella simplemente era una dama correcta con la columna demasiado recta, de esas que ya no se permitían dar un paso en falso ni aunque el mundo se desmoronase a sus pies. No tenía la belleza llamativa que hacía girar las cabezas a su paso; su atractivo, si era que existía, estaba hecho de detalles discretos: una piel clara que el sol apenas había tocado, la boca bien dibujada pero poco dada a sonrisas, y unos ojos de mirada dura, provocada por la necesidad y de un color difícil de nombrar cuando el cielo estaba gris. Su cabello, castaño y abundante, lo solía llevar recogido con sencillez, sin rizos elaborados ni adornos que pidieran aplausos. Incluso sus manos —extremadamente comunes— eran las de alguien que había escrito cartas duras, firmado cuentas que no sabía cómo pagaría y tomado decisiones sin que nadie se lo agradeciera. Si había algo notable en ella, pensó con una ironía amarga, no era la hermosura, sino su terquedad, porque siempre había encontrado la manera de mantenerse en pie cuando lo razonable habría sido dejarse caer. Y lo hubiese hecho, si hubiera habido alguien confiable para recogerla. Solo estuvo Arthur y eso fue una bendición, así que no tenía derecho a quejarse.

Ah, pero una vez, no hacía mucho, Imogen había tropezado y alguien sí había estado ahí para sostenerla. Su cuerpo tenía memoria propia, porque no había logrado olvidar el modo en que se le había acelerado el pulso cuando Beresford la sostuvo entre sus brazos para evitar que se cayese —firme, seguro y demasiado cerca—, el instante breve en el que el mundo pareció desaparecer y ella se quedó quieta, sintiendo una sensación primaria que le resultó humillante. Había deseado besarlo. Fue solo durante un segundo, pero luego se dijo que aquello no fue nada más que un tonto tropiezo. Un error físico sin importancia. Eso fue lo que ocurrió entre ambos. Imogen se aferraba cada noche a esa explicación como quien se agarraba a una barandilla durante un vendaval.

Sonrió cuando Owen estuvo delante de ella a pesar de que él la miraba con mucho recelo. Cosa que ella no lograba entender.

—Owen… —murmuró con verdadero afecto.

—*Lady* Imogen —la saludó él con una corrección exquisita, y ella observó que la mandíbula se le tensaba.

—Ah. Disculpe, había olvidado que después de nuestra última conversación, ambos somos formales. Señor Fairchild, ¿a qué debo el placer de su visita? —le habló con gran aplomo.

—No recuerdo ninguna conversación, *milady*, solo a una dama negándose a una petición muy concreta —razonó él.

—Por supuesto. —No se le ocurrió nada más que decir.

Imogen suspiró al tiempo que lo invitaba a sentarse haciendo un gesto con la mano. Owen tomó asiento y la indignación lo empujó a hablar antes incluso de que el lacayo terminara de cerrar la puerta.

—Se comenta que un caballero está residiendo en esta casa —soltó a bocajarro.

—No me extraña que se comente porque así es. Además, en Surrey se comenta todo. Hasta cuándo respira una.

Owen apretó los labios.

—No es una broma. Es… impropio.

—¿Impropio? —repitió ella, y la palabra sonó casi divertida—. Qué lástima que la impropiedad no pague las facturas; me habría resultado utilísima durante los últimos años.

El golpe no lo hizo retroceder. Si algo caracterizaba a Owen era esa mezcla de caballerosidad con honestidad, la misma que lo había llevado a insistir en que lo aceptase más de lo aconsejable. Lástima que le pidiese matrimonio cuando se enteró de la existencia de una dote que su padre jamás les daría a ambos, pensó Imogen.

—Usted sabe a qué me refiero —dijo, tratando de controlar su temperamento—. Un hombre bajo su techo, sin ningún vínculo. Sin garantías de…

—¿Garantías? —Imogen apoyó una mano en el reposabrazos—. Señor Fairchild, le recuerdo que usted no es mi padre, ni mi hermano, ni mi esposo. Y, por tanto, no tiene potestad para recriminarme nada.

Owen la observaba con enfado, sí, pero también con esa mezcla de frustración y admiración que ella había visto demasiadas veces en los ojos de los hombres. Le disgustó que aún la afectara.

—Pues como su amigo vengo a advertirle de la temeridad que está cometiendo. —Él respiró hondo. Era como si su educación estuviera luchando contra una verdad que se le había atragantado durante demasiado tiempo. Al final se atrevió a hablar—: No entiendo por qué me rechazó. No lo entendí entonces y no lo entiendo en estos instantes. Soy un hombre correcto. He sido paciente. Le propuse matrimonio porque mis intenciones eran serias y decentes.

Imogen le sostuvo la mirada. Tenía demasiadas razones, y ninguna de ellas era fácil de explicar sin hacerle daño. Owen no era ningún villano, solo un hombre muy honesto, que como la mayoría de los mortales creía que el matrimonio era como una transacción. Ese era el problema. Con un villano, una sabría qué hacer. Con un hombre bueno, era necesario medir bien cada palabra.

—Le dije lo que debía saber —respondió ella, con suavidad.

—Me dijo que no —replicó él—. Y lo dijo como si fuese una sentencia. Sin darme un motivo real.

Imogen notó la punzada de culpa y la ocultó detrás de su máscara.

—A veces, señor Fairchild, una negativa es motivo suficiente.

Owen la miró con algo de dureza.

—No para mí. Yo quería casarme con usted, lo quería de verdad.

Se inclinó hacia delante. El gesto no fue agresivo, pero sí desesperado. Imogen tragó saliva con cierta dificultad. Había algo en el modo en que había hablado que hizo que el corazón le doliese.

—No me haga esto más difícil, se lo ruego.

—No se lo hago yo —contestó Owen—. Lo hace usted sola. Se atrincheró. Levantó murallas entre nosotros. Rechazó al único hombre que podía haberle ofrecido un camino sencillo. Y ahora permite que un desconocido se instale aquí como si eso no fuese a afectar a su reputación.

Imogen se tensó.

—Ese hombre no es un desconocido. Fue compañero de mi hermano.

—¿Y eso le concede derechos? —La indignación asomó por fin—. ¿Le concede una llave?

—No me gustan sus insinuaciones. En esta casa no soy una mujer soltera que esté desamparada. Residen conmigo mi tía y mi prima.

—Las normas, usted lo sabe bien, no son iguales para una mujer soltera que para una viuda y otra dama que hace tiempo que pasó su juventud.

—Tampoco soy una mujer tan joven, señor Fairchild. Tal vez le hice un favor cuando decidí no casarme con usted. ¿No lo ha pensado?

—Por amor de Dios, Imogen, entra en razón antes de que todo salte por los aires —le dijo, ya olvidándose de la formalidad.

—¿Volvemos a ser Imogen y Owen? —le recriminó ella.

—Siempre seremos Imogen y Owen, tú lo sabes bien, por eso no entiendo el motivo por el que te niegas a aceptarme.

—¿No lo sabes?

—No, condenación, no lo sé —le dijo con enfado—. Todo el mundo en el pueblo estaba al tanto de que yo no te era indiferente.

—¿Ah, sí? —preguntó con asombro.

—Sí.

—¿Y desde cuándo lo sabían?

—Desde hacía mucho tiempo. No soy vanidoso, pero estoy considerado un buen partido aquí, Imogen. Tú eres la hija de un conde, lo sé bien, pero también estoy al tanto de tu pasado.

—Ya. Mi pasado. Un pasado que cuando llegó la noticia de que mi padre doblaba mi dote se esfumó.

—¿Te molestó que fuese sincero contigo?

—No, Owen. Lo que me molestó es que creyeses que mi padre te aceptaría como parte de su familia.

—¿A qué te refieres? —No la entendía. Él estaba muy bien considerado entre sus vecinos.

—A que no importa mi pasado, como tú lo llamas, lo que mi padre cuestionará será tu falta de título. No nos habría dado ni un penique de la dote.

—¿Qué?

Imogen se levantó deprisa. Deseaba despedirlo. No quería que la discusión le hiciera perder el control. Owen también se levantó, arrastrado por la necesidad de retenerla.

—No quiero hablar del asunto ahora mismo.

—Está bien. No insistiré por el momento. Lo verdaderamente importante es que tienes que echarlo, Imogen —insistió él—. No importa que él fuese un compañero de Arthur, el rumor es tan jugoso que se propagará más rápido que la verdad.

La dama lo miró de frente.

—¿Has venido para advertirme o para castigarme por haberte rechazado?

El golpe lo dejó inmóvil un segundo. Luego se suavizó, porque le dolería que ella pensase eso.

—He venido porque me importas.

Imogen sintió el cansancio en los hombros. No del día, más bien por todos los meses, años incluso, que llevaba resistiendo, negándose a desfallecer.

—No quería herirte. Nunca quise hacerte daño, Owen.

—Cásate conmigo, Imogen. Al cuerno con tu padre, la dote o lo que digan los demás —dijo él, con esperanza.

—Te arrepentirías de inmediato. No conoces a mi padre. No dudo de que seas un hombre valiente, pero no podrías hacerle frente y acabarías odiándome. No tengo nada para ofrecerte, Owen.

—¿Me castigas tú a mí por haberte dicho que la noticia de la dote me hizo dar el paso para pedirte matrimonio? ¿Acaso no puedes olvidar eso? Porque ya te lo expliqué entonces, solo me motivaba el hecho de que no te faltase de nada.

—Oh, Owen. ¿Por qué me haces esto tan difícil? Prefería tus silencios e indiferencia a lo que ahora me muestras. No puedo…

—Sí, puedes. Sientes algo por mí.

Imogen abrió la boca para negarlo con una frase cortés. No le salió nada. El caballero extendió los brazos y la rodeó por la cintura. El abrazo fue firme, cálido, terriblemente humano. No percibió la rigidez peligrosa que tanto caracterizaba a otro. A Benedict. Owen era bueno, lo conocía desde hacía muchos años y le había ofrecido una posibilidad que ella había rechazado. Imogen se quedó un instante demasiado largo dentro de esos brazos. Y, para su desgracia, su cuerpo comenzaba a rendirse a la cercanía y al contacto de un hombre que le había importado muchísimo. El señor Fairchild era apuesto, sí, pero también amable. Con él, el mundo quizá habría sido menos áspero. Sentía la respiración de él cerca y era muy consciente del modo en que la sujetaba como si tuviera derecho a protegerla solo por haberla querido.

Owen comenzó a bajar la cabeza. Imogen levantó la mirada. Nunca se habían besado, tal vez si lo hiciera tendría la respuesta verdadera sobre sus propios sentimientos hacia él, porque sí, le había

gustado desde hacía muchísimo, pero ¿con eso bastaría?

Estaban a un suspiro el uno del otro. La tentación había encontrado al fin un instante perfecto para que ambos fuesen indecentes. Sí. Era necesario besarlo, así que ella salió a su encuentro.

Y entonces la puerta se abrió. Sin previo aviso.

Benedict Beresford entró con la templanza de un hombre que se movía por las habitaciones de la casa como si hubiesen sido suyas desde hacía más de un siglo. Cerró la puerta con tranquilidad. Se mostraba impasible, la levita impecable y el hombro derecho rígido, como siempre. En su gesto había disciplina y contención. En sus ojos… otra cosa. Un destello oscuro que se apagó tan rápido como se inició.

Imogen se separó de Owen tan rápido que fue como si su pretendiente se hubiese convertido en fuego y ella hubiera temido achicharrarse. El rubor le subió a las mejillas de modo muy evidente. Se odió por ello. Se odió aún más por considerar, de inmediato, que estaba traicionando de algún modo al señor Beresford. ¡Qué tontería!

Owen dio un paso atrás y se recompuso con sencillez. Se ajustó el chaleco. Se acomodó los puños de la chaqueta y le sonrió al intruso, incluso.

Benedict inclinó la cabeza, primero hacia Imogen.

—*Milady* —la saludó. Luego miró a Owen, con interés. El tipo era más apuesto que el propio Rafe. Rubio, ojos claros… un maldito príncipe. Se tragó una maldición—. Supongo que es usted el señor Fairchild.

—Así es, señor Beresford.

—Formidable. Así que el uno ha oído hablar del otro; eso supongo que lo hace todo más sencillo —opinó Benedict—. Bien. No sabía que hubiese pedido audiencia para visitarnos.

Owen mantuvo la sonrisa.

—No se me puede considerar una visita inesperada. He estado en esta casa muy a menudo.

Benedict asintió apenas. Su mirada volvió a Imogen, más firme y dura de lo que hubiese deseado.

—Pero las circunstancias, como comprenderá, ya no son las mismas.

—¿Circunstancias? —preguntó el invitado.

—¿No se lo ha dicho la dama? —cuestionó falsamente amable. Owen frunció el ceño—. Verá, señor Fairchild, nunca he sido un hombre paciente y no tengo intención de comenzar a serlo ahora, así

que confío en que no vuelva a presentarse una situación tan incómoda como esta, porque no me gustaría tener que retarlo a duelo por ponerle las manos encima a mi prometida.

La palabra, o más bien la amenaza, cayó con toda la intención del mundo.

Imogen notó el pinchazo en su orgullo, no solo por la osadía, sino por la forma en que Beresford lo había dicho, como si esa realidad se hubiera escrito en piedra.

Owen no reaccionó negando la afirmación. Eso habría sido vulgar. Reaccionó de un modo peor, demostrando una calma fría y educadísima.

—¿Prometida? —repitió, mirándola a ella, no a su rival—. No lo creo.

Imogen abrió la boca. Benedict se adelantó una fracción, lo justo para colocarse a su lado, aunque sin tocarla. Fue suficiente para que ella sintiera el calor de su presencia y la inquietud se instalara en su ser.

—No pienso discutir con usted, señor Fairchild —dijo Benedict.

Owen seguía manteniendo la sonrisa.

—Me parece bien, porque yo tampoco lo deseo. Estoy aquí para ocuparme de *lady* Imogen. Lo

que, supongo, a usted le parecerá una coincidencia molesta.

El pulso de la dama le golpeaba las sienes. ¿De verdad le tenía que estar pasando todo eso a ella? No, no era nada encantador que un par de tontos comenzasen a pelearse por demostrar quién era el ciervo más *cuernudo*… Tal vez esa palabra ni existiese ni tuviese que haberla pensado. Solo sabía que esos dos machos se estaban midiendo… se medían sus… se estaban midiendo algo que los hombres utilizarían para medir cómo de viriles eran. ¡Oh, por Dios! La indecencia de ese pensamiento la hizo ponerse colorada de nuevo. Con un esfuerzo consciente, Imogen se obligó a recomponer su máscara.

—¡Suficiente! —exclamó como si fuese una reina poniendo orden—. No soy ningún juguete por el que pelearse.

—Ya ve, señor Fairchild —tomó la palabra Ben—, que *lady* Imogen no ha negado ser mi prometida. —Y a continuación le colocó una mano en la cintura y la pegó contra su costado. Suerte que estaba en el lado correcto y el hombro derecho no acusaría el gesto. La apretó de tal modo que a ella le era imposible huir de su contacto sin hacer un auténtico drama.

Ella suspiró.

—¿Imogen? —Owen prescindió de la corrección sin darse cuenta. Ben lo observó apretar los puños y le tocó a él el turno de sonreír.

—Es complicado, Owen. —No era una mentira del todo.

—¿A él sí lo aceptará tu padre? —preguntó ya sin contenerse.

—No. Decididamente al conde no le agradaría en absoluto.

—No entiendo nada, Imogen… —dijo él.

—Pues yo creo que está todo muy claro, señor Fairchild. Y le agradecería que no tratase con menos del debido decoro a la mujer que pronto será mi esposa. —Ella volvió a suspirar—. Ya sabe, no quisiera tener que retarlo a duelo.

—¡Beresford! —lo llamó al orden con el uso de su apellido.

—Oh, amor. No se me pasaría por la cabeza hacerle daño a uno de tus… amigos. —Eligió la palabra con todas las consecuencias e hizo una pausa para dar mayor dramatismo. Y sí, la trató ya sin formalidad—. Sé que no me lo perdonarías con facilidad y no quiero arriesgarme a recibir tu ira. El señor Fairchild estará a salvo de mis delirios homicidas siempre y cuando entienda que eres mía.

—¡Por amor de Dios! —saltó Imogen. Beresford acababa de darle el golpe de gracia. Declararla suya era como haber confesado que la había poseído sobre una mesa, por ejemplo.

—Comprendo —dijo el otro, al tiempo que se cuadraba—. Perdónenme ambos por haber abusado de su hospitalidad —apuntó, regresando de nuevo a la formalidad más educada.

Imogen apretó la mandíbula. La guerra entre el amigo de su hermano y ella había entrado en un terreno muy peligroso.

—Owen, te lo imploro, tienes que creerme porque no…

No hubo tiempo de más. La puerta volvió a abrirse, esta vez con el ímpetu de una tragedia que se creía una invitada de honor entre aquel extraño trío.

Lady Octavia entró la primera, con el turbante color ciruela algo torcido en la cabeza. Eleanor la siguió pegada a su espalda, un poco despeinada también. Ben se dio cuenta de que ambas habían corrido bastante para llegar a tiempo y presenciar… presenciar… presenciar ¿qué? El tipo no le había dado motivos para iniciar una batalla. ¡Lástima! Hacía tiempo que no se peleaba y siempre había disfrutado de una buena trifulca, ganase o no.

Ambas se detuvieron en seco al ver la escena.

Owen estaba de pie junto a una mesa auxiliar, impecable y recto como la más recta de las rectas. Benedict permanecía cerca de él, sereno y más bien parecía ser una estatua de mármol que

había aprendido a respirar. E Imogen… La niña se hallaba firmemente agarrada por el señor Beresford, y figuraba con la barbilla alta, como si en lugar del duro suelo tuviese bajo sus pies una cubierta de barco en plena tormenta.

Octavia parpadeó.

Eleanor parpadeó también.

Luego Octavia miró alrededor, buscaba signos de violencia o, peor, un cadáver escondido bajo el sofá.

—¿Ya está? —soltó, con una decepción tan genuina que habría conmovido a un verdugo—. ¿He bajado corriendo solo para presenciar esto?

Eleanor se llevó una mano al pecho.

—Nos dijeron que el señor Beresford iba corriendo a interceptarlo, Octavia. Te dije que el servicio había exagerado, él no es de los que corren. Al parecer nosotras sí —murmuró, tratando de recuperar el aliento.

Benedict inclinó la cabeza con corrección.

—Tía Octavia, prima Eleanor —las trató sin tanta ceremonia—, el señor Fairchild estaba felicitándonos a Imogen y a mí por nuestras inminentes nupcias. —Aprovechó el momento para pegar todavía más a la dama a su costado. Ella lo

fulminó con la mirada, pero eso no la liberó de sus garras.

Owen suspiró y se comportó, aunque tenía la dignidad herida y muchas ganas de empujar al otro contra una pared. Las saludó con decoro:

—*Lady* Octavia. Señora Ashford.

Octavia los miraba como si fueran dos cachorros educados que se negaban a ladrar ante un ladrón.

—¿Dónde están los golpes? —preguntó, y su tono sonó casi agraviado—. ¿Dónde está el drama? ¿Ni tan siquiera ha habido un pequeño empujón? ¿Qué clase de broma es esta? Privar a un par de mujeres de un espectáculo tan apasionante… —se molestó—. No me digan que han decidido resolver esto… —miró la bandeja que había sobre la mesa— con té.

Eleanor resopló.

—Ni siquiera se han tirado una taza a la cabeza el uno al otro. No es de extrañar, Fairchild es demasiado educado como para levantar el puño y él… Bueno, nuestro señor Beresford, supongo que habrá tenido suficientes peleas como para no participar en una más —conjeturó la viuda.

—¿Pero ni una cucharilla en el suelo, Eleanor? —añadió Octavia, abatida—. Una cucharilla

bien lanzada puede ser muy convincente. Yo lo he visto.

—Oh, no importa, querida Octavia. Al menos somos testigos de la tensión que hay en la estancia.

—Sí, eso es cierto. ¿Ves lo estirados que están ambos, Eleanor? Posiblemente hemos llegado demasiado pronto. Te dije que no deberíamos haber corrido.

—Fui yo la que te dijo eso a ti, Octavia —le recordó la otra.

—Eso no es relevante. ¿Y si nos retiramos un momento y esperamos fuera a que comience la pelea? ¡Oh, dos hombres tan viriles, tan fornidos y apuestos peleándose por la niña! ¡Qué hazaña tan gloriosa!

Imogen cerró los ojos un instante. ¿Por qué el destino le mandaba tantas pruebas y tan crueles y vergonzantes?

—Tía…

—No me regañes, sobrina —repuso Octavia, al tiempo que levantaba un dedo—. Fairchild y Beresford encerrados en la misma habitación que tú… ¿Cómo nos íbamos a resistir a algo tan sensacional? El servicio mismo está expectante. Eleanor y yo hemos venido a toda prisa esperando sangre y nos encontramos con la porcelana sin romper.

Eleanor asintió, con gravedad.

—Una gran decepción. Sí. He estado a punto de torcerme un tobillo en la escalera solo para descubrir que ambos están de pie, preparados para saltar el uno sobre el otro pero sin hacerlo.

—Y siguen teniendo el mismo número de dientes que tenían al llegar. No olvides esa puntualización, querida Eleanor.

—Eso está bien, Octavia. Un hombre al que le falte un diente no es recomendable. Pierden todo su atractivo.

Octavia miró a Benedict, luego a Owen y después a su sobrina.

—¿Y cuál es el plan? —inquirió la anciana—. ¿Van a mirarse fijamente hasta que uno se rinda por aburrimiento? Porque si es así, me temo que perderán ambos. La niña sería capaz de mantenerse despierta tres noches seguidas solo por no darles el gusto.

Owen carraspeó y luego dijo:

—No he venido a protagonizar un espectáculo.

—Qué lástima —murmuró Octavia—. A mí me habría venido de perlas. No me queda mucha vida ya; me habría gustado morirme habiendo visto una buena pelea. Es algo que jamás he presenciado.

—Yo tampoco he visto algo como lo que planteas. Sería una experiencia interesante que vivir.

Benedict les sonrió a las dos. Había pensado que solo Octavia era excéntrica. No. Eleanor no se quedaba atrás.

—Yo, en cambio, podría darles el capricho. Lo único que me lo impide es que no puedo ser el que lance el primer puñetazo. No sería adecuado para impresionar a mi prometida con mi fuerza, habilidad y todo eso, porque quiero que vea que soy paciente.

—No lucharé si no tengo motivos para hacerlo —indicó Owen, quien tenía los ojos puestos en Imogen en esos momentos.

—¿Y para qué ha venido entonces? —saltó Eleanor—. ¿Para recitar poemas? ¿Para intercambiar tarjetas de visita?

Imogen apretó la mandíbula.

—Os estáis poniendo en evidencia y también a mí —trató de hacerlas entrar en razón.

—En absoluto. En el mundo animal, el macho se queda con la hembra después de demostrar que podrá protegerla —se defendió la anciana.

—¿Octavia? —la llamó Eleanor.

—¿Sí, querida?

—Creo que Beresford ha dicho que Imogen es su prometida.

—Lo sé.

—Lo he dicho dos veces, tres, si se cuenta la primera que lo mencioné, aunque ustedes no estaban presentes en esa —se metió en medio Ben.

Eleanor se acercó un poco más al trío. Los ojos le brillaban llenos de curiosidad.

—¿Y no debemos decir nada al respecto? —siguió Eleanor hablando con la tía Octavia—. Tal vez sea por ello por lo que Fairchild no ha tomado cartas en el asunto.

—Uhm… Lo más interesante es que la tiene bien sujeta y la niña no se queja.

—¿Se habrán besado ya? —inquirió Eleanor.

—¡Por amor de Dios, querida mía! Eso sería un escándalo. Todo el mundo sabe que los besos están prohibidos a menos que haya alguien cerca supervisándolos.

—No creo que eso sea así del todo, Octavia. Las carabinas no están para supervisar besos, más bien para impedirlos.

—¿Sí?

—Eso me temo —respondió Eleanor.

—¡Qué poco práctico para hacer que una pareja se case de inmediato! ¿Por qué no le da un beso a mi sobrina, Beresford?

—Encantado, *milady*… —dijo Ben, quien se disponía a prepararse para la hazaña.

Tal y como Octavia y Eleanor esperaban, el señor Owen Fairchild salió a toda prisa con el sentido del decoro más ofendido que su orgullo. Sabían que jamás volverían verlo.

Mientras, Imogen miraba con ira a Ben. Lo tenía justo enfrente y le sonreía como un pícaro.

—Atrévase a hacer lo que se propone y, le juro por Dios, que perderá lo que más aprecia de todo su cuerpo —lo amenazó sin rodeos.

—El riesgo vale la pena.

Entonces la besó.

No fue un gesto delicado ni una cortesía. Fue pura decisión. Su mano izquierda le sostuvo la nuca con firmeza, pero sin brusquedad. La derecha, la de la herida, la rodeó con suavidad por la cintura.

Imogen se quedó asombrada al principio, encendida por la rabia. Entonces notó el roce de un pulgar en la mejilla, la calidez de su palma, y todo el peso de esa presencia masculina peligrosa que no

pedía permiso nunca porque seguro que ni necesitaba ni sabía cómo hacerlo. Quiso apartarlo, quiso recordar que lo odiaba, que le había dicho estar dispuesta a arrancarle la hombría si se atrevía a besarla. Sin embargo, el beso la adormiló. Hacía tanto tiempo que nadie la valoraba como mujer, que se olvidó de la realidad. La boca de Benedict se posaba sobre la suya de un modo desquiciante y suave a la vez, y todo lo que había en la habitación, en su propia vida, se volvió irrelevante.

El primer contacto había sido decisivo pero breve, y como Benedict no era un hombre acostumbrado a quedarse a medias todo se estaba descontrolando. La respiración de Imogen salía como un gemido contra sus labios y él lo sentía como una invitación muy clara. El beso se fue profundizando de un modo irrefrenable; no había prisa, aunque sí una determinación que la estaba dejando sin fuerzas. Imogen apretó los dedos contra la solapa de su levita, seguramente para empujarlo, pero en lugar de apartarlo, se encontró aferrándose a él para no dejarlo escapar.

Lo detestó. Odió el modo en que su cuerpo reaccionó antes que su voluntad. Le disgustaba el calor que le subía por el cuello, la extraña sensación de plenitud que le recorría el pecho, como si un hilo invisible tirase de ella hacia el hombre que llevaba semanas luchando por apartar. Había jurado no ceder. Prometió no sentir nada por nadie. Y, aun así, el beso le robaba el aire con una facilidad humillante.

Benedict la sostenía con seguridad porque intuía que a una mujer inocente como ella, las

piernas podían fallarle en cualquier momento. No la aplastaba contra sí, pero la mantenía cerca, segura, lo bastante firme como para que no se desmoronara y lo bastante ligera para que aquello pareciera una elección pese a que había sido él quien inició el beso. La boca femenina se movía sobre la suya con una precisión que no tenía nada de inocente. Ella sabía besar. Él llevaba más de un año evitando a las mujeres y precisamente había sido la única que no deseaba que rompiese su disciplina la que lo había logrado.

Imogen dejó escapar un sonido que la avergonzó al instante. Benedict lo oyó y, lejos de detenerse, inclinó la cabeza un poco más para poder saborearla a su antojo y que ella, a su vez, disfrutase de su contacto.

Aquello ya no era un sencillo beso. Había verdadera hambre por parte de ambos. Benedict soltó una exhalación ronca, casi fue un gruñido lleno de frustración. Su pulgar rozó el borde del escote del vestido de ella y, por un instante, Imogen sintió que no solo ella estaba temblando.

En el salón no se oía nada. Tal vez se hubiesen quedado solos o no. Ambos estaban demasiado lejos del mundo para concederle atención a algo que no fuera el latido que se les había vuelto común. El beso continuó hasta dejarles sin respiración, hasta que el pecho de Imogen comenzó a subir y bajar y la erección de Ben comenzó a palpitar y doler como el infierno.

Sabía que tenía que detenerse, pero ella no se lo ponía fácil. Usó toda su fuerza de voluntad para obligarse a separarse de Imogen. Cuando por fin se apartó, comprobó que ambos estaban jadeantes, con la mirada clavada el uno en el otro; era como si acabaran de sobrevivir a una catástrofe.

Ambos habían cometido un tremendo error. Él lo sabía. Ella lo sabía también.

Imogen se llevó una mano a los labios sin pensar. Necesitaba comprobar que seguían en su sitio, que él no se los había llevado consigo. Benedict se quedó inmóvil, y se le tensó la mandíbula, pues aunque había conseguido una gran victoria no había medido bien el coste de su logro.

Fue entonces cuando la soledad se volvió evidente. No había ningún turbante ciruela a la vista. Ni se escuchaba ninguna conversación en la que participase una viuda muy peculiar. No había comentarios indecorosos ni consejos sobre el uso de carabinas. Solo un silencio tan espeso que parecía reírse de ellos y de su determinación a evitarse.

Imogen dio un paso atrás de golpe, como si la cercanía de él le quemase más que su beso. Se recolocó la tela del escote en su lugar porque sus pechos estaban demasiado a la vista; alzó la barbilla y lo desafió con la mirada mientras Ben la observaba sin moverse. En su rostro no había señales de triunfo. Había desconcierto. Y eso, por alguna razón, la enfureció más. Sabía que él había esperado que besar a una solterona sencilla no lo acabaría alterando.

—No se haga ilusiones, Beresford —soltó ella, y la frase salió afilada e impecable—. Este beso no ha significado nada.

Benedict parpadeó despacio. Había esperado otra reacción. Fue como si una parte de él hubiera creído, de manera absurda, que ella iba a admitir lo evidente. Ambos se atraían con muchísima intensidad. No era algo bueno, porque aunque el amor no existía, el deseo lo complicaba siempre todo. Los dos se deseaban. Esa sí era una gran verdad. Y le dolió que ella lo negase.

—¿Na-nada? —preguntó, y se enfureció por titubear. ¿Desde cuándo titubeaba un hombre como él?

—Nada en absoluto —repitió Imogen, con una firmeza que intentaba aplastar la vergüenza—. Esto ha sido una provocación. Un exceso suyo. Y una falta mía por permitírselo.

Benedict apretó los dientes. Su hombro derecho se tensó y el dolor le subió al cuello, pero no fue eso lo que le hizo endurecer la mirada. Fue la forma en que ella lo volvía a menospreciar. Con palabras, negaciones y esa misma terquedad que, hacía un momento, había temblado en sus manos.

—Imogen…

—No —lo cortó ella, de nuevo en el tono correcto, el de una dama que no estaba a punto de perder el control—. Se referirá a mí como *lady*

Imogen en caso de ser necesario. Y no va a convertir esto en otro argumento para presionarme. No va a mencionarlo jamás. Lo olvidaremos porque no ha sido nada significativo.

Él suspiró. Si hubiese estado más acostumbrado a que las mujeres lo echasen a un lado como si no valiese nada… Ah, pero lo único para lo que él había servido hasta que se marchó lejos de Inglaterra, fue para amar con su cuerpo a las damas. ¿Por qué le importaría tanto que alguien como Imogen, carente de todo el atractivo que él exigía a quienes compartían su cama, no lo aprobase en absoluto?

Benedict consideró que debía mostrarse paciente. Buscó en su mente palabras sencillas y sensatas para decirle que… decirle que… ¡No sabía qué debería decir!

No importó demasiado. Imogen no le dio la oportunidad de explicarse. La gran dama para la que él era una insignificante mota de polvo se giró sobre sus talones, y con la espalda bien recta comenzó a caminar como si el mundo entero tuviera que apartarse a su paso. Al llegar al umbral, se detuvo apenas lo suficiente para clavarle una última estocada y sin mirarlo de frente le dijo:

—Y, por si no ha quedado claro, Beresford, no toleraré que vuelva a besarme. No lo haga, o la próxima vez cumpliré mi amenaza.

Luego se marchó.

La puerta no se cerró con un portazo. Fue peor. Se cerró con suavidad, como si aquello no hubiera ocurrido. Como si el salón no conservara todavía el eco de una única respiración compartida al calor de un beso magnífico.

Benedict se quedó solo, de pie junto al juego de té. Durante unos instantes, no supo qué parte le dolía más, si el hombro herido, la dureza que se ocultaba en sus pantalones o esa punzada absurda en el pecho que seguía sin saber identificar.

Miró hacia la puerta por la que Imogen había desaparecido, y por primera vez desde que puso un pie en Mansfield House, comenzó a darse cuenta de que al llegar había iniciado una batalla para la que no estaba realmente preparado.

Estaba desconcertado. No solo por la reacción que ella le había provocado. ¡Dios, la deseaba! ¿Cuánto hacía que él no había deseado con ese fervor y hambre a una mujer? ¿Desde los dieciséis, cuando solo era un cachorro ansioso?

No. Definitivamente, seducirla no iba a poder ser una opción válida. Él caería en su propia trampa si lo hiciese. Esa mujer lo afectaba demasiado y no debía arriesgarse a complicar las cosas. Entonces, ¿cómo diablos lo haría para que se casase con él?

¡Estaba peor que al principio!

Capítulo 5

Un par de situaciones muy extrañas

Aquel día Imogen se despertó intuyendo que el destino había decidido molestarla sin previo aviso. No fue un pensamiento claro, ni una imagen concreta; era una especie de presión sorda en el pecho, como si alguien hubiese dejado una puerta entornada en mitad de la noche y fuese a cerrarse o abrirse de golpe sin su consentimiento. Cuando se incorporó en el lecho, observó que el cielo, al otro lado de la ventana, tenía su color habitual de Londres incluso en Surrey. Era de ese gris con pretensiones de permanencia. Pero no, ella sabía que no sería el tiempo lo que iba a arruinarle la jornada. Disfrutaba quedándose en casa mientras llovía. Era otra cosa la que presentía.

Se vistió sin ayuda de la doncella, tal y como solía hacer cada día, y lo hizo con bastante esmero, más por disciplina que por vanidad. En esos instantes, mientras se recogía el cabello y se ajustaba

el vestido, se repetía que no era una muchacha de diecisiete años, con el corazón en la garganta y la voluntad pendiente del humor de un hombre, y menos cuando ese caballero era Beresford. Se lo repitió dos veces. La segunda sonó menos convincente. Y lamentó aquel estúpido beso que le había hecho temblar las piernas. ¡Oh, cielos! Había correspondido a su beso como si fuese… como si fuese… ¡Nada! Olvidaría esa cuestión lo antes posible. Ese hombre no le agradaba. ¡Mentira! Le gustaba más de lo que podía admitir. ¡Maldición!

Al bajar, encontró la casa extrañamente silenciosa, como si incluso las paredes estuvieran conteniendo la respiración mientras ella trataba de olvidarse de aquel beso tan escandaloso. El reloj del vestíbulo marcaba una hora indecente para visitas, y, sin embargo, Imogen escuchó que unos pasos resonaban demasiado en la entrada.

Entonces lo vio.

La puerta principal estaba abierta y su padre acababa de entrar con tal autoridad que parecía el dueño de la casa. El conde de Marston no necesitaba ser anunciado para parecer el dueño de todo lo que lo rodeaba. Llevaba puesto un abrigo verde oscuro muy elegante, el sombrero lo traía en la mano y su mirada estaba preparada para encontrar una falta incluso en uno de los jarrones de la tía Octavia.

Tras él apareció un caballero joven, alto, bien vestido y demasiado silencioso. Sus buenos modales saltaban a la vista. El recién llegado, a

diferencia de su padre, no miraba alrededor con curiosidad, como haría un invitado; lo hacía con una atención práctica, como si estuviera tomando nota de lo que allí había.

Imogen se detuvo en seco.

Durante un latido entero de su corazón deseó dar media vuelta, subir las escaleras y meterse bajo las mantas. Luego recordó, con una nitidez muy clara, que no era ninguna jovencita asustadiza. No después de lo que había perdido ni de lo que se había negado a aceptar.

Enderezó la espalda, se tragó el temblor que se le había colado donde no debía y avanzó hasta quedar a una distancia respetuosa. Ni cerca, ni lejos. La distancia exacta de una hija que ya no confiaba en ser tratada por un padre amoroso. En realidad Marston no entendía ni de delicadeza ni de amor. Solo de poder, contactos y órdenes. Octavia amaba a su hermano tanto como ella misma había adorado a Arthur, y siempre lo exculpaba explicándole que había sido criado para ser tal y como debía: un conde cuya única misión era perpetuar el título, no hacer menguar la fortuna familiar y evitar escándalos.

—Milord —lo saludó con una breve reverencia—, no esperaba su visita.

El conde la observó con frialdad. Parecía estar valorando un cuadro cuyo marco le parecía de mal gusto. Estaba muy acostumbrada a esas miradas. Ya se las ofrecía incluso antes de haberla repudiado.

Despidió a su mayordomo con un ligero movimiento de uno de sus condales dedos.

—Sí, ya me lo figuro, Imogen, porque de otro modo te hubieses ido a la otra punta del mundo con tal de no recibirme. Debes saber que aunque esté lejos, sé siempre dónde estás y lo que haces.

La dama notó que la casa, de pronto, se hacía más pequeña.

—Estoy donde siempre, milord. Y no hago otra cosa más que llevar una vida sencilla.

—¿Dónde está tu tía? ¿Sigues dando refugio a Eleanor?

—Mi tía está con la prima Eleanor. Hoy iban a visitar el pueblo para hacer unos recados. Bien sabe usted que a Octavia le agrada aprovechar el día y no teme madrugar, al igual que Eleanor. En caso de que hubiesen sabido de su visita, lo habrían esperado.

—No importa. No es con ellas con quien tengo asuntos pendientes.

El conde dio un paso más. El silencio que lo acompañaba la ponía nerviosa. Imogen se obligó a mantener la barbilla alta, aunque por dentro algo se le estaba rompiendo.

—Supongo que los asuntos que tiene que tratar son conmigo.

—Así es. Y no estoy contento, Imogen. En absoluto.

—Recuerdo ser una decepción continua y eso sigue siendo así.

—¿Entonces por qué no cambias, hija mía?

—Lo haría si con eso supiese que al fin sería considerada digna, padre. Aunque con el paso de los años he ido comprendiendo que la única opinión válida debe ser la mía.

—Ideales peligrosos, Imogen. ¿Todavía no entiendes el juego social?

—Sí, pero decidí no seguir apostando porque prefiero no ganar antes que perderme a mí misma.

—Oh, por Dios, estoy comprobando que, efectivamente, hay cosas que no cambian nunca. Ahora escúchame, no me molestes más con tonterías. Estoy aquí por un asunto urgente.

—Por supuesto. ¿De qué se trata? —inquirió ella, tratando de que la paciencia no se le esfumase.

—Me han escrito —continuó él.

—¿Quién, milord?

—Alguien que se describe a sí mismo como un apreciado amigo tuyo. —Imogen se tensó de

inmediato—. Creo que era… sí, un tal señor Fairchild. —La boca del conde se torció apenas, en un gesto de desaprobación inmediata—. Un desconocido para mí, pero al parecer muy atento a tu reputación.

Imogen sintió que se le helaba todo el cuerpo. El bienintencionado Owen la acababa de meter en un gran problema.

—Comprendo —aseguró, despacio. La palabra era una llave. Abría una puerta que ella habría preferido mantener cerrada.

—Me informa —prosiguió el conde— de que en esta casa vive un hombre. Un hombre con el que no estás casada.

El caballero silencioso permanecía a su lado sin moverse. Si hubiera sido una estatua, habría sido una de las caras.

Imogen le sostuvo la mirada a su padre con cierto desafío.

—Milord, en esta casa viven, además de mí, dos respetables mujeres, y no hace falta que le diga que una de ellas es su propia hermana, mi tía Octavia —le recordó.

—No he venido a discutir, Imogen. —El conde levantó una mano, cortando el aire—. Estoy aquí porque tus actos tienen consecuencias que salpican a toda la familia. Tu hermano está muy preocupado por toda esta situación.

—No lo dudo. Su esposa, si está al tanto de las noticias que a usted le han llegado, le habrá hecho saber que la reputación de sus hijas está ligada a la mía, pese a que no se les permita ni conocer a la hermana de su padre.

—¿Quieres que te recuerde quién decidió que la familia no era importante, Imogen? Tú y solo tú tienes la culpa de haberte convertido en una compañía poco recomendable.

—Por supuesto —dijo, porque no sabía qué más podría decir. De nada le serviría tratar de explicarle a su padre sus convicciones. Ella traicionó la confianza de toda la familia cuando decidió no casarse con uno de los grandes favoritos de su primera temporada.

—Bien. —El conde señaló con una inclinación mínima de cabeza a su acompañante, como si por fin recordara que la gente se presentaba —. Me acompaña Thaddeus Pelham, vizconde Rivington.

El invitado inclinó la cabeza con elegancia. No hubo ni una sonrisa. Ni una palabra. La reverencia fue justa y sin excesos.

—Encantada, milord —dijo ella, con una cortesía impecable y la armadura ya bien puesta.

—Lo estarás más cuando os caséis. —La frase del conde cayó con una serenidad terrible—. He venido a solucionar esto.

Imogen notó cómo el mundo se hundía a sus pies.

—Padre… —empezó a decir.

—No. —El conde la interrumpió sin alzar la voz, lo cual era peor—. Este vizconde es un hombre apropiado. Tu situación exige rapidez y discreción. No serás un escándalo para la familia otra vez.

Imogen apretó los dientes. La sangre le golpeaba en las sienes, pero su tono se mantuvo firme.

—No me casaré con un desconocido por una carta.

El conde entrecerró los ojos. Imogen supo que acababa de reconocer el mismo desafío en ella que años atrás.

—No es una carta, Imogen. Es tu reputación de nuevo.

En esos instantes lo comprendió todo con una lucidez amarga. Su padre no había llegado para exigir una explicación, estaba allí para imponer su voluntad. La primera vez logró salir de un compromiso porque Arthur la protegió. Su hermano ya no estaba allí para salvarla de los deseos de su padre.

Se negó a acobardarse. Era una mujer que sabía luchar sus propias batallas. Ella alzó la barbilla

un poco más y no se le ocurrió nada mejor que comenzar a confeccionar una gran mentira.

—Llega usted tarde, milord.

El conde frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

Imogen lo miró sin apenas pestañear.

—Estoy prometida.

El silencio que se estableció fue muy tenso. El conde tardó un instante en hablar, y cuando lo hizo, la voz le salió baja y bastante afilada.

—¿Prometida? ¿A quién?

Imogen sintió, por un segundo, que el suelo volvía a tambalearse bajo sus pies. Solo le quedaba una salida y decidió arriesgarse, porque residía en aquella casa un mal menor de anchos hombros y mirada peligrosa al que ella iba a aferrarse.

—Se llama Benedict Beresford. Es el hombre sobre el que le han advertido que vive aquí —dijo con calma—. Nos casaremos pronto. —Y rezó para que él no fuese a echarse atrás o se vengase de ella por haberle puesto las cosas tan difíciles desde su llegada.

El conde no reaccionó de inmediato. Luego, muy despacio, dejó el sombrero sobre una consola

del vestíbulo, como si estuviera preparándose para quedarse. Extraño. Ella pensó que saldría corriendo y maldiciendo como la última vez que se negó a sus deseos.

—Entonces —dijo— tendrás la amabilidad de explicarme quién es él y por qué me he enterado por un extraño de tus planes. Y por qué, si estás prometida, sigues soltera.

Imogen mantuvo el gesto sereno, aunque por dentro se le retorció algo. De todas las reacciones de su padre, esa era la que menos esperaba. Extraño.

—No quise importunarlo con un asunto menor como la boda de una hija olvidada, milord —se atrevió a decirle.

—¿Sabe tu prometido el carácter tan atroz que tienes, hija mía? No, no me respondas —sentenció él, y su mirada se volvió de hielo—. Lo que tenga que hablar a partir de ahora, lo hablaré con el señor Beresford.

—No tengo reparo en complacerlo, milord —sonó una voz desde el lateral del recibidor. No fue la del vizconde recién llegado para casarse con Imogen, fue la de Ben, quien llevaba un rato apostado en un lugar discreto, escuchando el intercambio entre padre e hija.

Benedict Beresford dejó las sombras y salió a la luz. Imogen lo vio clavar los ojos en su padre sin bajar la mirada. Ni una inclinación precipitada. Ni esa

sonrisa servil que los hombres adoptaban cuando el conde de Marston respiraba cerca de ellos. Beresford exudaba solo tranquilidad y seguridad en sí mismo.

Aquello la impresionó. Su padre era de esos hombres que intimidaban solo con observar. Y, sin embargo, Beresford no pareció encogerse. Ni por un segundo. Imogen notó un pellizco extraño, bastante incómodo, en el centro del pecho. Últimamente, tanto Octavia, como Eleanor y ella misma habían terminado llamándolo sencillamente por su apellido. Seguía siendo formal, sí, pero su presencia había ido adquiriendo cierta familiaridad. Nada excepcional, como un mueble que al principio estorbaba y luego una no concebía la habitación sin él. Mentirosa. Los muebles no besaban como él.

Y en esos instantes se dio cuenta, horrorizada, de algo muy inquietante. ¡Se había acostumbrado a Beresford! A su manera de estar; a su silencio, incluso a esa forma suya humilde de sobrellevar las tonterías de ella y que tanto la había irritado. Y eso ocurría porque sabía que él estaba cerca.

¡Dios!

Si él se marchaba… ¿lo echaría de menos?

La sola posibilidad se le antojó una cosa tan absurda que… ¡Ay, Dios! Sí. Maldito fuese. Lo echaría de menos. Entonces Imogen comprendió que había caído en una trampa muy bien tejida. Él no se había quedado en esa casa donde sabía que no era bienvenido —aunque fuese el dueño— solo para

resistir, había logrado que ella reconociera su presencia y lo quisiera cerca. ¡Estaba en un buen lío!

Y mientras hacía un descubrimiento que no reconocería jamás en voz alta, Imogen seguía viendo cómo se desarrollaba la escena que tenía ante sus ojos.

Ni el conde ni Beresford se decían una palabra. Y el vizconde parecía un figurante. El silencio crecía entre todos, tenso.

Imogen carraspeó y, con la dignidad que pudo reunir, decidió salvar las formas.

—Milord —dijo, dirigiéndose a su padre—, permítame presentarle al señor Benedict Beresford.

Luego se volvió hacia Benedict, y el apellido le salió con una naturalidad demasiado íntima.

—Beresford, este es mi padre, el conde de Marston.

Benedict le hizo una breve inclinación de cabeza. El conde apenas reconoció su presencia.

—Milord —lo saludó.

El padre de la dama lo miró entonces como si se hubiera encontrado una mancha en una pechera blanca.

—Señor Beresford. Curioso, eso de que sea el prometido de mi hija. —Su padre dio un paso hacia Ben, como si la casa le perteneciera por derecho, y giró la cabeza hacia ella con una severidad que no dejaba lugar a réplicas—: Necesito hablar a solas con tu prometido.

—No creo que… —comenzó a objetar ella.

—Imogen —intervino Ben—, creo que la biblioteca podría ser un lugar adecuado para que tu padre y yo hablásemos como caballeros. —Decidió prescindir de la formalidad. No para demostrarle al conde que había cierta familiaridad entre ambos, más bien, porque después de aquel beso no sabía si podría verla solo como *lady* Imogen, como una simple responsabilidad que debía atender. Lo quisiera o no reconocer, la cercanía compartida con esa misteriosa mujer le había hecho respetarla. Y él jamás había respetado a una mujer tanto como a la hermana de Arthur. No solo porque fuese valiente, o una arpía capaz de intentar sacarlo de sus casillas, sino porque había algo muy especial en ella.

La dama miró al mejor amigo de su hermano y asintió. Si él estaba tan seguro de poder enfrentarse a su padre y sobrevivir, ella no le negaría el gusto. Entonces se giró para mirar al conde y le dijo:

—Les guiaré hasta la biblioteca, milord.

No esperó a que se lo agradecieran. Echó a andar primero, obligándose a mantener el paso

sereno aunque por dentro le temblaran hasta los pensamientos. Sabía perfectamente lo que hacía.

Mientras avanzaba por el pasillo, oía tras de sí las botas del conde, seguras y soberbias, y el paso de Beresford, controlado y firme. También las del vizconde con quien jamás se casaría.

Imogen abrió la puerta de la biblioteca y se apartó para dejarles paso. Tenía el corazón golpeándole con fuerza, como si fuera ella quien estuviera a punto de ser interrogada.

—Adelante, caballeros —dijo con educación —. Me retiraré a la salita sur, por si me requieren.

Y, al verlos cruzar el umbral, a los tres, supo que lo que sucediese allí dentro iba a decidir mucho más que un simple compromiso. Justo cuando iba a darse la vuelta para marcharse, se dio cuenta de que Beresford estaba de pie delante de ella, preparado para cerrar la puerta.

—Imogen —susurró su nombre de un modo que a ella se le erizó toda la piel.

—¿Sí?

—No temas por nada. Todo va a salir bien. Esa promesa no se la hago a tu hermano allí donde esté, te la hago a ti. ¿Confías en mí?

Ella suspiró.

—Sí.

—Pues te ruego que te relajes. Deja de tensar los hombros y baja la barbilla. Estás a salvo. —Le acarició la mejilla con la mano izquierda para que su hombro derecho no sufriese. Le daba en la nariz que necesitaría todas sus fuerzas para enfrentarse al padre de la dama—. Aquí, en mi casa, en la casa en la que vives y que era de tu hermano, nadie más que tú o yo tenemos poder. Sea un conde, un vizconde, o el mismo diablo, nadie te hará daño mientras yo pueda evitarlo. —Y eso sonó a una promesa que él pensaba cumplir.

De pronto ella asintió y se dio cuenta de que le estaba sonriendo. Beresford le sonreía de verdad. Y lo más asombroso era que ella le estaba devolviendo el gesto con la misma honestidad.

Fue en ese momento cuando ella pudo quitarse la armadura, dio media vuelta y confió en él. La puerta de la biblioteca se cerró a la espalda de Imogen con un suave clic.

El conde de Marston se quedó de pie frente a la chimenea. El vizconde ocupó una esquina junto a las estanterías, silencioso, con las manos a la espalda y la mirada fija en un punto neutro, como si su principal talento consistiera en no existir.

Benedict, en cambio, no pensaba quitarle los ojos de encima ni un instante. Ahí de nuevo, en el centro de su pecho, había vuelto a nacer un sentimiento muy posesivo hacia Imogen. Ni el chismoso de Fairchild ni un tonto jovenzuelo a las

órdenes de un conde iban a robarle lo que ya consideraba suyo. ¡Dios! ¿Desde cuándo consideraba que Imogen le pertenecía? No. Dicha cuestión en esos instantes no era importante.

—Bien —dijo el conde al fin—. Explíquese, señor Beresford. Mi hija sigue soltera y su reputación corre de boca en boca gracias a un rústico caballero que ha tenido el buen juicio de informarme de una gran contrariedad.

Benedict le sostuvo la mirada. En esos instantes no se permitió apartarla, ni siquiera para aliviar la tirantez del hombro.

—Milord, recuerdo que acordó conmigo no intervenir.

—Los acuerdos del pasado me importan lo justo o nada —replicó el conde—. Son más apremiantes los hechos. Y el principal es que mi hija no es su esposa, y los chismes corren más deprisa que los caballos.

Benedict respiró hondo. Tener al padre de Imogen allí no sabía si iba a ser un problema o no.

—No he permitido que la comprometan. Ni que se le falte al respeto. Por descontado que tampoco la he comprometido ni le he faltado al respeto.

—¿Ah, no? —Marston alzó una ceja—. ¿Y cómo llamaría usted a lo que Fairchild seguro que no

ha comentado solo conmigo?

Benedict notaba la ira bajo el filo de las palabras.

—Fairchild no actúa por honor, milord. Actúa por interés. —No mentía. Ese hombre estaba enamorado de la dama con la que él pretendía casarse y se había dado cuenta de ello demasiado tarde, y Ben sabía que un tipo despechado solo buscaba venganza.

—Me da igual la motivación de ese desconocido —lo cortó el conde—. Usted, Beresford, ha encendido una hoguera, y mi familia está muy cerca de las llamas.

Benedict asintió despacio, como si aceptara el golpe sin conceder el terreno.

—Comprendo su enfado.

—No, señor Beresford, no lo comprende. Porque si lo comprendiera, habría hecho lo que acordó conmigo cuando se presentó en mi casa seis meses atrás para informarme de sus planes. ¿O no lo recuerda?

Benedict no se movió, pero en su cabeza se abrió paso una imagen nítida de aquella primera y única visita que le hizo al padre de Arthur, después de haber estado en el corazón mismo de la guerra en el sur de África.

—Lo recuerdo, milord —dijo, grave—. Recuerdo que fui a verlo en cuanto regresé y no olvido lo que acordamos. El que parece no tener buena memoria es usted, puesto que me dijo que no intervendría, que respetaría la decisión de Arthur, su última voluntad —se atrevió a echarle en cara.

El conde lo observó con una frialdad que no le cedía ni un resquicio de compasión.

—Oh, sí. Lo recuerdo perfectamente. A usted… y a su escolta. Debo admitir que fue usted muy inteligente al elegir con sumo cuidado a los compañeros con los que me visitó. Jamás pensé que un escocés entraría en mi casa.

—No fue una escolta, milord. Fue una previsión muy estudiada por mi parte. Pensé que con aquel movimiento le demostraba que soy más inteligente de lo que parezco.

—Una previsión muy bien elegida, pues —concedió Marston, aunque en su voz no había rastro de elogio—. ¿Inteligente? Eso está por ver. Apareció usted en mi despacho acompañado por aquel señor… ¿MacRabit?

—MacCrae —lo corrigió Ben—. Ewan MacCrae. Disculparé su olvido, pues entiendo que le impresionó más la presencia del duque de Wynthorpe que la del escocés.

—Wynthorpe —repitió el conde, y lo dijo con un respeto un tanto tenso. Marston cabeceó un

par de veces—. No se relaciona uno con Wynthorpe a la ligera. Tiene una reputación muy particular. No suelo conceder confianza, señor Beresford, pero admito que me interesó que un hombre como usted tuviera el visto bueno de ese duque en concreto.

Benedict no corrigió nada de su suposición. No iba a confesarle que la presencia del duque en aquel momento había sido, en parte, un truco útil y, en parte, un favor que le había arrancado a Ewan. El duque de Wynthorpe, según sabía bien Ben, estaba muy en deuda con la abuela de Ewan, algo relacionado con haber podido tener por fin descendencia. La abuela Morna era conocida por tener el don de la providencia y amplios conocimientos sobre plantas, pociones y esas cosas en las que Ben no creía, pero que habían hecho que Wynthorpe le debiese mucho a Ewan. No le importó usar la conexión del bruto escocés con el duque para poder impresionar al padre de Imogen y Arthur, pues había averiguado que Marston era un hombre muy estirado y de duro corazón.

—Ya le he dicho que soy más inteligente de lo que parece, milord.

—Sí, tal vez. Pero debe dar las gracias también a su linaje. No era despreciable. Sobrino de un vizconde, hijo de un caballero. No era un cazadotes sin apellido. Por eso escuché lo que vino a decirme tan bien acompañado. Por eso, cuando usted me habló de Arthur… —El nombre de su hijo muerto se quedó suspendido en la biblioteca. Benedict se dio cuenta de que no era tan frío como aparentaba. La pérdida de Arthur le seguía afectando—. Cuando me

entregó aquella carta que Arthur había dejado en manos de su mejor amigo, en las suyas, por si le ocurría algo, no di crédito a mis propios actos. Mi hijo siempre fue demasiado sensible y, al parecer, me contagió por fin tras su muerte. Todavía no puedo creerme que accediese a lo impensable.

—Yo no necesitaba su permiso para casarme con su hija y cumplir mi promesa, pero de algún modo, sabía que a su hijo le habría gustado mi deferencia con usted.

—No me negué a pesar de saber que mi obligación debía ser negarme —admitió Marston—. No escondo el motivo; Arthur lo había querido, usted tenía credenciales y… —hizo un gesto breve, seco— yo no iba a deshonrar a mi segundo hijo impidiendo su última voluntad. Le dije que no me opondría si usted conseguía convencerla.

La comisura de la boca de Benedict se tensó ligeramente.

—Y al fin lo he logrado, milord. Usted mismo la ha escuchado. Se ha declarado mi prometida.

Marston soltó una risa breve, sin humor.

—¿De veras? Entonces explíqueme por qué no se han casado todavía.

Benedict lo miró con fijación.

—*Lady* Imogen no es una mujer dada a dar su brazo a torcer. Hacerla entrar en razón es complicado.

El conde ladeó la cabeza.

—Tal vez debió haber vuelto a invitar a Wynthorpe a venir con usted.

—No se ofenda, Marston, pero dudo mucho que me hubiese servido con ella la misma táctica que usé con usted. Un duque no impresionaría a su hija.

El conde suspiró. Un gesto que lo hizo un poco más humano.

—Eso ya lo sé. Se parece demasiado a mí. Y eso hubiese sido adecuado en caso de no haber nacido mujer. Muchas veces acusé a mi condesa de hacer mal las cosas con respecto a mis dos hijos más pequeños. Hizo a Imogen demasiado fuerte y terca y a Arthur sensiblero y un tanto delicado. Las reglas no son las mismas para un género que para el otro y ella parece decidida a no aceptarlo. Prefiere sufrir. —Lo dijo como un reproche que le dolía—. Por eso, precisamente, debió usted haber actuado con rapidez. Mi hija, como ha podido comprobar, no se doblega con facilidad.

—Debo protestar con respecto a su hijo, milord. Ewan MacCrae, es fuerte y hábil, basta un simple vistazo para decretarlo. Arthur no era menos valiente ni decidido pese a no tener un aspecto tan feroz. Tal vez su constitución, incluso su ternura, no

fueran las de un hombre como mi buen amigo Ewan, pero le garantizo que tendría serias dudas sobre a quién llevarme para combatir, si a Ewan o a Arthur. Debe estar muy orgulloso de él, como supongo que lo estará, porque la humanidad de su hijo lo hacía obrar con justicia a la hora de plantarle cara al enemigo. Jamás reculó, nunca llamó a su madre en mitad de la batalla como vi hacer a otros hombres más curtidos. El teniente Mansfield logró incluso la admiración de nuestro coronel. Eso no se lo ganó cualquiera, ni yo mismo tuve tan buena consideración.

Al escuchar hablar así de su hijo menor, el conde alzó la barbilla. Ben comprendió que estaba orgulloso de Arthur, incluso vio un destello brillante en los ojos del conde que ocultó de inmediato.

—¿Qué piensa hacer con mi hija, señor Beresford?

—Mañana mismo nos casaremos. Tengo una licencia especial lista para utilizar. —La había adquirido justo antes de salir de Londres y poner rumbo a Mansfield House.

Marston lo estudió, como si estuviera decidiendo si aquella frase era una garantía o una insolencia.

—Mañana —repitió despacio—. Bien. Entonces me quedaré esta noche, porque si no lo hago no habrá boda.

Ben se ofendió. Estaba a punto de decirle que ninguna mujer se le había escapado nunca. Se mordió la lengua y, en cambio, le preguntó:

—¿Cree que se echaría atrás si usted regresase a su hogar?

—¿Usted no, señor Beresford? —contraatacó el noble con una ceja bien alzada.

—Supongo que como está decidido a quedarse, nunca lo comprobaremos —zanjó Ben.

—Me quedaré para verlo. Porque si no sucede, si usted vuelve a fallar, traeré a un pretendiente de verdad y la casaré con él. Uno adecuado. Con fortuna, con un gran título y con la decencia de no vivir bajo el mismo techo que una dama sin haber pasado antes por el altar.

Algo en su fuero interno se encendió. Fue ahí cuando comprendió que en esa sala no estaban ellos dos solos.

—No la dejaré a merced de nadie. —Y mientras lo decía, su mirada se desplazaba hacia el vizconde que seguía en una esquina—. Y, para evitar malentendidos —añadió Benedict con una calma muy fría—, avisaré de que soy un tirador excelente. Arthur mismo me enseñó un par de trucos.

El vizconde no reaccionó. Ni un gesto o una sombra de sorpresa. Ni siquiera la mínima intención de hablar.

Marston se permitió, por fin, algo parecido a una satisfacción.

—No se lleve a engaño, señor Beresford. —Señaló al joven con un gesto seco—. Ese no es un pretendiente. Es mi ayuda de cámara. De suma confianza.

Benedict mantuvo una expresión neutra, aunque la pieza al fin encajó. Así de silencioso, y así de correcto se mostraba el falso vizconde, y no era por altivez, era porque estaba acostumbrado a su oficio.

—Bien jugado, pero ha sido peligroso. Su hija pudo haberlo descubierto, milord.

—Mi hija siempre ha temido que yo la obligase a casarse. Arthur lo sabía y me arrancó el juramento de que no lo haría justo antes de comprarse una comisión en el ejército. ¿Por qué cree que doblé su dote? Siempre he tenido la esperanza de que un hombre adecuado la conquistase. Por más que viniese bajo el ala de Wynthorpe, usted no me agradó, pero imagino que es lo mejor que podré encontrar. Todo este teatro con mi ayuda de cámara es porque conozco a mi hija —prosiguió el conde—. Y se lo advierto, si mañana no se casa con ella, traeré a un pretendiente auténtico, tan apuesto, encantador y perfecto que Imogen caerá de rodillas. Y entonces no habrá concesiones, ni promesas, ni más oportunidades. —El conde dio un paso hacia la puerta, como si la discusión ya estuviera zanjada por decreto—. ¿Ha quedado claro, señor Beresford?

Benedict le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Perfectamente, milord.

Cuando la puerta de la biblioteca volvió a abrirse, Marston se marchó seguido de su ayuda de cámara. Tenía que reconocerle el mérito. Era más astuto de lo que parecía también.

Benedict salió con el mismo aplomo con el que había entrado y se dirigió a buscar a Imogen para explicarle que al día siguiente tendría lugar una boda. Encontró a las tres mujeres en la salita que utilizaban para intercambiar confidencias.

Octavia aguardaba de pie, con los brazos cruzados. Eleanor estaba junto a ella, más tranquila, aunque sus ojos lo miraban de un modo extraño.

—Bien —soltó Octavia, sin preámbulos—. Veo que ha sobrevivido a Marston. Esto tiene más mérito que haber regresado a Londres con vida desde tierras lejanas. Mi hermano es un rival formidable cuando decide serlo.

Benedict inclinó la cabeza con formalidad.

—El conde de Marston pasará la noche aquí —les informó—. Quiere quedarse para… asegurarse de que mañana habrá una boda.

Eleanor parpadeó una sola vez.

—¿Dormirá bajo este techo? —preguntó, como si acabara de imaginarse una plaga invadiendo Mansfield House.

—Eleanor, querida, esa no es la cuestión. Lo importante es que mañana la niña se casará con Beresford por fin.

—¡Oh, cielos! —dijo la aludida cuando se dio cuenta de que lo importante era eso y no la visita del conde.

Benedict miró a su inminente esposa, y se dio cuenta de que ella no sabía cómo reaccionar ante la noticia.

Estaba absorta y nerviosa. ¿Una boda? ¿Al día siguiente?

—Imogen, ¿me concedes un paseo? —preguntó—. Me gustaría hablar contigo en privado.

Octavia se llevó la mano al pecho con teatralidad.

—¡Qué injusticia! Dejarnos a Eleanor y a mí fuera de lo más interesante. ¡Con lo discreta que soy!

Eleanor carraspeó.

—Octavia, la discreción no es lo tuyo.

—No pienso ofenderme —declaró la anciana, pero se apartó, dejándoles paso—. Supongo

que tendremos que preparar el interrogatorio que le haremos a la niña después, Eleanor, mientras ambos pasean de la mano por el jardín.

—Iré a por papel y una pluma. Le sonsacaremos la verdad sobre la conversación a Imogen cueste lo que cueste. ¿Habrá una declaración de amor, Octavia? Espero que la haya. Y que Beresford se ponga de rodillas.

—¿De rodillas, dices? No creo que un hombre que besa así a una mujer se ponga de rodillas para pedir matrimonio. Me habría casado de inmediato si alguien me hubiese dedicado tal atención.

—¡Octavia! Me dijiste que no echaste ni media miradita cuando la niña y él… ya sabes —observó azorada.

—Vi un destello por el rabillo del ojo, Eleanor.

—Oh, por amor de Dios. Vayamos antes de que esto sea más embarazoso, Beresford —intervino Imogen al fin.

Benedict le ofreció el brazo izquierdo con corrección y ella lo aceptó.

En el exterior, el aire frío les mordió las mejillas. El jardín estaba húmedo, al igual que la gravilla oscura que pisaban y los setos no se movían ni un ápice. La casa pronto se quedó atrás.

Caminaron unos pasos sin hablar. Imogen podía oír su propia respiración, demasiado alta, y la de Benedict, más controlada.

—No tengo intención de interferir en tu vida —dijo él al fin, con una serenidad que no sentía en verdad—. Me casaré contigo mañana y cumpliré como corresponde. Te cuidaré bien, pero lo haré desde Londres

Imogen lo miró de reojo.

—¿Así de sencillo? ¿Propones un matrimonio de conveniencia? —Había decidido tratarlo con informalidad porque no tenía sentido hacer otra cosa a esas alturas de su relación.

—Así de honesto —la corrigió él—. Tu padre hará lo necesario para que te cases. Puedes hacerlo conmigo o un poco más adelante con alguien que él traerá.

—¿Por qué Marston ha aceptado que seas mi esposo?

—¿Quieres la verdad?

—¿Quién querría escuchar una mentira, Beresford? —preguntó ella al mismo tiempo que alzaba una ceja. Ben vio un claro parecido con el conde. Sí. Ella se parecía muchísimo a su padre.

—Muy bien. Conocí a Marston cuando regresé a Londres después de que me hirieran.

Arthur me había pedido que te diese a ti sus cosas más preciadas, por las que sentía un cariño especial, pero me entregó una carta cuando afianzamos nuestra amistad, y me hizo prometer que se la entregaría a tu padre si él no lograba sobrevivir.

—Muchas promesas le hiciste a mi hermano —dijo con suavidad—. Cuéntame lo que te dijo mi padre cuando le diste la carta de Arthur.

—Marston es duro, aunque no más de lo que lo sería cualquier otro noble con un título, poder y fortuna, pero lamentó con toda su alma la muerte de tu hermano, Imogen. Vi el dolor en sus ojos, al igual que hoy mismo he visto emoción cuando le he recordado las grandes virtudes que poseía su difunto hijo.

Ella afirmó con la cabeza.

—No me creo que el conde te diese sus bendiciones para que pasases a formar parte de su familia así sin más. ¿Cómo lograste impresionarlo?

—Con un duque.

—¿Disculpa? —Ella no lo entendía.

—Me presenté en su casa de Londres con un buen amigo mío, un escocés que parece una bestia y que intimida solo con verlo. También me acompañó un duque con el que mi amigo tiene una gran amistad.

Ella sonrió.

—Muy astuto de tu parte, no por lo del escocés. A mi padre no le impresiona la apariencia de un hombre por más que pueda parecerse al mismo Ares, pero sí, un título de tan elevado grado.

Siguieron andando. El camino bordeaba los rosales dormidos. Imogen pensó que, de haber sido otra mujer, quizá habría hablado del tiempo. Ella no tenía ánimo para fingir.

—Ya puestos a decir la verdad, tienes que saber que el vizconde con el que ha amenazado con casarte no es tal. Es su ayuda de cámara.

Imogen puso los ojos en blanco un instante. Ya nada le sorprendía de su padre.

—Marston y sus locuras… —musitó ella.

—Eso sí, Imogen, debes comprender que aunque está dispuesto a aceptarme pese a que yo no le guste, si te niegas a que mañana se oficie una boda, ha amenazado con presentarte a un pretendiente al que te resulte muy complicado negar tu mano. Yo no me doy por vencido con facilidad, tal y como habrás podido comprobar, pero tu padre se ve más dispuesto que yo a lograr cada una de las cosas que se propone.

—Sí. Sé que al final logrará que me case de un modo u otro. Es muy tenaz y testarudo cuando se lo propone.

—Es muy parecido a alguien que yo conozco —masculló de modo ininteligible.

—¿Qué? —No lo había entendido.

—Necesito saber qué vas a decidir, Imogen.

—Oh, sí. Lo he estado pensando y creo que tú eres el mal menor.

—Uhm, un cumplido que hará que mis rodillas se derritan —le dijo con cierta acritud. ¿Por qué no era capaz de impresionarla ni tan siquiera un poco? —. ¿Es por mi hombro? ¿Por mi herida? — preguntó sin ser consciente de lo que decía en voz alta.

—¿Qué?

—¿Por qué no te agrado, Imogen? —No quiso callar más.

Ella suspiró.

—Te conocí en Londres —dijo, de pronto, incapaz de seguir guardándose aquello—. Durante mi presentación. En mi primera temporada.

Benedict giró ligeramente la cabeza hacia ella. Estaba muy atento.

—¿A mí?

—A ti. —Imogen apresuró un poco el paso sin darse cuenta de que lo hacía—. Es del todo natural que no me recuerdes, nunca fui una gran beldad.

—Siento mucho haber dicho que no eras una mujer hermosa, pero…

—No trates de ablandar mis orejas, Beresford. Sé quién soy y cómo soy. Me gusto y me acepto como soy. Y ya no tengo motivos para seguir fingiendo que no te conocía porque nuestros caminos están decididos a unirse lo queramos o no. Es curioso. Ahora que lo pienso con detenimiento, en aquellos tiempos no eras ni el señor Beresford, ni el teniente Beresford, te hacías llamar simplemente Azrael.

Él cerró los ojos un momento. Se quedó rígido un instante.

—Ya no soy aquel hombre.

—¿No?

—No —le confirmó él. Ella tomó la negativa con cautela y Ben se dio cuenta de ese hecho—. No he sido el mejor de los hombres, tal vez sí uno de los peores, Imogen —admitió él con sinceridad, con la voz baja—. Pero ese pasado es parte de mí. Y precisamente por vergüenza aprendí a ser distinto. Lo bastante honorable como para cumplir lo que prometí. Me di cuenta de que había fracasado por completo cuando me prometí con una joven y traté

de huir de ella. Luego me enteré de que mis planes de marcharme y dejarla atrás fueron en vano, dado que mi prometida había contratado a un par de amables villanos para privarme de la libertad y así no tener que casarse conmigo.

—Oh, cielos. Tu reputación no te hacía justicia si una mujer decidió hacer algo tan descabellado.

—Ah. Eso no es lo peor de todo. Lydia, así se llamaba la dama, se casó con mi primo, a quien odio… o al menos odiaba con mucha intensidad, ya no sé lo que siento por Simon, porque hacía mucho tiempo que no pensaba en él… En fin, mi primo, también pagó a varios villanos para que me secuestraran porque la quería para él. Y no fue el único, uno de mis mejores amigos, el que tal vez sea el más cabal de todos, el escocés del que te había hablado antes, llamado Ewan MacCrae, también pagó para que me retuviesen durante un tiempo porque la joven que era mi prometida era su pupila y no quería que yo pudiese hacerle daño.

—Dios santo… ¿Qué vio mi hermano en ti para entregarte su amistad? —preguntó asustada.

—No he terminado todavía mi historia, Imogen. Te he asegurado que no soy el mismo hombre, pero es necesario que comprendas quién era yo en verdad. Así pues, mis propios amigos consideraron que no podía casarme con la joven a quien yo había decidido dejar a su suerte porque no estaban convencidos de que yo pudiese cambiar, ni tuviera los medios necesarios para dejar de ser el

mismo. Por mi cama han pasado tantas mujeres que no sé ni el número exacto.

—Qué bien… —susurró ella. No. No estaba celosa. Era otra cosa. ¿El qué? No lo sabía, pero celos no eran.

—Hubo un momento en el que tuve tres amantes a la vez…

—Esto mejora por momentos —ironizó la dama.

—Pues queda mucho más.

—¿Tratas de hacer que te mande al infierno?

—No, Imogen. Quiero que sepas exactamente con quien vas a casarte.

—Dirás con quién me casaré mañana si decides no huir.

—No huiré porque no soy el mismo. Ahora deja que siga con mi explicación. —Ella asintió. Él se dio cuenta de que la dama no estaba cómoda con la descripción de la verdad y no le importó—. Un hombre casado se enteró de que me había acostado con su esposa y me dio una paliza con el único fin de matarme, pero yo soy terco y no accedí a darle el gusto. Así que cuando me recuperé en casa de Ewan MacCrae, quien me dio asilo de inmediato, decidí que tenía que hacer algo con mi vida. No era feliz, me

sentía mal conmigo mismo, estaba cargado de odio y dolor. Me uní al ejército y conocí a tu hermano. Era una persona tan bondadosa, que siempre veía lo mejor de cada situación y me… contagió —Esa era la palabra que había empleado el conde y era la correcta—. Me alejé de todos los vicios y la maldad; en medio de algo tan cruel como la guerra, por fin encontré paz. No volveré a ser el hombre al que tanto llegué a despreciar. Ahora bien, debes saber algo más.

—¿Mataste a un ángel, Beresford? Porque me parece que eres un dechado de virtudes —ironizó otra vez.

—Tal vez sí que lo hice, Imogen.

—¿Qué?

—Si te casas conmigo, tienes derecho a conocer lo peor de mí y te lo he contado, pero también debes saber que no soy legítimo, aunque nadie discutirá mi procedencia porque a todos los efectos soy hijo de un caballero.

—Dios mío, Beresford. Tienes tantas taras que no sé si quiero saber más.

—Debes saberlas todas, Imogen. El hombre que me engendró era mi tío. Mi primo Simon y yo no compartimos en verdad tal parentesco.

—¿Hermanos? —se aventuró a conjeturar.

—Sí. Mi madre y su padre estaban enamorados; o tal vez fuese solo deseo, pero los obligaron a casarse con diferentes parejas y sucumbieron. Mi madre y la de Simon se quitaron la vida casi al mismo tiempo. A veces creo que las dos hicieron un pacto. Yo adoraba a la madre de mi primo porque era muy buena y como su marido, mi padre de verdad, siempre demostraba un especial cariño por mí, ella también me quería muchísimo. Mi tía me trataba como si fuese su propio hijo, cosa que a mi primo Simon no le agradaba en absoluto. Los secretos no pueden esconderse, Imogen, siempre salen a la luz, por eso he preferido contarte todo lo malo que hay en mí. Cuando el esposo de mi madre se enteró porque Simon se lo contó nada más oír una conversación que no debió haber escuchado… El hombre que ejercía como mi padre no fue amable con mi madre. Hubo palabras feas, golpes y… Al final ella no pudo soportar más la crueldad de su esposo. No era un hombre fácil, tampoco bueno y… La cosa se complicó, así que mi madre decidió acabar con todo. Cuando yo me enteré de lo que había sucedido porque mi padre empezó a beber, a despreciarme y a… a…

—Te pegaba —supuso ella.

—Sí. Cuando me dijo lo que había sucedido en verdad con mi madre, busqué a la madre de Simon.

—De tu hermano —indicó ella con suavidad.

—No sé si podré considerarlo alguna vez como tal, porque, a pesar de que hubo años en los

que estuvimos muy unidos, todo saltó por los aires por el gran secreto familiar que solo él y yo conocemos.

—Sigue, por favor.

—Encontré a mi tía y le conté lo mismo que Simon le había dicho a mi padre. Le dije que su esposo jamás la había querido, que yo era hijo de mi tío y que por culpa de su hijo mi madre se había quitado la vida.

—Así que también decidió quitarse la vida.

—Lo hizo unas semanas después de mi madre. Ella amaba profundamente a su esposo y no soportó la traición. Yo me vanaglorié ante Simon. Él me quitó a mi madre y volvió a mi padre contra mí, y yo le hice lo mismo, porque nuestro padre, al enterarse de lo que había hecho su propio hijo…

—¿Comenzó a pegarle también? —preguntó alterada.

—No. Simon tuvo más suerte. Su padre se limitó a olvidar que tenía un hijo. Él también perdió lo mismo que yo, pero eso no me reconfortaba. Juré vivir para que pagase y no me di cuenta de que me estaba destruyendo a mí mismo.

—Oh, Beresford… Tu historia es… es increíble. Y muy trágica. Yo… Lo siento.

—No lo sientas. No fue culpa tuya. Lo que necesito que comprendas es que tengo treinta y un años y jamás sanaré, siempre estaré roto, aunque seré mejor de lo que fui. Y no quiero que haya secretos que puedan destruirnos. Mi padre, el que no me engendró —precisó— no vivió más que para beber, jugar, apostar y disfrutar de las mujeres hasta que murió.

—Justo lo que estuviste haciendo tú hasta que te marchaste para formar parte del ejército.

—Sí. Y hubo una mujer que me importó mucho. No fue amor, porque dudo que el amor exista, pero cuando cumplí los veinte años no podía dejar de pensar en ella.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, tratando de controlar los malvados celos.

—Aceptó a otro con título y más fortuna que yo. Así que aquello no salió bien.

—¿Te dolió?

—No lo sé. Me enfadé porque no gané, supongo.

—Una mujer no es un trofeo.

—No lo es, pero yo así lo sentí. Ahora ya lo sabes todo de mí. Ese será el hombre con quien aceptarás casarte mañana. Soy alguien que trata de ser mejor, pero con un pasado horrible.

Imogen apretó la boca. La honestidad, en Benedict, siempre llevaba un filo. No era una disculpa bonita. Era una admisión que no pedía compasión.

—Yo te vi —dijo ella, y el recuerdo regresó con una nitidez que le secó la garganta—. Deslumbrabas a todas las jóvenes. Incluso a las que se juraban inmunes a tu encanto. Tu reputación te precedía: malvado… e infinitamente apuesto. —Benedict no habló. Solo la miraba como si supiera que lo peor estaba por llegar. Imogen bajó la vista al camino—. Mi padre eligió para mí a un conde —continuó—. Me encantó de inmediato. Antes de la boda, ese hombre hizo una apuesta. Quería mancillarme, solo por el placer de demostrarles a sus amigos que podría hacerlo. En especial para impresionar a uno que era un gran conquistador. Alguien llamado Azrael. —Los dedos de ella se cerraron sobre la manga de su abrigo—. Quería probar que podía conseguir a la mujer que se le antojara cuando quisiera con solo chasquear los dedos, al igual que ese amigo suyo.

Benedict se quedó inmóvil.

—¿Imogen? —Usó su nombre a modo de pregunta, pero ni siquiera sabía lo que estaba preguntándole.

En cambio, ella sí sabía lo que él deseaba saber.

—Lo intentó, pero como yo no quise darle lo que me exigía… —explicó ella—. Me defendí. Lo bastante bien como para que, cuando nos

encontraron encerrados en una salita durante un baile, yo tuviera el escote rasgado, pero la virtud intacta y él el rostro bañado en sangre porque soy fuerte —apuntó con la cabeza bien alta.

El aire parecía más frío.

—Continúa, por favor —pidió con suavidad Ben.

—Aquello viajó por Londres con una velocidad indecente. Los rumores siempre lo hacen. Y cuando mi padre lo supo… no entendió el motivo por el que no podía aceptar al pretendiente que decían que me había mancillado. Marston no comprendió por qué yo no podía perdonar a un hombre así, yo jamás podría enamorarme de él de nuevo y no me casaría sabiendo que lo despreciaba con todo mi ser. —La amargura le afloró en la voz—. Mi padre insistió en que, si al final me casaba con él, todo quedaría arreglado y no tendría que repudiarme. Me negué a pesar de saber que perdería a toda mi familia. Mi madre no ha querido verme desde que sucedió aquello. Y a mi padre lo he visto hoy desde que aquello sucedió. Y de mis dos hermanos, solo Arthur me comprendió.

Benedict respiró hondo, como si contuviera algo más que palabras.

—Dime quién era él, Imogen.

—Ya no importa. Todo salió bien. Fue mejor saber la verdadera naturaleza de él antes de

casarme, porque si siendo su prometida y no su esposa, ya me trataba como si no valiera nada… ¿qué habría sido de mí convertida en su condesa?

—Lo siento. Supongo que tu desgracia es un nuevo pecado que añadir a mi lista —dijo, simplemente.

Imogen lo miró, y el impulso de confiar en su palabra de que no era el mismo se le revolvió por dentro como un veneno dulce.

—Yo también estoy rota. No somos tan diferentes el uno del otro. Tú cargas con más, eso es verdad, pero yo también he sufrido. Octavia y Eleanor han sido mi única familia. Hay quien opina que mi tía está loca y mi prima debería haber tenido la cortesía de fallecer cuando lo hizo su esposo para no convertirse en una carga para nadie más. Amo a esas dos mujeres, Beresford.

—Lo sé. Y no dejaré que nada malo os suceda a ninguna de las tres.

—No busco amor, ni felicidad, ni nada con lo que una joven sueñe porque soy una mujer que sabe lo dura que es la vida.

—¿Qué quieres del matrimonio?

—Estabilidad y que mi padre deje de atormentarme. Marston no comprende que una mujer cuerda pueda elegir estar soltera. Por eso afirma que

Octavia no está en sus cabales y se niega a que yo siga sus pasos.

—Entonces, conmigo lo tendrás.

—No lo sé, Beresford. Cuando apareciste en mi casa y te reconocí, me prometí que no aceptaría la ayuda de un bárbaro como tú, por más que mostrases una nueva fachada honorable, porque hacer algo así sería mi ruina. Y no te mentiré, siempre he preferido librar mis batallas y no me apetecía nada barajar la idea de depender de un hombre al que durante muchos años consideré un traidor porque embaucaste, con tus artimañas masculinas, a la madre de una buena amiga mía, una viuda a la que luego dejaste llorando cuando te marchaste de su lado para conquistar a otra dama.

—Fantástico —murmuró con ironía—. Otro pecado más que desconocía. No puedo cambiar lo que fui, pero sí seguir siendo quien soy ahora. ¿Qué vas a hacer, Imogen? —preguntó algo tenso.

—No espero nada de nuestro matrimonio, pero no podría soportar que regresases a Londres y me convirtieses en una burla andante después de haber elegido la dignidad frente a un completo imbécil del que me libré.

—Las mujeres han dejado de ser importantes para mí. —Ella abrió los ojos con asombro ante la revelación—. Lo que quiero decir es que el placer se volvió tedioso, no necesito lo que una vez creí que sí era obligatorio para vivir. No te daré motivos para avergonzarte de mí.

—Tus intenciones son nobles, pero…

—Verás, Imogen —la cortó—, no lo estás entendiendo. Yo te he hablado sin tapujos, te he confesado cosas que ni Arthur sabía de mí. No pienso convencerte de que confíes en mí. O lo haces o decides no hacerlo. No hay más ya. Tu padre ha decidido por los dos, porque vas a casarte lo quieras o no. La decisión es si lo harás conmigo mañana o con quien Marston pueda encontrar y que logre ilusionarte. Tal vez sería buena idea esperar y ver si aparece un hombre que quiera amor y te lo pueda ofrecer.

Ella entendió que de verdad tendrían un matrimonio de conveniencia. No supo cómo sentirse al respecto.

—¿Te irás a Londres después de la boda? —preguntó algo insegura. Por algún extraño motivo que no comprendía no deseaba que se marcharse. Quería conocerlo mejor.

—Sí. —No se atrevió a decirle que tal vez pudiese quedarse si ella se lo pedía.

La dama suspiró. Se negó a mostrarse disgustada porque él ni tan siquiera pensaba darle una oportunidad a su relación. A su matrimonio.

—Bien. Entonces confiaré en ti como lo hizo mi hermano cuando te pidió que me protegieras. Acepto, si tu oferta sigue en pie, casarme contigo, Beresford.

—¿Vas a llamarme siempre por mi apellido?

—Sí, creo que lo haré. Además, no será siempre. Te irás a Londres lo antes posible, ¿verdad?

Él apretó los dientes. No se habían casado todavía y ella ya deseaba perderlo de vista.

—Por supuesto. Después de la boda no hará falta que nos veamos nunca.

Caminaron unos pasos más, hasta que la casa quedó parcialmente oculta por los árboles. Imogen sintió que, por primera vez en toda esa extraña mañana, podía respirar, aunque algo la aturdía. ¿Sería porque él acababa de decir que nunca se verían?

—Entonces… —dijo ella, con un cansancio que era más del alma que del cuerpo—. Nos casaremos. Y seremos… amigos. Es un acuerdo. Un matrimonio que nos conviene a ambos. ¿Mi padre te dará mi dote? —se atrevió a preguntar.

—No hablé con él de dinero ni la primera vez que lo vi ni esta mañana. Me dijo *lady* Octavia que había doblado tu dote, pero yo lo desconocía. No estoy interesado en el dinero, solo pretendo que no te falte de nada. —No le diría que lo había ofendido y que era una aberración que dijese que quería solo su amistad cuando la había besado y ella había reaccionado tan bien.

—Te la dará. Tienes su aprobación y te la dará.

Ella asintió. Por lo visto ya estaba todo dicho entre ambos.

Y mientras caminaban de regreso a casa con un silencio absoluto, ella se permitió pensar en si debía decirle que quería darle una oportunidad a su matrimonio. No se atrevió.

Lo que Imogen tal vez nunca llegase a saber era que él estaba dolido porque su inminente esposa deseaba enviarlo lejos de inmediato.

La tragedia que Octavia se moría por presenciar estaba muy cerca de darse… ¿cierto?

Capítulo 6
El día del juicio final

Aquella mañana, el día del juicio final, Benedict llevaba despierto desde antes de que asomasen los primeros rayos del sol. No había sido el frío ni el dolor del hombro lo que le arrancó del sueño, sino la sensación de estar metiendo la cabeza en un lazo por voluntad propia, y eso era una experiencia relativamente nueva. ¿Por qué demonios le había contado toda la maldita historia de su vida a una mujer? No se había sincerado ni tan siquiera con su viejo amigo Rafe, con quien compartió tantas correrías como mujeres. Tampoco con Arthur, pero lo había hecho con la arpía de ojos cambiantes a la que a veces se le apreciaban azules y otras verdes.

Había hecho muchas estupideces en su vida, pero casi todas le habían parecido magníficas en el momento; esta, en cambio, le sabía a obligación y, lo que era peor, a deseo.

Se incorporó despacio en el lecho, con esa prudencia que uno aprendía después de que una bala le recordase que el cuerpo era frágil. Permaneció sentado un instante. Estaba aterrado. Él nunca había tenido miedo de morir, así que ese terror que albergaba era algo desconocido que no lograba descifrar del todo. Estaba convencido de que esa sensación no le duraría demasiado, pues se iría a Londres al día siguiente.

Esa idea, que se había repetido en su cabeza desde el primer minuto en el que puso un pie en esa maldita casa, tenía el sonido tranquilizador de una orden militar. Marcharse era lo correcto. Seguir adelante solo era sensato. No molestar a Imogen sería lo que un hombre decente haría, porque era evidente que nunca lo había querido y jamás podría aceptarlo. ¡Dioses de los infiernos, los cielos y los mares! Ella tenía varios motivos para enviarlo al cuerno lo antes posible. Ya no solo porque fue un mal ejemplo para su antiguo prometido, sino porque no había sido capaz de salvar a su hermano, y, encima, había seducido a la madre de una amiga suya… y todo eso sin olvidar que la había estado presionando para casarse cuando era evidente que no le gustaba en absoluto. Ah, pero estaba ese beso. ¿Significó algo para ella? No, seguramente cedió a sus propios instintos primarios porque era una mujer inexperta a la que logró desarmar sin proponérselo del todo. Ella misma se lo había dicho: él era solo el mal menor.

Y, sin embargo… ¡la deseaba!

Se levantó, se lavó y se vistió como hacía cada día, casi con severidad. Si se permitía pensar

demasiado en una mujer que había logrado casi que renunciase a su celibato, acabaría cometiendo una temeridad, como golpear una pared o, peor, quedarse. No. No podía volver a ser Azrael, no se quedaría en un lugar en donde no era bienvenido, y tampoco seduciría a una mujer que no lo quería a su lado, por más que ella fuese su esposa.

¡Dios, iba a casarse! Y esta vez no sentía unas ganas tremendas de huir. Bien, sí, cierto que se casaría y se marcharía a la ciudad, pero se iría a Londres justo después de casarse, no como sucedió con Lydia, que había decidido dejarla sola antes de ir a la iglesia. Definitivamente no podía volver a ser Azrael nunca más. Si pensaba en cada error cometido… Tenía tantas disculpas que ofrecer que no sabía si le daría la vida para lograrlo. Tal vez sí, porque en especial debía pedirle perdón a Lydia y a Simon. Hizo una mueca y le dieron arcadas. ¿Disculparse con Simon? No, antes muerto que hacer semejante cosa. Ah, lo malo de comenzar a tener conciencia era que su corazón sufría más de la cuenta por motivos que en otra época le habrían dado completamente igual.

Al bajar, la casa estaba más callada de lo habitual. No era el silencio apacible de una mañana cualquiera, sino el de un lugar que sabía que iba a ser testigo de un hecho definitivo. Incluso Branson —el sirviente de confianza de las damas— al cruzarse con él, pareció caminar con más respeto que cuando llegó.

—Señor Beresford —dijo el mayordomo, impecable—, el carruaje está dispuesto. Me he

asegurado de que el clérigo estuviese también preparado para su llegada.

Benedict asintió sin hablar. Branson no dijo nada más; los buenos mayordomos, pensó, debían de tener una escuela secreta donde les enseñaban a no comentar ninguna cuestión sentimental. Además, qué más le daría a él si Branson lo aprobaba para convertirse en el esposo de su patrona.

En el vestíbulo la vio. Imogen se había quitado el luto por fin. ¡Dios! ¿Por qué tenía que haber elegido precisamente ese día para olvidarse del color negro? Su hombría se tensó al instante. Tenía que pensar en otras cosas. Brazos torcidos, mutilados e inútiles. Sí, con eso bastaría para no hacerle saber a cualquiera que se centrase en sus pantalones cuánto lo perturbaba esa mujer. ¡Maldición! ¿Por qué tenía que desear precisamente a esa dama, a la futura señora Beresford? Mas de un año y medio sin pensar en ningún cuerpo desnudo y el que más deseaba observar, acariciar, lamer y… ¡Sangre! Vísceras esparcidas por el suelo. Mejor pensar en esas cosas. ¡No podía tener una impresionante erección con Marston presente y *lady* Octavia cerca o la tía de Imogen no se privaría de soltar algún comentario inapropiado que Eleanor avalaría de inmediato!

Oh, pero Imogen estaba sencillamente perfecta y a él se le hacía la boca agua al imaginársela tendida sobre la cama mientras él mecía sus caderas para entrar y salir con delicadeza de ese cuerpo tan magnífico y luego… ¡Cuervos! Un par de cuervos sacándoles los ojos a… ¡No podía! ¡No podía

dejar de pensar en cuánto deseaba hacerle el amor a esa mujer! ¿Alguna vez llegó a considerar que no era una belleza consumada? ¡Muy bien! Sí que lo hizo, pero la culpa fue de ese moño estirado y los malditos vestidos de luto.

¡Imogen era espectacular! El pensamiento lo irritó, porque no era justo. No era justo que ella tuviera tanto poder sobre él con solo estar quieta. Su inminente esposa estaba al pie de la escalera, ya lista, con el velo bien colocado, un par de rizos escapando de su confinamiento y la sonrisa más dulce que una dama le había concedido alguna vez. Ni Lydia, que era muy bonita, lograría superar la grandiosidad de Imogen. ¡Bien por él! Había conseguido que su esposa fuese mejor que la de su primo Simon. ¡No! No era momento de caer en viejos vicios. Era el instante perfecto para admirar una bellísima obra de arte. Vestía de muselina verde pálido. No iba adornada como una muchacha que soñaba con el altar; Imogen era una mujer que había aceptado un pacto con un amigo porque ese trato era la única manera de mantener el cuello fuera de una soga. Y él haría bien en no olvidar esa última cuestión.

—¿Listo? —preguntó Imogen.

—Lo estaré cuando todo esto haya terminado —replicó él, y le salió más seco de lo previsto.

La dama no se ofendió. Levantó la barbilla, como si agradeciera que, al menos, no fingiera su indiferencia, porque sabía que no era más que una

obligación impuesta por su hermano. ¡Y ella que creía que él agradecería el hecho de haberse colocado un vestido más vistoso para la ocasión! Se sintió ridícula por haberle pedido a la doncella que compartía con Octavia y Eleanor que obrase un poco de magia. Era evidente que Beresford nunca la encontraría una mujer tentadora. No le extrañaba, un adonis como él había logrado tener en su cama a las mujeres más cotizadas de toda la ciudad. ¿Por qué iba a sentirse atraído por una triste solterona que no tenía nada interesante que ofrecerle?

Eleanor apareció de repente con un pañuelo en la mano y la expresión de una mujer que creía en el amor y que había estado esperando un final feliz para su prima.

—Oh, cielos… —susurró, y su voz se quebró en un sollozo—. Estás preciosa y va a suceder.

—Lo que va a suceder —intervino Octavia desde la puerta con una calma dulzona— es que alguien va a tener que sujetar a Eleanor para que no se desmaye en mitad de la boda sobre el clérigo. Sería un detalle feo. El hombre estará allí para oficiar un matrimonio, no para sostener viudas.

Eleanor la miró horrorizada.

—¡Octavia!

—¿Qué? —replicó la tía con indiferencia—. Yo solo quiero que todo sea decoroso. Ya sabéis lo devota que soy. Sobre todo cuando hay testigos.

¿Beresford, se encuentra bien? —inquirió al ver que él se estaba arreglando el pantalón de un lado al otro.

—Por supuesto. Aunque estoy celoso porque ninguna de las tres damas presentes ha tenido el detalle de decir una sola palabra de alabanza sobre mi aspecto. —Se felicitó a sí mismo por sortear el peligro, porque su hombría había elegido un momento muy peculiar para recordarle que seguía siendo un hombre con apetitos.

—Oh, como si no supiese usted que es tan apuesto como el pecado —soltó Octavia—. Mi sobrina tendrá que ir abofeteando a las damas que comiencen a mirarlo más de la cuenta.

—No le des ideas a la niña, querida Octavia, porque serás el primer blanco de tu propio plan.

—¿Insinúas que Imogen debería abofetearme a mí? —Eleanor afirmó con la cabeza y Octavia le preguntó—: ¿Por qué debería hacer algo así?

—Porque te lo estás comiendo con los ojos.

—Oh, Eleanor, qué desfachatez. Si eres tú la que te estás dando un buen atracón. Tal vez la niña debería comenzar por ti.

—¿No podemos dejar de ser incivilizadas ni siquiera el día de mi boda? —trató de mediar Imogen, antes de que su tía y su prima comenzasen

a divagar sobre quién estaba admirando más a su prometido.

Cielos, era real. ¡Iba a casarse! Y maldito fuese él, porque Octavia tenía razón. Cada mujer que lo mirase giraría la cabeza. ¿Por qué tenía que ser Beresford tan… tan… celestial? Dios podía haberle dado una verruga en la punta de la nariz para no hacerlo perfecto.

Benedict le ofreció el brazo a Imogen mientras sonreía, satisfecho por los cumplidos de Octavia y Eleanor, y ella lo aceptó. El contacto, a través de la tela y del guante, no habría significado nada en un salón. Allí, sin embargo, era algo muy significativo.

—¿Dónde está mi padre?

—Marston se ha adelantado —terció Octavia —. Ha dicho que si no llegábamos en diez minutos, te casaría con el primero que pasase por la calle. Así que será mejor que salgamos lo antes posible. Él es capaz de cumplir la amenaza y Fairchild podría acabar teniendo suerte después de todo.

—¿Fairchild precisamente? —gruñó Ben sin poder reprimirse.

—¿Qué sucede, Beresford? ¿Nos hemos levantado celosos hoy? —se burló la tía.

El aludido se negó a caer en la trampa y no comentó nada más. Eso no impidió que Octavia le

sonriese de modo muy sardónico y que Eleanor suspirase embelesada. La única que no dio crédito a la observación de su tía fue Imogen, dado que sabía que él no tenía ningún motivo para estar celoso porque ella no le importaba más allá de la obligación.

El carruaje los llevó al pueblo por caminos húmedos. Imogen miraba por la ventanilla sin decir una palabra, y Benedict se moría de ganas por preguntarle qué estaba pensando o si se estaba arrepintiendo de su decisión. ¿Hubiese sido mejor Fairchild para ella? Esa pregunta que le rondaba la cabeza lo hacía sentir extraño, porque la punzada que sentía en el pecho dolía. ¿Serían celos? No. Seguro que no. Ella quería perderlo de vista de inmediato, así que él no se permitiría ponerse celoso de un petimetre que había tratado de que Marston lo enfrentase. La ironía de ese hecho no se le escapaba. El tonto del pretendiente de Imogen se chivó de él al conde esperando que lo alejase y esa carta había apremiado el matrimonio.

Si Ben hubiese podido leerle la mente, se habría dado cuenta de que ella no deseaba que se marchase y que no sabía cómo impedírselo.

Entre pensamiento y pensamiento, la comitiva llegó a la iglesia. Había poca gente, la justa para que la realidad tuviera audiencia, aunque la bastante para que la decencia tuviese vigilancia. Ni rastro de Fairchild. Mejor, porque si ella decidía no seguir adelante, no quería que se quedase con ese hombre insignificante y rústico. Lo aborrecía incluso más que al propio Simon y eso era una gran hazaña para el aldeano.

Benedict vio al conde de Marston en el primer banco, erguido como un poste lleno de autoridad. La tía de Imogen se situó a su lado. Eleanor, detrás, ya estaba llorando.

—Dios de los cielos… —escuchó que murmuraba la viuda—. Permite que el amor…

—Eleanor —susurró Octavia sin apartar los ojos del altar—, Dios ya lo ha permitido. El milagro al fin se ha hecho realidad. La niña se va a casar.

—Sí, Octavia. Tienes razón.

—Siempre la tengo, querida.

La pareja avanzó por el pasillo central hasta llegar al lugar en que un par de novios debía estar. Benedict notaba el peso de las miradas, pero no le molestaban. Si había aprendido algo durante la guerra era que el enemigo podía mirarlo cuanto quisiera; lo importante era no darle el placer de flaquear.

La ceremonia comenzó. El clérigo hablaba con una solemnidad propia de una catedral. Hacía preguntas pertinentes. Pronunciaba frases que, pese a ser antiguas y que algunas eran dichas en latín, seguían teniendo el poder de hacer que un hombre sintiese toda la solemnidad de la ocasión. Imogen respondía con voz firme. Benedict también. Los dos sonaban tranquilos; por dentro, en cambio, la sangre les corría demasiado rápido.

Cuando llegó el momento de la colocación del anillo, Benedict le cogió la mano a Imogen. La vio fruncir el ceño y no pudo evitar la pregunta:

—¿Creías que no tendría un anillo para mi esposa?

—No, claro que no. ¿Desde cuándo lo tienes?

—Desde que desembarqué en Londres después de despedirme de Arthur.

—¿Siempre has estado tan seguro de que esto acabaría así?

—Sí —dijo con total seguridad.

El ministro de Dios carraspeó para llamarles la atención con delicadeza. Ambos se callaron. Ben la ayudó a quitarse el guante y le deslizó el anillo. El metal se quedó en su sitio y la realidad se asentó con él.

Faltaban pocos minutos para estar formalmente atado a otra persona hasta el fin de sus días. Esperó que el pánico comenzase a hacerlo transpirar. No. Estaba nervioso, pero más por la ceremonia que por el hecho de estar casado. El descubrimiento lo dejó perplejo.

Imogen levantó la vista en ese momento y alzó una ceja como lo habría hecho el propio Marston. Lo estaba desafiando a… ¿a salir corriendo?

O tal vez fuese una advertencia, algo parecido a que no sería una esposa a la que pudiese domar. Benedict, que había domado voluntades con una sonrisa en otros tiempos, sonrió entonces y sintió una punzada de algo parecido a la admiración… y a la necesidad. ¡Maldita fuese su hombría por haberse despertado con tanto ímpetu esa mañana!

Al final, el clérigo los declaró marido y mujer. Un murmullo recorrió los bancos. Eleanor soltó un sollozo que fue como un himno que cerró la ceremonia.

—Puede besar a la novia —dijo el ministro de Dios

Ahí estaba. El momento decisivo.

Benedict había decidido, desde que se despertó, que haría lo correcto cuando llegase esa parte. Un gesto casto, un roce en la mejilla, limpio y rápido, lo justo para que nadie encontrara material con el que construir un escándalo, porque si la besaba tal y como deseaba, la haría suya dentro de un templo sagrado. Además, no quería que nadie tuviese la certeza de que la nueva señora Beresford lo alteraba. El problema era que Imogen hacía que la sangre se le calentase y él estaba a un paso de olvidarse de la decencia y besarla de un modo que… ¡No! No lo haría.

Se inclinó. La nueva señora Beresford lo esperaba sin moverse, con el cuerpo quieto y la mente gritándole que esperaba que él la besase como aquella única vez.

Benedict le rozó con los labios la mejilla.

Casto. Correcto. Insustancial.

Fue tan breve que a Imogen le dolió. Le dolió como si le hubiera negado algo que ella no estaba dispuesta a pedir en voz alta y que tanto anhelaba.

Benedict se apartó y, en lugar de alivio, notó un golpe de frustración que le dejó el estómago tenso. No era falta de costumbre. Tampoco era abstinencia. Era otra cosa que no quería pararse a analizar. Solo sabía que debía protegerse. Oh, sí. La ironía de aquello tampoco le pasó desapercibida, porque a lo largo de los años nunca pensó que las mujeres que él dejaba atrás habían tenido que protegerse para no acabar enamoradas y solas. ¡Qué tontería! Seguro que ninguna lo había querido.

Detrás de la pareja, Eleanor suspiró.

—¡Qué… qué delicado! —susurró para sentenciar en beso, y lloró más.

Octavia, en cambio, ladeó la cabeza con la mirada de una mujer que había visto demasiadas vidas para creer en delicadezas sin motivo.

—Qué caballeroso —murmuró, casi para sí —. O qué peligroso. Un hombre que se cuida tanto de no demostrar sus pasiones seguro que será un gran descubrimiento en la intimidad.

Lord Marston carraspeó, incómodo.

—Un poco de decencia, hermana, estás en un lugar santo —la regañó el conde.

Octavia se volvió hacia él y lo miró como si no fuese más que una mota de polvo en medio de un camino abandonado.

—Hermano, si algún día te dejas llevar por algo que no sea el deber, avísame. Quiero presenciar el apocalipsis.

Marston la miró, fatigado incluso antes de emprender lo que sabía que sería un duelo verbal.

—Sigues igual de inapropiada que cuando cumpliste los dieciséis.

—Gracias —respondió Octavia con una sonrisa radiante—. Siempre temí mejorar. Habría sido una decepción, incluso para ti. —El conde apretó los labios, y Octavia aprovechó para inclinarse un poco hacia él para comentar una confidencia—: Por cierto, mi memoria también sigue tan infalible como a los dieciséis.

—¿Qué? —Marston se había perdido algo.

—Que recuerdo el aspecto que tenía el mayordomo de nuestro padre y he reconocido con facilidad esos mismos rasgos nada más ver a cierto vizconde que dicen que trajiste a casa ayer.

Marston clavó la mirada al frente, como si el altar fuese de pronto lo único digno de atención.

—Cállate, Octavia.

—¿Tratas de silenciarme? —La anciana se llevó una mano al pecho—. Qué ocurrencia. Sabes que esa es una misión imposible. Y debo añadir que con la edad estás perdiendo facultades, hermano; en otros tiempos habrías traído a un auténtico vizconde.

Marston soltó un resoplido.

—Sigues igual de vieja y loca.

—Hablar así de tu esposa cuando no está presente para defenderse de tus impertinencias. ¡Qué descortesía! —soltó Octavia, ofendida, al tiempo que se llevaba una mano al pecho con suma teatralidad.

—Eres insufrible, hermana.

—Lo mismo digo, hermano.

Eleanor, ajena a la batalla, seguía llorando con fe.

—Van a enamorarse… —susurró, como si fuera una profecía—. Lo sé.

Octavia la miró de soslayo.

—Eleanor, querida, no van a enamorarse, ya lo están. Solo hace falta que se den cuenta.

Capítulo 7
La noche de la verdad

La casa se había ido apagando con la misma disciplina con la que el conde de Marston espantaba cualquier intento de alegría, era decir, sin alzar la voz, sin pedir disculpas y dejando claro que se había cumplido su santa voluntad.

Benedict había soportado el resto del día con dignidad —en especial el escrutinio del conde y la mordacidad de Octavia. Había asentido cuando debía. Había sonreído cuando tocaba. Y lo más importante, había evitado mirar demasiado a Imogen, porque cada vez que lo hacía se sentía como el mismo diablo queriendo pervertir a una inocente. Al menos lord Marston se había marchado tras el discreto almuerzo de bodas y una relativa normalidad se había instaurado en Mansfield House después. Pero en realidad nada era igual y la tensión que se respiraba entre los residentes de ese hogar, incluso del propio servicio, así lo atestiguaba.

Después de cenar, en un ambiente de lo más solemne, con pocas impertinencias dichas entre Octavia y Eleanor, Benedict se retiró. Si las tres damas se sorprendieron por ser él el primero en dejar la mesa, Ben no lo escuchó, dado que salió del comedor a una velocidad ridícula. Por amor de Dios, no debería sentir miedo de lo que se suponía que esa noche debería tener lugar entre su esposa y él. Ah, pero Ben era muy consciente de que acostarse con Imogen sería una gran imprudencia que no estaba dispuesto a cometer. Por más que la desease, no le tocaría ni un solo pelo de la cabeza. Unas horas. Solo tenía que resistir la tentación durante unas horas y podría marcharse a Londres, un lugar deprimente en el que seguiría con su vida. ¿Qué vida? Una solitaria, en la que aguardaría nuevas órdenes del Ministerio. La idea de marcharse de Mansfield House le parecía deprimente, pero no importaba porque ya había cumplido con su obligación de protegerla. Tenía su apellido y los fondos estaban asegurados para que Imogen y las dos damas no volviesen a pasar penurias y a él no se le requería nada más.

Cuando ingresó en su alcoba, que estaba algo alejada de la de Imogen, se alegró de que esa casa no tuviese la grandeza de aquellas en las que el matrimonio tenía dos habitaciones conectadas por una puerta interior. Su esposa estaba más a salvo de ese modo.

Cuando se sentó en la cama, suspiró y se frotó los ojos. Estaba tratando de convencerse de que no consumar su matrimonio no se convertiría en un error, solo ellos dos sabrían que no habían tenido su noche de bodas. Se dijo que no hacerla suya era lo

correcto, que el trato había sido un acuerdo útil y que la conveniencia de una sola noche no exigía… aquello. Además, al amanecer se iría a Londres, y no pensaba dejarle a Imogen un recuerdo que luego la persiguiera por los pasillos como un fantasma.

Apagó un par de velas del candelabro y avanzó hasta la chimenea. Se despojó de la chaqueta y el chaleco. El fuego crepitaba bajo, lo suficiente para que la estancia no se sintiera como una tumba helada. Decidió servirse un poco de licor que había en un pequeño aparador de la alcoba. Luego se sentó en el sillón. Tenía el hombro derecho tenso. Miró el vaso y rodó el líquido. No lo tocó. Lo sostenía sin beber, como si el vidrio tuviera la capacidad de mantenerlo atado al presente. Esa era otra de sus nuevas reglas. Nunca bebía.

Durante un rato escuchó el sonido del viento contra la ventana y el crujido de la casa. Pensó en Arthur, en la carta que le entregó a Marston y en el juramento de proteger a su hermana. Luego llegaron las imágenes de la iglesia, del anillo en el dedo de Imogen o del casto roce sobre su mejilla. Se maldijo por haber sido prudente, y se maldijo de nuevo por haber sentido que esa prudencia no era necesaria porque la deseaba.

Trataba de convencerse de que Imogen estaría mejor sin él. Estaba maldito. Todos los que le importaban solían acabar mal. Ewan y Simon se distanciaron de él y encontraron el amor. Incluso su mejor amigo Rafe había logrado la felicidad cuando lo dejó a un lado. Eso sin olvidar que Arthur había

perecido a pesar de que él le había prometido que vigilaría sus espaldas.

Entonces oyó pasos fuera del dormitorio. Tal vez fuese Octavia. Esa mujer sería capaz de entrar para regañarlo por no hacer lo correcto esa noche. O igual fuese Eleanor, quien le daría un discurso en esa misma dirección.

Se juró mantenerse firme en su decisión de no molestar a Imogen. Ellos se habían casado por obligación y no la forzaría a hacer nada de lo que luego se arrepentiría.

Unos nudillos tocaron la puerta con seguridad.

Benedict se quedó inmóvil. El vaso, entre sus dedos, se volvió más pesado porque sentía grandes deseos de darle un sorbo para tratar de tranquilizarse.

—Adelante —dijo al fin.

La puerta se abrió, y la luz del pasillo dibujó un perfil antes de revelar el rostro del intruso.

Imogen entró sin pedir permiso, porque pedirlo era innecesario. Llevaba una bata clara sobre el camisón y el cabello le caía por los hombros. Cerró la puerta tras de sí.

Benedict no se levantó. No por falta de respeto, sino porque si se levantaba quizá cruzaría la

habitación con una rapidez indecente y comenzaría a besarla hasta que los dos olvidasen sus propios nombres. ¡Dios! Esa mujer era Eva trayendo consigo la manzana, solo que no llevaba nada entre las manos porque la tentación era ella misma.

—No ibas a venir a mi habitación —dijo ella. No fue una pregunta, tampoco un reproche, solo era una constatación.

Benedict le sostuvo la mirada.

—El trato era casarnos. Nada de… —hizo un gesto mínimo con el vaso—… placer.

Imogen avanzó despacio hasta su posición. La chimenea le encendía destellos en los ojos. Esos ojos cambiantes que a él le habían costado el juicio más de una vez desde que llegó a esa maldita casa a la que no había querido ir y no deseaba abandonar nunca. ¡Maldición! Tenía que recordar que Octavia, Eleanor e incluso su propia esposa no eran parte de su vida.

—¿Y crees que yo estoy aquí para encontrar placer?

Benedict notó la punzada de irritación y algo más oscuro bajo ella. Su erección estaba más que despierta. Se sentía como un zorro a punto de cazar una gallina dentro del gallinero. ¡Qué crueldad! Esa mujer jamás podría ser comparada con algo tan vulgar como semejante animal. Era una loba.

—No lo sé.

La señora Beresford se detuvo a dos pasos de él; lo bastante cerca para que el calor del fuego y de su propio cuerpo empezaran a confundirse.

—Yo sí lo sé —dijo. Se llevó la mano al cierre de la bata y lo tocó, sin abrirlo todavía—. He venido porque no pienso permitir que mis emociones nublen mi buen juicio.

Benedict arqueó una ceja, levemente.

—Eso suena muy ambiguo.

—Suena a sensatez —lo corrigió ella—. Soy una mujer práctica, Beresford. Y valiente. He sobrevivido a cosas peores que a una noche incómoda con mi marido.

La última palabra le cayó a Benedict como un jarro de agua helada. Ellos no eran un verdadero matrimonio. Ambos habían aceptado que las circunstancias los habían unido. Nada más. Así que durante un instante pensó en decirle algo mordaz que sirviera para poner distancia entre ambos, en recordarle que él se marcharía al amanecer y ella sentiría alivio.

—Imogen… —comenzó a decir. Se detuvo. No podía ni quería alejarla.

Ella miró el vaso que él sostenía. Luego sus ojos volvieron a los de Ben.

—¿Has estado bebiendo?

—No.

—Entonces, ¿por qué tienes un vaso en la mano?

—Porque creía que era lo que necesitaba, pero no. No me hace falta.

—¿Qué te hace falta, pues?

Benedict apretó la mandíbula. La respuesta era sencilla: que se marchase y lo dejase con su desgracia, con la impotencia de desearla y no considerar adecuado reclamarla. El fuego crepitó de nuevo y se dio cuenta de que los pezones de su mujer se le marcaban bajo las finísimas prendas de ropa. Estuvo a punto de gruñir.

¿Por qué su vida entera tenía que ser un conjunto de pruebas tan duras?

Imogen era la única mujer a la que verdaderamente había deseado en años, no solo para olvidar la rabia y el dolor con el placer, sino para que fuese su compañera. ¡Qué cosa tan absurda! Él no necesitaba a nadie.

—No lo sé —repitió, y esta vez fue verdad.

Imogen soltó aire despacio, y él vio cómo sus senos se movían de un modo que… Ben tragó saliva con gran dificultad.

—Sé lo que somos. La clase de matrimonio que vamos a tener —dijo ella—. No espero amor. No espero promesas. Solo espero que, al menos por esta vez, hagas lo que ambos sabemos que deseamos.

Benedict dejó el vaso sobre la mesita con un cuidado excesivo. El cristal no tintineó; aun así, el gesto fue la declaración de una intención. Ese cambio por parte de ella no se lo había esperado.

—¿Confiesas al fin que hay deseo entre nosotros?

—Sí, al menos por mi parte.

—¿Dudas de que te desee, Imogen? —inquirió asombrado.

—Elegiste no venir a mi alcoba —repuso ella, con honestidad. La señora Beresford había estado dándole vueltas al modo en el que debía actuar cuando se dio cuenta de que su flamante y apuesto esposo no iba a ir a reclamarla. Se sintió humillada, porque ni siquiera había sido capaz de tentarlo en ese aspecto. Estaba más que claro que en su matrimonio solo se trataba de cumplir con la obligación porque ella no lo atraía. Esos pensamientos tan oscuros, casi la habían hecho llorar, pero luego se recordó que no era ninguna joven llena de ilusión y esperanza. Era una mujer que sabía luchar y estaba dispuesta a vivir la experiencia de yacer con un hombre, y más cuando era uno que sabría cómo complacer bien a su compañera de cama. Si no iba a poder ejercer como la señora Beresford a pesar de serlo, por lo menos haría que la

amase una noche, aunque solo lo pudiese hacer con el cuerpo y no con su alma.

—Eso ha sido sensatez, no falta de deseo —le aclaró él.

—Pues creo que soy una insensata, porque decidí no quedarme esperando como una muchacha asustada y venir a reclamarte yo a ti.

Él sonrió. Sí. Eso era lo que haría una mujer admirable como ella.

Benedict se levantó entonces. Despacio. Sin brusquedad. Su hombro derecho protestaba con una punzada sorda a la que él no le hacía caso. Se quedó frente a ella. Muy cerca. A esa distancia, la vio de verdad. Una boca bien dibujada que clamaba por ser besada, una cabellera preciosa que se moría por acariciar y el mentón en alto para demostrarle que no le tenía miedo. Ella era más que admirable. Era única.

—Imogen —dijo, y el nombre le salió más grave de lo que pretendía—, si haces esto solo porque es lo que debemos hacer…

Ella lo miró con frialdad aparente.

—¿Y qué si lo hago por deber? —lo interrumpió—. Estamos casados. Tú, que tanto me has presionado diciendo que nuestro deber era casarnos, ¿y no piensas consumar el matrimonio?

—El deber no es razón suficiente para… —se interrumpió. Su propia voz le molestó. Había sido Azrael; sabía cómo sonaban las excusas bonitas. Carraspeó—. No quiero que nos acostemos por deber.

—¿Para qué quieres que tengamos intimidad?

—Para darnos placer.

Imogen no apartó la vista. Notó que él no había dicho que harían el amor. No, claro que no iban a hacer eso. Bien. Podría encontrar consuelo en el placer al menos. Decidió no sentirse mal por su honestidad.

—Soy tu esposa y estoy aquí. ¿Qué más quieres de mí?

Benedict sintió que algo se le quebraba por dentro. No quería tener que pedirle lo que de verdad deseaba de ella. Necesitaba que ella lo hiciese sentir un hombre amado. ¡Dios! ¿Amor? ¿De verdad era eso lo que pretendía de Imogen? ¿Desde cuándo Ben consideraba que el amor existía y soñaba con sentirlo? Nada tenía sentido. Estaba tremendamente asustado, pero una cosa era clara, no la reclamaría solo porque se suponía que era lo que ambos debían hacer por el mero hecho de haberse casado.

—Precisamente por eso. —Bajó la voz—. No voy a tomar lo que no quieras darme solo porque estemos casados.

Imogen se quedó quieta un instante analizando lo que él acababa de decir. Su mirada se desplazó al suelo y sintió que sus mejillas comenzaban a encenderse por lo que iba a decir a continuación:

—Lo quiero. De otro modo, no habría venido a buscarte, Beresford.

Benedict no se movió.

—Mírame a los ojos y dilo de nuevo.

Ella levantó la mirada y trató de no temblar.

—Lo quiero —repitió con seguridad—. Y si vas a marcharte a Londres pronto…

—Mañana. Me iré mañana, Imogen —la avisó. Y su estúpida hombría no era lo único que lo estaba matando, porque su maldito corazón también le dolía. Deseaba que ella le pidiese que no se fuera.

La dama afirmó con la cabeza. Se limitó a aceptar con dignidad que no servía ni para mantenerlo más de veinticuatro horas a su lado. No iba a llorar. No lloraría en su noche de bodas. Se lo prohibió.

—Entonces esta noche no me trates como si yo fuera una molestia que debes evitar.

Benedict cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, ya no había huida posible.

—No soy un buen hombre, Imogen. No quiero arrastrarte al fango en el que vivo —murmuró.

—Ya me lo has contado todo —respondió ella, casi con cansancio—. Pero también sé que estamos casados y que hoy es una noche para celebrar, para unirnos sin que nos importe el futuro ni el pasado. Solo el presente. No pienso renunciar al presente.

La sentencia fue más conveniente que un beso.

Benedict alzó la mano izquierda —la que tenía más movilidad— y le rozó la mejilla con los nudillos, despacio. Imogen no retrocedió. Cerró los ojos un instante, apenas un parpadeo largo, porque deseaba concentrarse en su toque.

—Entonces te daré el presente. Si en algún momento quieres que me detenga… —dijo él.

Imogen abrió los ojos por completo.

—No te atrevas a dudar de que sé lo que hago.

Benedict soltó una exhalación, y la comisura de su boca se movió lo justo para que aquello pareciera una sonrisa triste.

—Bien, pues. Dime qué haces.

Imogen se acercó un paso más, hasta que el calor de su cuerpo se pegó al de él.

—Me aseguro de que el mundo no pueda llamarme cobarde mañana —susurró—. Y me aseguro de que tú sepas que tu esposa no es una mujer que se queda esperando lo que quiere, porque yo lucho por todo lo que deseo. Arthur y yo no éramos tan diferentes en ese aspecto.

Benedict se mordió la lengua antes de plantear la única cuestión que necesitaba respuesta, porque por un instante estuvo a punto de preguntarle si lucharía por él. No. Una mujer tan excepcional no podía interesarse por un hombre carente de valor más allá de explorar su curiosidad íntima.

—Entonces me tendrás.

—Entonces, tú también me tendrás a mí —dijo ella, y se desabrochó la bata.

La tela cayó con suavidad, y la vulnerabilidad quedó al descubierto con una dignidad que lo dejó sin aire. No llevaba camisón. Era una mujer hermosa. Sus senos plenos lo llamaban para que se amamantase de ellos de inmediato. Sus piernas eran largas y bien torneadas y el nido de rizos que escondía entre las piernas… Jadeó. ¡Él jadeó por una mujer que había considerado poca cosa para tentarlo! Podría echarse a sus pies y pedirle que le permitiese ser su esclavo para toda la eternidad. Imogen no se cubrió mientras la examinaba sin discreción. Lo miraba como si fuera ella quien lo estuviera juzgando.

Se tranquilizó y apartó el impulso de volverse salvaje. Si su esposa iba a permitirle tener una única noche, haría las cosas bien, con delicadeza y para el disfrute de ambos.

—Eres hermosa —dijo, como si aquello fuera una verdad que le doliera admitir. Cuando él no estuviese, otros como el estúpido Fairchild fantasearían sobre lo que ella escondía bajo la ropa. Los celos ya eran innegables. La deseaba y la quería solamente para él. ¿Cómo confesarle eso a una mujer con la que había acordado un matrimonio de conveniencia en el que cada cual viviría lejos del otro? Había hecho el peor negocio de su vida y ya no tenía vuelta atrás.

Imogen soltó una risa breve y amarga.

—No me mientas.

—No lo he hecho —replicó él, y le tembló algo en la voz—. Te deseo como un condenado.

Imogen dio el segundo paso aquella noche. Uno que él no esperaba, pero la señora Beresford era única sorprendiéndolo. Se puso de puntillas, le colocó las manos en la nuca y lo besó.

No fue un beso tímido. Tampoco un beso de agradecimiento. Fue el beso de una mujer que había sido privada de elegir demasiadas veces y que, esa noche, iba a obtener todo lo que se había propuesto. Su boca se pegó a la de Benedict con una decisión que le arrancó un gemido nada delicado. Fue

imposible ocultarle a ella que llevaba meses muriéndose de hambre.

El mundo desapareció. Benedict se limitó a concentrarse en los labios y la lengua de Imogen, en el pulso de ella, en la forma en que su cuerpo se apretaba contra el suyo como si de verdad lo desease con todas sus fuerzas. ¿Podría ser así? ¿Podría Imogen haberle dicho la verdad sobre eso? ¿Lo deseaba del mismo modo obsesivo que él a ella?

Se obligó a ir despacio. Ella era virgen. Y él llevaba demasiado tiempo sin una mujer y no pensaba convertir ese hambre en egoísmo. Además, el hombro derecho lo limitaba y lo obligaba a sostenerla con cuidado.

—Imogen… —murmuró contra su boca, casi como un ruego—, no quiero hacerte daño.

Ella se apartó apenas, lo justo para respirar.

—No soy de porcelana. No dudes jamás de mi voluntad ni fortaleza, Beresford.

—Dos veces me has llamado por mi apellido esta noche. ¿Ni tan siquiera ahora seré Ben o Benedict?

—No. Eres mi señor Beresford. Mi esposo.

No le diría que se moría de ganas por escucharla llamarlo por su nombre. Eso sería una tontería.

—Y tú eres Imogen. Mi esposa. Y sé exactamente la clase de mujer que eres. —Su mano izquierda le rozó la piel tibia del cuello, luego del hombro y a continuación se permitió rozar uno de sus senos con delicadeza. Ella gimió ante el último contacto—. Pero esta… —susurró sobre su oreja— esta primera vez mereces respeto y dulzura. Y, por Dios, que lo tendrás —se juró.

Imogen no contestó con palabras. Colocó las manos en la camisa de él y lo ayudó a sacársela por encima de la cabeza. Luego hizo lo mismo con las botas y finalmente con los pantalones. No había prisa, pero sí una intimidad que ambos sabían que lo cambiaría todo. Cuando Benedict se quedó desnudo. Imogen se fijó en la perfección de su cuerpo, en los músculos bien marcados y en la herida en el hombro.

—¿Te sigue doliendo?—susurró ella.

—No es nada. No tienes que mirarla siquiera. Es una herida que, aunque haya cicatrizado, será fea siempre. Mi brazo no será jamás el mismo tampoco.

Imogen alzó la vista.

—Es la prueba de tu valentía, de la supervivencia. No te sientas menos hombre por no tener la movilidad completa del brazo, Beresford. Ni aunque hubieses regresado con una pierna y un brazo menos podrías ser considerado poco varonil.

Benedict asintió. La creía. Ella no era dada a adornar los hechos y siempre decía la verdad, por muy dolorosa que fuese. Y entonces Imogen hizo algo que lo dejó asombrado. La capacidad de esa mujer para dejarlo fascinado era increíble. Se inclinó hacia su hombro herido y besó la carne cortada y lacerada con una ternura infinita. Un beso. Luego otro. Y otro más. Lo besaba como si aquella herida fuera algo sagrado.

Benedict cerró los ojos. Esa muestra tan humana le dolía más que la bala que lo atravesó. Nunca había estado de ese modo con ninguna de sus múltiples amantes. Ellas únicamente habían esperado una sola cosa de él. Y él lo mismo de ellas.

—No tienes que hacer eso —murmuró, con un hilo de voz.

—¿Por qué no? —preguntó ella, y su boca rozó la piel de su cuello, justo donde el pulso se delataba. Interesante. Él estaba muy alterado, pues escuchaba el tambor en el que se había convertido el corazón masculino—. Es esta herida la que nos está permitiendo tener ese momento. Este presente.

Benedict apretó la mandíbula. Una manera muy sutil de recordarle que solo tenían esa noche. Bien. Esa noche sería memorable. La besó de nuevo, esta vez con más hambre. Imogen respondió, y el beso se volvió más excitante, más urgente, hasta el punto de que ambos tuvieron que separarse para poder respirar.

Benedict la alzó en brazos con cuidado, usando sobre todo el izquierdo para no forzar el hombro herido. Imogen se aferró a él de inmediato y no protestó. La llevó hasta la cama. La dejó sobre la colcha con suavidad. Imogen se incorporó un poco, al ver que él se quedaba de pie contemplándola.

—No es un buen momento para que te replantees la idoneidad de que compartamos el lecho, Beresford. Podría matarte si haces una sola observación a ese respecto.

—Oh, Imogen. Tanto tiempo luchando contra mí y no me conoces en absoluto. Sería imposible que pudieses salir de esta habitación intacta.

—¿Y por qué no te unes a mí en la cama? ¿Es porque no me encuentras bonita?

—No me he equivocado, porque no me conoces en absoluto. No voy a tu lado por el simple motivo de que necesito calmarme; y estar observándote me complica mucho las cosas, dado que no consigo encontrar el punto de caballerosidad que me he jurado que te daría en el lecho.

—¿Me deseas? —inquirió asombrada.

Él suspiró.

—¿Cuántas veces tendré que decírtelo para que me creas, señora Beresford?

—No lo sé. Es que… Nadie me ha encontrado bonita nunca.

—Lo dudo mucho.

—No te miento. Aquel prometido del que te hablé, me dijo que yo era fea como una mula, y Fairchild… Bueno, él solo se propuso cuando escuchó lo de la dote.

—Tuviste suerte de escapar de esos dos estúpidos. Eres una mujer única. Me has vuelto loco desde que me acorralaste con un puñal en la mano y me amenazaste con matarme.

—Seguro que ninguna mujer te había tratado así en tu vida.

—¿Por qué crees eso?

—Porque sé que todas se ponían a tus pies.

—¿Son celos eso que detecto? —preguntó divertido y lleno de esperanza.

—Qué absurdo. Solo he dicho la verdad.

Benedict se subió a la cama y se inclinó sobre ella.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

—Muy conveniente, Beresford. No seas más ridículo de lo que ya lo pareces. Sé bien que son cosas que se dicen en estos casos. No necesitas adularme, ya estoy en tu cama.

Él suspiró. No era fea como una mula, pero sí terca.

—Muy bien, ya que no me crees, te lo demostraré, pero recuerda que si quieres que me detenga en cualquier momento, lo haré. Solo tienes que pedírmelo.

—Ya, y te será fácil parar porque no soy de tu agrado. —Cada vez que recordaba todas las mujeres que él había llevado de su brazo durante su primera y única temporada en Londres… Ni una sola era sencilla o poco sofisticada y deslumbrante.

—Oh, Imogen, desearía zarandearte con todas mis fuerzas. ¡Mírame! —gritó, para luego apartarse un poco y agarrar con rabia su virilidad. Ella lo observó y él prosiguió—: He estado así todo el maldito día. Desde que te he visto con ese vaporoso vestido no he pensado en otra cosa más que en arrancártelo. No he ido a tu alcoba para exigir que cumplieras con tus obligaciones conyugales porque no me parecía justo. Te deseo, Imogen. ¿Acaso no recuerdas aquel beso? ¿No sentiste mi dureza contra el bajo de tu vientre? Si hubiese sido el mismo pícaro insensible al que conociste durante tu presentación en sociedad, te habría poseído encima de la primera mesa que hubiese tenido cerca. ¿Ahora me castigas por tratar de mostrarte el respeto que mereces? No soy Azrael y no volveré a serlo, pero tú, no eres

tampoco una cortesana, y por eso había decidido alejarme.

—Pues no necesito tu caballerosidad. No te pediré que te detengas en ningún momento. Es nuestro presente, ¿recuerdas?

—Bien. No lo sigamos arruinando con más palabras. Te he hecho una promesa y pienso cumplirla.

Imogen frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Iba a demostrarte cuánto te deseo —le recordó él.

Y eso fue suficiente. Benedict se colocó sobre ella de nuevo. Besó su frente, su sien, su pelo, la comisura de su boca, todo como si le estuviera rindiendo culto a una diosa. Bajó despacio hasta sus senos. Los amasó con cuidado y los besó. Mamó de ellos y los disfrutó. Imogen gemía y se retorcía llena de deseo bajo el cuerpo de Ben. No se quedó solo lamiendo esos adorables y grandes pezones oscuros, fue deslizándose hacia abajo, besando y lamiendo cada pedazo de tibia piel que caía bajo su lengua hasta que llegó al lugar que más deseaba explorar. Cuando Imogen sintió el primer toque de Ben *ahí*, gritó.

—¿Te he hecho daño? —se asustó él.

—No, es que… yo no… no había esperado que tú…

—Deja que disfrute de mi presente, Imogen.

—Oh… —Fue lo único que le salió cuando la boca de él comenzó a pasearse por una zona que… —. ¡Oh, Dios!

Las manos se colocaron sobre la cabeza de él, pero no sabía si debía alejarlo o acercarlo. ¡Al diablo con la decencia! Nunca había sentido nada parecido. Era un pícaro que sabía lo que hacía.

A medida que él le daba más ritmo a esa acción inesperada, ella iba sintiendo que algo se avecinaba. Algo grande que amenazaba con romperla para siempre. En el momento en el que uno de sus dedos se metió con cuidado en su vaina, Imogen comprendió que lo que se abría paso en su ser era incontenible. Las caderas femeninas se movían al mismo compás que ese dedo y la lengua de Beresford. Era algo sublime, indescriptible.

—¡Benediiiiiict! —gritó su nombre justo cuando la ola del placer la alcanzó.

Y la grandeza de esa nueva sensación la dejó relajada, satisfecha y con una preciosa sonrisa en los labios cuando se marchó.

Entonces el señor Beresford dejó de adorar su feminidad para concentrarse en la expresión de su

rostro. Bien por él. No había perdido su toque después de tanto tiempo.

—¿Te ha quedado claro cuánto te deseo?

—Oh, cielos. No sabía que esto pudiese ser…

—Aún no hemos terminado. Habrá un poco de dolor ahora, pero te prometo que no me dejaré ir hasta que vuelvas a gritar mi nombre. Y poco me importará que con tus gemidos convoques aquí a Octavia o a Eleanor. No te reprimas, Imogen, quiero saber que te doy placer y no me negarás el derecho.

—Ahora haría todo lo que quisieras con tal de volver a sentir lo mismo que me has provocado hace unos pocos minutos.

—Lo sé, pero no olvidarás en ningún momento que soy yo, Benedict Beresford, quien te está consumiendo, poseyendo y volviéndote loca; que soy yo quien te desea y te tiene.

—No lo haré —comentó mansa.

—Di a quién le perteneces, Imogen. Di quién va a poseerte.

—Tú, Beresford. Solo tú.

—No. Dime lo que quiero escuchar.

Ella le sonrió.

—Soy tuya, Benedict Beresford.

—Nunca lo olvides —la avisó.

Ella le rodeó el cuello con los brazos cuando comenzó a besarla de nuevo. A ratos sus dedos se clavaban en la espalda masculina con una mezcla de necesidad y ansia.

Cuando decidió que era hora de dejar de atormentarla con besos, caricias y lametones indecentes, porque ella le suplicaba más y más, Benedict agarró su tallo y comenzó la conquista con cuidado, con paciencia, con esa atención obsesiva de un hombre que sabía que no quería fallar y dejarse llevar por la lujuria. Con el primer pequeño envite, notó la rigidez de Imogen, una tensión que no era rechazo sino desconocimiento, seguida por un quejido. Ben se detuvo.

—Mírame —susurró.

Su esposa hizo lo que le pidió.

—No pienso ser una cobarde, es solo que eres grande o yo muy pequeña —dijo segura, pero el temblor leve en la voz la traicionó.

Benedict le sonrió.

—Podrán decir de ti muchas cosas, señora Beresford, pero jamás que eres cobarde.

—Entonces tómame.

Él asintió. Se unieron con lentitud, y cuando él logró romper la barrera, Imogen se quedó sin aire. No gritó. Se aferró a él con fuerza y Benedict se quedó quieto un momento, respirando con ella, sosteniéndola sin aplastarla.

—Estoy aquí —murmuró—. Contigo. La punzada de dolor cesará pronto. Te prometo que ahora todo será como hace un instante. Te daré placer. ¿Puedes confiar en mí una vez más, Imogen?

La dama asintió.

—Sí, pero no hace falta que me trates como si no pudiese soportar un poco de dolor. Solo son los nervios. No es miedo.

Benedict soltó una risa baja.

—No sé hacerlo de otra manera, Imogen. Dios sabe que no soy dulce ni tierno, pero deseo serlo contigo.

Ella tragó saliva, y poco a poco la tensión cedió. El dolor breve se convirtió en una sensación extraña, intensa, que le hizo cerrar los ojos y disfrutar. El mundo se reducía a esa cama y a ese hombre que Arthur había elegido para ella.

Benedict comenzó a moverse con un ritmo tranquilo, paciente, y el fuego de la chimenea pareció acompasarse a sus respiraciones. Imogen, al principio rígida, se fue abriendo de nuevo a la gloria de la satisfacción.

No se escuchaban palabras de amor. Había miradas que lo parecían, pese a que ninguno las identificaba en las del otro. Se sucedían mordiscos suaves en el labio de uno y del otro, resonaban suspiros que se asemejaban a la felicidad de un presente increíble compartido.

Benedict le besaba el hombro, la clavícula, el lugar donde el pulso se desbocaba. Imogen, en un arranque inesperado, alzó las piernas y lo abrazó con ellas al tiempo que lo hacía también con los brazos. Sintió como si su mujer no quisiera dejarlo ir y la sensación, aunque no fuese real, le supo a gloria.

Benedict la besó con rabia, como si quisiera castigar esa mentira. Imogen le devolvió el beso con la misma furia. Y el combate, en lugar de separarlos, los encendió más.

El final de un acto tan ardiente llegó como llegaban las cosas inevitables, y eso era sin permiso y con una intensidad que les dejó el alma en carne viva.

La señora Beresford gritó su éxtasis con fuerza, no porque se lo hubiese casi ordenado, sino porque él había llevado una mano donde ambos se unían y fue imposible callarse aquel placer divino. Ese en que se sentía llena y ansiosa. El señor Beresford hizo lo propio solo media fracción de segundo después de saber que había logrado colmarla de dicha. Gritó su nombre también y se dejó caer sobre su esposa con cuidado para no hacerle daño. Estaba sonriendo, porque por fin había hecho el amor con una mujer. No había sido algo solo físico, había

sentido una unión más allá de sus cuerpos, más allá de la lujuria. Habían sido un solo ser. Si tan solo ella hubiera podido sentir lo mismo, pensó él con algo de tristeza, porque con su pasado, era del todo lógico que no lograse hacer que lo amase. ¿Quién se enamoraría de un hombre que había cometido tantas infamias? Apoyó la frente en su sien, con los ojos cerrados. Deseaba decirle que la amaba y que necesitaba que ella lo amase. Imposible. Esas cosas no se podían pedir. Tenían que nacer.

Imogen se quedó quieta un instante, respirando contra el cuello de Benedict. Nunca debió haber ido a buscarlo a su habitación. Se había enamorado perdidamente mientras trataba de alejarlo y verlo marchar al día siguiente sería su recompensa. Hacer el amor con él había sido un gran error. ¿Cómo lograría sobrellevar su ausencia?

Benedict no sabía cómo actuar ni qué decir. Así que se apartó de ella; lo hizo despacio, con cuidado, como si temiera que, al moverse, la realidad se rompiera. Ah, pero sabía que iba a romperse sin remedio.

Por su parte, Imogen se cubrió con la colcha sin prisa. Vio una mancha de sangre a un lado. La evidencia de que le pertenecía y siempre sería suya aunque él ya no la quisiera. Lo veía en su rostro atormentado. De pronto, el mundo le resultó demasiado grande otra vez.

Ella habló primero, con la voz baja pero llena de seguridad:

—¿Qué hacemos ahora, Beresford?

Benedict soltó aire despacio.

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Todo esto es incómodo, por eso había evitado… —murmuró.

—Intimar conmigo —terminó ella por él.

—Hemos complicado las cosas, Imogen.

Ella soltó una risa breve y seca.

—Eso sí que es una gran verdad. ¿A qué hora tienes pensado marcharte mañana? —preguntó para ver si él seguía con el pensamiento de irse.

Ben apretó los labios. Acababa de compartir la experiencia más importante de toda su vida con una mujer que quería asegurarse de que se fuese al día siguiente. ¡Fantástico! El destino estaría riéndose con ganas de él.

—Pronto. Preferiría que no hubiese una gran despedida ni nada por el estilo, así que cuando te despiertes ya no estaré.

El dolor de sus palabras la atravesó como si le hubiese disparado una flecha en el corazón. No

lloraría. No iba a echarse a llorar porque no la quisiera. ¡Qué tontería! Ese matrimonio no había tenido futuro desde el principio. ¿En qué había estado pensando Arthur para mandarle a un hombre que jamás podría amarla? Decidió inclinarse por la indiferencia. Mantuvo la compostura.

—Uhm… Muy bien. —Se levantó de la cama, buscó la bata y se la colocó. Lo miró para encontrar en su mirada… ¿qué? ¿Qué esperaba de un hombre que no había planeado hacerle el amor en su noche de bodas? ¿Una declaración de amor? En sus ojos no había nada más que… ¿qué? ¿Obligación cumplida por la fuerza? ¿Remordimientos y angustia por haberse acostado con ella? Era como si estuviese temiendo que le pidiese que no se marchase. Imogen tomó una fuerte bocanada de aire y luego le dijo—: Esto se ha terminado. Tú puedes marcharte sabiendo que has cumplido tu palabra y yo que… —No se le ocurría nada que decir y que no fuese una acusación por romperle el corazón—. En fin, me despido de ti ahora, confío en que tengas un buen viaje, Beresford.

—Gracias —dijo, porque no sabía qué más podría haber añadido. Entonces la vio dirigirse a la puerta y su corazón se rompió en mil pedazos. ¿Ni siquiera iba a quedarse a dormir con él? No quería que se fuera—. ¿Imogen? —la llamó justo cuando ella había colocado la mano en el pomo de la puerta.

—¿Sí?

—¿Ha sido como esperabas? —Necesitaba encontrar algo para retenerla.

—¿Te refieres a aparearse? —No lo llamó «hacer el amor», porque comprendía que no habían hecho nada similar. Solo fue un apareamiento necesario y solo había ocurrido porque ella quiso conocer el placer el día de su boda.

Se irguió por la crudeza de ella.

—No es una palabra que yo habría usado, porque tú no eres una yegua y yo no soy un semental.

—Tengo entendido que un semental se pasa la vida montando yeguas —se quedó un momento pensativa y luego añadió—: No, Beresford, no eres un semental solo porque las mujeres con las que te has acostado no se merecen ser consideradas yeguas.

—¿Qué diablos te pasa? —saltó, porque eso había sido un ataque muy directo.

La única respuesta de ella fue relinchar como una yegua. Al menos esperaba que él identificase ese sonido que le salió. A continuación abrió la puerta y salió de allí a toda prisa, porque de otro modo se pondría a llorar.

Benedict se apresuró a abrir aquella maldita puerta, salió al pasillo y la vio de espaldas.

—La próxima vez te pediré que pagues el precio de mis servicios, te aseguro que no soy un semental nada barato.

Ella se giró y lo observó en medio del pasillo gloriosamente desnudo.

—¡Vete! ¡Vete a Londres y encuentra a una mujer que esté interesada en llenarte los bolsillos! No me sorprenderá en absoluto cuando comiencen a llegar los rumores sobre tus grandes hazañas.

—¡Eres una arpía, Imogen!

—¡Y tú, un… un… un…!

—Dilo, atrévete. La palabra que buscas es «bastardo».

—¡Vete al infierno y no vuelvas! —ladró ella.

En ese momento, una anciana que aseguraba no tener más de cincuenta y cinco años, pese a que tendría tal vez diez más, y una viuda que no reconocería que seguía creyendo en el amor, aparecieron al otro lado del pasillo. Imogen dejó escapar el sollozo que había estado conteniendo y salió corriendo en dirección a su habitación. Él se dio cuenta entonces de que estaba tan desnudo como el día en el que llegó al mundo. Se llevó ambas manos para tratar de tapar sus partes privadas.

—Lo siento —les dijo a las dos.

—No lo sientas, muchacho —dijo Octavia, sin la debida formalidad, pues estaba de más debido a la situación—. Hacía tiempo que no veía algo tan… interesante —advirtió sin quitarle los ojos de encima.

—¡Octavia! —la regañó Eleanor.

—¿Qué, querida? Tú lo has examinado tanto o más que yo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la viuda cuando lo vio pasar por su lado y se percató también de la desnudez de su parte de atrás.

—Sí. No hay duda de que Dios hizo un buen trabajo con él. Vaya posaderas…

—¡Octavia! ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Él se estaba peleando con la niña después de… de… de… de su noche de bodas —dijo con cierto pudor.

—Tal vez no haya estado a la altura de Imogen. ¿Crees que será uno de esos hombres torpes que no saben manejar a una mujer? Sería una verdadera lástima.

Ben gruñó cuando escuchó eso. Se giró de nuevo, seguía con las manos tapando lo más importante de su cuerpo, aunque dudaba que esas dos se fuesen a desmayar si les dejaba dar otra miradita.

—La niña me ha catalogado como un semental, así que he superado sus expectativas.

La tía de Imogen se negó a ofenderse. La otra tampoco se veía molesta por la escena o las salidas de tono. Estaban indecisas entre si interesarse

por la discusión entre amantes u observar bien lo que se les había presentado ante ellas de improviso.

—¿Octavia?

—¿Sí, Eleanor?

—¿No deberíamos darnos la vuelta si vamos a mantener una conversación con Beresford? Parecían estar teniendo una discusión seria.

—Nada que no puedan solucionar en la cama de nuevo —le restó importancia a la preocupación de la otra—. ¿Y por qué deberíamos darnos la vuelta, Eleanor?

—No creo que sea algo poco importante lo que ha sucedido entre ellos. Pero sí que considero que deberíamos darnos la vuelta, porque no sé si te has fijado, querida, pero él está desnudo.

—Cierto que lo está. Y eso me ha hecho replantearme algunas cosas, porque Beresford se ha colocado en el segundo lugar de mi lista de especímenes masculinos más vistosos. Enhorabuena, muchacho —le dijo sin pudor.

—No estás casada. Así que no has visto a un hombre desnudo nunca… Bueno, solo a este. No me engañes.

Octavia se limitó a sonreírle y Eleanor abrió los ojos asombrada.

—¡Maldigo a todas y cada una de las mujeres! Vosotras dos incluidas —estalló él, sin la formalidad debida—. ¿¡Me oyes, Imogen!? ¡Te maldigo por volverme loco!

—¡No me importa! —gritó ella desde el otro lado del pasillo, ya tras la puerta de su habitación.

—¡Malditas seáis todas! —ladró una última vez antes de meterse en la habitación y dar un sonoro portazo.

Octavia suspiró. Eleanor tuvo miedo.

—¿Es el fin? —inquirió la viuda.

—No, querida Eleanor. Me temo que es solo el principio, porque ninguno de los dos se ha dado cuenta de lo muy enamorados que están.

—¿Y no deberíamos decírselo?

—Ah, pícara. Quieres una excusa para meterte en la habitación de Beresford. ¡Bien pensado!

—Oh, por amor de Dios, Octavia. Está claro que Marston cometió un error cuando te nombró paladín de su hija. La has echado a perder. Es culpa tuya que ella sea tan temperamental.

—Lo que sucede ahora mismo entre la niña y su marido no es ni culpa mía ni tuya, ni tan siquiera de Marston y es extraño, porque mi hermano tiende a arruinarlo todo.

—Estoy seriamente preocupada, Octavia.

—Mañana todo se arreglará. Dos personas que se aman no pueden estar mucho tiempo enfadadas. Vayamos a dormir, Eleanor, Beresford no nos permitirá admirarlo más por esta noche, creo que a partir de ahora nos tendremos que conformar con verlo solo vestido. A no ser, por supuesto, que los dos tengan pensamiento de discutir cada vez que hagan el amor.

—¡Octavia! —la llamó al orden.

—Como si tú no estuvieses pensando lo mismo que yo.

—Por supuesto que no. Solo me preocupa cómo serán las cosas mañana por la mañana. Dudo mucho que pueda mirar a Beresford a los ojos sin recordar que… que…

—Que es un semental de los pies a la cabeza —la ayudó la anciana.

—Eres terrible, Octavia.

—Lo sé.

Y así, todos se metieron en la cama aquella noche. Octavia y Eleanor durmieron tranquilas, envidiando —sin maldad— la suerte de la niña.

Imogen no logró conciliar el sueño. Se pasó toda la noche llorando sin descanso. ¡Maldito traidor!

Era un traidor por haberle mostrado todo lo que podían ser, por haberle puesto la miel en los labios y luego agriársela sin compasión.

Beresford tampoco pegó ojo. La maldijo cada minuto mientras empacaba sus cosas. Al diablo con esa mujer. ¡Y él que había pensado en quedarse un par de días para ver si su relación tenía futuro! Estaba más que claro la opinión que le merecía. Esa mujer ni lo valoraba ni lo quería a su lado. Estaría muy feliz de cumplir sus deseos de verlo en Londres.

Y al amanecer, Ben se marchó. Imogen lo vio desde la ventana y lloró todavía más. Ambos sabían que habían cumplido con su deber, sí, pero también que habían despertado algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado. Por eso él huyó y ella había hecho que huyese.

El miedo y la incertidumbre eran un par de enemigos invisibles.

Capítulo 8
Una invitación increíble

Dos semanas habían bastado para que Mansfield House recuperara el ritmo de siempre; solo que ya no era lo mismo, ni Imogen era capaz de admitir que no estaba bien. Oh, sí, su salud era excelente, pero el dolor de su corazón era harina de otro costal. Ese hogar que antes había sido un refugio seguro para tres mujeres que se entendían con miradas, se había convertido en el crujido constante de una casa vieja en la que faltaba una pieza clave. Faltaba su esposo.

Imogen se movía por la casa con la misma disciplina con la que, años atrás, se había obligado a sonreír en un salón lleno de depredadores. No había llorado frente a Octavia. Tampoco había permitido que Eleanor le cogiese la mano más de lo necesario. Se había levantado cada mañana, se había vestido con corrección, había bajado a desayunar y había pronunciado frases razonables como si no se sintiese

hueca por dentro. Eran mentiras pequeñas, bien cosidas, pensadas para que nadie tirase del hilo y se encontrara con su corazón sangrante.

Lo más humillante de todo era que ella misma había hecho que él se marchase por haber sido tan dura. El orgullo era algo peligroso si no se manejaba con cuidado.

Desde que Benedict puso rumbo a Londres, las tres habían sentido la pérdida. Octavia y Eleanor no lo comentarían por no hacerle daño, ni tan siquiera le preguntaron por el motivo de aquella discusión ni por qué su marido se había ido a toda prisa sin despedirse. Ella lo agradeció. No era habitual que Octavia se callase algo, aunque sospechaba que Eleanor estaba detrás de esa inesperada discreción. Lo echaba tremendamente de menos. Y no era solo porque le faltase un hombre que le había descubierto un sinfín de posibilidades tan placenteras en el lecho —Imogen no era de esas mujeres que se derrumbaban por un par de hombros anchos tan diestros—, la cuestión era más trascendental. La señora Beresford había descubierto, tarde y mal, que una podía acostumbrarse a alguien tan rápido como para enamorarse sin darse cuenta siquiera.

¡Qué tontería! Imogen no necesitaba a nadie. Había sobrevivido incluso sin la guía y ayuda de Arthur. Superaría la separación del maldito Beresford en un periquete. No importaba que estuviese cada día pendiente de la entrada, anhelando escuchar el sonido de un par de botas. ¡No! No deseaba que regresase a su lado. ¿Por qué lo haría? Ella no significaba nada para él. Ah, pero si

pudiese dejar de pensar que regresaría pronto, tal vez podría ser un poco más feliz. Era una estúpida por tener esperanza, los hombres como Beresford no volvían por mujeres como ella.

Había intentado convencerse de que la noche de bodas solo había sido eso, otro deber que habían cumplido. Un trámite inevitable por parte de su marido y un exceso de valentía por parte de ella. Fue un error. Si lo repitiese cada día, cada hora y cada segundo, quizá se convertiría en verdad. ¿Por qué no sentía que había sido un error intimar con su marido? No podía dejar de pensar en el modo que tuvo de besarla, de acariciarla y de mirarla como si de verdad le importase. El recuerdo de aquel momento compartido la encendía y mataba a partes iguales. No era un hombre tierno, ni romántico en absoluto, posiblemente nunca le diría una sola palabra de amor, y aun así había conseguido que se enamorase de él. ¿Cuándo comenzó a amarlo? ¿Mientras trataba de ahuyentarlo de su casa? Pues tanto se empeñó en lograr su cometido, que al final, cuando más lo necesitaba, él se había largado sin ningún remordimiento. ¿Qué otra prueba necesitaba para darse cuenta de que no la quería más allá de esa promesa hecha a Arthur? Y lo más apremiante no era ni saber cómo o cuándo había comenzado a amarlo, era haber pensado que hacer el amor con él no la ataría en absoluto. ¿Qué mujer podía entregarse a un hombre y seguir siendo indiferente?

No había sido inteligente, porque una mujer con dos dedos de frente no le entregaría su cuerpo a un hombre que pensaba marcharse lejos de ella.

Dos semanas sin saber nada de él. Ni una carta, ni una visita o una nota enviada por un mensajero con excusas educadas. Solo existía un gran vacío en su pecho. Se había convertido, a todas luces, en una esposa abandonada; una mujer a la que había dejado atrás con una facilidad pasmosa. Se había convertido en la señora Beresford, pero no habría un señor Beresford por ninguna parte. Era más viuda que la propia Eleanor, porque su marido murió debido a una enfermedad y la amó hasta su último aliento. Benedict seguiría vivo, lejos y sin acordarse de ella ni un solo instante. Lógico, con la cantidad de mujeres que habrían desfilado por su lecho, ¿cómo iba a acordarse de la sencilla arpía que lo había hecho gritar desnudo en medio de un pasillo? Seguro que ya habría seleccionado a varias candidatas para que le diesen calor durante las frías noches de Londres.

Los celos la consumían. Y se odiaba por ello, pues su marido no había incumplido ni uno solo de sus acuerdos. Tampoco le había mentido. Había cumplido con cada una de sus promesas y peticiones. Ambos sabían que sería un matrimonio sin amor, nacido de una aceptación mutua.

No lo reconocería jamás, pero estaba aterrada. Durante esas dos semanas pasadas había aprendido lo fácil que era asustarse sin que nadie la amenazara. El miedo no siempre tenía el rostro de su padre. Para sentir terror solo le bastaba con pensar en que Beresford nunca regresaría, que no volvería a verlo.

Imogen había sobrevivido al repudio de su familia, al desprecio de una sociedad que solo perdonaba a las mujeres si sabían callar y asentir, y al recuerdo de un prometido capaz de jugar con su vida por diversión; incluso había logrado sobrellevar la muerte de Arthur, que era la clase de pérdida que partía a una persona en dos, pero no sabía cómo lograría salir del enorme agujero en el que se encontraba.

Y no. No le daba miedo estar sola. El pánico venía por lo que había despertado en ella. Amor y deseo.

Imogen comprendía que no podía pasarse el resto de su vida siendo una especie de fantasma. Él no la quería y eso era un hecho que tendría que aceptar.

Era momento de olvidar el pasado y concentrarse en el futuro. Un horizonte en el que no existían las deudas, ni en el que aparecerían pirañas amenazando con comenzar a inventariar sus posesiones para subastarlas. Al menos, tenía esa tranquilidad.

Con esa mentalidad se había levantado esa misma mañana. Se había obligado a componer una amplia sonrisa y de ese modo fue como entró en el comedor para desayunar, pues tenía la firme idea de arrancarse a sí misma de la melancolía, aunque fuera a fuerza de pura obstinación.

Octavia, que ya estaba sentada con su taza de té y su turbante de color amarillo chillón, fue la

primera en apreciar el cambio en ella. Eleanor se quedó quieta un instante al ver que la niña volvía a sonreír.

—¿Ha regresado Beresford? —inquirió la viuda.

—¿Qué? —preguntó Imogen, quien ya estaba frunciendo el ceño.

—Estás sonriendo —le recordó Eleanor.

—Lo sé.

—¿Es por Beresford?

—¿Qué tendría que ver con ese… con ese… con ese caballero —le salió al fin algo poco insultante — el hecho de que yo esté sonriendo, querida prima?

—No, Eleanor —intervino Octavia—. Él no ha regresado. ¿No crees que lo sabríamos?

—Pero ella está sonriendo —señaló a Imogen.

—Debe ser por otra cosa.

—¿A qué viene tanto interrogatorio? —tomó la palabra la señora Beresford—. ¿No puedo sonreír en mi propia casa?

—Sí, es un cambio agradable después de haberte visto llorar por cada rincón —soltó Octavia.

—¡Yo no he estado haciendo eso, tía! —la amonestó la más joven de las tres.

—Estás gritando, querida —le dijo con suavidad Eleanor.

—Y ya no sonríes —observó Octavia.

La esposa de Ben tomó una larga bocanada de aire y volvió a sonreírles a ambas.

—Probemos de nuevo. Buenos días, querida tía; prima Eleanor —las saludó Imogen, obligándose a sonar ligera.

—Ahora te veo muy decidida —observó Eleanor, al tiempo que fruncía el ceño—. Demasiado. ¿Seguro que no tiene nada que ver, sea lo que sea lo que te está sucediendo, con Beresford?

La sonrisa de Imogen se amplió.

—He decidido cambiar de ánimo —replicó la aludida, mientras se servía huevos revueltos y un bollo de canela en el plato—. Es un plan sensato y fácil. No sé por qué no lo he hecho antes.

Octavia alzó la taza en un brindis mínimo.

—Por fin una estrategia en esta casa. Ya era hora, pensé que te quedarías de brazos cruzados

llorando por cada esquina mientras lo añorabas.

Ella mantuvo la sonrisa.

—Sé lo que tratas de hacer y no funcionará, tía —le advirtió.

Imogen se sentó y, al colocarse la servilleta sobre el regazo, vio un sobre junto a su plato. Era de un papel blanco y pulcro, con el sello en rojo oscuro. No reconoció el nombre del remitente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eleanor, inclinándose ligeramente para observar el papel que su prima tenía entre las manos.

—Vizcondesa Trowbridge —susurró.

Octavia dejó la taza sobre la mesa y se interesó muchísimo.

—¿Vizcondesa dices?

Imogen asintió, ya con la sensación de que la mañana acababa de torcerse.

—¿Conocemos a *lady* Trowbridge, Octavia?

La anciana se limitó a fruncir el ceño. Recordaba una conversación un tanto íntima con Beresford cuando llegó a Mansfield House. Mencionó algo de un vizconde que lo había engendrado y había un primo que podría ser su hermano. Demasiada

casualidad. Si el título hubiese sido el de un conde o un duque, pero no, provenía de una vizcondesa.

—Uhm… Interesante —musitó Octavia.

—¿Qué es interesante? —inquirió Eleanor.

—Léela, Imogen. A ver qué pretende esa vizcondesa.

La aludida dudó un momento. Luego desplegó por completo la carta y el papel crujió con un sonido demasiado alto. Imogen bajó la vista y empezó.

Señora Beresford:

Le sorprenderá recibir esta carta de una amiga a la que todavía no conoce; de una prima a la que solo le mueve un gran y sincero interés por su persona. Permítame que me presente sin más demora. Soy Lydia Beresford, vizcondesa Trowbridge.

Aunque aún no he tenido el honor de conocerla formalmente, consideraba que debía escribirle con prontitud. He sabido de su reciente matrimonio y, por extensión, de su entrada en una familia que, con sus peculiaridades, también es la mía.

Me permitiré ser clara: me agradaría contar con usted en Londres durante lo que resta de temporada. Si le parece oportuno, le ofrezco alojamiento en mi casa, donde dispondrá de la tranquilidad, la privacidad y la compañía que una dama merece.

No le pediré explicaciones ni confidencias que no desee ofrecer. Solo le propongo un lugar seguro y le ofrezco una mano tendida. Como sé que seremos grandes amigas, le ruego que guarde una confidencia, y es que yo misma sé lo difíciles que son los hombres Beresford. Si decide aceptar mi invitación, bastará con que me responda indicando el día de su llegada. Mi esposo y yo la recibiremos o estaremos encantados de mandarle un carruaje para traerla con seguridad a Londres.

Quedo a su disposición.

XXXX

Lady *Trowbridge.*

Imogen terminó de leer y se quedó con la carta entre los dedos. Octavia se la arrancó de las manos de inmediato y la leyó sin pudor. Eleanor hizo lo mismo después y cuando terminó se la tendió de nuevo a su prima.

La señora Beresford notaba un calor extraño bajo el esternón, a medio camino entre el alivio y la alarma. Aquello no era una invitación frívola. Tenía

algún tipo de propósito que no alcanzaba a comprender.

Lydia. Ese nombre lo conocía. ¿La esposa de su primo Simon? Sí, creía recordarlo así. ¿No era la dama a la que Ben estuvo prometido y que hizo que lo secuestraran para no tener que casarse con él? Mientras ella seguía tratando de ubicar bien a la vizcondesa, Eleanor reaccionó la primera.

—Yo no pienso ir a Londres —declaró, tajante—. No volveré a ese lugar. Prefiero quedarme aquí.

Octavia abrió la boca con una lentitud teatral.

—Ah, mira qué sorpresa. ¿No tendrá nada que ver ese apuesto nuevo herrero que acaba de llegar al pueblo y que te sonríe como un tonto cada vez que me haces acompañarte para pasar por la puerta de su casa?

—Octavia, la que me hace ir al pueblo para ver al herrero eres tú —le recordó. Y hubiese sido más convincente en su aseveración si no se hubiese puesto roja como un tomate.

—Es cierto, pero el hombre no me sonríe a mí, ¿o sí, querida?

—Octavia…

—Cuidado con tu respuesta, porque sabes que puedo ser una coqueta consumada a pesar de tener tan solo cincuenta y cinco años y podría acabar casada con él. O peor, podría ir cada día a verlo para regarle los oídos con historias apasionantes sobre ti.

Eleanor suspiró.

—Estamos hablando de la niña y de su esposo al fin. ¿Era necesario sacar el asunto del herrero, Octavia?

—No estamos hablando de mi esposo —intervino Imogen—. Se trata de una invitación para ir a Londres y nada tiene que ver con Beresford.

—Yo no pienso ir —repitió la viuda.

—Eleanor, no te crispes. —La anciana se recostó en la silla—. Nadie te ha dicho que tengas que ir.

Eleanor la miró con recelo.

—Gracias.

—Nadie va a ir a Londres —intervino Eleanor.

Octavia se volvió hacia Imogen.

—Nosotras sí iremos, querida sobrina.

Imogen parpadeó, incrédula.

—¿Nosotras?

—Tú y yo —confirmó Octavia con una serenidad implacable—. Hay que conocer a la familia de tu esposo. Sería una descortesía imperdonable no aceptar tan bondadosa invitación. Y aunque nos hayamos internado en el campo, no debes olvidar que eres, al igual que yo, la hija de un conde. Nunca estaremos cómodas entre las filas aristocráticas, Imogen, pero ocupar un lugar ahí es nuestro derecho de nacimiento y lo usaremos cuando deseemos.

—¿Quieres ir a Londres, tía? —Estaba asombrada.

—Sí.

—¿Tú, que aseguraste que el infierno sería un lugar más pacífico que esa ciudad?

—Las opiniones van y vienen, querida. No están escritas en piedra. Además, me muero por ver cómo siguen las cosas allí.

—No te creo, tía Octavia. Tú tramas algo.

—La vida, Imogen, por más que yo lo desease, no es ningún gran teatro. No veas cosas extrañas que ni el fabuloso maestro Shakespeare soñaría con idear. Será solo una visita pacífica y amigable a la hermana por matrimonio de tu esposo.

—Prima. Es una prima por matrimonio, Octavia —le recordó Eleanor.

Imogen estrechó los ojos de un modo muy acusador y su tía ni se inquietó.

—Eso es lo que he dicho, una prima de Beresford —soltó tan tranquila.

—No has dicho eso —le advirtió Eleanor.

—Lo que sea. Es importante comenzar a organizar los baúles. Nos llevaremos solo lo esencial, algún turbante y poco más. Aprovecharemos la estancia en Londres para renovar nuestro vestuario y comprar toda clase de complementos.

—No vamos a gastar el dinero tontamente, tía —le advirtió Imogen.

—Claro que sí. Tu padre ha debido otorgarle lo prometido y tu dote era sustancial. Nos daremos tantos caprichos como deseemos y él pagará las cuentas. ¿No te resultó extraño que Marston aceptase a tu Beresford tan pronto? —preguntó al caer en esa cuestión.

—No es mi Beresford, tía.

—Claro que sí. Es tu esposo, querida, ¿acaso lo has olvidado?

—No. Por supuesto que no lo he olvidado. Pero no vamos a enviarle facturas a Beresford.

—¿Se las mandaremos a Marston? Eso sí que me gustaría verlo. Tu padre no se negará a pagarlas, pero la cara que pondrá la arpía de tu madre, no te ofendas, Imogen, sería digna de admirar.

—No habrá facturas porque no iremos de compras. Es más, no iremos a Londres. —Octavia la miró y alzó una ceja—. ¿Qué?

—Imogen, las dos sabemos que vamos a ir y que vamos a comprar todo lo que deseemos y más. Eleanor, querida, ¿de verdad no quieres visitar la ciudad? Seguro que al Beresford de mi sobrina no le importará pagar un poco más. Podrías encandilar con mayor facilidad al herrero con un par de preciosos vestidos nuevos. O tal vez diez. Marston no habrá sido tacaño con el hombre que rescató de la ruina a su única hija. Tal vez, con la emoción de que lo inimaginable sucediese, haya triplicado la suma. ¿Cómo lograría tu esposo convencerlo para que lo aceptase? —repitió la cuestión.

—No quiero ir a Londres y no iré —aseveró Imogen, evitando la última cuestión una vez más.

Eleanor negó con la cabeza.

—Octavia, no puedes arrastrarla a la ciudad. Imogen está… —se mordió la lengua, para buscar una palabra amable—. Está sensible.

La aludida levantó la barbilla.

—Estoy bien.

Octavia le clavó una mirada que lo veía todo.

—No estás bien y todas aquí sabemos el motivo. Incluso el servicio sabe lo que te aflige. —Señaló la carta—. Esa vizcondesa no ha escrito por cortesía. Ha escrito porque sabe algo, porque sospecha algo, o porque quiere algo. Y cuando una dama de Londres quiere algo, es mejor estar cerca para verlo venir. Además, te ha dado la excusa perfecta para ir tras tu esposo, deberías estar pletórica.

—Eso no es verdad, yo no quería ir tras él —negó con poca convicción.

Dos pares de ojos se posaron en ella de un modo muy convincente. No necesitaban hablar para decirlo todo.

Imogen tragó saliva con mucha dificultad. Quería negarse. Sin embargo, conocía a su tía desde que tenía uso de razón. Octavia no cedía. Octavia embestía cuando se proponía algo. Además, Imogen tenía mucha curiosidad por conocer a la denominada Lydia y a su marido, el primo al que su esposo decía odiar tanto.

—¿Y si lo único que consigue esto es… empeorarlo todo? —murmuró la señora Beresford.

—Entonces tendremos el consuelo de regresar a casa con un montón de nuevos vestidos, turbantes, zapatos, guantes, medias, sombreros y todo lo que se nos ocurra. Hace tiempo que no tengo una bonita joya, tal vez me compre un anillo —sentenció Octavia—. Además, si ese marido tuyo cree que puede desaparecer y dejarte aquí a oscuras, va a descubrir que has heredado el defecto familiar de no quedarte quieta.

—No estoy segura de esto, tía Octavia.

—No hace falta que lo estés. Yo lo estoy por las dos y ambas sabemos que no fallo cuando pronostico que todo será un éxito.

—Tú solo estás pensando en las compras —intervino Eleanor.

—¿Y qué hay de malo en ello? Mientras la niña conoce a la familia de su esposo, y trata de idear un acercamiento con su Beresford…

—¿Quieres dejar de decir que es mi Beresford, tía?

—… yo me divertiré del único modo que me queda —siguió hablando sin hacerle caso a su sobrina —. Aunque tal vez, querida Imogen, quieras ir tú de compras mientras yo seduzco a tu esposo.

—Oh, por amor del cielo, Octavia —habló Eleanor—. Te expulsarán de Londres nada más pongas un pie allí.

—Que lo intenten. ¿Y bien, querida, qué será? —interrogó Octavia a la niña, al tiempo que se colocaba perfectamente bien su llamativo turbante.

La señora Beresford suspiró y las otras dos supieron que acababa de rendirse.

—Iré a Londres, tal vez compre uno o dos vestidos. Dios sabe que hace una eternidad que no tenemos nada nuevo, pero no habrá seducción ni acercamiento. Con un poco de suerte, él no se enterará de nuestra visita a sus primos.

—Es un buen comienzo, pero ni Eleanor ni yo te juzgaríamos si hubieses confesado la verdad sobre cómo piensas atraerlo hasta tu cama, a fin de cuentas, ella ha sido, igual que tú lo eres, una mujer casada, y yo nunca fui una pusilánime.

La viuda suspiró.

—Tal vez sí que debiera ir con vosotras; alguien debe vigilarte, Octavia. Me preocupa que el haber visto al muchacho en su máximo esplendor te haya trastocado y comiences a soñar con seducirlo a él u otro que sea más de tu agrado.

—No digas tonterías, querida Eleanor. Es el esposo de la niña y jamás se me ocurriría tratar de robárselo. Además, dudo mucho que él supiera qué hacer con una mujer como yo. No te ofendas, Imogen.

—No, no me ofendo, tía. A estas alturas ya no hay nada que puedas decir que pueda sorprenderme.

—¿No piensas negar que pretendes seducir a otro caballero, Octavia? —intervino la viuda.

—Desde luego que no, Eleanor. Lo que has dicho es una sandez. Siempre me he dejado seducir, jamás he dado yo el primer paso —dijo con gran petulancia.

—Santo cielo… —murmuró la viuda—. Te ruego que no le des consejos a la niña sobre cómo debería tentar a su esposo. Beresford podría salir huyendo.

—¿Por qué? —indagó Octavia.

—Porque te conozco y sé que le dirás cosas que harían a un lisiado echar a correr. Te lo ruego, Octavia, compórtate en Londres, por Imogen.

—Oh, por favor. Estoy a un paso de ofenderme.

Ahí terminó la conversación. Imogen no sabía en qué quedaría ese viaje a Londres, pero una cosa era segura: Octavia tenía razón. La vizcondesa Trowbridge le había ofrecido un salvoconducto que no pensaba desaprovechar. Además, iba a comprarse por lo menos una docena de vestidos. Sí. También un anillo, un collar, pendientes y la pulsera a juego. ¿No

le habría dado ya su padre la dote? Pues de algún modo también le pertenecía ese dinero.

Mentira. No se gastaría ni un penique de más. Ella no era de las que despilfarraba el dinero. Hacía demasiados años que no lo hacía y no comenzaría a hacerlo en esos instantes.

***

El carruaje se detuvo frente a una fachada de ladrillo limpio y discreto, tan propia de ciertos barrios donde la riqueza no necesitaba presumir porque se daba por hecho que allí existía. A Imogen le bastó ver el hierro negro de la verja y el brillo de los ventanales para sentir que había entrado en un territorio desconocido, uno en el que cada detalle se mediría con lupa.

Octavia, sentada frente a ella, se acomodó el turbante de color azul oscuro con la misma satisfacción que otras damas se reservaban para comenzar un baile.

—Londres sigue oliendo a humo, pretensión y pecado —dictaminó su tía—. Qué alivio. Pensé que habría cambiado.

Imogen no respondió. Tenía la espalda recta y las manos dentro de un manguito que había visto años mejores, apretadas con una fuerza que no era necesaria para calentarse. El trayecto había sido largo; más por la expectación que le causaba que por el propio recorrido. En cada parada, en cada posta, en cada cruce de miradas, Imogen —quien había estado sospechosamente silenciosa—, había pensado en su esposo. En si él la buscaría cuando supiese que estaba en la ciudad o en si no le importaría en absoluto que estuviese allí.

Cuando el cochero bajó el estribo, Imogen descendió primero. El aire de la ciudad le pareció más gélido y húmedo que el del campo.

Un mayordomo abrió la puerta antes de que pudieran llamar. No sonrió, aunque su cortesía rozaba la perfección.

—Señora Beresford, *lady* Octavia —las saludó de inmediato, y la forma en la que pronunció su apellido se le clavó en el pecho como una astilla larga y puntiaguda.

Entraron en un vestíbulo amplio, con el suelo pulido de mármol que irradiaba buen gusto por todas partes. Había cuadros muy elegantes y un lujo discreto que transmitía que los moradores de esa casa no buscaban aparentar.

Un murmullo de pasos se oyó en la escalera.

La vizcondesa Trowbridge, una mujer bastante más joven y bonita que la propia Imogen; con el cabello cobrizo y unos increíbles ojos azules de un color muy intenso, bajaba sin prisa, vestida de un tono claro que le favorecía muchísimo. Tenía el porte de una mujer que había aprendido a mirar de frente sin alzar la barbilla.

Lydia se detuvo al pie del último escalón y le dedicó a Imogen una sonrisa que le pareció sincera. Si su esposo había estado prometido a esa mujer tan bonita y trató de huir, era comprensible que a ella la hubiese dejado unas pocas horas después de haberse casado y que no hubiera ni querido consumar su matrimonio.

Decidió que sentirse inferior no solucionaría sus problemas y echó las preocupaciones al viento. Le sonrió también con gran afabilidad.

—Señora Beresford —la saludó con calidez —, me alegra que haya llegado bien.

—Es un placer, *milady*.

Imogen hizo una reverencia correcta que la propia vizcondesa imitó, dado que a pesar de haberse convertido en la señora Beresford, también seguía siendo la hija de un conde y sospechaba que la mujer que tenía frente a ella dándole la bienvenida ya la habría investigado a fondo.

Octavia avanzó un paso, y la vizcondesa la observó con una atención divertida, casi cautelosa,

que a Imogen le resultó muy reveladora. Lydia ya sabía quién era su tía antes de verla.

—Y usted debe ser *lady* Octavia —dijo Lydia, con un tono amable.

—No me ha defraudado usted ni un poco, *lady* Trowbridge. Es exactamente tal y como la imaginé.

—Espero que no haya nada negativo en su primera impresión.

—En absoluto. Una mujer que decida aceptar a un hombre Beresford debe haber estado hecha en un molde muy especial. Aunque no tengo el placer de conocer todavía a su esposo, me imagino que no será muy diferente del marido de Imogen. Mi sobrina no es ninguna muñeca de porcelana ni tampoco lo parece, y aunque usted sí se asemeje a una, dudo mucho que sea frágil. Creo que los hombres tienden a subestimarla, *lady* Trowbridge, y su esposo no habrá tardado en aprender la lección por hacerlo.

—¡Tía Octavia! —la regañó Imogen por su sinceridad tan brutal.

Lydia no se molestó por la observación. Se rio sin contención.

—No se lo imagina usted bien, *milady* —habló la vizcondesa.

—Le ruego que disculpe la franqueza de mi tía, la mayoría de las veces es una gran virtud, pero hay alguna que otra ocasión en la que resulta un tanto incómoda.

—Oh, Imogen. Estamos entre amigas, ¡somos familia! ¿Qué sería de las mujeres si tuviésemos que andarnos por las ramas incluso cuando la ocasión se presta a la honestidad para decir lo que sentimos? —exclamó como si eso les diese a las tres la opción de hablar con total libertad siempre que se les antojase.

La sonrisa de Lydia se amplió.

—Creo que sí, las tres seremos muy buenas amigas. Soy la hermana del duque de Wynthorpe y durante toda mi vida, quienes he tenido a mi lado se han desvivido para que yo fuese perfecta, porque la descendiente de un duque no podía ser más que callada, dócil y conveniente. Los planes se torcieron cuando la mujer a la que siempre he querido como si fuese mi propia madre, llamada Constance, se casó con un escocés muy temperamental que hizo que tanto ella como yo misma comenzásemos a ver el mundo de un modo menos encorsetado. Viví algunos años en Escocia antes de casarme, y creo que eso me volvió salvaje, pero no me importa ser tal y como soy. Lo que trato de explicarles a las dos es que tiendo a decir la verdad, por muy incómoda que pueda parecer.

Imogen cerró los ojos un momento. Un duque. De ahí había conseguido su marido sacarse de la manga a un duque. De alguna manera sabía que el

hombre que lo acompañó a visitar a su padre tenía que ser el propio hermano de la vizcondesa.

Octavia, por su parte, le sonrió con sinceridad.

—Me gusta usted, *lady* Trowbridge, y hay pocas personas que me impresionen y todavía muchas menos que me toleren —le aseguró la anciana.

—Entonces espero estar a la altura de nuestra amistad, *lady* Octavia.

Hubo un segundo de silencio, y se escucharon unos pasos más firmes resonando tras ellas.

El vizconde Trowbridge, de nombre Simon, apareció desde una puerta lateral y se acercaba con la compostura de un hombre que había aprendido a controlar lo que sentía incluso cuando tenía el mundo ardiéndole por dentro. Era alto y tenía una mirada que advertía que era un hombre peligroso con el que no se debía jugar. La misma que la del esposo de Imogen, aunque sus ojos eran de color marrón, duros, y los de Ben, de un azul muy frío, aunque igualmente tensos. Se apreciaba un caballero disciplinado. Se acercó a su esposa y todo en él se relajó cuando la miró y le dio un beso en la mejilla. A continuación se giró para ver a sus invitadas y de nuevo volvió a apreciarse como un hombre muy aristocrático con poca emoción. Imogen suspiró. Estaba más que claro que los vizcondes tenían un matrimonio hecho por amor. Y por primera vez en

muchísimo tiempo, la señora Beresford sintió la envidia más cruda inundándole el pecho. Ella deseaba ese tipo de relación y sabía que eso sería como pedirle ternura a un cocodrilo.

—Señora Beresford, *lady* Octavia, sean bienvenidas a Londres.

Imogen volvió a inclinarse y cuando iba a corresponder al saludo, su tía habló:

—Ah, el famoso vizconde.

—¿Soy famoso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Más de lo que cree, muchacho. No se parece tanto a su… primo como me imaginaba, pero los dos tienen esa misma mirada tirana. Él la camufla mucho mejor que usted, debo añadir. Debe ser por la formación militar y todo eso, aunque sospecho que usted también ha aprendido a ocultar muy bien su verdadero talante bajo su impecable control.

—Te ha leído muy bien, amor mío —le dijo Lydia a Simon para después reírse.

—Mi tía —intervino Imogen a toda prisa muy azorada— como pronto comprobará, milord, tiene sus propios ideales y no teme expresarlos a viva voz.

—Por supuesto que sí —aseguró la aludida —. Es la potestad que se me confirió por haber

nacido como la hija de un conde. La excentricidad que me caracteriza y de la que tan orgullosa estoy, ya la fui cosechando yo por mi cuenta. Además, los cuatro somos familia —recordó una vez más—, y no debe haber secretos entre nosotros.

—¿No debe haberlos, *milady*? —indagó Simon. Cabría señalar que la pausa que ella había utilizado para referirse al parentesco que los unía a Azrael y a él le había parecido extraña. Cargada de significado.

—No. Callarse las cosas es muy educado pero extremadamente corrosivo. Por muy desagradable que resulte, los hechos deben discutirse y solucionarse antes de causar daños irreparables. Debo decir, Trowbridge, que a diferencia de su esposa, quien me ha embelesado de inmediato, todavía no he decidido si usted me agrada. Y debo advertirle de que su… primo me gustó nada más lo vi.

Simon notó de nuevo esa pausa tan peculiar. Y por si ese gesto en sí mismo no hubiese resultado una pista muy directa, la reflexión de *lady* Octavia había dicho todo lo necesario para que comprendiera que el traidor de su primo, seguramente, había hablado más de la cuenta sobre cosas que no le atañían solo a él.

Imogen suspiró por la retahíla.

—Tía, le lanzaste un pisapapeles de bronce a Beresford nada más llegar a casa. ¿No lo recuerdas?

—Por supuesto que sí. Mi memoria es de acero como la tuya, querida Imogen, pero como también recordarás, no le di. Y no hice diana porque no quise —puntualizó—. Además, tú le colocaste un puñal directamente en la garganta y has acabado casada con él. Las acciones no siempre reflejan nuestras verdaderas emociones. Te gustó nada más lo viste. Es lógico, es un hombre que no pasa desapercibido.

Imogen puso los ojos en blanco. ¿Qué sucedería si aludiese a un terrible dolor en el alma y pidiese que las llevasen a Mansfield House?

—Admito, *lady* Octavia, que si le hubiese hecho una brecha en la cabeza a mi primo, me habría conquistado para toda la eternidad —dijo divertido Simon—. Y usted, señora Beresford, tendría mi admiración más sincera si hubiese logrado clavarle el puñal, pero la censuro porque él le agradó de inmediato, según nos ha informado su tía.

—¡Amor mío! —lo regañó Lydia—. Creo que Azrael no te perdonaría esas palabras.

—En realidad lo detesté nada más verlo —dijo Imogen.

—Exacto. Ese es el efecto que suele causar —musitó el vizconde.

—Simon, pórtate bien —lo llamó al orden su vizcondesa.

—¿Quién es Azrael? —saltó Octavia.

—Oh. Me refería al señor Beresford, todo el mundo en Londres lo llama Azrael —le explicó Lydia.

—¿Ah, sí? —indagó, sin dejar de mirar a su sobrina—. Curioso sobrenombre, aunque no le hace justicia. O tal vez sí. Es peligroso y apuesto como el mismo ángel de la muerte. Supongo que tiene cierto sentido.

—No le agrada que lo llamen de ese modo, tía. Él ya no es Azrael. Es Beresford.

Lydia y Simon intercambiaron una mirada que evidenciaba cierta sorpresa.

—Entonces Beresford será —zanjó *lady* Trowbridge.

—Eso está por ver, amor mío —objetó su marido.

—Oh, Dios, debo ser la peor anfitriona de la historia por tenerlas aquí paradas cuando sé que el viaje habrá resultado tedioso. Les han preparado habitaciones en la segunda planta. Nuestro hijo resulta muy molesto cuando se disgusta y agradecerán la privacidad.

Imogen asintió con gratitud. Notaba el cansancio en los hombros, en la nuca y en el peso de cada pensamiento que había traído consigo.

—Es usted muy amable, *milady*. Espero conocer pronto a su hijo.

—Desde luego que sí. El honorable Michael John Beresford se parece más de lo que yo desearía a su padre y a su tío. Quiero que se sienta a salvo aquí, señora Beresford. Y usted también, *lady* Octavia. Y quiero que descansen. Luego hablaremos con calma.

En esos instantes, Imogen tuvo el impulso de preguntar si tenían noticias de su marido. La pregunta le rozaba la lengua cuando su tía se le adelantó:

—¿Cuándo iremos de compras? Confío, *lady* Trowbridge, en que nos ponga en contacto con su modista, es evidente que tiene un gusto impecable y nosotras necesitamos… modernizarnos, por decirlo de alguna manera.

—Tía, no acabamos de poner ni un pie en la ciudad y ¿ya estás pensando en gastar dinero?

—Las damas no hablan de gastar dinero, Imogen, es una vulgaridad, nos limitamos a utilizarlo para adquirir todo lo que necesitamos. Llevas demasiado tiempo encerrada en el campo, tendrás que pulir tus modales.

—Oh, tía, no he estado enclaustrada en el campo ni mis modales están fuera de lugar —rebatió.

—Ya. Descansaremos un momento, te daré tiempo para que puedas interrogar a nuestros anfitriones con mayor discreción y ellos a ti, y luego nos iremos a Bond Street. Tu esposo tiene que darse cuenta de que se ha casado con una dama que sabe cómo darle uso a su fortuna y lo descubrirá en cuanto comiencen a lloverle las facturas.

El vizconde soltó una gran carcajada.

—¿No has dicho hace un momento que hablar de gastar dinero era una vulgaridad, tía?

—Así es. Mandar las facturas de las compras que hagamos tú y yo para que él las atienda es justicia, Imogen.

—Oh, por Dios. Acabamos de llegar y ya estamos siendo muy escandalosas.

—En absoluto —intervino Simon—. Confieso que me gustaría ver la cara de mi primo cuando reciba noticias de la modista, pero no arruinen la sorpresa todavía. Es demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto para qué? —indagó la sobrina de Octavia.

La vizcondesa le sonrió a Imogen.

—El mayor entretenimiento de mi esposo y el del suyo, señora Beresford, es molestarse el uno al otro y regocijarse en ello. Sospecho que Simon no

quiere que su primo se entere todavía de que está en Londres.

—Así es. Concédame el capricho, señora Beresford. Lydia hablará con la modista y los demás tenderos a los que visiten y les dirá que envíe las facturas dentro de… ¿un mes?

—¿Un mes, amor mío? Dudo mucho que él se entere tan tarde de que su esposa está en Londres, a no ser que quieras mantenerla oculta en casa.

—Oh, no. Pretendo exhibirla pronto.

—Santo cielo, Simon, las que van a pensar que estamos locos son nuestras invitadas.

—En realidad, creo que a mi sobrina le agrada la idea de martirizar al hombre que la dejó sola en el campo.

—¡Tía Octavia!

—¿Qué? No es un secreto que él te dejó en el campo para venir a la ciudad.

—No puedes contar esas cosas.

—¿Por qué no? Lord Trowbridge te está ofreciendo su ayuda para molestar a tu esposo, deberías aceptarla.

—Sí, se lo ruego, señora Beresford, hágale caso a su sabia tía.

—Uhm, tal vez me haga cambiar de opinión y acabe prefiriéndolo a usted antes que a… su primo. Pero le advierto que ese hombre nos ayudó cuando no había ni un penique y no le será fácil lograrlo.

—¿Cómo dices, tía? —saltó Imogen.

—Oh, cierto. No te lo había mencionado. Tu Beresford nos envió dinero desde Londres antes de conocerlo y como yo sabía que no lo aceptarías, me inventé eso de las inversiones tardías.

—¡Oh, por amor de Dios! —gimió mortificada—. ¿No se te había ocurrido contarme eso antes? ¿Tenías que mencionarlo en este preciso momento?

Octavia agitó los hombros con una despreocupación absoluta.

—Créeme, niña, aquí hay secretos peores que el que acabo de desvelar. No se yerga como si fuese a haber una guerra, lord Trowbridge —dijo cuando se dio cuenta de que Simon acababa de hacer eso mismo—. No estoy tan senil todavía como para pregonar cosas que sé que no deben ser de dominio público y que solo pueden mencionarse en círculos seguros.

—Suban y descansen un momento —argumentó Lydia para impedir que la conversación

fuese más incómoda—. Luego, si le parece bien, señora Beresford, me gustaría tomar el té antes de visitar las tiendas de moda.

—Supongo que como casi todas mis vergüenzas han sido dichas a viva voz, poco queda ya por ocultar. Sí. Tomaremos el té, *lady* Trowbridge.

—Gracias por venir, señora Beresford, le prometo que esta iniciativa mía no busca causar ningún mal, sino todo lo contrario. Su esposo es alguien al que considero un buen amigo mío, no soñaría con lastimarlo de ningún modo. Y mi esposo, aunque siempre mantendrá una extraña pugna con su primo, tampoco le desea ningún mal, más allá del hecho de incomodarlo cuando las circunstancias lo permiten.

—Entonces solo me queda darle las gracias a usted por invitarme a venir a su hogar.

Y mientras Octavia y ella subían la escalera, Imogen notó la mirada de Lydia siguiéndola. No era un examen inquisitorio, era curiosidad. La misma que Imogen sentía hacia la mujer que una vez fue la prometida de su esposo.

Capítulo 9
Un deleite maravilloso

Una hora después de llegar a la ciudad, Imogen se encontraba cómodamente sentada en la salita de recibir visitas de *lady* Trowbridge. El té se había servido y bebido, por lo que parecía que se avecinaba una conversación incómoda y sincera para los allí presentes. Su tía Octavia se había retirado a su habitación, pero no sin antes avisar de que ese día habría compras que hacer.

—¿Simon, podrías dejar que las damas hablemos con privacidad, por favor? —le pidió Lydia a su marido después de comentar el tiempo y terminar de tomar el té.

—Me temo, amor mío, que no puedo dejar que hables con ella a solas, porque podrías estar en desventaja.

—¿Desventaja? —La vizcondesa no lo entendía.

Él había observado el modo en el que *lady* Octavia hacía una pausa cada vez que recordaba que el esposo de su sobrina era su… primo. Ahí había algo.

—Sí.

—Pero es una conversación entre damas.

—Lo sé, pero como tu invitada me ha fulminado con la mirada desde que llegó y su tía ha hablado sobre secretos y otras alusiones delicadas, creo que está más que claro que mi primo les ha contado algunas cosas que tú desconoces. Además, no me gusta la idea de que la señora Beresford esté del lado de su esposo.

—¿Y la censuras por ello? ¿Cómo te sentirías tú, si yo me posicionase del lado de él en vez del tuyo?

—Tú, amor mío, hubo un tiempo en el que estabas de su lado —le recordó con suavidad.

Lydia se rio.

—Me gusta cuando te pones celoso, amor mío, pero creo que la señora Beresford puede malinterpretar tus palabras.

Imogen carraspeó y los dos la miraron con curiosidad.

—En realidad, no. Estoy al tanto de algunas cosas, tal y como ha supuesto lord Trowbridge.

—Oh, esto es ridículo. Tanta formalidad, cuando aquí todos nos conocemos sin habernos visto antes. Por favor, llámame Lydia. Y él será Simon.

—Entonces me gustaría ser solo Imogen.

—Y así será —le concedió el vizconde—. ¿Qué te ha contado, Azrael?

—En primer lugar, me ha asegurado que ya no es Azrael —recordó una vez más— y que jamás volverá a serlo. Se presentó ante nosotras como Benedict Beresford y así lo hemos llamado hasta el momento.

—Discúlpame, Imogen —terció Simon—. Es complicado llamarlo de otro modo cuando ha sido para quienes lo conocemos, desde hace mucho tiempo, Azrael. Trataré de referirme a él por su apellido o por su nombre de ahora en adelante. Dicho lo cual, diré, sin andarme por las ramas, que es impresionante el modo en el que lo defiendes, dado que sabemos que se casó contigo y que no tardó demasiado en dejarte a tu suerte en el campo.

—¿Esta encerrona es para hacer un juicio sobre mi matrimonio? Porque no estoy dispuesta a tolerarlo —se plantó Imogen.

—Eres demasiado brusco, Simon —expuso la vizcondesa.

—Lo sé, pero lo soy solo porque necesito saber si la esposa de mi primo comparte tu convicción de que él necesita nuestra ayuda para poder alcanzar la felicidad.

—Verás, Imogen —le habló con suavidad Lydia—. Tu tía ha dicho muchas verdades nada más llegar. La relación que nos une a Ben —usó el apelativo que el mismo Azrael le invitó a utilizar hacía tiempo— es muy complicada, pero no puedo quedarme parada y de brazos cruzados cuando una mujer, cuando tú —precisó— has logrado un imposible.

—¿Qué mérito me atribuyes, Lydia?

—Has logrado que se case contigo.

—¿Te sorprende que lo haya hecho con una mujer mayor que tú y que posee menos atractivos?

Lydia la miró con horror.

—Por supuesto que no —se apresuró a negar—. Jamás pensaría algo semejante.

—Dime a qué ha venido esta invitación, por qué los dos queréis averiguar la clase de matrimonio que tenemos él y yo.

—Benedict es mi hermano, Imogen —soltó al fin Simon.

Lydia se levantó de golpe.

—¿Qué has dicho? —interrogó a su marido.

—Compartimos el mismo padre. El mío, de quien heredé el título. Nos enteramos de la verdad durante nuestro segundo o tercer año en Eton. Ya ni me acuerdo. Benedict siempre ha tenido la facilidad de deslumbrar sin esforzarse. Mi padre lo adoraba e incluso mi propia madre lo consentía más que a mí porque ella siempre había querido impresionar a ese hombre al que tanto amaba y que no le correspondía. Me enteré de todo. Harto de la situación en la que nos encontrábamos todos, un día ya no pude callarme y fui a hablar con mi tía para que cortase toda la relación. Le dije auténticas barbaridades que no quiero recordar. Siempre tuve el don de infligir un daño cruel sin proponérmelo. El padre de Ben nos escuchó y a partir de ahí el infierno se desató. Mi tía se quitó la vida poco después de aquel suceso. Lo siguiente que ocurrió fue que Benedict quiso la revancha y habló con mi madre para contarle lo que yo había averiguado sobre la relación del vizconde con la madre de él. No pudo soportarlo tampoco y se quitó la vida también.

—Oh, Dios mío —murmuró Lydia—. Siempre había sospechado que vuestra enemistad debía ser algo terrible, pero esto es… —La mirada de la vizcondesa se movió hasta Imogen, observó que su invitada estaba bastante compuesta tras la revelación —. ¿Tú lo sabías?

—Beresford me lo contó antes de casarnos. No obstante, él me dijo que Simon buscó al hombre que ejercía como padre, a su tío, para explicarle la verdad, no que hubiese hablado con la madre de él —miró al vizconde— con tu tía. No sabe que el hombre que ejercía como su padre os escuchó.

—No importa con quién fui a hablar o no. Lo que nos separó fue tan grave que juramos ocultarle la verdad a todo el mundo. Yo cumplí con mi parte, pero él te lo ha contado a ti.

—Oh, cielos, Simon. No sé si debería estar disgustada por no haberlo sabido antes o agradecida por no haberlo descubierto hasta hoy —comentó su esposa.

—Lydia —la llamó Simon—, me olvidé del pasado en cuanto comprendí que el dolor y el odio no conducían a nada. Me enamoré de ti y quise ser mejor, quise huir de todo lo que me hacía daño. No te lo conté porque no quería contagiarte con mi dolor, prefería que no conocieses esa parte tan dura y fea de mi vida.

Ella asintió con decisión.

—Solo lamento todo el sufrimiento que habréis sentido Ben y tú. —Luego miró a Imogen—. ¿Qué más te ha contado tu esposo? ¿Qué te dijo acerca de mí?

—Nada.

—No mientas, Imogen —la regañó con suavidad—. Por lo pronto, sé que estás al corriente de que los dos estuvimos prometidos.

La señora Beresford suspiró.

—Me dijo que se había prometido contigo, pero que pensaba huir cuando unos hombres que contrataste, porque tú tampoco querías casarte con él, lo capturaron. Y que no fueron los únicos que tenían órdenes de privarlo de su libertad, porque tu esposo y un amigo llamado MacCrae también habían pensado lo mismo. Y me explicó además que casi murió de una paliza, provocada por un esposo celoso, y que fue ahí cuando comprendió que necesitaba hacer algo más digno con su vida. Por eso se compró una comisión y decidió marcharse para hacer algo mejor impulsado por su odio y su dolor.

—Todo lo que te dijo es verdad —le aseguró Lydia.

—No puedo creerme que Ben al final se haya sincerado con alguien, Lydia.

—Yo tampoco. Ella debe importarle muchísimo, no solo porque se ha casado, sino también porque le ha contado la verdad sobre sus actos.

—Oh, sí —intervino Imogen—. No tuvo ningún reparo a la hora de relatarme la clase de hombre que era, porque necesitaba estar seguro de que yo sabía dónde me estaba metiendo.

—Está enamorado de ti, Imogen. —Lydia buscó la mirada de Simon—. ¿Lo ves, amor mío? Te dije que si se había casado era porque había encontrado el amor y ahora tenemos la confirmación.

—Oh, no, no. En absoluto —intervino la señora Beresford—. Esto no es amor. Beresford conoció a mi hermano en el ejército y se hicieron muy buenos amigos. Cuando Arthur, así se llamaba mi hermano, murió en acto de servicio, le hizo prometer que me protegería y él aceptó la promesa. Lo nuestro no es más que un matrimonio nacido de la obligación.

Lydia le sonrió.

—¿Y cómo crees que nació el mío, Imogen? Yo estaba en la iglesia, esperando a un novio que sabía que no aparecería porque me había ocupado yo misma de que así fuese, y tuve que llamar a Simon y rogarle que me salvase de la vergüenza de convertirme en una prometida abandonada. Si hubieses visto el modo en el que mi supuesto salvador comenzó a enumerar sus condiciones sobre lo que sería nuestra unión… Me puso las cosas muy complicadas, quiso romperme el orgullo y lo logró, a pesar de que él también había ideado un plan para que yo no pudiese casarme con Ben. Así que no me hables como si los matrimonios de conveniencia no pudiesen ser mucho más, porque me aseguré de que Simon y yo tuviésemos una oportunidad. Y bien sabrás que los hombres Beresford no son sencillos. Y ahora sé por qué son tan parecidos. Hermanos… son hermanos, ¿cómo no me lo imaginé antes? —Lydia finalizó su alegato con un largo suspiro.

—No —negó Imogen—. Beresford y yo nunca hemos tenido la oportunidad de… —se quedó callada y le tocó el turno a ella de suspirar.

—¿Cuándo, Imogen?

—¿Cuándo? —Lydia afirmó con la cabeza—. ¿Cuándo, qué?

—¿Cuándo te enamoraste de tu marido?

—Yo no… —No tuvo valor para continuar con la negación—. ¿Cómo sabes que lo amo? —inquirió.

Lydia le sonrió.

—Porque para empezar, no habrías aceptado mi invitación, y tampoco habrías soportado nuestra intromisión en tu vida. Te hemos avasallado sin compasión, pero tienes que saber que lo hemos hecho con la mejor de las intenciones. No estoy dispuesta a ver a Ben perderse a sí mismo para siempre.

—No creo que él me ame —se sinceró ella.

Simon le sonrió con ternura.

—Conozco a mi primo, tal vez incluso mejor que él mismo. Benedict jamás haría nada por obligación si no quisiera hacerlo. Dices que ha cambiado, que él no quiere volver a ser Azrael. Yo no

me lo creo del todo todavía, pero estoy dispuesto a ayudarte.

—¿A ayudarme a qué?

—A martirizarlo. En cuanto sepa que estás en Londres y que has estado residiendo en la casa de su peor enemigo, te aseguro que, te quiera o no, vendrá a por ti. La pregunta que debes hacerte es si lo quieres tanto como para tratar de comprenderlo y darle una oportunidad.

—Te lo dice un hombre al que tuve que salvar, Imogen. Mi esposo se resistió a admitir que me amaba hasta que le di una buena lección.

—¿Una lección? —Imogen frunció el ceño—. ¿Insinúas que debo darle una lección a Beresford?

—Digo que debes hacer lo que consideres necesario para tratar de luchar. Yo no me rendí con Simon, y él también luchó por mí. El esfuerzo que hicimos ambos valió la pena —Lydia buscó los ojos de su esposo y él le sonrió de un modo que hizo que la vizcondesa suspirase.

—Te amo, amor mío.

—Y yo te amo más, mi vizconde. —Las manos del matrimonio se entrelazaron.

Imogen comenzaba a sentir que era un momento muy íntimo en el que no debería participar. Debería levantarse y marcharse sin hacer mucho

ruido. No hubo tiempo. La puerta de la salita se abrió de repente.

—Bien, bien. Aquí están todos a quienes buscaba. —Era su tía Octavia quien había irrumpido en la salita—. Es hora de ir a la modista. La niña tiene que brillar en Londres y para eso se necesitan sedas y encajes. Oh, Imogen, hará falta también hacer algo con tu cabello. —La anciana chasqueó la lengua—. Hemos vivido en la austeridad durante demasiado tiempo.

—Tía, no era austeridad, era sencillez.

—Una no se viste de sencillez para ir a casa de la duquesa de Birmingham. La fiesta es en siete días y la modista tendrá que trabajar a toda prisa para que las dos tengamos un vestido decente para la ocasión. Será mejor que nos pongamos en marcha de inmediato. Dejaremos las tragedias familiares para más tarde.

—¿Vamos a acudir a una fiesta de la duquesa de Birmingham?

—Eso he dicho, muchacha —le respondió la anciana a la vizcondesa.

—Si la duquesa hace dos temporadas que no ofrece ninguna fiesta.

—Lo sé, pero le escribí nada más saber que vendríamos a Londres y me ha concedido el capricho de organizar una fiesta en mi honor.

—¿En tu honor, tía? ¿Una duquesa? —Imogen no sabía si creérselo.

Octavia le sonrió a su sobrina.

—Debes saber, querida Imogen, que no me casé por falta de oportunidad, sino porque me gustaban todos mis pretendientes demasiado y no fui capaz de elegir solo a uno. George, que por aquel entonces no era más que un marqués, hizo todo lo posible por deslumbrarme. Yo no podía darle el gusto a mi padre, y ya puestos al tuyo, de casarme con un hombre que llegaría a ser duque. Me agradaba tanto ese muchacho que tuve la audacia de emparejarlo con una de mis mejores amigas.

—Déjame adivinar, tía. Estás hablando de la actual duquesa de Birmingham.

—Por supuesto. Rose me juró que siempre estaría en deuda conmigo y que nuestra amistad sería sincera y firme durante toda la eternidad. Es una suerte que mi estimada amiga se tome muy en serio sus promesas. ¿No te parece, Imogen?

—No lo sé, tía. Será una fiesta muy importante y no creo que yo debiese…

—Oh, sí, Imogen. Debes ir e irás. Y estarás tan deslumbrante que todos los caballeros que te vean suspirarán a cada paso que des.

—¿A mí? ¿Suspirarán por mí, tía?

—Desde luego. Tú no eres fea, querida. El problema era que nuestros recursos eran limitados y no podíamos ni debíamos cargar con nuestros caprichos a tu buen hermano, mi estimado niño Arthur. Las cosas son diferentes ahora. En cuanto te vistamos y peinemos de un modo apropiado, te aseguro que tendrás a un buen número de caballeros muy pendientes de ti.

—¿Y yo quiero eso, tía? —Octavia asintió ante la pregunta de Imogen—. Recuerdas que soy una mujer casada, ¿verdad?

—Sí, pero no soy yo la que debe recordarlo, sino tu esposo y no hay mejor manera de abrirle los ojos a un hombre obstinado que haciendo que el resto hable de lo que considera suyo.

Imogen abrió los ojos por completo.

—¿Hablas de darle celos, tía?

—Eso trataremos de hacer. Te haremos ver tan formidable que lamentará el día en que decidió salir corriendo de tu lado.

—No sé si lograrás hacer tal milagro —musitó ella.

—No te preocupes, querida niña, porque si al final no logramos hacer que deslumbres ni con todo el oro del mundo, nos quedará la certeza de que una mujer casada siempre es una buena caza para

un hombre audaz que no aspira al matrimonio, pero sí desea entretenerse. Alguno se te acercará, seguro.

—Gracias, supongo —murmuró por lo bajo.

Lydia aplaudió ante la idea de darle su merecido a Beresford.

—Creo que es un plan de lo más sencillo y fácil —opinó la vizcondesa.

Simon soltó una carcajada sincera.

—Me gustará ver a mi primo, que jamás se ha sentido intimidado por nadie, echarse a temblar por si otro caballero logra robarle a su esposa. Oh, sí. Estaré muy pendiente de algo así.

—Ver a su… primo implorándole a la niña que le haga caso es la meta de este viaje. ¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó la anciana.

—Sí —dijeron los vizcondes al unísono.

—¡No! —se negó Imogen. Ah, pero ya era tarde. Octavia había logrado conseguir refuerzos y estaba sola ante la voluntad de su tía y dos inesperados aliados. Le iría mejor si no se oponía por completo a los descabellados planes de su excéntrica tía. Así que dijo—: Está bien. Visitaré a la modista y cambiaré mi peinado para ir a la moda, pero no pienso ir a ninguna fiesta ni permitiré que los caballeros se me acerquen.

Entonces vio que Octavia y *lady* Trowbridge intercambiaban una mirada cómplice mientras el vizconde se echaba a reír de nuevo, y supo que sus deseos poco importarían.

¡Cielos! Estaba en un enredo monumental y no sabía cómo lograría salir de él.

***

Imogen no tuvo tiempo de arrepentirse, ni de recuperar la compostura, ni de recordar que su plan consistía en no deslumbrar a nadie. La subieron a un carruaje y comenzaron las compras.

Primero entraron en la joyería. El escaparate mostraba piedras bajo una luz pulcra y, dentro, el aire olía a terciopelo, metal pulido y a lujo. Imogen se mantuvo erguida mientras el joyero les ofrecía una bandeja tras otra. Lydia observaba con ojo experto, como una mujer que ya había aprendido a distinguir lo elegante de lo ostentoso, y Octavia miraba y opinaba con la satisfacción de una mujer que iba a cometer una travesura con un dinero que no era suyo.

—Rubíes —dijo la tía.

—Rubíes, sí —repitió Lydia, encantada—. Te quedarán de escándalo, Imogen.

La señora Beresford alzó una ceja.

—¿De escándalo es un halago ahora?

—En tu caso debe serlo, querida niña —replicó su tía, sin pestañear—. Un juego completo. Anillo, pendientes, collar y pulsera. Que haya coherencia en nuestras intenciones. Además, te mereces el regalo que va a hacerte tu esposo.

—¿Serviría de algo si me negase?

—¡No! —exclamaron las otras dos al mismo tiempo.

El joyero sonrió con gran aplomo. Imogen sospechó que aquel hombre habría sonreído igual aunque Octavia hubiese pedido una corona imperial para ponérsela a un gato.

—¿Y el diseño? —preguntó Lydia, al tiempo que se inclinaba sobre el muestrario.

—Clásico —decidió Octavia—. Que el rubí hable y el oro lo acompañe. Nada de filigranas que parezcan un enredo de zarzas. Bastante zarza tengo yo por familia.

Imogen apretó los labios para no reírse. El joyero les mostró una combinación de monturas y engarces. Lydia sugirió que el collar cayese lo justo

para marcar el nacimiento del escote sin resultar obsceno. Octavia aprobó la idea con un golpe seco de la cabeza. Imogen se miró en el espejo cuando le acercaron una pieza de muestra y sintió un vuelco extraño en su interior, no fue vanidad, estaba extraña. En el reflejo veía a una dama con un brillo que le habían negado durante años. Se veía hermosa, pero ¿qué mujer no sería considerada bonita con semejantes adornos?

—No los quiero para presumir —murmuró.

—Las joyas no son para presumir —la corrigió Lydia con firmeza.

—¿Entonces para qué sirven? —inquirió Imogen.

—Para que todo el mundo te vea y sepa cuánto te ama tu esposo con un solo vistazo —le indicó Lydia.

—¿Seguro? —La señora Beresford dudaba. Octavia y Lydia asintieron con seguridad—. Pero soy yo la que los está comprando, no mi marido.

—Oh, Imogen, son detalles sin importancia. Tú los elijes y él los paga. No le des más vueltas; el hecho de que hayas elegido tú las joyas hace que el regalo de tu marido sea mejor, los caballeros no suelen entender de estas cosas y seguramente no te habría gustado lo que él hubiese elegido.

—Exactamente —coincidió Lydia—. Cuando nació nuestro hijo, Simon me regaló unos preciosos pendientes de diamantes azules a juego con mis ojos. Por supuesto, fui yo quien vino a visitar al señor Forsity. —Así se llamaba el joyero que las estaba atendiendo, quien de inmediato asintió y le sonrió a Lydia—. Me los llevé e hice que le mandasen la cuenta a Trowbridge, lo mismo que harás tú ahora.

Octavia dio un golpecito con los nudillos sobre el mostrador.

—¿Lo ves, niña? Las cosas siguen funcionando del mismo modo que cuando yo era joven. Mi madre, bendita fuese, encargó una vez un conjunto completo de esmeraldas y le indicó a mi padre que debía ir a pagarlas y recogerlas para dárselas, porque se las merecía y deseaba ir a la ópera con algo como eso para que todo el mundo lo comentase al día siguiente. Tu madre se las quedó a pesar de que sabía cuánto me habían gustado siempre.

Imogen afirmó con la cabeza. Se veía tan hermosa que fue incapaz de negarse.

—Está bien. Supongo que Beresford me los debe, aunque no sé bien si yo me los he ganado.

—Por supuesto que sí —coincidieron Octavia y Lydia.

Salieron de la joyería con la promesa de entrega en unos días, y Octavia se quedó mirando el

recibo con la misma satisfacción con la que otras damas mirarían una carta de amor.

Después llegaron los sombreros. La sombrerería era un jardín colorido y muy variado, lleno de lazos, plumas y flores que jamás habían tocado un campo de verdad. Imogen se probó uno discreto y se lo quitó al instante, incómoda. Lydia eligió un ala elegante que enmarcaba su rostro sin ocultar su mirada. Octavia, por supuesto, se dejó caer en un asiento como una reina en su trono y comenzó a ordenar esto y aquello.

—Ese, ese no, ese sí. Ese haría llorar a mi hermano, así que lo quiero.

—Tía Octavia… —musitó Imogen, agotada.

—Niña, no estás adquiriendo un sombrero. Te estás comprando una declaración de intenciones.

Lydia soltó una carcajada baja y divertida.

—Es imposible no quererla, *milady*.

—No, no. Llámame tía Octavia, muchacha. Nuestra amistad se ha forjado al calor de una venganza contra un hombre obstinado, el vínculo sobrevivirá a una tormenta intempestiva.

—Oh, lo reitero. Es imposible no quererte, tía Octavia.

La anciana levantó el mentón.

—Lo sé. Mi encanto es una condena. Ahora, le probaremos a la niña este otro. —Sujetó un bonito sombrero con las manos—. Tiene un lazo rojo y siempre he adorado ese color.

Imogen acabó con diez sombreros que no sabía cuándo se pondría y con la certeza de que, si su tía hubiese podido, habría adquirido otra decena más.

Al final, cuando el cielo ya se había vuelto de ese gris húmedo tan londinense, llegaron a la modista de confianza de Lydia. Allí el mundo cambió de tono. No era el lujo frío de la joyería ni la fantasía perfumada de la sombrerería. Era un territorio de tela, manos rápidas y alfileres que pinchaban si no se llevaba cuidado.

El taller bullía detrás de una cortina. Había maniquíes, rollos de seda, cajas con botones y una aprendiz corriendo con un carrete de hilo casi tan grande como su determinación. La modista, la señora Hargreaves, salió a recibirlas con una inclinación respetuosa y una enorme sonrisa.

—*Milady*, no la esperaba hasta la próxima temporada —saludó a Lydia con sinceridad.

La vizcondesa le tomó la mano a la modista un instante.

—Necesito milagros, señora Hargreaves. No le pido discreción, deben ser vestidos sublimes. Necesito su grandiosidad y algo de velocidad. Esta es

mi prima por matrimonio, la señora Beresford, hija del conde de Marston, y nos acompaña *lady* Octavia, nuestra querida tía. —La anciana le sonrió a Lydia, agradecida por la deferencia—. Tiene que vestirlas a ambas para que brillen durante lo que queda de temporada.

—Oh, lo mío será sencillo —tomó la palabra Octavia—. Me visto cada día con mi excentricidad y me apañaré con una seda muy simple, con pocos adornos. No necesito tanta atención. Lo imprescindible es que la niña brille y deje a toda la sociedad con la boca abierta. ¿Puede lograrlo, señora Hargreaves?

La modista miró a Imogen y le sonrió.

—Señora Beresford, será un placer vestirla. Le prometo que deslumbrará.

Entonces, Imogen, lejos de negarse a cualquier acción, se encontró sonriendo como si fuese una princesa y estuviese viviendo el cuento de hadas con el que siempre había soñado. Durante su debut, su madre siempre había tenido el control de todo lo que ella debía llevar, y el gusto de *lady* Marston no se caracterizaba por la elegancia; hubo demasiados volantes y un exceso de encajes en lugares donde no le favorecían en absoluto, y toda clase de tonos en blanco espantosos, de modo que no destacó en absoluto.

—Dios la oiga —dijo en alto, mientras pensaba en encantar a un solo hombre. Ese con el que soñaba cada noche.

Octavia chasqueó la lengua.

—No vayas a echarte a llorar, Imogen. Tienes que disfrutar de las compras, no ponerte triste.

—Trataré de hacerlo, tía —dijo, al tiempo que se limpiaba una lágrima tonta que se le había escapado.

La señora Hargreaves las condujo hacia el área de pruebas. Imogen se dejó llevar y disfrutó. Octavia había exigido una docena de vestidos de muselina y seda.

—Todos en colores vivos —dictaminó la anciana—. Y con escotes sugerentes.

Imogen abrió los ojos por completo.

—Tía, esos escotes…

—No discutas, querida sobrina. No importa que el tiempo siga su curso sin compasión, el busto de una mujer siempre es y será digno de admiración. Serán sugerentes sin caer en la depravación.

Lydia, que estaba observando unas muestras de tela, alzó la mirada.

—La tía Octavia tiene razón. Es la moda. Y no es indecencia. Es una estrategia que debemos utilizar las damas para atraer la atención de nuestros esposos.

Imogen apretó la mandíbula.

—Yo solo quiero que me mire un hombre, no todos ellos.

Octavia se volvió a medias, con esa calma peligrosa que precedía a sus mejores frases.

—Ya te han mirado muchos antes que Beresford, querida. Solo que en Mansfield House te observaban sin valorar cuánto vales. No hay nada de malo por mostrarse bonita y ser admirada. Hay que demostrarle a tu esposo que si él no te quiere, otros muchos podrían lograr fascinarte si se queda dormido.

—Tía, no me gusta esa estrategia. No me agradaría que él la usase contra mí.

—Es lo más rápido, Imogen —tomó la palabra Lydia—. No te pedimos que seas indecente, solo que te dejes ver bonita y él pueda admirarte.

Se resignó a seguir el plan inicial.

Las pruebas comenzaron. La modista medía, murmuraba números y clavaba alfileres con una precisión casi militar. Lydia opinaba sin piedad, pero con una intención clara. Octavia aprobaba o destruía un diseño con una sola palabra. Imogen, atrapada entre telas, se sentía ridícula y vulnerable, porque temía no lograr impresionar a su esposo. Aun así, cuando se miró en el espejo se alegró, porque no se

vio convertida en otra mujer. Se vio a sí misma, solo que mejor armada. Oh, sí, la batalla podría ganarla.

—Mírate —le dijo Lydia, desde detrás—. Estás preciosa. Cuando te vea, caerá de rodillas.

Imogen tragó saliva con cierta dificultad.

—¿Y si no me ve? ¿Y si no quiere verme?

—Te verá. Estoy convencida de que Trowbridge tiene un plan muy elaborado sobre el momento exacto en el que tu esposo y tú os encontraréis —respondió Octavia—. Y si él se niega a entrar en razón, te vendrá de maravilla poder fulminarlo con la mirada ataviada con un carísimo vestido de seda y unas exquisitas joyas bien colocadas.

Lydia se rio, y ese sonido relajó un poco el ambiente.

—Tía Octavia, eres terrible.

—Lo sé —dijo la anciana, encantada—. Otra de mis mejores cualidades.

Mientras la señora Beresford se cambiaba en el probador, oyó voces al otro lado del biombo, en la zona de espera. Dos mujeres conversaban con ese murmullo que pretendía ser discreto y conseguía lo contrario. Imogen no las veía, pero sí escuchaba a la perfección el timbre de sus risas y sus palabras.

—Te digo que ha vuelto —decía una—. Azrael. Más apuesto, más silencioso y más peligroso que nunca.

—Dicen que no mira a nadie —respondió la otra.

Imogen se quedó quieta con el corsé a medio ajustar. Notó que el corazón le golpeaba demasiado rápido las costillas.

—Y aun así se ha fijado en una —prosiguió la primera—. La viuda de Mathew Harcourt. Tiene suerte.

—¿Harcourt?

—Sí. Es preciosa. ¿No la conoces?

—No. ¿Quién es?

—Una viuda con suerte que va del brazo de un hombre que se ha vuelto más apuesto con el paso del tiempo.

—¿Por qué no se habrá fijado en mí? Yo también soy viuda, tengo fortuna y sigo siendo hermosa. No es justo —se quejó la otra dama.

Imogen cerró los ojos. Azrael. Aquella palabra le sabía a cenizas. Benedict no era ese hombre ya, se repetía. Era su marido, el que había temblado un instante con ella. Y, aun así, el mundo seguía llamándolo por aquel sobrenombre que lo

convirtió en leyenda, en peligro y en objeto de deseo para viudas, casadas y todas aquellas mujeres a las que él decidía premiar con su compañía.

Sintió una punzada de celos tan fea que casi le dio vergüenza.

—He oído el rumor de que se ha casado — añadió la otra voz, con un tono cargado de disgusto.

—¿Azrael casado? Debe ser una táctica de él para pescar piezas más suculentas. Los hombres como él no se casan, querida, se dedican a disfrutar sin atarse.

—Tal vez tengas razón. ¿Te imaginas ser la esposa de un hombre así? Confieso que por una parte sería agradable, porque podría irme a la cama con él cada vez que se me antojase, pero no sé si ese hecho compensaría el otro.

—¿El de saber que en vuestro lecho habría cada día otra mujer diferente cuando tú no estuvieses?

—¡Exacto!

Imogen apretó la tela entre los dedos. No iba a llorar. No les daría ese triunfo.

El biombo se movió de golpe.

—Londres sigue estando lleno de chismosas que no tienen otra cosa que hacer que juzgar a

caballeros con los que sueñan y que no saben ni que ellas existen —La voz de Octavia sonó clara y peligrosa—. Qué triste existencia tienen ustedes dos. Tan indigna que incluso el maestro Shakespeare se negaría a escribir sus humillaciones por considerarlas deplorables. Para su información les diré que mi sobrino, el señor Beresford —precisó—, está felizmente casado y que no tiene por costumbre mirar a viudas descarriadas ni a cualquier otra dama porque está plenamente enamorado de su esposa.

Se hizo un silencio que habría cortado el aire.

Imogen se asomó un poco y vio a Octavia plantada frente a las dos damas que se veían lívidas. Había olvidado lo formidable que era su tía cuando sacaba su altanería. Lydia estaba a su lado, exhibiendo la censura en su mirada. Se veían más fieras que un par de leonas mostrando sus dientes.

—Deberían avergonzarse por sus palabras —les dijo de modo muy cortante la vizcondesa.

—Nosotras… nosotras… —comenzó una.

—Ya nos íbamos —terminó la otra.

Ambas se levantaron tan rápido de sus asientos que por un instante parecía que habían mantenido un encuentro con el propio diablo y temían por sus almas poco piadosas. Salieron sin despedirse de nadie.

Cuando se marcharon, Imogen salió del probador con el vestido a medio abrochar y la cara pálida.

—No debería haber venido a la ciudad —murmuró, rota de dolor.

Lydia se acercó a ella y le rodeó los hombros para infundirle ánimos.

—Respira. No permitas que los rumores te hagan daño.

Imogen negó con la cabeza. El dolor seguía allí, lacerante, como una herida que jamás se cerraría y le provocaba una inseguridad brutal.

—No lo entiendes —susurró—. Ellas… ellas hablaban de él con ligereza. Es como cuando lo conocí. Todas lo desean y al final alguna lo atrapará porque no he sido capaz de mantenerlo a mi lado. Y yo… yo soy su esposa. Y no soy nada para él. Se marchó de mi lado en cuanto pudo. Ni una carta, ni un susurro sobre él. Es evidente que lo he perdido. Lo perdí incluso antes de tenerlo.

Octavia frunció el ceño con una dureza inesperada.

—Tú vales más que la cortesana mejor pagada de Londres. No digas eso, niña.

Imogen soltó una risa breve y rota.

—¿Qué no diga qué? ¿La verdad? Se casó conmigo porque Arthur se lo impuso. Me acosté con él una noche y al día siguiente huyó. ¿Qué se supone que debo interpretar?

Lydia la miró con una firmeza cálida.

—Que está asustado. Siempre lo he pensado, Imogen. Lo conozco desde hace muchos años y lo que veía en él era miedo. Yo lo admiré. Oh, sí. Es imposible que una mujer no lo admire. Soñé con casarme con él porque lo vi y lo quise. Te lo confieso sin pudor y no para alardear. Eclipsó a Simon de tal modo que no vi a mi esposo cuando Trowbridge era quien me estaba destinado. Ben me ofreció matrimonio solo porque mi reputación se vio empañada y cuando supe que podría convertirme en su mujer, comprendí que solo una dama muy concreta, muy valiente y decidida podría lograr salvarlo. Yo no era esa mujer. Lo acepté y luego comprendí mi error. Imogen, lo que trato de decirte es que Beresford lleva toda la vida esperándote sin saber que te necesitaba. No puedes rendirte. Confía en mí. Si se ha casado contigo es porque te ama, y si sé una cosa de los hombres Beresford, es que además de ser duros de corazón al principio, una vez que los conquistas, son fieles hasta la muerte. Te doy mi palabra de que tu marido no te deshonrará. Lo tienes. Él es tuyo.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Lydia?

—Porque lo sé y tendrás que fiarte de lo que te digo —dijo con absoluta seguridad.

Octavia se acercó y le agarró la mano para darle un par de golpecitos.

—Querida, escucha a una mujer que ha visto y oído mucho. Puedes rendirte. Nadie te va a quitar el derecho a rendirte. Pero si te rindes ahora, vas a pasar el resto de tu vida preguntándote qué habría ocurrido si hubieses luchado por él. En cuanto lo conocí, supe que él había sufrido mucho, que el dolor lo rodeaba. Necesita amor, necesita a una compañera, no se conformará con una mujer que solo pueda calmar su lujuria. Está enamorado de ti, tanto como tú de él. Tu prima Eleanor y yo lo vimos de inmediato. ¿Crees que las dos hubiésemos permitido que te casases con él en caso de no haber estado seguras de que te ama?

Imogen sintió que el pecho se le apretaba.

—¿Y si lucho y tampoco sirve? ¿Y si me humillo? No soy una dama sofisticada.

Lydia ladeó la cabeza y le ofreció una pequeña sonrisa.

—No vas a humillarte. No vas a perder. Estás luchando y te aseguro que vas sobre seguro. No harás en tu vida una apuesta tan segura como esta. Mi esposo mismo, que es quien mejor lo conoce de todos cuantos lo rodean, está convencido de que te ama. Yo confío en Simon. Confía en tu esposo y confía en lo que te dicte tu intuición.

Octavia asintió.

—Eres valiente y decidida, sobrina. Eso fue lo que le atrajo de ti. Demuéstrale que no te hundes y que quieres luchar por vuestro matrimonio.

Imogen cerró los ojos un instante. Al abrirlos, la tristeza seguía ahí, pero la esperanza se abría paso poco a poco en su interior.

—Lo haré.

Octavia le colocó un mechón de pelo tras la oreja con suma ternura.

—Vamos, querida. Hay más compras que hacer. Lydia me ha dicho que Trowbridge planea llevarnos a la ópera mañana y debemos estar preparadas.

Imogen no contestó. Tenía un nudo en la garganta. Se miró al espejo una vez más. Allí estaba ella, vestida para una ciudad que no perdonaba debilidades, portando el apellido de un hombre al que muchas deseaban y ella amaba en silencio. Y supo, con una certeza con regusto amargo, que podía ponerse rubíes, sedas y escotes, podía levantar la barbilla y caminar por salones llenos de sonrisas afiladas, pero no existía nada en el mundo capaz de garantizarle que recuperaría a su marido. Solo le quedaba la posibilidad de luchar. Y aunque le doliera, seguiría adelante hasta que no hubiese ninguna posibilidad de alcanzar la felicidad. Y tal vez, ni aun así se rendiría.

Benedict Beresford era un hombre por el que valía la pena correr el riesgo de morir por amor.

Capítulo 10

Un hombre muy cansado

Benedict Beresford era un hombre casado y no se sentía como tal. Lo que sí percibía era el cansancio, la tristeza, la frustración y… sí, el desamor. Llevaba casi tres semanas en Londres y la ciudad no había logrado animarlo. No le gustaba esa vida ya, prefería la sencillez y tranquilidad que había descubierto en Mansfield House, porque allí había encontrado una familia, a tres mujeres —cada cual más loca que la anterior— que lo habían aceptado sin echarle nada en cara. Tenía esa añoranza clavada en el pecho y no lograba sanar la herida por haberse marchado. Tampoco conseguía apartar el recuerdo de esa noche cargada de pasión. No había estado así con ninguna mujer. A ninguna le había dicho que recordase a quién le pertenecía mientras la poseía. Imogen era suya. Ella lo había aceptado, pero se resistía a admitir que estaban bien juntos. No podía culparla del todo. Su pasado siempre lo perseguiría. ¿Y si su esposa nunca encontrase la fuerza suficiente para perdonarlo? Dios sabía que había sido un

réprobo, un amigo nefasto y un hermano pésimo. Eso sin olvidar el modo en el que se había comportado con las mujeres que habían pasado por su cama. El Creador lo había condenado a hacer penitencia y a sufrir por una esposa que era inmune a él y sus encantos. Cuando pensaba en todo el tiempo y esfuerzo que tuvo que emplear cuando llegó a Mansfield House para convencerla de que se casase con él… Y tal vez ella no lo hubiese hecho en caso de que Marston no hubiese llegado de improviso para presionarla. Pero la tenía. Imogen era su esposa y en ese mundo de la sociedad civilizada no había un vínculo más irrompible. Entonces, ¿por qué se sentía tan miserable y tan vacío? No. Imogen era su esposa, pero no era suya. Había conquistado su cuerpo, sí, ¿qué sucedía con el resto? Deseaba su corazón, su alma y todo lo que ella tuviese para entregarle. ¿Cómo lograría hacer semejante proeza? Complicado.

Nada más llegar a la ciudad comenzó a indagar con discreción, preguntando aquí y allá sobre la hija de Marston, usando sus influencias en las esferas del Ministerio. Fue fácil averiguar el nombre del canalla que en su juventud jugó con sus ilusiones y trató de ganar una apuesta a costa de una mujer a la que debía haber protegido incluso con su vida. ¡Dios! Ahí estaba. Era eso. Ben estaba dispuesto a matar a cualquiera que la lastimase o a interponerse entre ella y una bala. ¡Estaba enamorado! ¡Enamorado de verdad! No era un amor basado en la lujuria, era profundo. ¡Tenía que serlo si estaba dispuesto a morir por ella! Y fue con la idea de darle puñetazos hasta dejarlo convertido en budín, con la que comenzó a buscar al maldito conde de Blaston, el antiguo prometido de su esposa. Muerto. El bastardo

había muerto hacía tres años. Sífilis. Conocida como *el mal francés*. Una enfermedad que lo había llevado prematuramente a la tumba. Y no solo a Blaston, también a su condesa, pues la contagió y la pobre no logró darle ni un solo hijo. Tres abortos hasta que Dios la llamó a su lado.

Imogen había logrado escapar de una trampa fatal. Él mismo había sido un pícaro, sí, pero siempre ejercía cierta responsabilidad, ya que utilizaba unas fundas francesas que evitaban ciertos males y la indeseable paternidad. Nunca había querido tener hijos. Le parecían seres pequeños que lo arruinaban todo. Su pensamiento cambió radicalmente la noche en la que yació con su esposa. Sabía que había dejado una parte de sí mismo en Mansfield House, pero no solo la de su corazón, también plantó su semilla y esta podía estar arraigándose. Hacía muchísimos años que no le daba importancia al asunto de los hijos. Saber que su mujer podría estar gestando a un bebé nacido de un acto libre, del amor que habían compartido aquella noche, lo hacía inmensamente feliz. No había esperado casarse; tampoco ser padre, pero ya no quería lo primero sin lo segundo. Deseaba que Imogen fuese su familia y que le diese hijos. Lo quería todo con ella. Y bien sabía que con haberle hecho el amor una sola vez, las posibilidades de embarazo eran escasas y que para lograr formar una familia de verdad ambos tendrían que compartir la cama con mucha asiduidad.

Necesitaba volver con ella o se volvería loco. Había deseado regresar a Mansfield House nada más poner un pie en Londres. Lo había querido con una

ansiedad brutal. Si hubiera dependido de él, habría dado media vuelta al día siguiente, habría soportado la vergüenza de su propia fuga, habría llamado a la puerta y se habría tragado el orgullo con tal de verla. La idea de Imogen caminando sin él por aquellos pasillos o por los jardines, lo había perseguido durante todo el viaje de ida a la ciudad, pues la sentía suya, de igual modo que él sabía que le pertenecía.

El Ministerio del Interior, sin embargo, lo había retenido con una clase de orden que no admitía réplicas. Habían vuelto a recordarle quién era, qué había hecho y qué sabía hacer mejor que nadie. Le asignaron una vigilancia con la que sabía que no iba a sentirse cómodo. Una viuda con demasiadas visitas, demasiados carruajes y demasiada ligereza en el trato con ciertos caballeros que pretendían pasar por patriotas.

La señora Harcourt.

En otros tiempos hubo rumores de una simpatía mal disimulada hacia los franceses. Querían que Benedict confirmara si aquella mujer era un peligro o solo una sombra útil a la que convenía vigilar para asustar a otros.

Él había hecho lo que le mandaron. La siguió por las calles húmedas, la vio entrar en casas donde se hablaba más de lo que se debía y la observó reír con una facilidad que le pareció hueca. A ratos le resultaba hasta irritante. La viuda tenía el tipo de encanto que en otros tiempos lo hubiese vuelto loco. Una conquista fácil y segura que no le

pediría nada después de que su relación se terminase. Benedict, que había aprendido a leer la amenaza en una mirada, no lograba ver en ella más que vanidad y aburrimiento. Le costaba creer que aquella cabeza sostuviera algo más sólido que un bonito peinado.

Aun así, una orden seguía siendo una orden y tenía que acercarse a ella para conocerla mejor y emitir un informe al respecto. De modo que había tenido que hablar con ella y mostrar cierto interés. Pronto se dio cuenta de que el verdadero peligro no estaba en que la viuda pudiese ser una tentación para él. El riesgo era que su paciencia comenzaba a resquebrajarse. Imogen ocupaba todos sus pensamientos. Comparaba a todas las malditas mujeres con ella. El deseo de volver a Mansfield House era incontenible, hasta el punto de desear mandar a sus superiores al cuerno o mentir en sus conclusiones para poder salir de la ciudad y regresar a su hogar.

Ah. Ben no había sabido nada de su esposa, era cierto, pero no estaba demasiado preocupado por dicha contrariedad. La conocía bien y sabía que también era testaruda. Más orgullosa que él mismo. La señora Beresford era, además, terca y práctica hasta la crueldad. Lo despidió con una dignidad fría y le había dejado claro que le importaba lo mismo que un par de viejas botas cuando se marchó de su alcoba aquella noche, que empezó tan bien y concluyó tan mal. Benedict tenía asumido que, si alguien iba a tender un puente, tendría que ser él.

Y, pese a todo, cada día que pasaba sin recibir una carta le partía el corazón. Podía aceptar su enfado y su orgullo. Se sorprendía, incluso, dispuesto a olvidar lo sucedido sin que ambos se disculpasen; lo que no sabía cómo soportar era la posibilidad de que ella no lo echara de menos. Esa idea lo desgarraba por dentro y lo volvía más vulnerable que un gatito recién nacido. Lo había aceptado. Le había concedido poder a esa mujer sin saber que lo hacía y estaba sometido a ella. En cuerpo, alma y corazón.

Aquella fría tarde, Ben se encontraba en su despacho, estudiando papeles que no le interesaban y escribiendo opiniones sobre otros asuntos no relacionados con su reciente misión para el Ministerio. Lo acompañaba un vaso de licor, servido a su lado e intacto; una costumbre que no terminaba de abandonar del todo. La chimenea ardía con un fuego moderado. No obstante, él no entraba en calor. Bien sabía que no lo haría hasta que volviese a estar en los brazos de su esposa.

La visita de sus amigos llegó sin previo aviso, igual que las tormentas. Su mayordomo anunció al señor Ewan MacCrae y a lord Rafe Deverell, y con ellos iba también el vizconde Trowbridge. Benedict se quedó quieto un instante. Más allá de la sorpresa, lo que le producía esa inesperada interrupción era una mezcla rara de alivio y fastidio. Sabía que Simon residía en la ciudad porque Lydia lo prefería y él se había cuidado mucho de no coincidir con ellos en ningún lugar, ni público ni privado, pero los otros dos habrían llegado de Escocia y si habían recorrido el camino, tendrían una buena

excusa para haberlo hecho. Se tensó. ¿Su matrimonio? No había otra explicación posible.

Ewan entró primero, un bruto escocés con la mirada de un hombre que había dejado atrás un hogar a regañadientes. Ben estaba seguro de eso último. Detrás apareció Rafe, con ese aire campestre que había adquirido en su nuevo hogar y que sabía combinar a la perfección con la elegancia de antiguo pícaro. Y, cerrando la comitiva, apareció su primo. El mismo Simon rígido, severo y con cara de aburrido de siempre. No, el de siempre no. Había algo en sus facciones diferente. ¿Amabilidad? ¿Satisfacción? ¿Orgullo? ¿Sería simplemente el reflejo de un hombre enamorado? Lo que fuese, pero seguro que tenía que ser un cambio que habría que atribuirle a Lydia.

Benedict se quedó mirándolos, sentado en su silla y sin moverse. Luego, la comisura de su boca se inclinó apenas.

—Me halaga que hayáis decidido invadir mi casa sin invitación. ¿Os habéis perdido o veníais a comprobar si seguía cuerdo y con vida?

Ewan avanzó hacia él, y se colocó delante, aunque no se sentó. Rafe sí que tomó asiento en una de las dos sillas que había frente a su escritorio. Simon, por su parte, se movió discretamente hacia la ventana más próxima y se dispuso a mirar el paisaje, aunque Ben sabía que su primo no se perdería la conversación por más que pareciese estar ausente.

—Hemos venido para tratar de evitar que hagas una estupidez —habló Ewan.

—No sería yo, si no las hiciese —murmuró Ben.

—No estamos aquí por propia voluntad. Bueno, al menos no del todo. La abuela Morna nos ha enviado a toda prisa desde el castillo de Dunrath. —apuntó Rafe. Ese era el hogar de Ewan y el lugar donde Rafe vivía con su mujer, Catriona, la hermana del escocés. Ben dudaba que a MacCrae le agradase compartir su castillo con Rafe. Eran muy diferentes. Ewan siempre había sido más amigo de Simon, mientras que Benedict lo había sido de Rafe.

Beresford les sonrió. Había escuchado historias sobre la abuela de Ewan. Cabría recordar que era una escocesa de quien decían que tenía ciertos poderes místicos. Él no se lo creía, desde luego.

—Ah. La abuela Morna. ¿Debo interpretar que está preocupada por mí?

—*Aye* —afirmó Ewan en escocés—. Ha dicho que si no interveníamos, acabarías clavándote tú mismo un puñal en tu propio corazón.

—Interesante. Ahora soy un suicida. No sería del todo extraño. —Se dio cuenta de que su primo se estaba girando para mirarlo con atención, al tiempo que se erguía todavía más. No hacía falta adivinar que los dos acababan de pensar en sus respectivas madres.

—Dicen que te has casado —mencionó con suavidad Rafe.

—¿Quién lo dice? —lo interrogó Ben.

—¿Por qué quieres jugar con nosotros? —preguntó sin rodeos Ewan.

—Esa no es la pregunta. La cuestión es: ¿por qué un asunto así debería ser de vuestra incumbencia?

—Porque fui yo quien te brindó mi ayuda cuando visitaste al conde de Marston y me obligaste a meter en tus asuntos al duque de Wynthorpe. ¿Qué crees que sucederá si algo sale mal en ese matrimonio? El padre de la dama no se quedará de brazos cruzados. Nos pedirá explicaciones por tus errores.

—No todos los padres se preocupan tanto por sus hijas, Ewan —le advirtió Ben—. Me consta que él no irá a buscarte a Dunrath. Tampoco retará a duelo a Wynthorpe.

—A duelo, no, Azrael, pero ya le ha enviado una misiva.

—¿Qué? —Lo de la carta le preocupaba más que el uso que había hecho su amigo de su sobrenombre y decidió concentrarse en lo importante por el momento.

—A un padre, aunque se haya desentendido de su hija durante un tiempo, siempre le preocupará que comiencen a llegarle rumores —le explicó el señor MacCrae.

—¿Rumores? —Ben frunció el ceño.

—Llevas casi tres semanas aquí. Te has casado y estás en Londres sin tu esposa. ¿Creías que Marston no te seguiría de cerca después de haberte permitido unirte a ella? —siguió Ewan. Luego decían que él era un bruto escocés… ¡Ingleses! Se creían el ombligo del mundo y más listos que el resto. ¡Bah!

—No os debo explicaciones. Ni al maldito Marston tampoco.

—Tal vez —repuso Ewan— pero nos las darás igual.

—No.

—Yo creo que sí, porque si no me hubieses metido en medio, si hubieses ido a ver al padre de tu esposa sin mí y sin Wynthorpe, tendrías derecho a guardar tus secretos. Me temo que eso ya no puede ser. La próxima vez que pretendas casarte con una mujer que está por encima de tu posición social, Azrael, ten en cuenta que tus acciones repercuten sobre los amigos que han dado la cara por ti.

—¡No habrá una próxima vez y lo sabes! —gruñó—. Además, no me llames Azrael. Te lo dije en su momento, cuando, como bien no dejas de

recordar, me acompañaste a ver al padre de Imogen. No soy ni seré más ese hombre.

—¿Y quién eres? —se metió en la conversación Rafe, quien hablaba con muchísima suavidad porque no quería que su buen amigo se irritase más de lo necesario.

—Ben, Benedict o Beresford. Podéis usar uno de los tres, porque no responderé a otro nombre.

—Muy bien, Beresford —le concedió Ewan —. Como estás entre amigos y no con enemigos…

—¿Sí? —lo interrumpió Ben—. ¿Los tres venís en calidad de amigos míos?

Ewan suspiró. Rafe maldijo por lo bajo. Simon se giró de inmediato para mirar a su primo.

—Ya les dije que no me querrías aquí, pero insistieron en que debía estar —le advirtió el vizconde. Cabría señalar que Simon no le había contado a ninguno de los tres que en su casa estaba residiendo la señora Beresford. Consideraba que esa información debía salir a la luz en el momento oportuno y Ewan y Rafe no sabrían guardar el secreto.

—Qué conmovedor, Simon. Siempre tan generoso y desinteresado…

—¡Olvidad vuestras disputas! —tronó el escocés—. Esto es serio. Cuando me hablaste sobre

aquella promesa hecha al hermano de la hija de Marston, una que juraste que estabas dispuesto a cumplir aunque te fuese la vida en ello, te avisé de que si me hacías partícipe, yo tendría derecho a pedirte cuentas.

—¿Otra vez con eso, Ewan? —se quejó él—. Es la tercera vez que sacas a colación que te pedí ayuda. Harás que lo lamente.

—No hagas que yo lamente habértela prestado. Soy tan responsable como tú de que *lady* Imogen esté metida en…

—¡Basta! —se levantó con violencia Ben—. Estás hablando de mi mujer, Ewan. Ella es la señora Beresford para ti y para cualquier otro que se refiera a ella en mi presencia.

Ante esa explosión de posesividad mezclada con lo que se adivinaba una excesiva protección hacia la dama, el escocés decidió retroceder y calmarse.

—Muy bien. Dinos qué planes tienes.

Ben se quedó de pie, miraba a Ewan con un gesto de desafío en la mirada.

—¿En general o solo te interesan los detalles que tengan que ver con mi matrimonio? ¿Te pedí yo explicaciones cuando decidiste buscar a un cura católico para engañar a la mujer que había elegido Rafe para casarse y se la robaste? ¡Ella no estaba ni despierta cuando te la aseguraste!

La mirada del escocés se movió de Simon a Rafe y fue como si les perdonase la vida. Sí. MacCrae había cometido algún que otro pequeño pecado cuando decidió que Constance sería suya, pero eso era otra historia que no venía al caso.

—Tú no sabes guardar un maldito secreto —le escupió el escocés a Simon para luego buscar a Rafe—. Y tú tienes la lengua demasiado larga. —A continuación volvió a centrarse en Azrael, o Beresford o quien quisiera ser en esos momentos y le dijo—: Constance no era responsabilidad tuya, por lo que no tenías nada que decir u opinar al respecto. En cambio, la señora Beresford sí que está bajo mi protección, porque me hiciste cómplice de tus planes —insistió de nuevo—. Traté de salvarte cuando decidiste unirte al ejército. No me impuse porque eras un hombre que tenía que tomar sus propias decisiones. La cosa ha cambiado. Te has casado con una mujer a la que no veré caer por tu causa, porque tanto yo como Wynthorpe te avalamos ante el padre. Así que te lo repetiré, porque tengo autoridad y derecho para plantearte la pregunta. Dinos qué demonios haces aquí mientras tu esposa está en el campo. Porque antes de que vuelvas a las andadas, yo mismo te pegaré el tiro que crees que tuviste que haber recibido en el corazón en aquella tierra perdida de la mano de Dios. Y te lo advierto, sigues de una sola pieza ahora mismo porque todavía no he escuchado por la ciudad ni un susurro sobre burdeles, cortesanas o damas casadas aburridas.

Benedict cerró los ojos un momento. En parte el bruto escocés tenía razón. Lo había hecho partícipe en sus asuntos y tenía derecho a estar

realizando ese interrogatorio. Además, él no tenía nada de qué avergonzarse, tan solo de haber estado languideciendo mientras suspiraba por una mujer a la que había dejado atrás y quien no sintió más que frialdad ante su marcha.

Benedict apoyó una mano sobre el escritorio. No se sentó.

—Estoy en Londres por trabajo —desveló.

—Trabajo… —repitió Rafe, con mucha incredulidad—. Menuda manera de referirse a tu huida.

Benedict fulminó con la mirada a quien fue su alma gemela años atrás.

—Es cierto que vine a Londres porque… porque… Maldita sea —masculló por lo bajo—. ¿Pretendéis que os cuente todos mis malditos secretos?

—Todos y cada uno —razonó el escocés.

—¿Y teníais que traer a mi primo para que también los escuchase?

—Yo los avisé y no me escucharon —incidió de nuevo Simon—. Pero si esperas que me marche, ahora que sé que viene lo bueno, puedes esperar sentado, porque no pienso irme.

Ben suspiró resignado.

—Imogen y yo acordamos un matrimonio de conveniencia. En realidad, eso era lo que yo iba a ofrecerle cuando llegué a Mansfield House. Su hermano me había transmitido la propiedad para que tanto ella como yo no tuviésemos la oportunidad de huir. El teniente Arthur Mansfield era uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Lo veía todo muy sencillo.

—Y en algún punto se complicó tanto como para que no puedas escapar de las garras de tu mujer—observó Rafe muy comprensivo.

—Sí. Regresé siendo otro hombre muy diferente, pero mi aspecto por fuera seguía haciendo que las damas me mirasen con interés, así que di por supuesto que sería fácil convencer a una mujer que ya no tenía ni un techo en el que vivir para que se casase conmigo.

—Apuesto a que te hizo sufrir más que Lydia a mí —dijo Simon. Los tres lo miraron con disgusto—. Lo siento, pensé que no lo había dicho en alto.

Benedict suspiró.

—Es una guerrera. Imogen es fuerte, valiente y única. Me declaró la guerra y se mantuvo firme hasta que su padre nos hizo una visita en la que me advirtió que el tiempo se me había terminado y a ella le dejó bien claro que no descansaría hasta verla casada.

—¿Marston te delató ante ella? ¿Le dijo que tú le habías pedido permiso para cumplir con la promesa de su hermano? —indagó Ewan.

—No. Yo se lo conté todo. Le conté absolutamente todo lo malo que había en mi vida.

—¿También le hablaste de la disputa que mantienes con Simon desde hace tantos años? —preguntó Rafe.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —inquirió el escocés.

—¿No tienes curiosidad por saber por qué de repente los dos, que eran inseparables, buscaban cualquier excusa para matarse el uno al otro? —se interesó Rafe.

Ewan negó con la cabeza.

—Sigue con el relato, Beresford.

—Solo os diré que mi mujer puede escuchar cualquier rumor sobre mí y no se sorprenderá, porque me negué a tener secretos con ella. Y cuando digo que lo sabe todo no miento. Aceptó casarse conmigo a pesar de todas las cargas que yo tenía encima. Y alguna más que le causé en su juventud y que yo desconocía.

—¿Cuál? —se interesó Simon. Ewan lo miró con desesperación y Benedict con rabia—. Lo siento, no sabía que había vuelto a hablar en alto.

—Sigue —le pidió Ewan a Ben.

—No. No. Un momento —intervino Rafe—. A mí también me interesa saber qué pudo haberle hecho a su esposa. Ya que estás desnudando tu alma, podrías compartirlo con nosotros. Si es necesario que Simon se marche para que te sientas más cómodo, seguro que no se opondrá. Tu primo ni tan siquiera quería venir.

—No quería venir porque sabía que él —señaló a Ben— no me lo agradecería. Ya os dije que, por mi parte, el pasado había quedado atrás y que lo había perdonado aunque no quiera absolverme a mí.

—Aclarado, pues —dijo Rafe—. ¿Qué ocurrió entre la dama y tú, Beresford?

—Muy bien, Rafe. No quería llegar a esta situación, pero me has obligado. Te lo contaré, a ti, a Ewan y a Simon, pero luego desvelaré el motivo por el que cierta pelirroja te dejó en casa de cierto duque para largarse a toda prisa a Dunrath.

—Es un farol. No puedes saber eso. Ni tan siquiera te quedaste lo suficiente como para ver cómo Cat se marchaba.

—Al regresar de mi misión, me topé con el duque de Ravensvy en un antro de apuestas. Yo buscaba hacer dinero rápido y no se me ocurrió otra forma mejor. Nadie sabía lo que había ocurrido entre Catriona y tú cuando te mandó al infierno, pero todo el mundo se imaginaba que ese duque estaba

implicado. Cuando él se quedó sin fondos, aposté mi dinero contra ese secreto. Cuando gané, sin esfuerzo, debo añadir, cantó como un tierno pajarillo ayudado por el alcohol.

Rafe se removió inquieto en su asiento. Aquello fue lo más vergonzoso de todo su pasado.

—Sigue hablando sobre tu matrimonio, Beresford —le pidió Rafe.

—Sí, eso pensaba que me aconsejarías.

—¡No! —saltó Simon—. Llevo años rebanándome los sesos con ese asunto. Necesito saberlo, Beresford, y estoy dispuesto a hacer un trato contigo.

—¿Un trato? —se interesó Ben.

Simon cabeceó afirmativamente.

—Te cambiaré ese secreto por otro que te concierne. —Le confesaría que su esposa estaba en su casa con tal de saber qué diablos había hecho Rafe. Siempre conseguía lo que quería y hasta el momento no había logrado conocer ese detalle.

Rafe se levantó de inmediato y se colocó al lado de Benedict.

—Puede que ya no seas Azrael, pero cuando lo fuiste yo estuve a tu lado sin importar las consecuencias de quedarme ahí y protegerte.

Aseguras que eres mejor, entonces tienes más motivos para mostrarme lealtad.

Benedict le puso una mano en el hombro. Su amigo se veía muy mal. Estaba abatido y avergonzado. Se apiadó de él porque eso era lo que hacían los amigos de verdad. Mentirían incluso para protegerse.

—Me he marcado un farol, Rafe. No gané —mintió—. Ravensvy se fue con mis fondos. Dejé de apostar y no sabía cómo iba a sacar dinero para ayudar a la hermana del hombre al que le había prometido cuidar. Cuando lo di todo por perdido, llegó Ewan para decirme que había ganado una apuesta que circulaba en White's sobre mí y me dio una pequeña fortuna. —Bueno, no era del todo una mentira. La parte de Ewan sí que había ocurrido así.

—Gracias —le dijo Rafe, para luego regresar a su asiento y ofrecerle una sonrisa socarrona a Simon.

Trowbridge no se molestó. El que acababa de salir perdiendo era su primo. Entonces el escocés carraspeó con incomodidad. Los tres lo miraron.

—Verás, Beresford. Eso que te conté no es así del todo.

—¿Qué quieres decir? —indagó Ben.

—No tiene sentido seguir callando. Fue Morna. Mi abuela me dijo que tenía que venir a

recibirte a la ciudad lo antes posible y hacer algo para conseguirte unos fondos que ibas a necesitar para lograr el apoyo de una anciana excéntrica que te lanzaría un león.

—¿Disculpa? —La piel del antiguo teniente se erizó.

—No lo entendí y mi abuela no quiso entrar en más detalles. Solo me dijo que encontrase el modo de conseguir que aceptases dinero porque de eso dependía tu futuro. Y que no te dijese nada que pudiese hacer que tu orgullo se interpusiese. Me inventé lo de la apuesta porque sabía que tú jamás habías ido a White's y que nunca pondrías un pie allí.

Benedict se quedó con la boca abierta un instante. Luego se echó a reír sin más. No volvería a dudar de que la abuela de ese bruto escocés sí que tenía algún tipo de don. ¿Una anciana excéntrica que le tiraría un león? Oh, sí. Eso tenía mucho sentido. ¡Dios! ¿Cómo lo había podido saber la abuela de Ewan?

—Bien —dijo, cuando recuperó la compostura—. Ya está todo dicho. Cada cual puede seguir su camino.

—No —intervino Simon—. En realidad, no nos has explicado aún el motivo por el que dejaste a tu esposa en el campo y viniste a Londres.

Benedict apretó los dientes.

—He dicho que estoy aquí por trabajo.

—Lo has dicho —intervino Ewan—, pero todavía no sabemos en qué punto estás con tu esposa.

—¡No me quiere! —explotó—. Imogen no me quiere a su lado y por eso he tenido que venir a Londres. ¿Ya? ¿Contentos? Mi esposa aceptó un matrimonio de conveniencia y después de la boda no veía la hora de que yo me fuese. Ahí está. Ya lo sabéis todo.

—No. Todo no lo sabemos. ¿La amas? —preguntó Simon.

—¿Por qué tendría que responderte a ti, primo?

—Porque mi ayuda podría serte muy útil llegado el caso aunque todavía no lo sepas; y pienso prestártela por Lydia, porque mi esposa te aprecia más de lo que crees y moverá cielo y tierra para que tú estés bien, pero todavía no he decidido si te haré sufrir poco o mucho.

—¿Qué acertijo es ese?

—Uno que te conviene responder con sinceridad.

—Vete al infierno, primo.

—Simon —tomó la palabra Ewan—. ¿No ves que está muriéndose de amor por su mujer? Me ha parecido ver una lágrima brillando en el párpado de su ojo. Está luchando para no echarse a llorar y suplicarnos que lo ayudemos.

—¿Ewan? —lo llamó Ben.

—¿Qué?

—Vete al infierno con Simon. —La mirada de Beresford se desplazó hasta Rafe, quien levantó los brazos de inmediato en señal de rendición.

—Yo no pienso decir nada malo. Sé que la amas. Sabía que la amabas porque te habías casado con ella. Se lo dije a Ewan cuando me contó que pensabas casarte por una promesa, le dije que si lo hacías sería solo por amor. Y se lo repetí cuando Morna nos mandó a Londres, pero ya conoces al bruto escocés. Tenía que verlo con sus propios ojos.

—Estoy enamorado de mi mujer. Y aunque al principio me avergonzaba reconocerlo ante vosotros, acabo de recordar las tonterías que habéis hecho por vuestras esposas. Simon me mandó secuestrar y luego perdió a su esposa cuando lo abandonó para darle una lección. Ewan le prometió la luna, las estrellas y todo lo que Constance quisiera para evitar que lo abandonase cuando se enteró de que estaba casada sin saberlo.

—¿Quién te ha contado eso? —inquirió asombrado el escocés.

—Era un farol fácil de suponer que me ha servido a las mil maravillas. Y luego tenemos a Rafe, quien estoy seguro de que hizo algo estúpido para ahuyentar a Catriona y luego tuvo que arrastrarse por el lodo. Tenéis suerte, los tres. Ellas os amaban y pudisteis recuperarlas, pero ¿yo? ¿Qué haré por una mujer que no me quiere y se niega a vivir en el mismo lugar donde yo esté? He pensado en regresar a casa y probar suerte. Iba a hacerlo a pesar de que tengo pocas esperanzas.

—¿No te sirvió de nada haber sido un pícaro, Beresford? ¿O acaso no consumaste el matrimonio? Siempre presumías de hacerte imprescindible para una mujer después de haberle mostrado lo que llamabas «tus muchos talentos de amante experto». ¿No se los mostraste?

—Seguramente ella ya sabía que él no dejaría de lado su vida de depravación y quiso protegerse —saltó su primo.

—¿Quieres morir, Simon? Porque no me importará que Lydia me odie con todas sus fuerzas por mandarte al infierno ahora mismo.

—¿Te ofendes, primo? Yo creo que no tienes derecho. —Ben ya estaba caminando hacia Simon. Ewan y Rafe ya habían tomado posiciones para colocarse frente a ellos y evitar una pelea—. El escocés no habrá escuchado rumores porque no ha estado en los lugares correctos. Pero mi esposa sí ha oído mencionar a una viuda con la que pasas mucho rato.

—¡Eso es mentira! —gritó Ben—. Me juré cumplir mis promesas aunque me costasen la vida y eso es lo que haré hasta que me muera. Recité mis votos frente a Dios, y aunque no creo demasiado en alguien que permitió que mi madre muriese, sí que los honraré porque se lo prometí a Imogen. No tendré en mi lecho a otra mujer que no sea la mía. Y mataré con mis propias manos a quien insinúe lo contrario.

—Señora Harcourt —apuntó Simon con el mentón bien alto.

El nombre le cayó a Ben como un jarro de agua fría. ¡Condenación! Se enderezó de pronto.

—Eso es trabajo.

Simon abrió los ojos con gran asombro.

—¿Ahora se llama así, primo?

—Es mi misión. Del Ministerio del Interior —aseguró Benedict—. Tengo órdenes de averiguar si esa mujer traicionó a la Corona. —Simon alzó una ceja, interesado por primera vez—. Y justo me disponía a escribir mis averiguaciones sobre ella, porque creo que es inocente de los cargos que se le atribuyen. Ha debido disgustar a la mujer equivocada, o tal vez fuese a un hombre, y los rumores comenzaron a circular como venganza. No sería la primera vez que alguien quiere hacerle daño a una persona con susurros peligrosos. Es bastante ligera de cascos, pero carece de inteligencia para

haber participado en un complot durante los años de la guerra de Napoleón.

Los tres se quedaron asombrados.

—¿Sigues trabajando para el ejército, Beresford? —habló Ewan.

—Cuando me hirieron, me dijeron que podría regresar a casa y seguir ayudando con investigaciones. Se me da bien sonsacar información y leer a las personas. Después de casarme, vine a Londres porque ella… Mi esposa creo que me echó —confesó a regañadientes—. Y cuando llegué a la ciudad me contactaron y no pude negarme pese a que deseo ir a buscar a Imogen y ver si ella puede… si ella podría… si…

—Si tu esposa puede llegar a amarte —terminó Simon por Ben. Su primo asintió con brusquedad. Simon, con las manos a la espalda, siguió hablando—: No te negaste a llevar a cabo la misión que te encomendaron porque preferías quedarte y ver si ella corría tras de ti; tenías miedo de volver y encontrarte con que la dama no te quiere.

Benedict sintió el golpe en el estómago. Se obligó a respirar despacio. Ya no le importaba que el que había considerado como su peor enemigo durante tanto tiempo conociera sus miedos.

—Ni siquiera me ha escrito —confesó entonces, y aquella frase dejó patente toda su vulnerabilidad.

Simon se acercó a su primo. Ewan y Rafe estaban atentos por si tenían que volver a intervenir, pero dejaron que se pusiera delante de él y le colocase la mano en el hombro derecho. Le dolió pero no se quejó.

—Sigo pensando lo mismo que te dije la última vez que nos vimos. No eres mi enemigo. Ya no. Encontré el amor, tal y como bien recordarás que te confesé mientras estabas en aquella cama después de que alguien te hubiese dado una buena paliza. No podía seguir viviendo en el dolor, lleno de ira y, aunque no me creas, te diré que deseaba que pudieses encontrar algo de paz. Esa mujer parece haberlo logrado y me alegro por ti. Te ayudaré con tu problema y lo haré pronto… primo. —Y sonrió porque le vino a la mente Octavia y aquella pausa que la anciana hacía al decir esa palabra, la misma que él acababa de emitir.

—¿Por qué? Yo en tu caso no sé si lo haría —alegó con sinceridad.

La sonrisa de Simon se amplió.

—Porque llevas mi sangre, Benedict, y los dos perdimos demasiado como para seguir peleándonos. Yo hice lo que consideré que debía y tú hiciste, supongo, también lo que debías. Os dejo ahora, le prometí a mi esposa que hoy iríamos a un recital de piano y no puedo decepcionarla. —Se mordió la lengua para no decir que Imogen y la tía Octavia los acompañarían. Iba a ayudarlo, pero no de inmediato.

Acto seguido salió del despacho a toda prisa. Ewan y Rafe miraron a Ben.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó el primo de Simon.

—Creo que te has ganado un aliado —opinó Ewan.

—No estoy seguro del todo.

—Yo creo que ha sido sincero —dijo Rafe.

—¿Cuento con vuestra ayuda?

—¿Qué quieres que hagamos? —inquirió Ewan.

—Sí, ¿qué necesitas de nosotros?

—Que confiéis en mí y regreséis a Dunrath. Arreglaré las cosas. No sé cómo convenceré a Imogen para que me ame y confíe en mí, pero lo haré. Y cuando lo consiga os prometo que iremos a veros a Escocia.

—¿Harías eso? —inquirió asombrado el escocés.

—Todo sea para que la abuela Morna se quede tranquila y vea que no me clavo ningún cuchillo en el corazón.

—¿Seguro que no quieres que nos quedemos, Beresford? —preguntó Rafe.

—No. Esto tengo que hacerlo solo.

No les diría que no tenía la menor idea de por dónde comenzar. ¿Cómo haría que una mujer como Imogen se enamorase de él? Ya podría haber una explicación sobre ello en un manual.

***

Al día siguiente, su situación seguía siendo la misma. Por lo menos, Benedict había enviado su informe al Ministerio y la vigilancia de la señora Harcourt sería dada por concluida.

La mañana había amanecido con esa luz mezquina que Londres reservaba para las jornadas importantes, un gris húmedo que se metía por las rendijas de las ventanas y acababa instalándose en el ánimo. Benedict sabía que tenía que regresar a Mansfield House y se estaba preparando para hacerlo.

Se encontraba en esos momentos en su despacho, acabando de organizar documentación. Estaba muerto de miedo porque no tenía idea del escenario con el que se encontraría cuando volviese a

casa. Su casa. Sí. Su hogar era ese donde Imogen estuviera. Había preparado ya los baúles y todo estaba más que listo para partir. Sabía que era la lucha final de su vida. De esa próxima batalla dependería el resto de su vida. Y, por Dios, que ganaría al coste que fuera. Le daría a su mujer todo cuanto le pidiera.

Entonces llamaron a la puerta. Un lacayo entró con cautela y depositó dos paquetes sobre el escritorio. Uno era voluminoso, atado con una cuerda, con el aspecto de un bulto que había recorrido medio Londres de despacho en despacho. El otro parecía más ligero, envuelto con pulcritud, casi elegante.

Benedict frunció el ceño. No esperaba nada. Desató la cuerda del primero. El papel crujió y el contenido se desbordó con una insolencia que rozaba la provocación. Facturas. Muchas. Demasiadas. Con membretes de tiendas que él conocía de oídas, todas ellas situadas en Bond Street. Leyó la lista de las prendas anotadas: vestidos, zapatillas de baile, botas de mediacaña, medias, guantes, combinaciones de seda y sombreros que se pagaban como si fueran pequeñas fortunas. Y entre todas aquellas cuentas, una sobresalía por el peso que tuvo al caer sobre la mesa. Era la de un joyero. No se trataba de una cantidad indecente; era una afrenta en toda regla.

Al pie de las páginas, la misma firma. La misma mano convertida en una sentencia económica.

Señora Beresford.

Benedict se quedó quieto un instante, incapaz de decidir si debía reírse o levantarse para romper algo. ¿Imogen en Londres? Imposible. ¿Alguien lo bastante audaz para hacerse pasar por ella o lo bastante enterado para saber que, tras su boda, su apellido iba acompañado de dinero?

Su primera reacción fue la incredulidad. Una estafa, pensó. Una muy bien montada. Alguien habría olfateado que el recién casado era rico gracias a una sustanciosa dote. Alguien habría imaginado que un hombre solo, recién llegado, sin esposa a la vista, sería una presa fácil.

Luego miró de nuevo la firma. Esa inclinación ligera, un trazo muy firme… No era una rúbrica temblorosa ni un intento burdo de copia. ¿Podría ser la de Imogen?

El segundo paquete lo abrió con menos paciencia. Dentro había recortes de periódicos, columnas enteras, posiblemente serían comentarios de sociedad que no pretendían ser discretos. Serían el tipo de texto que convertía a las personas en entretenimiento, que vestía la crueldad con ironía y la envidia con halagos. ¿Quién le enviaba eso y por qué? Él nunca había perdido tiempo en leer las estúpidas columnas de sociedad. No entendía nada.

Leyó la primera línea y sintió cómo la sangre se le agolpaba en las sienes.

Hablaban de una deslumbrante señora Beresford, hija del conde de Marston, recién llegada a la ciudad. Hablaban de su elegancia, de una frescura

que parecía haber conquistado a los mismos que antes la habían mirado con desdén. Mencionaban su sencillez con gran admiración. La situaban en la ópera, en las carreras hípicas, en reuniones donde la gente sonreía para clavarse cuchillos después. Decían que se la había visto sin su esposo y, al mismo tiempo, bien acompañada, rodeada de amistades muy distinguidas. El detalle que a Benedict le encendió el infierno por dentro fue el más pequeño de todos, precisamente por lo que implicaba. Al parecer su esposa había sido invitada a Almack's por *lady* Jersey.

¡A Almack's! Ese lugar donde a él le habían prohibido la entrada de por vida por… por… ¿por qué fue? Fue algo infame, seguro, pero no quería recordarlo en esos momentos.

Benedict apretó los dedos sobre el papel hasta arrugarlo. ¡Su esposa llevaba tiempo en Londres! Imogen, a la que él había imaginado encerrada en Mansfield House, luchando contra la soledad y contra el orgullo, había estado desfilando por la ciudad, respirando el mismo aire que él, a pocos barrios quizá, y no había tenido un solo minuto para buscarlo.

Ooooh, la crueldad de eso…

Siguió leyendo y cada vez estaba más enfadado. La prensa decía que se la esperaba esa noche en la fiesta de la duquesa de Birmingham. La mencionaban, a Imogen, con el entusiasmo de quien anticipaba un chisme suculento. «La nueva señora Beresford asistirá». «La nueva señora Beresford brilla

sin parangón». «La nueva señora Beresford es la sensación tardía de la temporada».

Benedict dejó los recortes sobre la mesa sin dar crédito a lo que acababa de leer. Notó el hombro derecho protestar con una punzada sorda, y le dio igual. Si en ese instante alguien le hubiera hablado de prudencia, habría tenido que apartarse para evitar que él lo asesinase.

¿En Londres? ¿Ella? ¿Gastando dinero y divirtiéndose sin molestarse en ir a visitarlo?

Oh, sí. Averiguar que no lo quería y que, encima, lo despreciaba eran dos cosas muy diferentes. ¿Qué había dicho Ewan de la abuela Morna? ¿Que temía que se clavase un cuchillo en el corazón él mismo? No. Eso ya no sería posible porque su mujer lo acababa de hacer formidablemente bien ella solita.

La furia le subió por el cuello con una facilidad increíble. No era una rabieta. Era un incendio en su máximo apogeo.

La imaginaba riendo en un palco, inclinando la cabeza ante un cumplido, aceptando una copa, permitiendo que un caballero le besara la mano… La veía con un precioso vestido nuevo, con joyas excesivamente caras, con ese mentón orgulloso desafiando al mundo y completamente rodeada de buitres. Hombres hambrientos que se la habrían comido con los ojos mientras él no estaba a su lado para dejar claro que era suya. Suya y de nadie más.

Estaba celoso. Irremediablemente lleno de inseguridad y rabia. Se odió por sentir los celos con la misma violencia que en otros tiempos había sentido el impulso de cargar contra el enemigo. Se odió por la parte de él que, en lugar de querer protegerla, quería reclamarla ante todos. ¿Tan pronto se había olvidado Imogen de que tenía un esposo?

Iba a buscarla y a dejarle claro que los términos de su acuerdo habían cambiado y que podía aceptarlo o… ¡Tenía que aceptarlo y punto! Su matrimonio no iba a ser de conveniencia. Iba a ser de verdad. Los dos vivirían bajo el mismo techo, hablarían, comerían juntos, pasearían por el campo, tolerarían las excentricidades de Octavia y Eleanor y tendrían hijos. Sí. Varios. Niños y niñas. No le importaba lo que llegase, pero formarían una familia. Y serían felices para siempre. No le importaba ser considerado una especie de *princeso* de cuento de hadas. ¿Un *princeso*? No. Eso no existía. ¡Un príncipe! ¡Qué demonios un príncipe! Sería el maldito rey de Mansfield House. Y entonces un pensamiento se volvió tan claro que le dio risa y se rio de modo breve y amargo.

No tenía la menor idea de dónde se alojaba su esposa. La ciudad era inmensa. Podía estar en casa de un familiar, de unos amigos, en un barrio discreto, al otro lado del río, bajo el techo de un aristócrata con ganas de cotilleo… ¡Dios! Podría estar incluso en un lugar que lo hiciera sentir aún más humillado, pero ¿dónde?

Trató de tranquilizarse. Le costó bastante pero lo logró. Solo había una certeza. Si se la

esperaba en una fiesta, allí podría encontrar a Imogen.

Benedict apartó los recortes y las facturas, y durante un segundo contempló el desastre como si fuera un campo de batalla. Aquello no era papel. Era una provocación, una clarísima declaración de intenciones. La firma de su esposa estaba en cada línea como una bofetada elegante. ¿Con qué fin?

Se levantó. El movimiento le tiró del hombro y le recordó que seguía herido. Oh, pero lo que le dolía no era eso. Era otra cosa que lo tenía hirviendo de rabia. Se presentaría en esa maldita fiesta sin invitación y que Dios ayudase a quien tratase de impedirle el paso, porque pensaba sembrar el pánico. Lo tenía muy claro. Sortearía cualquier impedimento, se la cargaría al hombro y saldría de allí sin pedir permiso, ignorando las murmuraciones. La fantasía se calentó y se volvió más personal, más peligrosa. Se imaginó impartiendo justicia sobre su esposa, un castigo que no nacería de la crueldad. Le daría un par de azotes bien dados en esas posaderas firmes, blancas y tan malditamente perfectas y luego se las besaría y lamería para…

¡Dios! Se había puesto duro con una simple imagen de Imogen colocada sobre sus rodillas mientras él… ¡Infierno! Esa mujer se había colado cada noche en sus pensamientos, para provocar un hambre que solo cesaba cuando se daba paz con la mano mientras pensaba en el modo en que habían hecho el amor la noche de bodas. ¡Era inadmisible! Y vergonzoso también. Más de una vez se había despertado en mitad de la noche para descubrir que

había desperdiciado su semilla entre las sábanas. ¡Ese poder infame había logrado tener su díscola esposa sobre él!

Lo tenía muerto de hambre y frustrado. ¡Enamorado de la cabeza a los pies y ella se dedicaba a divertirse por la ciudad sin decirle una sola palabra!

No. No iba a soñar más con volver a besarla, acariciarla, lamerla y poseerla. Iba a actuar.

Llamó a su ayuda de cámara con una voz que sonó demasiado serena para el caos que sentía en su interior. Ordenó deshacer los baúles y que le preparasen un baño y la mejor ropa que tuviera, porque él no se había dedicado a ir de compras. ¡A diferencia de Imogen, había estado demasiado triste para hacerlo!

Benedict se obligó a respirar despacio, a pensar con frialdad. La vería; le preguntaría dónde demonios había estado; le exigiría una explicación y le recordaría que no era una falsa viuda de adorno en los periódicos, sino una mujer casada que le pertenecía. Ella misma había recitado sus votos al igual que él. Después, cuando ella lo mirase con ese descaro suyo, cuando se le escapase algún comentario insolente, él… él… él… ¡haría algo!

¿El qué? No lo sabía. Ya se le ocurriría un plan. En esos momentos no veía más allá de darle unos azotes muy sugerentes para calentarle la sangre, volverla loca y luego… ¡Sí! Haría eso. La llevaría a su cama y la haría suplicar. ¡Maldita fuese! ¡Era su mujer! Tenía derecho a disfrutar de su cuerpo

tanto como ella del de él. Harían el amor. La regañaría porque se había portado mal y luego le haría el amor. ¡Imogen no era una niña! ¡No podía regañarla! Bien. Sí. Hablaría con ella con calma. Eso haría. Se mostraría paciente, le explicaría que quería un matrimonio con todas las de la ley y más, y luego harían el amor. ¿Y si hacían el amor y después hablaban?

Bueno. Antes o después, pero esa noche iba a tenerla en el lecho. Del modo que fuese. ¡Y sin implorarle ni arrastrarse! No se rebajaría ante ella. ¡Era Imogen quien había decidido olvidar que era su esposa! No. No daría su brazo a torcer. Una cosa sí que tenía clara. Y era que esa noche, Benedict Percy Beresford no pensaba permitir que nadie olvidase a quién le pertenecía la señora Beresford. Y más que nadie, ella misma.

Que se preparase Londres porque se avecinaba un escándalo.

Capítulo 11

Una fiesta de lo más reveladora

Benedict cruzó el umbral del salón de baile de la duquesa de Birmingham sin ninguna oposición y con la sensación desagradable de haber entrado en una trampa bien enharinada. No fue solo el brillo de las lámparas de araña ni el resplandor de los candelabros lo que lo golpeó al alzar la vista. Fue también el silencio breve, ese que precedía al murmullo y que nacía cuando demasiadas cabezas coincidían en el mismo movimiento, cuando demasiados ojos se volvían a la vez hacia un hombre que no debería haber llegado… o que, precisamente, debía llegar.

Lo estaban esperando.

No entendía por qué. Nadie lo había invitado con una carta en la mano. Lo habían empujado hasta allí los rumores, las malditas facturas y las estúpidas columnas de los periódicos. Se sentía

estafado por no haber podido hacer un pequeño escándalo. Llevaba el enfado puesto, abrochado hasta el cuello, bajo la impecable corbata y no había podido darle, todavía, rienda suelta.

A su alrededor, el salón vibraba con una alegría hipócrita. Los músicos habían escogido una contradanza rápida, de esas en las que las parejas cambiaban de sitio con demasiado entusiasmo para que el chisme pudiera seguir un hilo. Las damas hacían girar sus sedas, los caballeros lucían una confianza que únicamente podía dar el no haber sido nunca empujado al borde del abismo. No había echado de menos toda esa función estéril; en cambio sí que añoraba con toda su alma la tranquilidad de Mansfield House.

Benedict avanzaba, y el murmullo lo seguía, como un perro bien adiestrado. Oyó su apellido y su sobrenombre deslizarse entre labios desconocidos. Sentía el peso de su reputación, de su pasado y de su futuro inmediato. Aquello resultaba ridículo. Había sobrevivido a un hospital en la Colonia del Cabo y a órdenes que podían acabar con la vida de un hombre en un pestañeo. Un maldito salón de baile no era nada para él. Siguió caminando. No pensaba ofrecerles más que su seguridad.

Entonces la vio.

El enfado no desapareció, solo se quedó en el olvido.

Imogen estaba al otro lado del salón, rodeada de un pequeño círculo de admiración que

parecía respirar al mismo ritmo que ella. Llevaba un vestido de seda azul oscuro que, bajo las lámparas, no era azul, más bien violeta. Parecía una ninfa de un lago cuando en el borde del agua no llegaba la luna. La tela se ajustaba a su cuerpo con una elegancia sublime. El escote… el escote le hizo salivar y fruncir el ceño al mismo tiempo. Era demasiado generoso, pensó con una violencia absurda, y el pensamiento lo puso celoso de inmediato. Su problema era que aquel escote había sido trazado para que la miraran. Para que todos, absolutamente todos, pudieran perder el juicio durante un instante. Se debatía entre sentirse orgulloso por tener a una mujer tan formidable o correr hacia ella para taparla con su chaqueta para que nadie pudiese mirarla. Todo lo que Ben sentía era demasiado extraño para entenderlo. Contradictorio también, sí.

Y allí estaban las joyas.

Rubíes en el cuello, colgándole en el centro para realzar ese dichoso escote. Rubíes en los pendientes, rozándole el cuello cuando giraba la cabeza para realzarle el perverso escote. Rubíes en un brazalete que atrapaba la luz al levantar la mano para tomar una copa.

¡Rubíes en todas partes!

Parecía una maldita reina. No una reina coronada por derecho, sino una que lo era porque el mundo le había dado al fin el lugar que le correspondía. La admiraban sin disimulo, en especial los caballeros. Él lo notaba. Elegante. Sofisticada. Más hermosa que nunca.

Su virilidad ya le estaba gritando que la necesitaba lo antes posible. ¿¡Qué derecho había tenido esa hermosa hechicera a embrujarlo!? ¡Él no se lo había dado!

Benedict se maldijo en silencio. Se había repetido que la vería y no sentiría nada. Se mantendría firme, no permitiría que su orgullo, o su deseo, o esa hambre primitiva que ella le despertaba, volvieran a hacerlo débil.

No le había servido de nada imponerse tales pensamientos. En esos instantes lo comprendió con una claridad humillante. Se pondría de rodillas con una palabra suya. No era una metáfora bonita. Era una certeza miserable. Una palabra, un gesto, una mirada que le indicara que aún existía una rendija en aquella puerta cerrada con mil cerrojos, y él se convertiría en un hombre dispuesto a perder la dignidad a cambio de entrar. Se arrastraría por el fango con tal de que ella le diera una oportunidad. Y lo haría ya no solo porque fuese la mujer más espectacular de todo ese salón lleno de serpientes, sino porque era fuerte, valiente e inteligente. Sí, sí que era inteligente a pesar de haberse casado con un hombre que no tenía mucho que ofrecerle.

Se acercaría, la miraría con el gesto suavizado, le besaría la mano por encima del guante, ella le sonreiría y se besarían. Fin. Todo solucionado. Y si Imogen se ponía difícil, él trataría de hacerle comprender que no se había portado bien y cuando ella se disculpase, él lo haría también. Eso era. Nadie tenía que perder su orgullo ni arrastrarse por el fango. Sería sencillo y limpio. El sueño duró lo mismo

que un latido, porque en dos segundos las ensoñaciones de Ben se tornaron una auténtica pesadilla.

El caballero que había permanecido de espaldas, inclinado hacia ella con la familiaridad de quien pertenecía a su mismo mundo, giró la cabeza y Benedict vio el perfil. Su estúpido primo Simon estaba con ella. Y al otro lado figuraba Lydia. Los tres se estaban tratando como mucho más que simples conocidos. Así era. Ellos no acababan de conocerse.

Se vio reflejado en el cristal de un espejo que tenía a un lado. Contempló su propia rigidez y sabía que el control se le escapaba de las manos. El mundo seguía girando, la música entretenía a los invitados y las parejas continuaban divirtiéndose, y solo Benedict se había quedado inmóvil, clavado en el suelo porque sospechaba que de algún modo Simon se la había jugado. ¿Cómo? Eso estaba todavía por ver.

Imogen le sonreía a Simon. Hubiese podido soportar que le hubiese ofrecido ese gesto a otro hombre, pero no a su primo. Mentira. No quería que su esposa le sonriese a nadie que no fuese él, y más porque la que ofrecía no era una sonrisa falsa aprendida para sobrevivir en los salones; era genuina, tanto como la propia Imogen. ¿Le había sonreído alguna vez así? No, pero no importaba porque fue él quien, en el lecho, la hizo gemir y suplicar por su toque y eso valía más que cualquier gesto de cariño.

La sangre le subió a la cabeza. Recordó el peso de ella en su cama, la forma en que había susurrado su nombre mientras no ocultaba su deseo y aquel amanecer en que tomó la decisión de marcharse porque decidió ser cobarde y ella no salió a detenerlo. Pero sí que tuvo la indecencia de llegar a Londres para comprar y divertirse sin él. Seguro que Simon la había estado llevando por toda la ciudad para mortificarlo. Y entonces miró de nuevo la joya de su garganta. Esos rubíes que eran una provocación. Al igual que su elaborado peinado y su exquisito vestido. La idea le atravesó con malicia. Lo estaban esperando. Y en el centro del escenario figuraba ella. Su esposa. La palabra le golpeó con una mezcla de posesión y culpa, pero lo importante era que Simon lo había preparado todo. De algún modo, y sin pruebas, sabía que no estaba equivocado en su suposición.

Benedict notó el impulso en los brazos antes de pensar en él. Quería darle su merecido a Simon. Un buen puñetazo le enseñaría a no jugar con fuego. O podría agarrar a su maldito primo por su pechera impecable y estamparlo contra la pared más cercana, aunque la pared llevara tapices carísimos y la duquesa llorara por sus tejidos. Le importaba un cuerno; quería que el estúpido sufriese.

La rabia le hacía verlo todo rojo. Le dolió el hombro cuando levantó el brazo, y el dolor no sirvió para frenarlo. Solo lo enfadó más.

Benedict dio un paso sin pensarlo. Su cuerpo obedeció al impulso y sus ojos se clavaron en

Simon. Veía el ángulo exacto del cuello de su primo donde podría golpearlo primero.

Iba a armar un escándalo y lo haría con satisfacción. Entonces, justo cuando iba a dar otro paso, una presencia se deslizó a su lado con la energía de un fuego que decidía pasearse por un salón lleno de cortinas.

—Ah. Al fin —oyó Ben, antes de ver.

Lady Octavia Mansfield estaba junto a él. Lo agarró del brazo con toda la naturalidad del mundo, como si hubiese hecho ese mismo gesto miles de veces. La tía de Imogen parecía encantada de verlo. Y Benedict, con los puños alzados, entendió que el espectáculo acababa de subir el telón.

—¿*Lady* Octavia? —preguntó como si todavía no se creyese quién lo estaba sujetando.

—No deberías sorprenderte tanto, muchacho. —Dejó a un lado la formalidad—. No iba a permitir que Imogen viniese corriendo a Londres tras tus pasos sin acompañarla. Si estás aquí, imagino que es porque te han debido llegar las facturas, junto con algunos recortes de prensa. Por cierto, he conocido a tu hermano, confieso que es muy imaginativo. Ha escrito el guion tan bien como lo habría hecho el mismo Shakespeare. Tuvo buena idea con la forma de hacer que te enterases de todo. Aplaudí su dramatismo.

—Me ha enviado él las facturas y los recortes, ¿verdad? —No necesitaba la confirmación, pero al mismo tiempo quería escucharlo.

La anciana asintió.

—No estés tan tenso. Ni comiences a cocerte en tu propia rabia.

—*Lady* Octavia…

—Tía Octavia —lo interrumpió—. Me convertí en tu tía después de que recitases tus votos y así es cómo debes dirigirte a mí. Aunque harías bien en guardarte el respeto para cuando vayas a pedirle perdón de rodillas a tu esposa por haberla abandonado en el campo.

Aquello le arrancó un pensamiento tan absurdo que casi le dolió. ¿Perdón? Él no estaba allí para pedir nada. Había ido a exigir explicaciones y a no tratar, precisamente, de acabar arrodillado ante Imogen. Y, sí, también deseaba destrozar a Simon.

—¿Soy yo el que debe disculparse? Mi mujer ha estado en Londres y no ha tenido la delicadeza de informarme de ello. En los recortes decían que ha estado bien acompañada y me imagino que no habrá sido por elegantes mujeres que quisieran deslumbrarla.

—Muy bien. Muéstrate celoso cuando hables con ella. Eso la derretirá en un periquete. Debo decirte que vine dispuesta a odiar a Trowbridge en tu

nombre —prosiguió ella—, pero me agrada. Y hay muy pocas personas que se hayan ganado mi respeto. ¿Y sabes el motivo por el que me gusta tanto?

—¿Le agrada más que yo? —la pregunta salió sin poder contenerla.

—¿También tienes celos de que pueda yo preferirlo? —preguntó divertida.

—No, por supuesto que no. Es solo… es simple curiosidad —le aseguró.

—Quédate tranquilo. Nunca me agradará ningún hombre más que tú, y no es solo porque te haya visto sin una puntada de ropa. Te hago saber que me topé hace tres días con el caballero que estaba el primero en mi lista de varones imponentes y está tan arrugado como yo, así que has subido al número uno. Enhorabuena por eso.

—Tía Octavia… —murmuró azorado.

—Sí, sí. Cierto. Estábamos hablando de tu hermano y te decía que se ha ganado mi simpatía porque se preocupa mucho por ti y porque ha cuidado muy bien de Imogen.

Benedict se quedó con la mandíbula a medio camino de cerrarse. Sus puños, que un instante antes habían buscado pelea, empezaron a aflojarse sin que él les diera permiso.

—¿No la ha envenenado en mi contra? —se oyó preguntar asombrado.

—No. Ha hecho algunas bromas sobre ti, nada serio, más cómico que otra cosa, así que aparta esa idea de montar un polvorín con él. Ha hecho su parte en todo esto de abrirte los ojos, pero es obra de su vizcondesa. Deberías darle las gracias a Lydia. Esa mujer ha demostrado con creces que es una buena amiga tuya y también se ha convertido en una hermana para la niña. Imogen la adora. Fue ella la que nos invitó a su casa y nos dijo que quería ayudarte a que fueses feliz.

—¿Y Simon se lo permitió? ¿Así sin más? No, creo que lo ha hecho por su retorcido sentido del humor. Quería humillarme y lo ha logrado.

—Tu hermano es un hombre enamorado, y los hombres felizmente casados, como espero que llegues a averiguar más pronto que tarde, desean que todos los que están a su lado sean dichosos. Una esposa contenta hace a un hombre más feliz. Y antes de que te apresures a negarlo, tienes que saber que tu primo le ha dicho a Imogen que ha estado contigo y que sabe a ciencia cierta que estás perdidamente enamorado de ella, pero la niña no se lo creerá hasta que te lo oiga decir. Siento ser tan directa… —Se quedó un momento pensativa—. En realidad no lo siento, solo ocurre que soy una mujer de cincuenta y cinco años y no me hago más joven cada día; quiero tener un bebé en Mansfield House lo antes posible. No es que no confíe en que no meterás la pata, solo quiero agilizar las cosas, así que lo más efectivo es

que no niegues que la amas, cuando todos sabemos que sería mentira. ¿Comprendes?

—Sí, tía Octavia. Esta vez haré las cosas bien.

—Simon nos contó que te cayó una lágrima mientras les contabas a tus amigos y a él cuánto la echabas de menos. ¿Es cierto? Y antes de contestar recuerda que soy tu tía. Somos familia, muchacho.

—No, pero mi corazón sangraba por la distancia —confesó resignado.

—Bien —lo aprobó la anciana—. Entonces no te pelees con tu hermano ni con tu esposa. La idea de gastar tanto dinero fue mía y tú sabes que se merecía cada penique. Así mismo, debo darte las gracias porque has sido un sobrino generoso conmigo. He renovado mis turbantes, y mis vestidos, como puedes ver —hizo un movimiento muy coqueto —, son preciosos también. De igual modo le has regalado varias cosas a Eleanor. Te lo agradezco en su nombre.

Él se echó a reír.

—Ha sido un placer. Es lo menos que podía hacer. Eleanor y tú, tía Octavia, tal y como acabas de señalar, sois mi familia también.

La anciana le sonrió.

—Promete que no te pelearás con Trowbridge. Los hombres venís a Londres y os creéis que todo se arregla con un puñetazo. Lo curioso es que a veces acertáis, pero esta vez no será necesario. Ni hoy ni nunca.

Benedict sintió que le subía el calor a la nuca. No por la vergüenza o la frustración.

—Es una promesa complicada, pero pondré de mi parte.

Octavia se dispuso a bajar un poco más la voz. No lo suficiente para volver aquello íntimo, solo lo justo para que sonara a conspiración.

—Mi sobrina ha aceptado que te ama con toda su alma porque Lydia nos invitó, y si nos invitó es porque su esposo se lo permitió. Imogen no peleará más contra ti para tratar de alejarte —le dijo.

Benedict sintió algo completamente desconocido atravesándole el pecho. ¿Alegría? Se obligó a tratar aquella esperanza con cautela.

—¿Me ama? —Octavia afirmó varias veces con la cabeza.

—Lo preguntas como si fuese imposible. Y lo imposible es que tú no te hayas enterado de esto antes. ¿Acaso no se casó contigo, muchacho? La niña ya despreció a uno que tenía más título y fortuna que tú, no tan apuesto, es cierto, pero ¿crees que le habría resultado complicado hacer lo mismo contigo

si no hubiese estado prendada de ti? Marston jamás pudo doblegarla, y su madre la mandó al infierno porque no era lo que se esperaba de ella, pero te aseguro que no te aceptó por la presión de su padre. Imogen hubiese podido seguir capeando las conspiraciones de mi hermano hasta el fin de sus días —replicó Octavia, con un brillo mordaz—. Y no tengas miedo por los rumores que ha escuchado mi sobrina y por lo que te preguntará. Simon ya nos ha explicado que has estado trabajando. Que has tenido que investigar a una viuda cuyo apellido ni recuerdo ni tengo ganas de recordar. De nuevo, debo decirte que tu esposa no lo creerá hasta que tú mismo se lo expliques.

La viuda Harcourt. Ben asintió.

—No he hecho nada cuestionable con esa mujer.

—No estarías de una pieza si lo hubieses hecho. Soy una mujer paciente, pero cuando me enfadan puedo hacer que la sangre llegue al río. ¿Por qué te crees que Marston me mantiene alejada? Me habría costado bien poco azuzar a tu hermano para que te diese lo que merecías en caso de haberte portado mal. Eso me recuerda que debes agradecerle a Trowbridge que no te haya hecho rabiar más de la cuenta. Le ha bastado con solo una semana.

—¿Y te parece poco, tía Octavia?

—Cuando llegamos —comenzó a explicarle la anciana—, habló de mantenerla escondida de ti durante todo un mes, así que sí. Una semana ha sido

lo justo para que tanto tú como ella comprendieseis que podíais elegir vivir separados, pero que sufriríais con esa elección. Y sé lo que estás pensando y no me agrada, muchacho.

—¿En qué pienso?

—En que tú en su caso habrías mantenido a Lydia oculta durante un año como mínimo.

Ben le sonrió.

—No es fácil olvidar el viejo juego que nos ha motivado a mi primo y a mí, tía Octavia.

A ella no le pasó desapercibido que él no lo había llamado hermano. Lo dejó correr.

—Uhm… Bien. Ahora que parece que te has tranquilizado por fin y no armarás un buen estropicio, te permitiré continuar tu camino.

En ese instante, justo cuando la tía Octavia le soltaba el brazo, Imogen giró la cabeza hacia él y lo vio. Benedict sintió el mundo encogerse hasta reducirse a la distancia que los separaba. Temió su reacción. Entonces, Imogen lo miró sin miedo a los ojos y le sonrió. Era una señal; le acababa de abrir una puerta que había creído cerrada a cal y canto. Sintió un vuelco en el corazón, un irremediable deseo de caer de rodillas ante la mujer a la que tanto amaba. Ben le devolvió la sonrisa sin dudarlo un segundo.

En esos instantes, Simon dejó de importarle. La duquesa, los rumores, Harcourt, las facturas… todo se desdibujó. Solo estaba ella.

Benedict dio un paso. Luego otro. No tuvo que abrirse paso con violencia. La gente se apartaba con esa curiosidad morbosa que olía a escándalo, pero él apenas lo notaba. Lo único que escuchaba era el fuerte latido de su corazón luchando por acompasarse al de Imogen; y en lo que se fijaba era en que la sonrisa de su mujer seguía allí, aguardándolo. Simon y Lydia se habían apartado con discreción.

Cuando llegó frente a ella, inclinó la cabeza con la corrección justa. Nada de exceso ni de frialdad. Lo suficiente para que ella supiera que él iba a luchar hasta el final.

—Señora Beresford —la saludó, y le sorprendió que su voz sonara tan serena.

Ella alzó el mentón sin perder la sonrisa. Era una reina en sus propios dominios y los dos sabían que él era su súbdito más fiel.

—Señor Beresford.

La forma en que pronunció su apellido le desbarató la última defensa que le quedaba en pie. Había tanto anhelo ahí, tanto amor…

Benedict extendió la mano.

—¿Me concede este baile? —le preguntó con la máxima formalidad.

Y, mientras Imogen lo miraba con los ojos llenos de esperanza, Benedict comprendió que ella también haría cualquier cosa por merecerlo.

Las notas del vals comenzaron a sonar cuando ellos ya estaban dispuestos para iniciar el baile. Benedict la sostuvo con la mano firme en la cintura, demasiado cerca para el gusto de las viejas con ojeras de vigilia moral y demasiado lejos para el suyo. La seda azul oscuro rozó la manga de su frac y el collar de su garganta le devolvió un destello que le pareció una provocación personal.

Imogen bailaba con una serenidad que parecía no estar dispuesta a concederle ni una migaja de ventaja. Sonreía, sí, y su sonrisa era preciosa, pero él quería más. Lo quería todo de ella.

El primer giro llegó. Benedict aprovechó la inercia. No se lo pensó dos veces y tomó la decisión. Cambió el paso, la condujo hacia el borde del salón y, antes de que las lámparas pudieran delatarlo demasiado, la sacó entre las cortinas. La música quedó detrás, amortiguada, y Londres dejó de ser un testigo directo.

—Benedict… —Su tono llevaba una advertencia que se quedó sin fuerza cuando él la arrastró por el pasillo como quien huía de una catástrofe.

A él le agradó que usase su nombre.

—Necesito tenerte para mí solo ahora mismo —le dijo.

Imogen soltó un gran suspiro y él estuvo satisfecho porque al parecer había dicho las palabras correctas. Tal vez no fuese muy difícil encandilarla si le decía lo que de verdad sentía.

Encontró la primera salita que ofrecía una promesa de privacidad. Era pequeña, con una lámpara encendida a medias y un sofá demasiado estrecho para dos personas que no pretendían ser sensatas. Cerró la puerta con el pie, a toda prisa, echó el cerrojo y se giró hacia ella. Se quedó un instante mirando su rostro, el brillo de los rubíes, el azul de la seda… Había estado buscando a esa bella mujer durante años.

—Te amo, Imogen —dijo, y la frase le salió áspera, urgente y verdadera—. Te amo con todo mi corazón.

Su esposa no se movió. No retrocedió. Sus ojos se clavaron en los de él con una calma que casi dolía.

—¿Estás seguro? —preguntó con cierta inseguridad.

Benedict afirmó con la cabeza, desesperado.

—Sí. Me ha costado la vida aprender lo que es el amor. Solo tú me lo has enseñado. Tienes que saberlo; desde que me marché no he hecho otra cosa más que pensar en ti. He pasado noches enteras en vela, muriéndome de amor porque no estabas conmigo.

Imogen levantó la mano y le acarició el rostro. Benedict se la sostuvo y le besó la palma. Ella no llevaba guantes esa noche.

—Yo también te he echado tremendamente de menos —le confesó la dama.

—Quise regresar contigo nada más llegar. No pude. Me ordenaron vigilar a una mujer, una viuda de la que ya te habrán llegado rumores. Y, además, puestos a decirte la verdad, te confesaré que no me atreví a volver porque temía que tú no me quisieras en casa.

—Lo sé —susurró Imogen.

Él le sonrió.

—Sé que lo sabes. La tía Octavia ha tenido una pequeña conversación conmigo en el salón.

—No quise que te marchases de Mansfield House, Ben. Te dejé ir porque pensé que era lo que deseabas. Yo me negaba a soñar que pudieses… que pudieses amarme.

—¿Cómo no iba a hacerlo, Imogen? Eres única. Yo… en cuanto te vi sosteniendo aquel puñal, supe que de algún modo tendrías que ser mía. ¿Y tú, cariño mío? ¿Tú me amas?

—Claro que estoy enamorada de ti. Juré que no volvería a Londres cuando mi padre me desterró, pero aquí me tienes. Vine a la ciudad con la única esperanza de tratar de verte, de intentar que me vieses así vestida —movió las manos para señalarse a sí misma— y que te enamorases.

—Oh, cariño. Podrías ponerte un saco de patatas y serías la mujer más hermosa del mundo.

—Mentiroso —murmuró con la boca pequeña.

—No te miento. A mis ojos eres la mejor de las mujeres. Te deseo tanto que me duele. Y como vuelves a dudar de mis palabras, tendré que demostrarte cuánto te anhelo.

Se inclinó hacia ella y la besó porque ya no podía resistirse más. No fue un beso educado ni un gesto para hacerla temblar. Era una necesidad que le subió desde el estómago y le terminó de romper la poca contención que le quedaba. La boca de Imogen se abrió con una ansiedad que lo encendió todavía más. Ella le sujetaba la solapa del frac, tiraba de él como si quisiera acercarlo más y más, y Benedict comprendió que no era el único que llevaba días soportando un hambre que no tenía un nombre decente.

—Imogen, te necesito —dijo contra su boca. Le estaba pidiendo permiso para poder seguir con lo que había comenzado.

—No hables, bésame, muéstrame cuánto me has añorado y yo haré lo mismo —decretó ella, y esa orden lo hizo suyo del modo más cruel y más hermoso posible.

Se movió con ella hasta la pared más próxima, luchó contra la falda sin dejar de besarla y comenzó a tantear su feminidad. La encontró húmeda y más que preparada para él.

—Esto será más rápido de lo que deseaba, pero te prometo que cuando estemos en casa lo haré mejor.

—Lo quiero. Te quiero ahora, Ben. Hazme tuya.

Se desabrochó, como pudo y a toda prisa, la pernera de los pantalones, la alzó por las posaderas y ella lo ayudó a introducirse en el paraíso. Ambos jadearon a la vez. Llenos de lujuria y ansia.

—Dios… No podré vivir sin esto nunca más —le susurró cuando se hundió en su interior hasta la empuñadura.

—No vuelvas a marcharte de mi lado y nunca te lo negaré.

—Hecho —dijo, para luego comenzar a balancearse.

La poseía con cuidado y, al mismo tiempo, con una urgencia deliciosa pensada para satisfacerlos a un ritmo muy certero y exigente. No había silencio. Los gemidos resonaban, los besos se compartían y un hombre y una mujer sabían que estaban en el lugar donde debían. Habían sido dos corazones rotos y necesitaban estar juntos para poder sanar.

—Dilo… Ben, dímelo ahora.

—Te amo, Imogen —obedeció.

—Eres mío.

—Sí.

—Dímelo. Di que eres mío y de nadie más —exigió.

—Soy tuyo. Tuyo para amarme o destruirme, tuyo para servirte o acompañarte. Siempre lo seré. Tuyo y de nadie más, Imogen.

El tiempo dejó de existir. Benedict notaba su propio pulso en las sienes y el de ella, rápido, en la garganta. Le pareció que se hablaban también con la respiración, con la presión de los dedos, con cada gesto que dejaba claro que ya no quedaba nada insincero entre los dos.

Hicieron el amor de un modo urgente y delicioso. Lo que ocurrió allí dentro no tenía testigos y no los necesitaba. Solo existían los dos, el hambre que habían negado, el deseo que había crecido a base de orgullo y ausencia y el amor.

Cuando el mundo dejó de dar vueltas y volvió a estar en su lugar, ambos se miraron a los ojos. Estaban abrazados, él todavía en el interior de ella.

—He sido muy poco caballeroso. Lo lamento.

—No te disculpes. Has sido tal y como deseaba que fueras. No se me ocurriría un modo mejor para que nos dijésemos de manera sincera todo lo que somos el uno para el otro. ¿Lo has sentido, Ben?

—Sí, Imogen. Tenemos que estar juntos. Ya no puede haber ni una sola duda. Te quiero y te deseo. Son dos poderosas razones para que nuestro matrimonio funcione. Y al cuerno Londres y el Ministerio. Quiero estar en Mansfield House, viéndote feliz cada día. Escuchando las descabelladas ocurrencias de Octavia y las murmuraciones de Eleanor. Te quiero. Os quiero a las tres. Sois mi familia.

—Oh, Ben. —Ella dejó salir las lágrimas.

—¿Por qué lloras? ¿No te ha hecho feliz mi confesión?

—Por eso mismo lloro. Soy feliz. Llegué a la ciudad sintiendo una incertidumbre que me apretaba el corazón. Temía que te hubieses olvidado de mí, que no me amases en absoluto. Ahora descubro que no solo me quieres, aceptas a la tía Octavia y a la prima Eleanor. No puedo ser más feliz, Ben, porque nunca creí en los cuentos de princesas, pero indudablemente eres mi…

—No. No soy un príncipe —la frenó—. Habrá muchas veces en las que me equivoque, pero no tengo miedo, sé que estarás ahí siempre para mí. ¿Lo estarás, verdad, cariño?

—Te lo juro.

Benedict apoyó la frente en el hombro de Imogen. La notó temblar, y ese temblor le pareció una victoria y un perdón al mismo tiempo. Cerró los ojos un instante. No lo hizo para descansar, fue para grabarse ese momento en la cabeza. Ella ya no era una recompensa por haber cumplido la promesa que le hizo a su hermano. Imogen era la elección de su vida.

Salió de su interior con delicadeza y la dejó con cuidado en el suelo. No se dejaron de abrazar.

—No volveré a abandonarte.

Imogen le enmarcó el rostro con ambas manos.

—Sé que no lo harás.

—¿Simon te ha tratado bien? —preguntó sin poder evitarlo.

—Han sido tremendamente amables conmigo.

—No tengo una relación fácil con él. Con Lydia es mejor. Ella es una buena mujer.

—¿La amaste? ¿La amabas a pesar de que pretendiste dejarla atrás?

—No. No sentí lo mismo por ella que lo que tú me inspiras. Aquello comenzó porque pretendía fastidiar a mi primo, porque yo sabía que Simon la quería y ella se encaprichó conmigo, y cuando comencé a conocerla, desarrollé un cariño sincero. Quise quererla de verdad, se merecía a un hombre que la amase sin restricciones, pero no lo logré. Tuve la idea de marcharme porque sabía que la haría tremendamente infeliz si me casaba con ella. Eso era lo que me daba miedo cuando comprendí que tenía que cumplir la promesa que le hice a tu hermano.

—¿Y qué ha cambiado, Ben?

—No podía sacarte de mi mente, Imogen. En algún momento, incluso antes de aquel primer beso que compartimos y que me dejó temblando, me enamoré de ti. Creía que solo yo me había encaprichado, que te era indiferente.

—Oh, Ben. Desde que te vi y te reconocí supe que si no te mandaba lejos acabaría a tus pies.

Y tenía miedo. Me daba terror no ser lo suficientemente buena para ti. Yo sabía cómo eran las damas con las que te relacionabas cuando debuté y no pensé que pudieras verte tentado. Te lo confieso ahora, la noche de nuestra boda, pensé que no querías consumar el matrimonio porque no te agradaba lo más mínimo.

—Vas a tener que desprenderte de ese pensamiento, Imogen. No quiero a ninguna que no seas tú. —Le cogió la mano y se la colocó en el corazón—. Esto late por ti. —Luego, bajó esa misma mano y se la posó sobre su virilidad—. Esto es tuyo. Tienes que saber que desde que me enrolé en el ejército no había estado íntimamente con una mujer. Cuando me marché de Londres para buscar una razón para vivir, estaba tan destrozado por dentro y por fuera que no sentí deseo en ningún momento. Tú me despertaste de ese letargo. Y, Dios, Imogen, te deseaba a todas horas. En la iglesia cuando te di ese beso tan casto… Te hubiese poseído allí mismo. Fue un día duro, en el que traté de ocultar lo duro y tenso que me ponías. Estuve prácticamente rezando para que la tía Octavia no hiciese ninguna mención con respecto a mi incomodidad.

—Oh, sí que la hizo aquel día, pero fue cuando te retiraste después de cenar. Eleanor también se había fijado, y yo quería esconderme debajo de la mesa.

—¿Esas mujeres no pueden callarse nada? —preguntó desesperado.

Imogen se rio.

—Me temo que no. Octavia considera que es mejor que la verdad, por muy dolorosa que sea, salga a la luz. Y a Eleanor también le gusta la sinceridad.

—Pues es una suerte que nuestro amor no sea doloroso y haya salido a la luz. Quiero un matrimonio de verdad. Quiero tener hijos contigo y vivir siempre lleno de felicidad.

—¿Aunque te saque a veces de tus casillas?

—Aunque me saques de mis casillas. Prefiero vivir una vida a tu lado aunque no siempre haya paz, que vivir en paz sin ti. Tu hermano sabía bien lo que hacía, Imogen. Me envió a casa, me dio un hogar y me llevó hasta la mujer que debía pasar el resto de su vida conmigo.

—Y le estaremos enteramente agradecidos por ello. Uhm… ¿Ben?

—¿Sí, cariño?

—¿Puedo dejar de tocar ya tu… *eso*?

Benedict le sonrió.

—¿Sería malo que volviésemos a hacer el amor ahora mismo y que lo hiciésemos más despacio?

La mano de Imogen voló hacia atrás.

—No. Cuando regresemos al salón, todo el mundo sabrá lo que hemos estado haciendo. Me moriré de la vergüenza. Será mejor que no nos demoremos más.

—Aguafiestas —murmuró él.

—Cuando estemos en casa podremos… deleitarnos más —propuso ella.

—¿Hablas de la casa de Simon?

—Tengo todas mis cosas allí. Y la tía Octavia también. Me temo que tendrás que ceder y venir con nosotras. Mañana podemos regresar a Mansfield House si te parece bien. Londres sigue sin gustarme, solo vine por ti. Me he entretenido, no puedo negarlo, pero prefiero mil veces el campo.

—Me parece bien que vayamos a pasar esta noche en casa de mi primo —soltó con una sonrisa muy amplia.

—¿Por qué? —inquirió recelosa.

—Oh, Imogen. Esta noche te voy a hacer gritar tan alto que Simon lamentará haberte escondido de mí durante toda una maldita semana.

—¿De verdad no sabías que yo estaba en la ciudad?

—¿Cómo iba a saberlo? Siempre evito los lugares en los que intuyo que mi primo estará.

Tampoco leo las columnas de sociedad.

—¿Me quieres? —preguntó, porque le gustaría escucharlo a todas horas.

—Más que Simon a Lydia.

—Oh, Ben. Esto no es una competición.

—No, es verdad, pero si lo fuese yo ganaría.

—No pienso gritar esta noche. Por mucho que te esfuerces, no lo haré —le dijo con seguridad.

La respuesta de él fue ampliar una vez más su sonrisa y darle un beso en los labios.

—Siempre me han gustado los retos, cariño.

—¡Eres imposible!

—Pero me amas.

—Sí. Estoy completamente enamorada de ti.

—Y esta noche gritarás para demostrármelo.

—¡Oh, por Dios, Ben! —lo regañó—. Regresemos al salón de baile ahora mismo.

Epílogo

Un castillo espectacular

Castillo de Dunrath, Escocia, meses más tarde.

El carruaje trepó la última pendiente entre brezos oscuros y piedra húmeda. Dunrath apareció al fin, sólido, magistral y muy escocés, plantado sobre la tierra para dejar claro que era igual de indómito que los moradores que allí vivían. Imogen se asomó por la ventanilla y sintió un nudo en la garganta. Aquel lugar no era un simple castillo. Sería una prueba de fuego para ver si el resto de los amigos de su esposo la aprobaban.

Benedict le cubrió los dedos con su mano, templada y firme.

—No tienes por qué impresionar a nadie —murmuró, y en su voz se adivinó una sonrisa—. Aunque, si lo intentas, te saldrá sin esfuerzo. Eres

formidable, Imogen. Ya conquistaste a Lydia y eso era lo más complicado. Catriona te amará y Constance te admirará por haberte casado con un hombre que es más salvaje que su propio esposo.

La señora Beresford le devolvió una mirada que contenía mucha gratitud.

—Deseo que me quieran tanto como a ti. Por favor, no hagas nada que pueda estropear el momento. Quiero causarles una buena impresión.

—¿A qué te refieres?

—Tu primo ya habrá llegado con Lydia y tiendes a provocar indignidades cuando Simon está cerca. —Cabría mencionar que, como los dos hombres Beresford siempre se referían a su parentesco como primos, Imogen también lo hacía. Incluso Octavia había claudicado en ese aspecto y no había mencionado más que eran hermanos después de la fiesta de la duquesa.

—En Dunrath la dignidad suele durar lo que tarda la abuela Morna en abrir la boca. Es a ella a quien hay que temer. Ya lo verás.

—No digas tonterías. Una anciana amable no puede hacer nada de lo que dices. Además, yo tengo experiencia tratando a damas de lengua afilada. ¿Puedes creerte que la tía Octavia desapareciese de la fiesta de su amiga, la duquesa, y regresase tan despeinada y sonrojada? ¿Qué crees

que le ocurrió? ¿Tropezó y eso hizo que el peinado no resistiese la acción?

Ben se rio. Aquella última noche en Londres, cuando regresaron al salón de baile, descubrieron que Octavia había desaparecido. La anciana, cuando volvió a hacer acto de presencia, restó importancia al asunto por supuesto, alegando que no era necesario explicarle a todo el mundo que necesitaba ir a la sala de retiro de las damas para atender sus propias necesidades. A él no lo engañó. Ella se veía muy colorada, animada y el estado de su pelo era el mismo que el que presentaba el de Imogen. Así que la tía de su esposa había estado divirtiéndose con algún caballero. Él podría jurarlo sobre la biblia y salir indemne.

—Eres tan inocente, cariño. Tu tía no se tropezó. Tuvo una cita clandestina como nosotros.

—Oh, Benedict. La tontería que acabas de decir…

Él suspiró.

—Lo que me gusta recordar de aquella noche fue cómo te hice gritar.

—Al que hiciste gritar fue a tu primo, quien comenzó a vociferar para que nos callásemos. Y aquello fue muy bochornoso. Cuando se te mete una idea descabellada en la cabeza, nada te detiene, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Qué habría sido de nosotros si no me hubiese propuesto casarme contigo a toda costa? —Se quedó un momento pensativo—. ¿Crees que podrías volver a gritar en Dunrath como aquella noche en casa de mi primo?

—Dios santo… ¿Por qué querrías que volviese a pasar vergüenza, Ben?

—Porque me gustaría irritar a Simon, por descontado, pero también a Ewan y a Rafe.

—¿Y que todo el mundo sepa lo que hacemos en nuestra habitación los irritaría? Creo que ellos también saben hacer lo mismo que nosotros con sus esposas.

—Sí que eres ingenua, cariño.

—¿Por qué?

—Porque la pericia de un buen amante se demuestra en función de los gritos de placer que emite su compañera de cama. ¿Lo entiendes ahora?

—Presuntuoso… —musitó al comprender que él quería dejar claro que era mejor haciendo el amor que el resto de sus amigos.

Benedict no tuvo oportunidad de hablar más. El portón de Dunrath se abrió y el carruaje se detuvo. Imogen bajó con cuidado y lo primero que divisó fue a una escocesa algo menuda y con los ojos azules. Debía ser la abuela Morna. Se apreciaba una

mujer nacida para mandar en tierras difíciles, con sus inviernos largos, a la vez que para gobernar sobre los corazones tercos de sus nietos y bisnietos. Le agradó de inmediato.

Morna se acercó y clavó los ojos en Imogen y, con descaro absoluto, le hizo una inspección exhaustiva que pareció atravesarle el abrigo, el vestido, el corsé, la piel y el alma.

—Es un niño, muchacha. Será tan apuesto como su padre, aunque más sensato porque heredará tu cautela. No tengas miedo, el parto dolerá, pero sobrevivirás porque eres una luchadora, por eso conquistaste al demonio —sentenció.

Ben abrió los ojos con sorpresa.

—¿Soy el demonio, abuela Morna?

—Eso dice tu primo, muchacho.

Él gruñó mientras que su esposa se reía por lo bajo.

—No te enfades, Ben. Ha dicho que pronto tendremos un niño.

—*Nae*, muchacha —intervino Morna—. He dicho que el bebé que crece en tu vientre es un niño.

—¡Oh, cielos! ¿Estoy embarazada?

—Inocente del todo, cariño —advirtió el caballero al tiempo que negaba con la cabeza y se reía—. Con las veces que hemos hecho el amor, ¿cómo no ibas a estarlo?

—¡No digas esas cosas delante de la señora MacCrae! —lo regañó.

—No te alteres tanto, muchacha. Los niños se hacen en la cama. Tendrás que cuidarte más. Prepararé varias tisanas para que puedas estar bien cada vez que tu esposo te reclame en el lecho mientras llevas a su hijo. —Imogen se puso colorada de nuevo. La anciana siguió hablando—: Catriona se asegurará de que él te frote los pies cada noche. Es importante que comience a hacerlo pronto. Y rezaremos para que no te cambie tanto el carácter como le ocurrió a Lydia. Esa chica se convirtió en una arpía *sassenach* ingobernable. Fue una suerte que mi nieto no la tirase por la ventana. Prepárate porque Constance te hará una larga lista de todo lo que debes y no debes hacer mientras estés esperando la llegada de tu hijo y vas a tener que cumplirla.

—Pero si solo estaremos aquí poco más que una semana.

Morna miró el horizonte y luego se centró en Imogen.

—Dos meses.

—¿Qué?

—La nieve llegará en tres días. No podréis dejar Dunrath hasta entonces.

Luego, como si el asunto del destino ya quedara resuelto, Morna se giró y desapareció.

La gente comenzó a congregarse en el patio.

Constance llegó primero, exhibiendo un brillo travieso en los ojos que siempre prometía problemas bien intencionados y listas provechosas. Ewan la acompañaba a su espalda, alto, sólido y con una sonrisa que no escondía el orgullo de un anfitrión. Tras ellos apareció Lydia con su elegancia impecable, y Simon a su lado, más serio de lo habitual, aunque la comisura de su boca delataba que no pensaba comportarse como un santo. Catriona avanzó con paso seguro, y Rafe no se separó de ella, atento a cada detalle, con la actitud resignada de un hombre que había aprendido que la vida era más fácil cuando dejaba que su esposa marcase el ritmo.

Imogen se encontró de pronto rodeada por damas que no fingían. Constance la abrazó de inmediato sin advertencia alguna.

—¡Mírate, querida Imogen! Espero que no te moleste que te trate como si ya fuésemos amigas. Lydia me ha hablado tanto de ti que es como si te conociera desde siempre —aseguró—. Eres tal y como me había imaginado que serías.

—Gracias, Constance. Me gusta la idea de tenerte como amiga —le confirmó Imogen.

Lydia se acercó después y le sostuvo ambas manos.

—Me alegra verte de nuevo —dijo, sincera —. Estás radiante y por lo que veo —miró por el rabillo del ojo al primo de Simon— has hecho que Benedict deje de verse como si fuese un hombre condenado.

—No exageres, Lydia. Me siento más feliz, es verdad, pero no he cambiado tanto —comentó el aludido.

Catriona se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Puedo ver que le has traído amor a un hombre que lo necesitaba tanto como el aire para respirar. Bien hecho —dijo, sin adornos ni delicadeza —. Ya era hora de que sentase la cabeza.

Rafe carraspeó.

—Mi esposa sabe de lo que habla. Yo no era muy diferente de Beresford. Me alegra conocer al fin a la dama que ha hecho tan feliz a mi mejor amigo. —Rafe le tendió la mano a Ben y se la estrecharon con entusiasmo. Luego le dijo—: Sabía que lo conseguirías. No dudé de ti ni un instante.

—No había sabido lo que quería hasta que lo tuve —apuntó Ben, mientras miraba con cariño a su esposa.

—Bienvenido a Dunrath, Beresford —le dijo el escocés, quien también le ofreció la mano.

—Es un honor. Te prometí que vendría y aquí estoy. Tu abuela ha pronosticado que la nieve llegará en tres días y que nos tendremos que quedar algunos meses. Espero que no te importe.

—¿Un par de meses atrapado aquí contigo, primo? —intervino en ese momento Simon. Todos se tensaron. Incluidas Imogen y Lydia.

—Compartimos techo una vez en Londres. Creo que podremos evitar matarnos mientras estemos en casa de Ewan. Al menos yo lo intentaré. —La mano de Ben se alzó para ofrecérsela a su primo.

Simon afirmó con la cabeza.

—Sí, creo que nos vendrá bien una tregua. —Acto seguido cogió la mano de su primo y se la estrechó con fuerza—. Te he echado de menos, Benedict.

Los dos sabían que se referían a todos esos años en los que habían estado separados y odiándose sin compasión.

—Yo también, Simon.

Constance soltó una palmada de pura alegría, y Lydia y Catriona se unieron a ella. Imogen, sorprendida por aquella calidez, notó que se le humedecían los ojos. No tuvo tiempo de apartar la mirada antes de que las damas a su alrededor rompieran en aplausos más sonoros y varios vítores, porque era un día de celebración.

—Estamos encantadas de que lo hayas conseguido, Imogen —dijo Constance, y su voz se volvió más suave—. De que lo hayas traído de vuelta. No solo a Inglaterra. A nosotros.

—Me alegra tanto haber tenido razón sobre ti, querida amiga —aseguró Lydia.

—*Aye* —intervino Cat—. Cuando Ewan nos contó que Beresford pensaba casarse por una promesa, nos temimos lo peor, pero la abuela nos mandó tranquilizarnos y esperar. Todo ha salido bien.

Imogen soltó un sollozo.

—No me lo pongáis tan difícil —murmuró, con honestidad—. Me echaré a llorar y no podré parar hasta dentro de una semana como mínimo.

Todas la abrazaron. Luego, las damas se apresuraron a entrar en el interior del castillo, dispuestas a pedir el té y hablar sobre asuntos femeninos. Los caballeros, mientras tanto, se dirigían a las cuadras porque Ewan deseaba mostrarles un par de caballos que había adquirido recientemente.

Por su parte, los hijos de Catriona y Ewan estaban jugando con el pequeño de Lydia y Simon.

La abuela Morna contemplaba el horizonte en ese momento.

—Todo estaba escrito. Sabía que mi nieto me daría trabajo; lo que no esperé fue tener que velar también por esos otros tres sinvergüenzas —comentó en gaélico.

En Dunrath, el lugar donde todo había empezado, el castillo desde el que Ewan emprendió su viaje para encontrar el amor, servía también para cerrar un ciclo. Catriona, que no había esperado casarse después de sufrir un duro golpe, encontró a su alma gemela en Rafe, un seductor de lo más arrogante. Los dos habían construido un hogar feliz que compartían con Ewan y Constance.

Lydia, que no pensó jamás en enamorarse de un tipo tan severo y aburrido como Simon, acabó descubriendo que las apariencias engañaban. Los dos luchaban cada día para fortalecer un matrimonio sólido, lleno de comprensión y devoción.

Benedict se propuso dejar atrás a Azrael para convertirse en un hombre mejor y, aunque no buscó el amor para salvarse, un buen amigo perdido en la batalla lo condujo directamente hasta la mujer más formidable del mundo. Imogen le había dado un hogar, una tía y una prima y pronto alumbraría a su hijo.

Cuatro parejas. Cuatro finales felices y una abuela escocesa satisfecha de su intervención.

Fin.

No te pierdas las **siguientes** historias

«La guerrera del Highlander»

Link: https://mybook.to/6PnoDZ



En las **Tierras Altas** de 1715, el castillo escocés de Eilean Donan no es solo piedra y leyenda, pues se ha convertido en la última frontera entre **lady Kenna Mackenzie** y un guerrero decidido a conquistarla… por la fuerza.

Cuando su hermano parte en una misión del clan, Kenna se queda al mando de la fortaleza y de un pueblo que confía tanto en ella como en el filo de una espada. Pero el asedio no siempre llega solo con las huestes apostadas en el exterior; la trampa a veces entra por la puerta principal, con un aspecto salvaje y una sonrisa encantadora.

El **laird Callum Fraser** jura proteger Eilean Donan mientras su amigo está fuera. Su precio es justo: un matrimonio rápido, discreto y muy conveniente… para él. Callum lo presenta como la única jugada capaz de frenar a un clan enemigo que ya ha puesto sus ojos en la fortaleza y en la mujer que lo defiende.

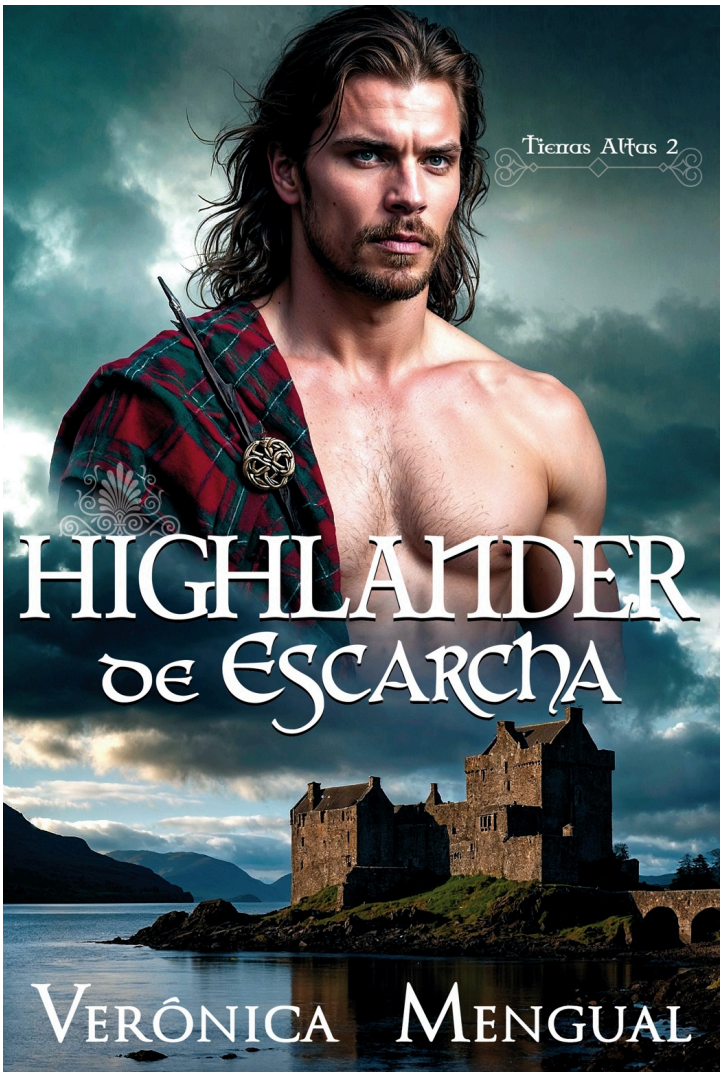
Kenna acepta porque no piensa perder su hogar. Ni su libertad. Ni su orgullo. Está convencida de que su hermano, cuando regrese, deshará todo el entuerto. Lo que no sabe es que Callum guarda un secreto que podría atarla para toda la eternidad o hacer que corra hasta el infierno mismo.

Entre intrigas, lealtades disfrazadas y un deseo que prende como un brezo seco, Kenna descubrirá que el mayor peligro no está al otro lado de las murallas, sino en el hombre que pretende dormir en su cama.

Una guerrera. Un matrimonio nacido de la mentira. Y un highlander *al que poco le importa conquistar el corazón de una mujer que ya es suya por matrimonio.*

«Highlander de Escarcha»

Muy pronto en preventa



El invierno de **1716 cae sobre Escocia** como una sentencia. Tras el fracaso del alzamiento jacobita, los clanes caminan sobre hielo fino, porque una palabra mal dicha puede significar tierras confiscadas, hombres perseguidos… y un castillo reducido a cenizas.

El laird Niall Mackenzie regresa por fin a su hogar. Vuelve con cicatrices, una lealtad férrea y la certeza helada de que tiene que casarse bien para proteger a todo su clan. Con Eilean Donan en peligro y el apellido Mackenzie bajo amenaza, Niall se ve obligado a viajar a Londres para pelear una guerra distinta: papeles, favores y trampas elegantes disfrazadas de cortesía. Allí choca con una mujer que no encaja en ningún molde y que, sin embargo, sostiene más poder del que muestra.

Lady Sorcha Grant tiene una reputación impecable y su determinación es peligrosa. Está ligada al castillo de Strath Fuar, un enclave clave para las alianzas del norte, y no está dispuesta a convertirse en moneda de cambio para salvar a nadie. Mucho menos a un *highlander* tan inflexible como Niall, que parece hecho de nieve, orgullo y hierro.

Pero cuando las amenazas se estrechan, los enemigos se vuelven invisibles y las traiciones del pasado alcanzan a la familia Mackenzie, Niall y Sorcha tendrán que elegir entre mantener sus corazones a salvo o arriesgarlo todo en un pacto que puede salvar un clan y condenarlos a ellos.

Porque el verdadero frío no vive en las montañas; reside en el corazón de un salvaje escocés y en la voluntad de una verdadera dama. En esta batalla, solo el amor puede ser la victoria.

Aclaración sobre la historia

Mis queridísimas bellas y fieles lectoras:

Terminar una serie es despedirse de personajes que amas. Espero que lo sintáis así también. Llegar hasta aquí ha sido, en el fondo, ver cómo un grupo de personas que cargaban con heridas, secretos y decisiones mal tomadas aprendía a dejar de sobrevivir para empezar a vivir plenamente. Esta serie se cierra con algo más valioso que un «felices para siempre», porque el punto final se centra en la importancia de la familia, de la amistad entendida como una red de lealtades que se ha tejido a partir del drama del pasado para dejarlo atrás. La enemistad de Simon y Azrael estuvo presente desde el primer minuto y no quería terminar la serie sin darles paz. Todos cometemos errores, algunos muy graves, pero la grandeza de la raza humana es tropezar para luego ponerse de pie y demostrar empatía.

Ewan y Constance fueron el primer ancla. Entre la risa y la firmeza, demostraron que se podía amar a pesar de que el matrimonio naciese de un

gran engaño que ideó ese bruto escocés. Si alguien ha puesto los cimientos, el humor y el corazón para que el resto no se hundiese, han sido ellos.

Rafe y Catriona trajeron el fuego. Él, con su orgullo y sus cuentas pendientes; ella, con una valentía que no tenía un ápice de delicadeza. Lo suyo fue aprender a confiar cuando el instinto los empujaba a levantar muros. Supieron elegir el amor por encima de las heridas. Con ellos, la serie pretendía recordar que la pasión no sirve de nada si no va acompañada de respeto, y que la lealtad se demuestra cuando nadie está mirando.

Simon y Lydia fueron el equilibrio… y, a la vez, el caos más organizado de todo el conjunto. Lydia dio un paso adelante y demostró, con inteligencia, dignidad y un temple admirable que no solo podía ser su paciente compañera, sino también una esposa amorosa. Simon, por su parte, se movió muchas veces entre el orgullo y la culpa, y aprendió —casi a golpes y con mucha resistencia— que el amor no es un sentimiento pobre. Su historia cerró varias puertas que llevaban años abiertas, como aquel empujón al Serpentine, y dejó claro que hay errores que solo se redimen con bondad.

Y finalmente, vivimos la historia de Benedict y su Imogen. Me permitiréis que los considere un cierre perfecto, porque él es la prueba de que un hombre siempre tiene salvación cuando la mujer indicada mantiene la esperanza. Adoro las historias de segundas oportunidades y lo vi claro con aquel Azrael del primer libro. Estaría marcado por la culpa, su pasado y la desconfianza. Ella, su heroína, debía

ser una mujer con el corazón herido pero muy valiente, aunque con cierto grado de inseguridad que lograría vencer porque ella era fuerte. Benedict dejó de huir y quiso quedarse. Imogen dejó de defenderse y aceptó la verdad de estar enamorada y ser correspondida.

Las cuentas se han saldado, los secretos han dejado de existir y las *Normas de la Regencia* que ideé se han cumplido.

Y como muchas intuiréis, con el castillo de Dunrath mi imaginación comenzó a pensar en nuevas aventuras que se inician con una guerrera que tendrá que domar a un highlander.

Así que terminamos, pero no cerramos. Nos vamos a otra historia. Cambiamos de época, aunque seguiremos en Escocia. Prometo daros una historia que valdrá la pena. Ojalá me acompañéis, porque si algo he aprendido a lo largo de los años es que las mejores aventuras siempre se viven mejor en buena compañía.

Llegados a este punto, solo queda recordaros, de nuevo, y no me canso de decíroslo, que os amo mucho, mucho, muchísimo. Así que, por favor, y con mucha humildad, os pido que me sigáis en mi próximo proyecto.

Y ahora, por otro lado, os recuerdo que es muy importante para las escritoras que dejéis una valoración y, si es con una pequeña reseña, sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta tarde para ponerme mañana a primera hora con más. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tenéis, escribiendo como una esclava para vosotras, porque os adoro.

Nos vemos pronto en las Tierras Altas.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Bilogía Tierras Altas

1) La guerrera del Highlander (Preventa)

2) Highlander de Escarcha (Preventa)

Serie Las normas de la Regencia

1) No subestimarás a una solterona

2) No tentarás a un seductor

3) No arruinarás a una debutante

4) No perdonarás a un traidor

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1